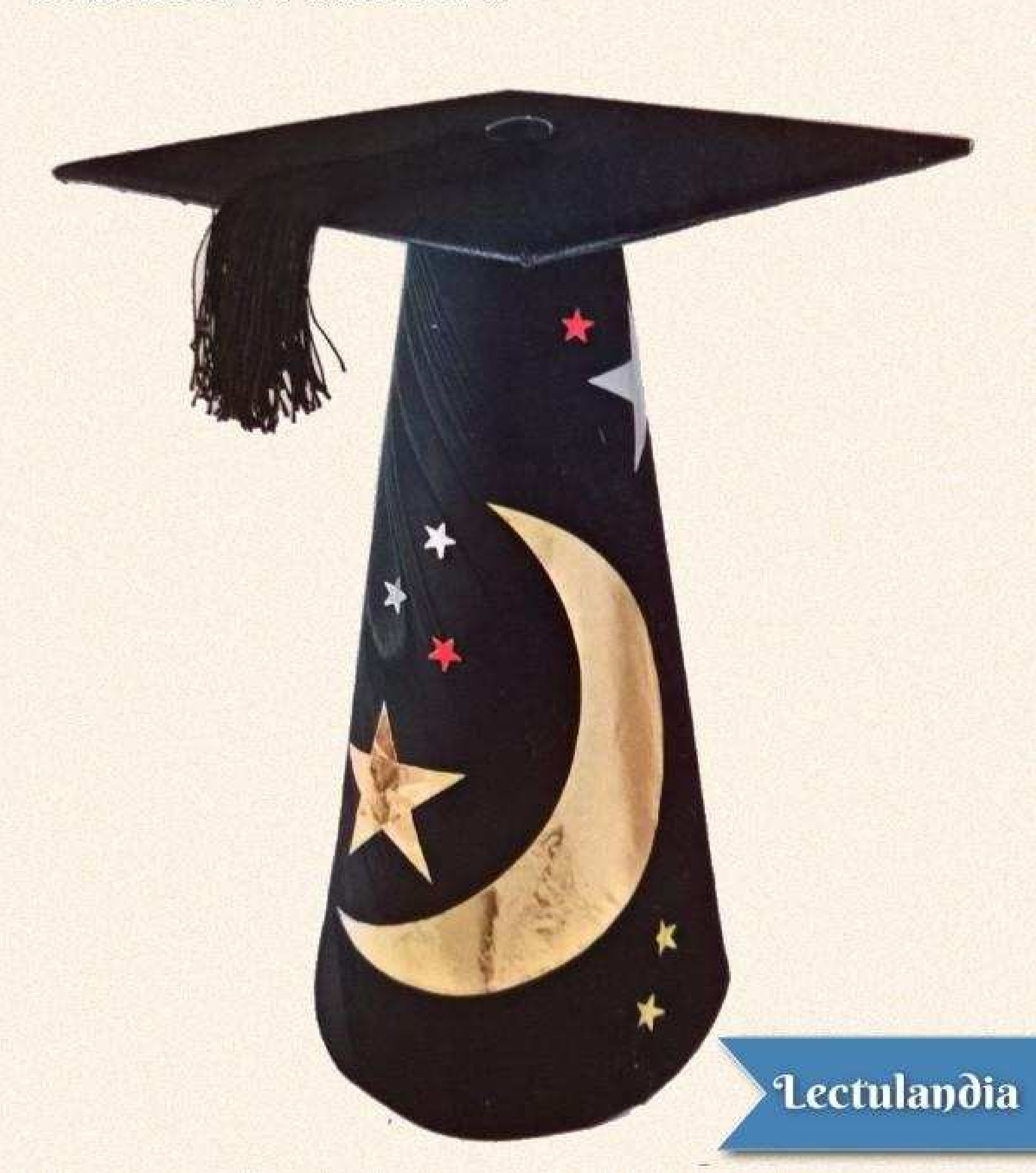
Las ciencias sociales como forma de brujería

Stanislav Andreski



¿Podemos imaginar el triste aprieto en que se vería un científico natural si los objetos de su estudio tuvieran la costumbre de reaccionar ante lo que se dice acerca de ellos: si las sustancias pudieran leer u oír lo que el químico dice o escribe acerca de ellas y si pudieran saltar de sus recipientes y quemar cuanto les desagrada, lo que ven en la pizarra o en su cuaderno?

El libro presente se ocupa de los fenómenos que deben considerarse como indeseables desde el punto de vista del progreso intelectual. Muchos de ellos pueden situarse en el ámbito de las hoy predominantes ciencias sociales, enfocadas hacia el estudio científico de la conciencia humana y en las que Andreski descubre que muchas veces su aparente rigor no es más que un equivalente de la antigua brujería.

Stanislav Andreski

Las ciencias sociales como forma de brujería

ePub r1.0
Leviatán 01.01.15

Título original: *Social Sciences as Sorcery*
Stanislav Andreski, 1972
Traducción: Juan Carlos Curutchet
Retoque de cubierta: Levemka

Editor digital: Leviatán
ePub base r1.2

TESTIMONIOS DE GRATITUD

Igual que en mi libro anterior, gran parte del mérito que pueda hallarse en la presente obra se debe a mi esposa, cuyos libros venideros sobre el conflicto entre los sexos y la relación entre madre e hijo contienen una crítica de la literatura habitual sobre estos temas que apunta a conclusiones de algún modo similares.

Agradezco a Mrs. Audrey Yates su colaboración para pasar en limpio el original, y a mis colegas antiguos y actuales en el departamento de Sociología de Reading su buena voluntad, iniciativa y gentil cooperación, que me han permitido continuar siendo un pensador y escritor mientras desempeñaba una función administrativa.

Hay cuatro obstáculos para alcanzar la verdad que acechan a todos los hombres, pese a su erudición, y que raramente permiten a nadie acceder con títulos claros al conocimiento; a saber, la sumisión a una autoridad indigna y culpable, la influencia de la costumbre, el prejuicio popular y el ocultamiento de nuestra propia ignorancia acompañado por el despliegue ostentoso de nuestro conocimiento.

ROGER BACON

PRÓLOGO

En prevención de cualquier posible malentendido debo afirmar enfáticamente desde el punto de partida que ni acuso ni siquiera considero sospechoso a ninguno de los mencionados por su nombre en este libro de urdir deliberadamente juegos de prestidigitación, diseminar falsedades a sabiendas o de estar impulsado por un afán de ganancias deshonestas o mejoras obtenidas por medio de la corrupción. Un autor de renombre tendría que poseer un carácter extraordinario (en verdad, necesitaría ser en un cierto sentido un superhombre) para ser capaz de escribir prolíficamente con pleno conocimiento de que sus obras no valen nada y que no es más que un charlatán cuya fama resulta totalmente inmerecida y está basada sólo sobre la estupidez y la credulidad de sus admiradores. Incluso si tuviera algunas dudas sobre la legitimidad de su enfoque en algún estadio de su carrera, el éxito y la adulación lo persuadirían pronto acerca de su propio genio y el valor constructivo de sus elucubraciones. Cuando, como consecuencia de haber adquirido una posición de control en la distribución de fondos, designaciones y promociones, se encuentra rodeado de aduladores que cortejan sus favores, es sumamente improbable que llegue a comprender sus verdaderas motivaciones; y, al igual que la gente rica y poderosa en otros oficios, tenderá a tomar la adulación por su valor aparente, aceptándola como una apreciación sincera (y por tanto como una confirmación).

Antes que entre los escritores de renombre, los charlatanes cínicos pueden encontrarse entre los manipuladores que escriben poco o nada, y cuyos egos no están por consiguiente investidos de ninguna noción o visión particular, y a quienes no importa, por tanto, de qué triquiñuela se valen para ordeñar a los cuerpos dispensadores de fondos. Aunque conozco uno o dos individuos de esta clase, no menciono a ninguno de ellos por su nombre, cosa que no sólo ocasionaría indemostrables imputaciones de motivo, sino que tampoco vendría al caso, dado que mi tarea aquí consiste en combatir ideas equivocadas… no en compilar una lista de académicos de moralidad dudosa. Más aún, incluso individuos de esta clase descubren que el cinismo a ultranza es difícil de mantener y terminan por persuadirse acerca del valor de lo que están haciendo, ya que a nadie le agrada tener que admitir que está ganándose la vida por medios ilícitos. En cualquier caso, los agentes más peligrosos de las infecciones culturales no son los cínicos descarados, sino los sectarios predispuestos al autoengaño y los burócratas timoratos ansiosos de no perder el tren, quienes incuestionablemente equiparan popularidad y éxito mundano con mérito intrínseco.

Como el libro presente se ocupa de los fenómenos que deben considerarse como indeseables desde el punto de vista del progreso intelectual, las referencias a la literatura normalmente son derogatorias. Esto no quiere decir que yo crea que no se ha producido nada de valor; pero no se puede escribir sobre todo a la vez y esto es

más bien un opúsculo que un tratado. En mis publicaciones anteriores se hallarán citadas numerosas contribuciones positivas al conocimiento, y mencionaré muchas más en otros libros actualmente en preparación, especialmente si vivo lo suficiente para escribir un tratado general. En las páginas que siguen afirmo que mucho de lo que hoy pasa por estudio científico de la conducta humana se reduce a un equivalente de la brujería, pero afortunadamente hay también otras cosas que no lo son.

CAPÍTULO 1

¿POR QUÉ ENSUCIAR LA PROPIA MADRIGUERA?

A juzgar por la cantidad, las ciencias sociales están atravesando por un período de progreso sin precedentes: los congresos y conferencias proliferan como hongos, el material impreso se acumula y el número de profesionales se incrementa a una velocidad tal que, a menos que se lo detenga, superaría a la población del globo dentro de unos pocos siglos. La mayoría de los cultivadores están entusiasmados con esta proliferación y se suman al diluvio escribiendo panoramas de sus profesiones «en la actualidad», atribuyendo con ligereza la etiqueta de «revolución» a todo tipo de pasos insignificantes hacia adelante… o incluso hacia atrás; y asegurando incluso algunas veces haber atravesado ya el umbral que separa sus campos de las ciencias exactas.

Lo particularmente desalentador es que no sólo la avalancha de publicaciones revela una abundancia de retórica huera y una escasez de ideas nuevas, sino que las aportaciones más antiguas y valiosas de nuestros antecesores ilustres están siendo ahogadas en un torrente de verborrea sin sentido y sutilezas inútiles. Verbosidad ambigua y pretenciosa, interminable repetición de lugares comunes y propaganda encubierta, están a la orden del día, en tanto que por lo menos el 95 por 100 de la investigación no es en realidad más que rebusca de cosas que fueron descubiertas hace ya tiempo y redescubiertas muchas veces desde entonces. En comparación con hace medio siglo, la calidad media de las publicaciones (aparte de aquellas que se ocupan más bien de las técnicas que de la sustancia) ha decaído en diversos campos.

Naturalmente, tan atrevido veredicto pide una demostración y gran parte del presente libro está dedicada a suministrarla. Pero quizá aún más interesante que demostrar sea explicar; y ésta es la segunda tarea de la obra, siendo la tercera ofrecer unas pocas sugerencias acerca de cómo este triste estado de cosas podría ser, si no remediado, al menos aliviado. Entre otras cosas, trataré de mostrar cómo la tendencia hacia la esterilidad y la impostura en el estudio de las cuestiones humanas surge de tendencias generalizadas en la economía, la política y la cultura de nuestro tiempo; de modo que el presente trabajo puede ser colocado bajo el vago encabezamiento de sociología del conocimiento, aunque «sociología del no-conocimiento» describiría más correctamente el grueso de su contenido.

Dado que una tentativa de esta clase inexorablemente conduce al problema de los intereses creados y ocasiona imputaciones de motivaciones indignas, me apresuro a señalar que soy plenamente consciente de que lógicamente un *argumentum ad hominem* no prueba nada. No obstante, en materias donde prevalece la incertidumbre y en que la información se acepta generalmente por el grado de confianza que ésta nos merece, está justificado que uno trate de despertar en el público una actitud de

vigilancia más crítica mostrándole que en el estudio de las cuestiones humanas la evasión y la impostura normalmente resultan más rentables que decir la verdad.

Para repetir lo dicho en el prólogo, no creo que el *argumentum ad hominem* en términos de intereses creados se aplique a las motivaciones de los inventores de novedades, quienes mucho más probablemente son visionarios y doctrinarios tan envueltos en el capullo de su imaginación que se hallan incapacitados para ver el mundo como es. A fin de cuentas, en toda sociedad con un alto índice de alfabetización hay gente que escribe disparates sobre todos los temas imaginables. Muchos de ellos nunca llegan hasta el impresor y entre los que atraviesan esta barrera, muchos permanecen sin ser leídos, mientras otros son promocionados, aclamados y sacralizados. El problema de la subordinación a los intereses creados resulta más pertinente en el nivel del proceso de selección social que gobierna la propagación de las ideas.

El problema general de la relación entre ideas e intereses es uno de los más difíciles e importantes. Marx basó todos sus análisis políticos en la suposición de que las clases sociales suscriben ideologías que sirven a sus intereses, teoría que parecería estar en contradicción con el hecho de que ningún creyente admitirá nunca haber escogido sus convicciones por su valor como instrumentos en la lucha para alcanzar la riqueza y el poder. El concepto de inconsciente de Freud, sin embargo, involucra lo que podría describirse como una astucia inconsciente —idea desarrollada en una forma especialmente aplicable a la política por Alfred Adler—. Si tales mecanismos de la mente pueden producir estrategias y subterfugios inconscientes en la conducta de los individuos, no hay razón para que éstos no operen a nivel de las masas. ¿Pero con qué tipo de evidencia podemos respaldar imputaciones de esta clase? Lo que torna el problema aún más difícil es la convincente observación de Pareto de que las clases gobernantes a menudo abrazan doctrinas que las encaminan hacia el desastre colectivo. Los mecanismos de selección (cuya importancia fue señalada por Spencer) que suprimen las pautas «inadecuadas» de organización, normalmente aseguran la supervivencia solamente de esos conjuntos sociales que abrigan creencias que respalden su estructura y modo de existencia. Pero, dado que la desintegración y destrucción de colectividades de todas clases y tamaños es tan visible como su continuada supervivencia, la concepción (o modelo, como se prefiera) de Pareto resulta tan aplicable como la de Marx. Una teoría satisfactoria tendrá que sintetizar estos enfoques válidos pero parciales y trascenderlos, pero éste no es el lugar para llevar a cabo un intento de esta índole. En el presente ensayo no puedo ir más allá de las imputaciones, apoyándose sobre evidencias circunstanciales de la congruencia entre sistemas de ideas e intereses colectivos, que revisten aproximadamente el mismo grado de plausibilidad (o vulnerabilidad) que las aserciones marxistas habituales sobre las conexiones entre los contenidos de una ideología y los intereses de clase. La limitación intelectual fundamental de los marxistas en este sentido consiste en que, en primer lugar, restringen indebidamente la aplicabilidad del

concepto clave de su maestro sólo a agrupamientos (por ejemplo, clases sociales) que él mismo ha señalado; y en segundo término, que (naturalmente, por supuesto) nunca aplicarán este esquema de interpretación a sí mismos o a sus propias convicciones.

Cada oficio, cada ocupación —aunque sea de moralidad dudosa o incluso directamente delictiva— tiende hacia el principio de que «entre bueyes no hay cornadas». Las profesiones antiguas y exclusivistas —tales como el derecho y la medicina— enfatizan esta norma hasta el punto de conferirle el halo de un canon fundamental de la ética. Los enseñantes, también, condenan al ostracismo a aquellos que critican abiertamente a sus colegas y socavan su posición ante los ojos de los discípulos.

De igual modo que el resto de las disposiciones humanas, esta costumbre tiene aspectos positivos y negativos. Sin algo de este tipo, sería difícil mantener las relaciones amistosas necesarias para una cooperación fructífera, ya sea en un taller, una sala de operaciones o un comité directivo. Echándose zancadillas todo el tiempo e incurriendo en recriminaciones mutuas, la gente puede no sólo hacer de su vida una desdicha, sino también condenar su trabajo al fracaso. Como la tranquilidad mental de un paciente y sus posibilidades de recuperación dependen en considerable medida de su fe en el médico —la cual, a su vez, depende tanto de la reputación personal de éste como del status de la profesión—, si los practicantes cayeran en la costumbre de denigrarse unos a otros se perjudicaría seriamente la eficacia del cuidado médico. Del mismo modo, los enseñantes que socavan mutuamente su posición ante los ojos de los alumnos terminarían siendo totalmente incapaces de enseñar, ya que los adolescentes se sienten inclinados por naturaleza al desorden y el número de aquellos con un deseo espontáneo de aprender es siempre reducido.

Por otro lado, sin embargo, caben pocas dudas de que el atractivo del principio de que «entre bueyes no hay cornadas» deriva su fuerza menos de un interés altruista por la fecundidad del trabajo —salvo en la medida en que hace la vida más fácil— que de la busca de una ventaja colectiva, sea pecuniaria u honorífica. Al aplicar estrictamente la solidaridad entre colegas, la profesión médica no sólo ha alcanzado un bienestar que en la mayoría de los países está visiblemente fuera de proporción con su nivel relativo de especialización —para no hablar de la extremadamente ventajosa inmunidad de castigo por incompetencia o negligencia—, sino que además ha podido procurar a sus miembros un ingreso psíquico sustancial al situarlos en una posición donde pueden suplantar a Dios, a pesar de sus frecuentes limitaciones de conocimiento o inteligencia. Es cierto que los miembros de la profesión médica disfrutan de una posición especialmente favorable porque manejan a la gente en sus momentos de mayor debilidad: cuando ésta siente temor o necesidad de consolación y se ve reducida a la condición de paciente —palabra muy reveladora que puede incluso explicar por qué en muchos hospitales públicos (en Inglaterra al menos) la puerta del frente está reservada para los suministradores de los servicios, mientras los clientes deben introducirse por la puerta trasera—. Los abogados también se ingenian

para elevar su prestigio e ingresos redactando documentos en un lenguaje innecesariamente abstruso, destinado a impedir la comprensión por parte del lego y a compelerlo a recurrir a un costoso asesoramiento legal.

Entre los suministradores de servicios de utilidad inmediata para los clientes, la costumbre de abstenerse de la crítica mutua simplemente sirve como un escudo contra cualquier eventual responsabilidad por negligencia y como defensa de las ganancias monopolísticas; pero cuando se trata de una ocupación que justifica su existencia asegurando hallarse dedicada a la persecución de verdades generales, una adhesión al principio de que «entre bueyes no hay cornadas» normalmente equivale a una connivencia en el parasitismo y el fraude.

Los hombres de negocios que no sienten escrúpulos en admitir que su objetivo fundamental es ganar dinero, y cuya ética profesional consiste en unas pocas prohibiciones morales, tienen menos necesidad de disimulo que aquellos que se ganan la vida con una ocupación ostensiblemente dedicada a la promoción de más altos ideales; y mientras más altos son éstos, más difícil resulta vivir en consonancia con ellos, y mayor es la tentación de (y el campo de acción para) la hipocresía. La honestidad es la mejor política para el proveedor cuando el cliente sabe lo que quiere, es capaz de juzgar sobre la calidad de lo que recibe y paga de su propio bolsillo. La mayoría de la gente puede juzgar sobre la calidad de los zapatos y las tijeras, y ésta es la razón de que nadie haya hecho fortuna fabricando zapatos que se rompen inmediatamente o tijeras que no cortan. Al construir casas, por otra parte, los defectos de la obra o los materiales pueden quedar ocultos durante mucho más tiempo y por consiguiente la chapucería a menudo trae beneficios en esta línea de negocios. Los méritos de una terapia, para tomar otro ejemplo, no pueden ser evaluados fácilmente y por esta razón la práctica médica ha estado mezclada durante siglos con una charlatanería de la que no se ha liberado totalmente en la actualidad. Sin embargo, no importa cuán difícil resulte evaluar los servicios de un abogado o un médico, éstos claramente sirven a necesidades concretas. ¿Pero qué clase de servicios prestan un filósofo o un estudioso de la sociedad y a quiénes? ¿A quién le preocupa saber si sirven para algo? ¿Pueden aquéllos a quienes les preocupa juzgar sobre sus méritos? Y en caso de ser así, ¿son ellos quienes deciden sobre las recompensas o cargan con el costo?

Los practicantes raramente abrigan dudas acerca del valor de sus servicios; y si alguna vez éstas surgen, son prontamente desestimadas con invocaciones a los niveles profesionales con su supuesto poder para asegurar la integridad y el progreso. Cuando se consideran estos problemas de una manera realista, sin embargo, se hallan pocas razones para suponer que todas las profesiones tienden inherentemente hacia el servicio honesto antes que hacia la explotación monopolística o el parasitismo. En realidad, todo depende del tipo de conducta que conduzca a la riqueza y la posición (o, para decirlo de otro modo, del vínculo entre verdadero mérito y recompensa). Analizar diversos tipos de trabajo desde este punto de vista suministraría un

programa útil para la sociología de las ocupaciones, que podría así superar su nivel actual de pedestre catalogación. Vistas desde este ángulo, las ciencias sociales aparecen como una actividad sin ningún mecanismo intrínseco de retribución: donde cada cual puede salirse con la suya.

Criticar las tendencias prevalecientes y la gente de arriba puede resultar provechoso cuando se hace con el respaldo de un grupo de presión poderoso —quizá una quinta columna subvencionada desde el extranjero—. Pero desdichadamente los contornos de la verdad nunca coinciden con las fronteras entre camarillas y bandos enfrentados. Así, un librepensador puede considerarse afortunado si vive en un medio donde meramente se le ignora, en vez de ser encarcelado y llamado «cerdo que ensucia su propia madriguera», para emplear la expresión feliz que el jefe de la policía soviética, Semichastny, aplicó a Boris Pasternak.

Puede dudarse seriamente que la exhortación sea de gran ayuda, ya que a pesar de centurias de invectivas contra el robo y la estafa, estos delitos no parecen ser menos comunes en la actualidad que en la época de Jesucristo. Por otra parte, sin embargo, es difícil imaginar de qué modo ciertas normas podrían continuar existiendo si alguna gente no asumiera la tarea de afirmarlas y predicar contra la inmoralidad.

Como uno podría pasarse la vida entera, y llenar una enciclopedia, tratando de exponer todas las extravagancias tontas que pasan por estudios científicos de la conducta humana, me he limitado a unos pocos ejemplos importantes. En todo caso, demoler los ídolos de la pseudociencia es relativamente sencillo, y la tarea más interesante e importante consiste en explicar por qué ellos han encontrado y encuentran tan amplia aceptación.

No creo que este toque de mi trompeta vaya a desmoronar las murallas de la pseudociencia, protegidas por demasiados defensores incondicionales: los esclavos de la rutina que (para emplear la expresión de Bertrand Russell), «preferirían morir antes que pensar», los buscavidas mercenarios, los dóciles empleados educacionales habituados a juzgar las ideas según la posición de sus proponentes, o las delicadas almas errabundas que suspiran por nuevos gurús. No obstante, a pesar del avanzado estado de idiotización alcanzado por nuestra civilización bajo el impacto de las comunicaciones de masas, queda todavía alguna gente dispuesta a utilizar su cerebro sin el señuelo de la ganancia material, y a ella está destinado este libro. Pero si se trata de una minoría, ¿cómo podría entonces prevalecer la verdad? La respuesta (que deja un cierto margen a la esperanza) es que la gente interesada en las ideas, y preparada para pensarlas y expresarlas al margen de las desventajas personales, siempre ha sido poca; y si el conocimiento no pudiera avanzar sin el apoyo de una mayoría, entonces el progreso nunca hubiera existido, porque siempre ha sido más fácil alcanzar renombre, como también hacer dinero por medio de la charlatanería, el doctrinarismo, la adulación y la oratoria subversiva o apaciguadora que a través del pensamiento lógico y atrevido. No, la razón por la cual el conocimiento humano ha avanzado en el pasado, y puede también hacerlo en el futuro, es que las verdaderas

aportaciones son acumulativas y conservan su valor al margen de lo que ocurra a sus descubridores; mientras que las novedades y los juegos de prestidigitación pueden traer un provecho inmediato a los empresarios, pero a la larga no conducen a ninguna parte, se anulan entre sí y son desestimadas apenas sus promotores ya no están allí (o han perdido el poder) para dirigir el espectáculo. De todos modos, conviene no desesperar.

CAPÍTULO 2

EL DILEMA DEL BRUJO

La mayor parte de las dificultades intelectuales que acechan al estudio de la sociedad (a las cuales debemos distinguir de los obstáculos creados por las pasiones e intereses creados) surgen de la disparidad en tamaño, longevidad y poder entre el objeto y el investigador. Es verdad que los geólogos y astrónomos estudian objetos que son más vastos, duraderos e incluso menos accesibles para el propósito de la experimentación; pero al menos son más simples, puesto que no hay nada en el cosmos conocido que iguale la complejidad de un cerebro humano. Se ha descrito a veces el conocimiento como la construcción de modelos de la realidad externa en el propio cerebro. Quizá no debiera tomarse esto demasiado literalmente; pero si aceptamos la idea de que el conocimiento conceptual tiene alguna contrapartida fisiológica, y tenemos presente que el número de configuraciones de neuronas y sinapsis es finito, aunque astronómicamente grande, se supone que mientras la mente podría ser capaz de construir un modelo perfecto de cosas más simples que ella, su habilidad para producir modelos de objetos de igual o mayor complejidad debe estar sujeta a graves limitaciones. Parece imposible en consecuencia que nuestro conocimiento de otras mentes y sus conjuntos pudiera alcanzar alguna vez el grado de adecuación de la física y la química, hecho posible por la simplicidad e invariabilidad de sus objetos.

Razonando a partir de estos supuestos podríamos también inferir que es lógicamente imposible que nadie pudiera alcanzar nunca un conocimiento de su propia mente que lo capacitara para formular predicciones exactas acerca de sus estados futuros; porque, incluso dejando de lado la cuestión del conocimiento de los impactos futuros del medio, la mente tendría que contener tanto un modelo tan complejo como ella misma como una agencia que extraería conclusiones. En otras palabras, una facultad semejante requeriría que una de las partes fuera tan grande como el conjunto y a la vez continuara siendo sólo una de sus partes.

Otra fuente de tremenda dificultad al formular generalizaciones sobre los sistemas de relaciones humanas (conocidos como grupos, sociedades, estados, economías, etcétera) es su ubicua fluidez. Bertrand Russell discute esta relación entre la constancia de los fenómenos y la posibilidad del teorizar científico en su *ABC of Relativity*:

> Las circunstancias sobre la superficie de la tierra, por diversas razones más o menos accidentales, sugieren concepciones que resultan ser inadecuadas, aunque hayan llegado a parecer necesidades del pensamiento. La más importante de estas circunstancias es que la mayoría de los objetos sobre la superficie de la tierra son bastante persistentes y casi estacionarios desde un punto de vista terrestre. De no ser así, la idea de realizar un viaje no sería tan definida como parece. Si se quiere viajar de King's Cross a Edimburgo, uno sabe que King's Cross estará donde siempre ha estado, que la línea ferroviaria seguirá el mismo trayecto que cuando uno hizo su último viaje, y

que Waverley Station, en Edimburgo, no se habrá trasladado al Castillo. Uno dice y piensa por consiguiente que ha viajado a Edimburgo y no que Edimburgo ha viajado a donde uno se encuentra, aunque la segunda afirmación sería tan exacta como la primera. El éxito de este punto de vista del sentido común depende de un cierto número de hechos de naturaleza realmente fortuita. Supongamos que todas las casas de Londres giraran continuamente como un enjambre de abejas; supongamos que las líneas ferroviarias se movieran y cambiaran de curso como los torrentes; y supongamos finalmente que los objetos materiales se formaran y disolvieran continuamente como nubes. No hay nada de imposible en estas suposiciones. Pero obviamente lo que llamamos un viaje a Edimburgo carecería de sentido en un mundo semejante. Uno comenzaría sin duda preguntando al taxista: «¿Dónde está King's Cross esta mañana?». En la estación habría que formular una pregunta similar acerca de Edimburgo, pero el hombre de la ventanilla replicaría: «¿Qué parte de Edimburgo busca, señor? Prince's Street ha ido a Glasgow, el Castillo se ha mudado a las Highlands y Waverley Station está sumergida en el centro del Estuario de Forth». Y en el transcurso del viaje las estaciones no permanecerían quietas, sino que algunas viajarían hacia el norte, algunas hacia el sur, otras hacia el este o el oeste, quizá mucho más rápido que el tren. Bajo estas condiciones uno sería incapaz de decir en qué lugar se hallaba en un momento determinado. En realidad, la noción de que uno está siempre en un «lugar» definido se debe a la afortunada inmovilidad de la mayoría de los objetos grandes sobre la superficie de la tierra. La idea de «lugar» es sólo un cálculo práctico aproximado: no hay nada de lógicamente necesario en ella, y es imposible precisarla.

Si no fuéramos mucho más grandes que un electrón, careceríamos de esta impresión de estabilidad, que se debe sólo a la tosquedad de nuestros sentidos. King's Cross, que nos parece tan sólida, sería demasiado basta para ser concebida salvo por unos pocos matemáticos excéntricos. Los trozos que podríamos ver consistirían en pequeños puntos de materia que nunca se tocarían entre sí, sino que girarían vertiginosamente unos en torno a otros como en una danza de *ballet*. El mundo de nuestra experiencia sería tan enloquecedor como aquel en el que las distintas partes de Edimburgo salen a pasear en distintas direcciones. Tomando el extremo opuesto, si uno fuera tan grande como el sol y viviera tanto como él, con una disminución correspondiente en la percepción, nuevamente se encontraría con un universo confuso y sin permanencia —estrellas y planetas vendrían y se irían como nieblas matinales, y nada permanecería en una posición fija con relación a ninguna otra cosa—. La noción de estabilidad comparativa que forma parte de nuestra perspectiva ordinaria se debe así al hecho de que tenemos el tamaño que tenemos y vivimos en un planeta cuya superficie no es demasiado caliente. De no ser así, no consideraríamos a la física prerelativista intelectualmente satisfactoria. En realidad, no hubiéramos inventado nunca teorías semejantes. Tendríamos que haber llegado a la física relativista de un salto, o permanecer ignorantes acerca de las leyes científicas. Afortunadamente no hemos tenido que enfrentar esta alternativa, ya que es casi inconcebible que un solo hombre pudiera haber hecho el trabajo de Euclides, Galileo, Newton y Einstein. Sin un genio increíble de esta especie, difícilmente podría haberse descubierto la física en un mundo en el que el movimiento universal hubiera resultado obvio para la observación no científica.

El pasaje anterior se ajusta bien a la situación que debemos enfrentar en el estudio de la sociedad y la cultura, indica sus dificultades puramente intelectuales y muestra hasta qué punto resultan más sencillas la física, la química o aun la biología. Sin embargo, esto no es todo, ya que podemos imaginar el triste aprieto en que se vería el científico natural si los objetos de su investigación tuvieran la costumbre de reaccionar ante lo que se dice acerca de ellos: si las sustancias pudieran leer u oír lo que el químico escribe o dice acerca de ellas y si pudieran saltar de sus recipientes y quemarlo cuando les desagradara lo que ven en la pizarra o en su cuaderno de notas. Y podemos imaginar la dificultad de probar la validez de las fórmulas químicas si, con repetirlas durante bastante tiempo, o de modo suficientemente persuasivo, el químico pudiera inducir a las sustancias a comportarse de acuerdo con ellas, con el peligro, no obstante, de que las sustancias pudieran decidir mortificarlo haciendo exactamente lo contrario. Bajo tales circunstancias nuestro químico atravesaría momentos difíciles no sólo al tratar de descubrir constantes en la conducta de sus objetos, sino que tendría que mostrarse cauteloso al hablar, a fin de impedir que las sustancias no se ofendan y lo ataquen. Su tarea resultaría aún más desesperada si los

elementos químicos pudieran analizar sus tácticas, organizarse para esconder sus secretos e idear contramedidas ante sus maniobras, todo lo cual equivaldría a la situación que tiene que enfrentar el estudioso de las cuestiones humanas.

Por otro lado, no necesitamos complicar indebidamente nuestra labor haciéndola depender de la doctrina del determinismo universal y en particular de la suposición de que la conducta humana podría ser estudiada científicamente (por ejemplo, con el propósito de descubrir constantes) sólo si no existiera algo semejante al libre albedrío[1].

No hay razones para negar la existencia de los fenómenos que conocemos sólo a través de la introspección, y muchos filósofos han señalado la imposibilidad de llevar a cabo el programa de Carnap (aceptado como un dogma por los conductistas) de traducir todos los informes sobre estados mentales a lo que él llama el lenguaje fisicalista. Yo iría todavía más lejos y afirmaría que la física misma no puede expresarse exclusivamente en lenguaje fisicalista, porque es una ciencia empírica sólo en la medida en que incluye una aserción de que sus teorías son corroboradas por la evidencia de los sentidos; y no podemos asignar ningún significado a este último término sin recurrir a un concepto del yo. Si usted pide a un físico que le informe de qué modo ha probado una hipótesis, le contestará: «Hice esto y aquello; vi eso y lo otro…». Si no le cree, y él lo invita a tomar parte en el experimento, usted dirá: «Ah, ahora veo… esto se mueve por aquí y aquello por allá… ahora veo un color o línea o lo que fuere». Así, es imposible exponer los fundamentos demostrativos de la física sin escuchar y murmurar «yo». ¿Y qué clase de significado podría atribuirse a esta palabra sin recurrir al conocimiento obtenido por medio de la introspección y sin postular la existencia de otras mentes en cuyo interior se están produciendo procesos similares a aquellos que sólo uno mismo es capaz de observar?

A fin de promover el conocimiento de la sociedad no es necesario ni siquiera aceptar los argumentos en favor de una indeterminación residual de las acciones humanas. En verdad es perfectamente legítimo dejar el juicio sobre este punto en suspenso, porque ni el determinismo ni la indeterminación pueden ser verificados como principios ontológicos y deben, por tanto, considerarse como artículos de fe metafísica. Podría probarse el determinismo sólo cuando la causa última del último hecho inexplicado hubiera sido puesta en claro; mientras que el indeterminismo sólo podría probarse demostrando más allá de toda duda que esto no ocurrirá jamás. En otras palabras, para probar el determinismo tendríamos que demostrar que algún día el conocimiento será total; y aunque sea imposible demostrar que esto no ha ocurrido o no ocurrirá en la mente de Dios, parece poco plausible que los seres humanos puedan alcanzar este punto. Más aún, puede sostenerse que la perfecta facultad de predecir es intrínsecamente imposible en relación a un sistema del cual el observador-predecidor forma parte, de modo que sus acciones (incluyendo sus predicciones) afecten a los otros acontecimientos. Como en este caso sus predicciones formarían parte de las secuencias causales que se producen dentro del sistema, podría formular

predicciones sólo si fuera capaz de predecir también sus propias predicciones, lo cual sería posible sólo en el caso de que fuera capaz de predecir las predicciones de sus predicciones… y así sucesivamente en una regresión infinita.

Afortunadamente, para proseguir nuestros estudios no necesitamos aceptar la doctrina del determinismo universal. Basta con que aceptemos que muchos fenómenos pueden ser explicados causalmente, que no todas las posibles explicaciones causales son conocidas y que es posible descubrir otras nuevas. Esto es suficiente para justificar el esfuerzo científico, pero en cuanto noción metafísica defendible, la indeterminación puede ser reformulada como la creencia (que personalmente comparto) de que los mortales no alcanzarán jamás un estadio en el que su conocimiento sea tan completo que no quede ya nada por descubrir.

Llegados a este punto, digamos unas pocas palabras sobre la debatida cuestión de si alguna de las ciencias sociales es una ciencia «real». Como es frecuente en este tipo de debates, tanto los argumentos en favor como en contra omiten la obvia verdad de que la respuesta a esta pregunta dependerá de lo que se entienda por ciencia. Si queremos decir ciencia exacta, como la física o la química, entonces ni la economía ni la psicología ni ninguna otra clase de investigación de la conducta humana es una ciencia. Pero si decidimos conferir esta etiqueta honorífica a cualquier tipo de estudio sistemático cuyo objetivo sea suministrar descripciones cuidadosas, explicaciones sustanciadas y generalizaciones apoyadas por hechos, luego podemos decir que las ramas del saber antes mencionadas son ciencias, aunque la propiedad de esta denominación dependerá de si decidimos sobre la base de sus aspiraciones o de sus realizaciones prácticas y de si miramos a sus logros más altos o a los logros promediales. De todos modos, puede demostrarse el carácter puramente verbal de este debate traduciéndolo a otro idioma, viendo cómo se desvanece en el alemán, el ruso o el polaco, o cómo se debilita en el francés o español. En Inglaterra ha provocado tantas polémicas a causa de la división particularmente rígida entre «artes» y «ciencias» en las escuelas inglesas; y porque abre buenas perspectivas en el juego de la busca y rechazo de una posición social.

Si no consideramos el determinismo universal como una base indispensable para el estudio de la conducta humana, tampoco necesitamos objetar la idea de responsabilidad personal. Muchos psicólogos critican la administración de justicia basada sobre la idea de libre albedrío y responsabilidad sin comprender que, en caso de ser válido, el determinismo se aplicaría a todos por igual: si un criminal no puede evitar cometer un crimen, entonces tampoco puede el juez evitar sentenciarlo, ni puede el verdugo evitar descuartizarlo. A menos que aceptemos que los individuos pueden adoptar decisiones y son responsables al menos por algunos de sus actos, no hay razones por las cuales debiéramos considerar cualquier acción como buena o mala, o tratar de abstenernos de causar daño a nuestros congéneres y toda exhortación moral carecería de sentido [2].

Tomada como prueba de la inexistencia de la responsabilidad, la doctrina del

determinismo psicológico excusa tanto a los partidarios del *apartheid* y los torturadores policiales del Brasil como a los extraviados delincuentes juveniles, pero en la práctica este argumento es empleado muy selectivamente de acuerdo con las simpatías o antipatías del «científico», aplicado a menudo sólo a aquellos que le suministran una gratificación vicaria de sus odios favoritos y proclividades reprimidas. En gran medida, todo se reduce al juego de suplantar a Dios por parte de psicólogos, sociólogos y sobre todo psiquiatras, quienes toman en préstamo el prestigio de la ciencia para imponer al público sus nociones morales, a menudo muy imperfectas. Como discutiré por extenso en un próximo libro, la denigración del concepto de responsabilidad, basada en el dogma indefendible del determinismo psicológico, ha contribuido eficazmente a socavar nuestra civilización.

Las dificultades metodológicas, pese a su enorme importancia, parecen triviales en comparación con los obstáculos fundamentales para el desarrollo de una ciencia exacta de la sociedad que la coloque en un plano totalmente diferente al de las ciencias naturales: a saber, el hecho de que los seres humanos reaccionan frente a lo que se dice sobre ellos. Más aún que la de sus colegas en las ciencias naturales, la posición de un «experto» en el estudio de la conducta humana se asemeja a la de un brujo que puede hacer crecer las cosechas o caer la lluvia mediante el susurro de un encantamiento. Y a causa de que los hechos de los cuales se ocupa son raramente verificables, sus clientes pueden pedir que se les cuente lo que desean escuchar y castigarán al adivino poco cooperativo que insista en decir lo que preferirían ignorar, igual que los príncipes solían castigar a los médicos de la corte que no acertaban a curarlos. Más aún, como la gente quiere alcanzar sus fines ejerciendo una influencia sobre los demás, tratará siempre de halagar, intimidar o sobornar al brujo para que emplee sus poderes en su provecho y murmure el encantamiento necesario… o al menos le diga algo agradable. ¿Y por qué debiera el brujo resistir amenazas o tentaciones cuando en su especialidad es tan difícil probar o refutar nada, si puede dar rienda suelta a su fantasía con impunidad, halagar los odios o amores de quienes lo escuchan o incluso traficar con mentiras deliberadas? Su dilema, sin embargo, surge de su dificultad para volver sobre sus propios pasos; porque muy pronto sobrepasa el punto de no retorno tras el cual se torna demasiado doloroso admitir que ha gastado años persiguiendo quimeras o, peor todavía, confesar que ha estado aprovechándose de la credulidad del público. Así, para aliviar sus dudas, sus ansiedades y culpabilidad corrosivas, se ve compelido a adoptar la política de menor resistencia, tejiendo cada vez más intrincadas telarañas de ficción y falsedad, mientras rinde un homenaje verbal cada vez más ardiente a los ideales de la objetividad y la persecución de la verdad.

Si observamos los resultados prácticos de la proliferación de científicos sociales encontramos más analogías con la función de los brujos en una tribu primitiva que con la función desempeñada por los científicos naturales y tecnólogos en una sociedad industrial. Más adelante examinaremos las extravagancias de los científicos

políticos y constructores de sistemas sociológicos, pero en un cierto sentido ellos esquivan la prueba del pragmatismo, porque es difícil hallar ejemplos de decisiones de alta política basadas en su asesoramiento. La raza que probablemente ha ejercido una influencia más profunda sobre la conducta humana es la de los psicólogos y sociólogos de la familia, quienes (especialmente en Estados Unidos) han conseguido ampliamente imponer al público sus ideas sobre la naturaleza humana, influyendo así profundamente sobre la conducta habitual.

Interpretada de un modo no evasivo, la psicología es quizá la más difícil de todas las ciencias —naturales o sociales—, aquella por medio de la cual el hombre trata de superar sus limitaciones usando la mente para comprender la mente; y donde, por consiguiente, los descubrimientos significativos son raros y deben quedar circunscritos a la esfera de lo aproximativo. La mayoría de sus cultivadores, no obstante, no desea admitir esto, y prefiere simular que habla con la autoridad de una ciencia exacta, no simplemente teórica, sino también aplicada. Para examinar la validez de estas afirmaciones quisiera proponer un criterio simple, rudo pero eficaz.

Cuando una profesión suministra servicios basados en un conocimiento bien fundado debiéramos encontrar una conexión positiva perceptible entre el número de practicantes en relación a la población y a los resultados alcanzados. Así, en un país que tiene un gran número de ingenieros de telecomunicaciones, el suministro de servicios telefónicos normalmente resultaría mejor que en un país que tiene sólo unos pocos especialistas en la materia. Los índices de mortalidad serán más bajos en países o regiones donde hay muchos doctores y enfermeras que en lugares donde éstos son pocos y se encuentran aislados entre sí. La contabilidad será llevada de modo más eficiente en países donde los contables adiestrados son numerosos que en aquellos donde los hay en escaso número. Podríamos continuar multiplicando los ejemplos, pero lo anterior basta para fijar el tema.

Ahora bien, ¿cuáles son los beneficios producidos por la sociología y la psicología? Es verdad, podría mantenerse que son ramas puramente especulativas del saber sin usos prácticos todavía, lo cual constituye un punto de vista defendible, aunque más bien impopular, ya que plantearía la cuestión de por qué tanta gente de inteligencia modesta debiera embarcarse en una cogitación abstrusa. De modo que para examinar la validez de la afirmación de que éstas son ramas altamente útiles del conocimiento, preguntémonos cuál se supone que debiera ser su contribución al bienestar de la humanidad. A juzgar por las insinuaciones de los libros de texto y cursos de formación, la utilidad práctica de la psicología consiste en ayudar a la gente a encontrar su lugar en la sociedad, a adaptarse a ella sin dolor, y para habitar en ella contenta y en armonía con el resto de las personas. Así debiéramos hallar que en países, regiones, instituciones o sectores donde los servicios de los psicólogos son ampliamente usados las familias son más duraderas, los vínculos entre esposos, hermanos, padres e hijos más fuertes y cordiales, las relaciones entre colegas más armoniosas, el tratamiento de los recipiendarios de ayuda mejor, los vándalos,

delincuentes y drogadictos menos, que en los lugares o grupos que no se valen de las habilidades de los psicólogos. Sobre esta base podríamos inferir que la tierra prometida de la armonía y la paz es, por supuesto, Estados Unidos; y que esto debiera haber ido siendo cada vez más así durante el último cuarto de siglo, en relación al crecimiento numérico de sociólogos, psicólogos y científicos políticos.

Podría objetarse que éste no es un argumento, que la causalidad funciona exactamente al revés, que es el incremento en el consumo de drogas, la delincuencia, el divorcio, los motines raciales y otros males sociales lo que crea la demanda de un mayor número de terapeutas. Puede ser; pero aun si aceptamos esta opinión, todavía parecería que la inundación de terapeutas no ha producido ninguna mejoría. Sin embargo, lo que sugiere que ellos podrían estar más bien estimulando que curando estas enfermedades es el hecho de que la aceleración en su crecimiento numérico comenzó antes que las curvas ascendentes en los gráficos de la delincuencia y el consumo de drogas. Y hay otros pequeños indicios que apuntan en la misma dirección.

Formulemos las siguientes preguntas: ¿Qué campo de actividad es el menos eficiente en Estados Unidos? ¿Y cuál es el que emplea el mayor número de psicólogos y sociólogos? La respuesta es simple: la educación. ¿Y en qué campo ha ido declinando la calidad del producto más rápidamente? ¿Y dónde se ha producido el más veloz incremento en el número de psicólogos y sociólogos? Nuevamente, en la educación. Ahora bien, si en vez de compararla con otros sectores de la sociedad comparamos la situación educacional americana con la de otras naciones, el resultado es similar. Porque, ¿dónde emplean las escuelas un número proporcionalmente mayor de psicólogos, sociólogos, y toda clase de híbridos a mitad de camino entre ellos? En Estados Unidos, resulta casi innecesario decirlo. No obstante, si juzgamos por la cantidad de conocimiento impartido (antes que por el número de diplomas otorgados) en relación a los gastos en que se ha incurrido, no puede caber duda de que las escuelas americanas son las menos eficientes en el mundo, sin excluir a los países más pobres de África o América Latina. No creo que en ningún otro lugar del mundo sea posible encontrar estudiantes que han asistido a la escuela durante por lo menos doce años y que son capaces de leer sólo con dificultad, como ocurre con frecuencia en las universidades americanas. Más aún, las escuelas han ido empeorando a la vez que el número de personal adiestrado en sociología, psicología y educación ha ido creciendo [3]. Quizá se trate de una coincidencia. Pero en ningún otro país es posible convertirse en profesor de una de las mejores universidades sin ser capaz de escribir competentemente. Y esto no incluye a personas de origen extranjero o a aquellos educados en un idioma diferente, sino a hombres y mujeres que no conocen otro idioma que el inglés americano y, sin embargo, contravienen las normas establecidas en las gramáticas americanas y emplean las palabras sin prestar demasiada atención al diccionario de Webster. ¿Y en torno a qué materias se congregan todos ellos? Inevitablemente en torno a la sociología, la psicología y la educación; y ahora cada

vez más en torno a la antropología, las ciencias políticas e incluso la historia, a medida que estas materias se vuelven más «científicas». No sería, pues, muy aventurado concluir que la decadencia en la calidad de la educación puede tener alguna relación con la expansión de las ciencias sociales, seguramente no a causa de ninguna necesidad lógica, sino debido al carácter adquirido por estas materias.

Estas tendencias no están confinadas en los Estados Unidos, y también en otros países se ha producido una decadencia de los niveles de expresión literaria en correspondencia con la expansión de las ciencias sociales. Podría resultar oportuno mencionar que un test de vocabulario aplicado a estudiantes ingleses ha revelado que los estudiantes de ciencias sociales tienen un vocabulario más limitado que cualquier otra clase de estudiantes, incluyendo ingenieros y físicos que operan más bien con símbolos matemáticos que con palabras en el curso de su trabajo. De este modo hallamos individuos que se explayan sobre los grandes problemas de la vida colectiva surgidos de la marcha de nuestra civilización sin haber aprendido a escribir correctamente en su propio idioma.

Incluso las grandes firmas han ido tornándose menos eficientes a la vez que el número de sociólogos y psicólogos empleados ha ido aumentando, lo cual, por supuesto, no prueba que ellos sean la causa del deterioro, pero arroja algunas dudas sobre su utilidad. No obstante, puede hallarse una función especial para los psicólogos (especialmente los expertos en persuasión psicoanalítica): en algunos lugares, cuando un trabajador se vuelve demasiado exigente, se lo envía a ver al psicólogo, quien empieza a desenterrar en él todo tipo de deseos homosexuales o incestuosos y deja al individuo tan preocupado que éste se olvida de sus reclamaciones salariales.

En Francia, el colapso reciente del sistema educacional fue precedido por un rápido aumento en el número de sociólogos y psicólogos; mientras que en muchos otros países parecería existir una cierta correspondencia entre la elevación en el número de consejeros familiares y psicólogos infantiles y los índices de divorcios y consumo de drogas. Es verdad que, al margen de la posibilidad de que todo esto pudiera ser una mera coincidencia, la conexión podría consistir en que la agravación de los males sociales ha estimulado la demanda de servicios por parte de los expertos, provocando así un crecimiento en su número. No obstante, una conclusión resulta insoslayable: que estos expertos no han sido de ninguna ayuda; y que no puede descartarse la hipótesis de que hayan contribuido a empeorar las cosas mediante el empleo de terapias equivocadas. Si observáramos que cada vez que la brigada de bomberos arriba, las llamas se hacen más grandes, podríamos muy bien comenzar a preguntarnos si no estarán vertiendo gasolina sobre el fuego.

En cuestiones vinculadas con la educación, las relaciones personales, la crianza de los niños, las actitudes frente al matrimonio o la amistad, la influencia de la psicología y de la sociología psicológica ha sido muy grande, especialmente en Estados Unidos, que parecerían estar tan dominados por el freudismo como Rusia lo

está por el marxismo… lo cual no significa que los fundadores fueran a aprobar lo llevado a cabo en su nombre en cada uno de estos países, especialmente cuando está ya demostrado que Marx detestaba a Rusia del mismo modo en que Freud despreciaba a Estados Unidos. En lo concerniente a los problemas centrales de la política, es dudoso que Marx haya sido tenido en cuenta por sus devotos una vez que éstos alcanzaron el poder, mientras que en los países capitalistas, los antropólogos o científicos políticos podrían ser consultados como poseedores de un cierto conocimiento especializado relativo a lugares distantes, pero no conozco ningún caso de decisiones importantes que hayan sido crucialmente influenciadas por inferencias de teorías sociológicas o politológicas… lo cual también puede haber sido para bien. Así difícilmente podríamos censurar a los científicos políticos o macrosociólogos por haber desempeñado un papel activo en provocar los males presentes del mundo y para evaluar su significación para la humanidad tenemos que limitarnos a la consideración de lo que han tratado de llevar a cabo. Si pudiéramos encontrar ejemplos de consejos o predicciones desestimadas por los hacedores de decisiones, pero que obtuvieron un gran apoyo dentro de la profesión y que a la luz de una visión retrospectiva pudieran ser vistos como correctos o al menos como más correctos que la opinión de los legos, ellos resultarían merecedores de algún respeto. Personalmente no creo que tales ejemplos existan, y si alguien conoce alguno le agradecería que me lo hiciera saber. Hay seguramente ejemplos de pensadores individuales capaces de formular predicciones asombrosamente perspicaces. Como puede advertirse en libros recientemente publicados y que recogen sus artículos, Pareto y Mosca (independientemente, al parecer) predijeron, hacia 1900, con gran detalle la naturaleza del sistema que surgiría de una implementación del programa marxista, aunque ninguno de ellos aseguró que un sistema tal llegaría a existir alguna vez. Estos fueron, pues, informes de muy largo alcance que, aunque no estrictamente deducidos, estaban, sin embargo, claramente relacionados con las teorías de sus autores. Por la misma época, Max Weber se embarcó en una predicción menos condicional, aunque también menos detallada, cuando previo una victoria de la burocracia sobre el capitalismo en el mundo occidental. Siendo a la vez un profeta y un científico, Marx tuvo muchas visiones que no resultaron verdaderas, pero ciertamente tenía razón en lo concerniente al movimiento hacia la concentración del control sobre la producción. Sin sentir ninguna inclinación hacia las evasiones mesiánicas, de Tocqueville se guardó mucho más de formular profecías, pero le fue mejor que a nadie, y apenas formuló alguna previsión que haya resultado totalmente errónea. No obstante, todos estos ejemplos, a los que podrían agregarse muchos otros, permanecen como proezas individuales de anticipación imaginativa, posibilitadas —es verdad— por una comprensión profunda de la naturaleza de la sociedad humana, pero no basadas sobre ningún cuerpo de conocimiento establecido y generalmente aceptado.

Si observamos las creencias ampliamente compartidas entre los científicos

sociales, veremos que contienen muy poco —si es que contienen algo— que pudiera atribuirse a un conocimiento profesional superior; y que, aparte de los pequeños fragmentos aislados de información verdadera, han seguido y continúan siguiendo las modas intelectuales del día: ultra patriótica en 1914, pacifista en la década del veinte, izquierdista en la del treinta, celebratoria del fin de las ideologías en la del cincuenta, partidaria de la cultura juvenil y neoizquierdista al finalizar la del sesenta. Es verdad que en muchas situaciones las opiniones de los científicos sociales sobre los puntos más importantes del momento estuvieron divididas, pero generalmente del mismo modo que entre tenderos de ultramarinos o contables… lo cual no indica que el conocimiento supuestamente profesional marcara demasiadas diferencias. En conjunto, su conocimiento de especialistas motivó escasa divergencia en relación a la opinión prevaleciente en su clase, que no es, naturalmente, la burguesía, sino la clase de los diplomados asalariados.

El propio hecho de que los estudiosos profesionales de la sociedad, la economía y la política continúen encasillándose a sí mismos y a sus colegas en la izquierda o la derecha muestra que sus categorías no son mucho más refinadas que las del hombre de la calle. Imagínese qué clase de zoología o cristalografía tendríamos si todo fuera reducido a una dimensión y se clasificara todos los objetos sólo por su tamaño o según fueran claros u oscuros o suaves o ásperos. En realidad, incluso eso resultaría mejor, porque al menos estas cualidades existen y forman un continuo, mientras que nadie ha acertado todavía a definir el significado de Izquierda y Derecha, lo cual no obsta para que la gente discuta constantemente acerca de quién está a la Izquierda o a la Derecha de quién. Igual que los uniformes y las banderas, las etiquetas simplistas de este tipo (ya se trate de Azules contra Verdes como en Bizancio, o de *Roundheads* contra *Cavaliers*[4] como en Inglaterra) son necesarias para organizar a las muchedumbres de modo que sepan contra quién luchar; pero qué clase de ciencia es ésta que se vale de la suposición de que todas las actitudes sobre todos los temas pueden ser ordenadas en una dimensión… y luego es incapaz de decidir sobre el modo de efectuar esta clasificación.

Cuando se tropieza con algo que se aproxima a la unanimidad, esto participa siempre más de la naturaleza de la cohesión de un grupo de presión que de la de un consenso basado sobre una verificación prácticamente irrefutable. Las celebraciones relativas al fin de las ideologías, por ejemplo, fueron provocadas más por el maná que comenzó a llover sobre los intelectuales americanos y sus vasallos desde las fundaciones que por razones susceptibles de ser descritas como científicas. La forma más simple de evadirse consiste siempre en no preocuparse indebidamente de la verdad y contarle a la gente lo que ésta desea oír, mientras el secreto del éxito reside en ser capaz de adivinar qué es lo que ella quiere escuchar en un determinado momento y lugar. Poseyendo un conocimiento sólo muy general y vacilante, en su mayor parte de tipo empírico, y siendo no obstante capaz de ejercer una influencia considerable con sus balbuceos, un practicante de las ciencias sociales a menudo se

asemeja a un brujo que habla con su atención puesta más en los efectos de lo que dice que en la verdadera corrección de sus propias palabras, y a continuación inventa las consabidas fábulas en apoyo de lo que acaba de decir y con el propósito de justificar su posición en la sociedad.

CAPÍTULO 3

MANIPULACIÓN A TRAVÉS DE LA DESCRIPCIÓN

Las profecías que llegan a realizarse constituyen sólo una manifestación bastante limitada de la disposición mucho más general de los seres humanos a ser influenciados por lo que se dice acerca de ellos y su medio. En el plano individual todo el mundo sabe que se puede provocar el descontento en una persona deplorando las circunstancias bajo las cuales tiene que vivir, estimular su esfuerzo por medio del elogio o desalentarlo por medio del sarcasmo; que la tranquilidad de un médico puede ayudar a la recuperación y que un padre ansioso puede volver tímido a su niño. Es verdad, los poderes de persuasión no son ilimitados y hay muchas condiciones —enfermedad, miseria o alguna otra calamidad— que ningún consuelo será capaz de aliviar; pero en innumerables casos, unas pocas palabras pronunciadas en el momento oportuno pueden resultar decisivas.

El impacto de la palabra sobre la formación del carácter ha sido reconocido por los primeros escritores que se ocuparon de la educación, así como por los psicoanalistas más recientes, y está consignado en toda clase de proverbios y sentencias populares. Excluyendo las deformidades congénitas, la gente puede cobrar confianza en sí misma y volverse osada si se le dice repetidamente que es fuerte y capaz, que está desempeñándose bien y que podría fácilmente acometer tareas más importantes.

O puede perder la esperanza y la confianza en sí misma si se le repite con frecuencia que es tonta, torpe o carece de suerte. Si convencemos a alguien de que no tiene la aptitud necesaria para aprender un idioma o matemáticas, o incluso para aprender a conducir, nunca adquirirá estas habilidades, al margen de lo infundado que nuestro diagnóstico podría haber sido en el momento de su aceptación. Si se conduce a alguien a creer que puede asegurar el éxito de su esfuerzo contratando un mago o un psicoanalista o un experto en ordenadores, así lo hará, sin prestar atención al hecho de si existe algún vínculo causal entre las actividades de estos especialistas y los objetivos deseados.

Lo mismo resulta verdadero en el plano colectivo. En un país donde nadie cree ser capaz de triunfar en los negocios, la industria y el comercio caerán en manos de extranjeros, a menos que se los ponga bajo control del Estado. O bien, para poner otro ejemplo, si probamos que la idea de que «la honestidad es la mejor de las políticas» carece de fundamento, eliminaremos un incentivo importante para la honestidad. Si convencemos a los súbditos de que el poder de su dirigente es irresistible, abandonarán toda idea de rebelión, mientras que propagando la opinión de que la revolución es inminente y triunfará con seguridad podríamos crear una de las condiciones necesarias para su estallido. Los políticos, generales y directores

naturalmente siempre han estado al tanto de esta conexión, han estimulado la difusión de ideas exageradas acerca de su poder y han tratado de fijarlas en la plebe con la ayuda de la pompa que rodea a las funciones de gobierno.

La creencia de que el enemigo es más fuerte puede debilitar la resolución de luchar y provocar una derrota. Es cierto que la fe puede no ser bastante para alcanzar la victoria, pero habitualmente es una de sus condiciones necesarias. Por esta razón, todos los gobiernos en guerra han censurado la información desalentadora, castigado a los «derrotistas», propagado el optimismo entre su pueblo y diseminado noticias deprimentes entre las filas enemigas. Una situación de guerra, sin embargo, es sólo la ejemplificación extrema de la dependencia general del resultado en relación a las esperanzas de aquellos que están tratando de provocarlo o evitarlo.

Como puede observarse en cada campaña electoral, la tendencia humana bien conocida a seguir la corriente victoriosa suministra un incentivo para la manipulación de creencias acerca de las perspectivas de las facciones contendientes y para ejercer presiones sobre los comentadores. Naturalmente, el poder de influenciar la conducta mediante la formulación de informes descriptivos no se limita a la política; y se ha argüido que el Informe Kinsey contribuyó a propagar el adulterio, la promiscuidad y la perversión al revelar a aquellos que de otro modo podrían haber tratado de resistir a la tentación, que si sucumbían a ella se encontrarían menos solos de lo que habían pensado, así que no había razones para que se sintieran monstruos o proscritos. De modo similar, un criminólogo que informa al público sobre cuántos crímenes permanecen sin descubrir puede estar alentando a potenciales transgresores de la ley. Incluso teorías puramente académicas tales como las interpretaciones de la naturaleza humana han tenido profundas consecuencias prácticas cuando se les ha dado difusión suficiente. Si persuadimos a la gente de que la ciencia ha descubierto que los seres humanos están motivados sólo por el deseo de obtener ventajas materiales, tenderá a vivir de acuerdo con esta suposición y habremos socavado su disposición a sentirse afectada por ideales impersonales. Al propagar la idea opuesta podríamos acertar a producir un número mayor de idealistas, pero también podríamos ayudar a los explotadores cínicos a encontrar víctimas fáciles. Incidentalmente, este tema específico resulta de la mayor importancia en la actualidad, ya que parece que la desorientación moral y el nihilismo fanático que afligen a la juventud moderna han sido estimuladas por las modalidades hoy corrientes de sociología y psicología, con su inclinación a pasar por alto los logros más estimulantes y a concentrarse en torno al triste término medio o aún lo subnormal[5]. Cuando los psicólogos, usurpando fraudulentamente la gloria de las ciencias exactas, rehúsan estudiar todo excepto las formas más mecánicas de la conducta —a menudo tan mecánicas que incluso las ratas no tienen posibilidades de mostrar sus facultades más altas— y luego presentan sus descubrimientos, triviales en su mayoría, como la representación verdadera de la mente humana, inducen a la gente a verse a sí misma y a los demás como autómatas, desprovistos de responsabilidad o dignidad, cosa que difícilmente podría dejar de

influir sobre el curso de la vida social. Al interpretar cada manifestación de sentimientos cordiales entre personas del mismo sexo como homosexualidad latente, los psicoanalistas (para dar otro ejemplo) han degradado y poco menos que destruido el concepto de amistad y contribuido enormemente al doloroso aislamiento del hombre moderno. Más adelante volveré sobre las manías y flaquezas de la psicología, pero lo que nos interesa por el momento no son los méritos heurísticos de los diferentes enfoques, sino el hecho de que las concepciones metodológicas aparentemente puras sean capaces de modelar la realidad: hasta un punto tal que pueden tornarse verdaderas al cambiar la realidad que simplemente debieran limitarse a describir y analizar. Así, cada descripción de la conducta humana en alguna medida se transforma en una descripción persuasiva tan pronto como sus objetos consiguen ponerse en contacto con ella.

Como saben todos los lectores atentos de periódicos, los gobiernos siempre tratan de facilitar el éxito de su política o sus movimientos organizando a la denominada opinión pública. Menos conocido resulta el hecho de que, pese a sus declaraciones de objetividad, muchos (si no la mayoría) de los científicos sociales se sienten ansiosos de resultar de alguna utilidad para la realización de este objetivo. Debemos recordar, sin embargo, que esta clase de servicio puede ser prestado no sólo a las instituciones, sino también a todo tipo de movimientos revolucionarios y de oposición.

La oscuridad no perjudica necesariamente la aptitud de una doctrina para inducir o fortificar ciertas actitudes, mientras que de hecho puede ayudar a inspirar temor y obediencia al «deslumbrar a la gente con la ciencia». Los impactos políticos divergentes de la teoría económica clásica, por un lado, y el marxismo por otro, ilustran acabadamente la forma en que esto ocurre.

La teoría marxista de la plusvalía es totalmente inútil para explicar o predecir los movimientos de los precios y se reduce a una formulación indirecta y oscura de un juicio estrictamente ético sobre los méritos de la distribución de la riqueza en el sistema capitalista, lo cual suministra una apoyatura seudocientífica al sentimiento de los trabajadores (bastante a menudo perfectamente justificable) de que están siendo despojados de los frutos de su trabajo. Con toda seguridad, muchas personas antes que Marx (como Simonde de Sismondi, Robert Owen, Fourier y Proudhon) han deplorado el maltrato de los obreros y la explotación del pobre por parte del rico; pero lo hicieron en términos morales, sin una prueba «científica» y por consiguiente no podían contrarrestar de ningún modo las afirmaciones «científicas» de los economistas clásicos en el sentido de que el precio del trabajo está determinado por las leyes de la oferta y la demanda, donde la premisa crucial pero no formulada consistía en que era justo que la gente no recibiera ni más ni menos de lo que pudiera obtener mediante sus negociaciones en el mercado. Más aún, al pretender haber probado que los salarios obreros no pueden elevarse sobre el mínimo de subsistencia, la rígida Ley de Salarios de Ricardo ayudó a aliviar las conciencias de los ricos, poco inclinados a compartir sus beneficios y a persuadir a los trabajadores de que su

destino era inevitable, y que en consecuencia carecía de objeto luchar contra él. El mensaje de Marx, como es de todos sabido, fue el exactamente opuesto: a saber, una prueba «científica» de que el sistema odiado sufriría el colapso. El punto ético esencial acerca de si la gente era tratada con justicia fue reemplazado por dos pruebas seudocientíficas: mientras el sistema conceptual de Ricardo descartó la explotación por definición, Marx probó su ubicuidad mediante una larga cadena de confusos y oscuros argumentos, valiéndose de la teoría del valor del trabajo de los economistas clásicos para mostrar que el provecho y la renta eran productos de un robo.

Entre los numerosos ejemplos de cómo las interpretaciones de la realidad social afectan a la conducta real, podemos considerar la formación de opiniones sobre el carácter de grupos e instituciones. Si los miembros ordinarios llegan a convencerse de que sus líderes son delincuentes, cobardes o tontos, sus acciones diferirán radicalmente de lo que serían si estuvieran persuadidos de que estos líderes son hombres sacrificados, de gran coraje e inteligencia. Inversamente, la conducta de los líderes dependerá en alguna medida de la imagen popular de su cargo, la cual determinará si éstos se desempeñan con la dignidad con que se espera que lo hagan, o si por el contrario carecen de una reputación que preservar. Pueden hallarse ilustraciones concretas de este punto en *Parasitism and Subversion*, donde he tratado de analizar el impacto de estas nociones en la política latinoamericana. Las actitudes de la mayoría hacia la minoría y viceversa estarán también considerablemente determinadas por las «imágenes» recíprocas, que pueden ser influenciadas por revelaciones o encubrimientos de verdades así como por exageraciones y mentiras. Por consiguiente, todo comentario sobre estos asuntos es una invitación a la interferencia que se formula a los adversarios en la escena política.

O si se quiere otro ejemplo de cómo las opiniones sobre la eficacia relativa de los factores causales puede ser de considerable importancia práctica, piénsese en la teoría de la historia como conspiración. Claramente, si uno busca conspiradores debajo de cada cama, su interpretación de los acontecimientos pasados y presentes será muy diferente de lo que podría imaginarse si se considerara cada sospecha de que hay una conspiración en marcha como un síntoma inequívoco de una paranoia aguda. En principio, el papel de las conspiraciones en la política parece ser una cuestión puramente empírica que podría resolverse mediante una investigación de evidencias, sin tener que decidir sobre si la conspiración es en sí un hecho positivo. No obstante, casi todas las discusiones sobre este problema teórico suscitan grandes pasiones, porque las distintas respuestas habitualmente conducen a posturas divergentes acerca de las cuestiones políticas del momento; especialmente ya que una respuesta afirmativa sobre el punto de la importancia general de las conspiraciones plantea el interrogante específico de dónde hallarlas en un momento dado. Más aún, los conspiradores, si existen, hallarán su tarea facilitada si el público ha sido convencido por psicólogos ingenuos o malintencionados de que imaginar una conspiración constituye una prueba de insania; mientras que los órganos de «seguridad» del estado

tienen un interés particular en exagerar los peligros de infiltración y subversión.

Aun cuando los intereses creados no se vean afectados, los verdaderos descubrimientos pueden ser recibidos con entusiasmo o criticados con vehemencia simplemente porque sirven u ofenden a los prejuicios corrientes, incluso si éstos no están basados más que en la pura inercia mental, ya que la mayoría de la gente odia oír aquello que podría obligarla a pensar nuevamente. El deseo elegante de novedades no plantea una diferencia básica, porque sólo conduce a una búsqueda de innovaciones superficiales que no requieren un esfuerzo mental. Como veremos después, ésta es la razón de que las innovaciones puramente verbales ganen popularidad tan rápidamente.

Naturalmente, la inercia mental no está confinada a los estudiosos de las cuestiones humanas y a la mayoría de los tecnólogos y científicos naturales también les molesta tener que volver a pensar sus ideas y les agradaría suprimir las innovaciones que devalúan un conocimiento penosamente adquirido. Como la historia de la ciencia muestra sobradamente, muchos de sus cultivadores lograron hacer precisamente eso con bastante éxito, pero hoy la demanda de la industria y las fuerzas armadas hace más difícil (aunque no imposible) suprimir una innovación técnica útil. Las ventajas que pueden obtenerse mediante la información errónea son menores en este campo, ya que el control de la naturaleza sólo puede alcanzarse mediante la adquisición de un conocimiento verdadero, en tanto que la gente puede ser manipulada a través de encantamientos, lavados de cerebro y diseminación de falsas creencias. Más aún, nuestras actitudes hacia otra gente llevan una carga emocional mucho mayor que nuestras actitudes frente a las cosas; y por consiguiente nos perturba mucho más averiguar que una persona (o un grupo) que nos provoca emociones vivas no era lo que pensábamos, que tener que revisar nuestras convicciones acerca de la naturaleza de algunos objetos materiales. Incluso cuando se trata del problema de algún efecto personal de valor, es improbable que un hombre reaccione con igual vehemencia ante alguien que señale defectos en su casa, su coche, o incluso su caballo o su perro, que ante alguien que practique un ejercicio similar con relación a su esposa, su hijo, su padre, su profesión o su país.

La dificultad de verificar las afirmaciones sobre las relaciones humanas deja un amplio campo a los designios ulteriores y garantiza la inmunidad a los proveedores de falsa información. Un científico político o un economista difícilmente admitirán que su opinión o asesoramiento era equivocado, ya que siempre serán capaces de encontrar algún argumento para justificar su error. Después de todo, incluso si lo ocurrido a la gente que actuó fiándose de su diagnóstico o recomendación fue bastante desastroso, nunca puede demostrarse concluyentemente que las cosas no hubieran resultado peores en caso de adoptarse una política diferente. Tampoco puede demostrarse concluyentemente que el consejo fue implementado correctamente y no mal comprendido o mal aplicado. Por ejemplo: prácticamente todos los historiadores censuran a Neville Chamberlain y Daladier por el acuerdo de Munich con Hitler, pero

¿quién podría demostrar que, en caso de haberse rechazado este acuerdo las cosas hubieran resultado mejor? Sólo podemos formular conjeturas. Más aún, la imposibilidad de verificación expone a todo aquel que expresa una opinión sobre cuestiones políticas a acusaciones de ignorancia, negligencia o mala voluntad no siempre fáciles de refutar. Cuando durante la era de McCarthy los sinólogos del Departamento de Estado perdieron sus puestos a raíz de haber aconsejado a Truman en contra del envío de tropas para ayudar a Chiang Kai Shek, no tuvieron forma de probar que su consejo era acertado; cosa que sólo hubiera sido posible demostrando que las consecuencias del curso contrario de acción hubieran sido todavía peores, conclusión perfectamente defendible a la luz posterior de la guerra en Vietnam y el enfrentamiento entre China y Rusia. Dada la imposibilidad de probar nada, los asesores no pudieron librarse de las acusaciones de haber obrado de mala fe, acusaciones que (para complicar todavía más las cosas) podrían haber resultado justificadas en algunos casos. No puede sorprender, por tanto, que en cuestiones semejantes la gente prefiera adoptar criterios evasivos.

El ejemplo precedente puede no ser representativo de las dificultades con que tropiezan los científicos sociales, entre los cuales sólo una minoría se preocupa por los temas igualmente escabrosos y fascinantes de la alta política. No obstante, incluso los estudiosos de la sociedad no comprometidos políticamente se ven en dificultades con los gobiernos dictatoriales. En países más democráticos los poderes de turno prefieren usar la zanahoria antes que la estaca, aplicando el método bien descrito por aquel proverbio zulú que dice que «un perro con un hueso en la boca es incapaz de ladrar». Sin embargo, aun sin presiones por parte de políticos, capitalistas o burócratas, el deseo de popularidad puede minar la independencia de pensamiento e inducir a una conformidad expectante. La ortodoxia así obedecida no necesita ser la impuesta por los círculos del poder y puede igualmente identificarse con la línea decretada por un partido subversivo. De todos modos, vengan las presiones de donde vengan, un estudioso de la sociedad no consagrado a la divagación y los subterfugios timoratos tiene pocas probabilidades de que lo dejen en paz como a sus colegas de las ciencias naturales. Y como no todo el mundo es capaz de soportar una lucha inacabable en defensa de la integridad intelectual, la mayoría de los científicos sociales tienden a orientarse hacia problemas, métodos y conclusiones que, aunque estériles, es menos probable que provoquen el desagrado de los potentados o la opinión pública. Motivados por un afán de seguridad, a veces van más allá de lo necesario al dejarse arrastrar por las tendencias prevalecientes.

Cuando se escucha hablar informalmente a los cultivadores de la investigación económica y social, se descubre con facilidad que no sólo son plenamente conscientes de las presiones antes mencionadas, sino que además las toman muy en consideración al programar todo lo que van a estudiar, escribir o decir. Esto, sin embargo, sucede en el plano de las necesidades prácticas y cotidianas, en tanto que ni sus pronunciamientos *ex cathedra* ni sus publicaciones mencionan jamás que estas

presiones podrían influir sobre el grado de seriedad de los resultados de la investigación social y sobre las posibilidades de que ésta alcance alguna vez el nivel de objetividad y seriedad de las ciencias naturales.

Para resumir: la propensión de las personas objeto de investigación a reaccionar frente a lo que se dice sobre ellas crea tres clases de obstáculos para el desarrollo de las ciencias sociales. El primero es de carácter metodológico y consiste en las dificultades que rodean a la tarea de verificar proposiciones que pueden influir sobre los hechos que ellas se proponen simplemente describir y analizar. La segunda clase de impedimento surge de las presiones sobre la dirección de la investigación y la difusión de sus resultados, motivada en primer lugar por la certeza de que lo que se dice podría influir sobre lo que ocurrirá; y en segundo lugar por el deseo de los potentados o de las masas de oír lo que desearían oír. La confusión provocada por los dos factores antes mencionados produce la tercera clase de limitación bajo la forma de amplias oportunidades para escabullirse con falsedades y criptopropaganda.

Los capítulos siguientes intentar analizar de qué modo funcionan estas tres clases de impedimentos, pero antes de proseguir desearía ofrecer unas pocas sugestiones metodológicas sobre la forma en que los efectos negativos o positivos podrían ser tomados en cuenta al evaluar la validez de las hipótesis. El primer punto consiste en que la incapacidad de los muertos para responder a lo que se dice sobre ellos realza el valor de la retrodicción en comparación con la predicción como prueba de la validez de las hipótesis. Más aún, al no tener que considerar las reacciones de sus objetos, los historiadores disfrutan de una libertad mayor para dejarse guiar por criterios puramente cognoscitivos, lo cual explica, creo, por qué (especialmente durante las dos últimas décadas) los escritos históricos han superado holgadamente en calidad a las publicaciones más aplaudidas de sociología y ciencias políticas. Como dice S. R. Elton en *The Practice of History*:

> El futuro es oscuro, el presente oneroso; sólo el pasado, muerto y acabado, tolera la contemplación. Quienes lo contemplan le han sobrevivido: son su producto y sus vencedores. No debe sorprender, por tanto, que los hombres se interesen en la historia.

Otro principio metodológico que surge de los argumentos anteriores es que, cuando se examina la evidencia empírica de una teoría, predicción o diagnóstico aparentemente confirmado por hechos posteriores, debemos tomar en cuenta los posibles efectos sobre estos hechos de la enunciación y difusión previas de la información en cuestión. Esto quiere decir, en primer lugar, que debemos tratar de averiguar si los involucrados en provocar estos hechos conocían esta información y creían en su validez. Si tomamos, por ejemplo, la más acertada de las predicciones de Marx —a saber, la llamada Ley de Concentración Industrial—, podemos confiadamente asegurar que su corroboración no tiene nada que ver con la autorrealización: que la tendencia histórica, perfectamente demostrada, que esta teoría describe y que continúa aún en nuestros días, no podría haber sido motivada o

mantenida por el enunciado y difusión de esta teoría; ya que probablemente ningún creador de imperios industriales tomó nota de lo dicho por Marx (esto en el supuesto caso de que hubiera oído hablar de él), y en todo caso no se trataba de la clase de gente capaz de dejarse arrastrar por las doctrinas abstractas. Por otro lado, los intelectuales y proletarios que creyeron en Marx no tuvieron parte en la gestación de las decisiones que acumulativamente produjeron la tendencia hacia la concentración que convertiría en realidad esta profecía particular.

En contraste con el ejemplo precedente, las previsiones de Marx acerca de las luchas de clases contuvieron un elemento de autorrealización (aunque de hecho han resultado sólo parcialmente verdaderas), ya que en este caso muchas de las personas cuyos actos contribuyeron a provocar los hechos creyeron en la teoría que estos hechos han venido a corroborar parcialmente. En realidad, el laberinto de relaciones causales fue bastante más complicado, porque puede argüirse que otros grupos e individuos, que conocían la teoría pero no la consideraban como predestinada a convertirse en realidad, deliberadamente se consagraron a demostrar su falsedad emprendiendo reformas y campañas de propaganda destinadas a eliminar las condiciones de su realización. De este modo parece que esta teoría ha tenido un efecto de autonegación y otro de autorrealización y es imposible determinar cuál de ellos tuvo una gravitación más decisiva.

Puede encontrarse también una propiedad de autonegación en muchas situaciones más simples: por ejemplo, si yo dijera a alguien que lo apuñalaré mañana por la noche, cuando esté durmiendo, mi predicción perdería toda su probabilidad en el momento mismo en que se la comunicara. A la vista de estos efectos de autonegación y autorrealización, la única manera de ensayar predicciones en las ciencias sociales con el mismo rigor con que se las verifica en las ciencias naturales es asegurarse de que nadie se entere de ellas. O mejor todavía, escribirlas, meterlas en un sobre sellado, no informar a nadie sobre el asunto… y aguardar hasta el día de su realización o insertar una cláusula en el testamento para que eventualmente se proceda a la apertura del sobre. Afortunados astrónomos… que no necesitan recurrir a estas triquiñuelas para averiguar si sus predicciones estaban o no justificadas.

Los problemas de esta clase tienen una significación no sólo teórica, sino también práctica. Por ejemplo: en la discusión sobre la eficacia de la política antiinflacionaria inspirada por la economía keynesiana se ha argumentado que ésta ya no funciona porque los hombres de negocios ya no responden a las modificaciones en las tasas de interés bancario en la forma en que solían hacerlo en los días de Keynes, ya que hoy saben que su elevación no es el augurio de una depresión, sino un gambito promovido por el gobierno y que será revocado tan pronto como asome en el horizonte el más ligero indicio de una depresión real. Los efectos de autonegación y autorealización han sido discutidos también en relación a los problemas de estrategia y especialmente en relación a la cuestión de si la disuasión atómica sirve para disuadir, y en caso de ser así, a quién, cómo, cuándo y de qué. En cuanto a la

metodología de las ciencias sociales, parece demostrado que, sin tomar este factor en consideración, continuará operando en el plano de la pontificación irreal, a pesar del alto grado de refinamiento que sus técnicas estadísticas sean capaces de alcanzar.

CAPÍTULO 4

CENSURA A TRAVÉS DE LA PRODUCCIÓN EN SERIE

Una vez que una actividad se ha convertido en una profesión —es decir, en una forma de ganarse la vida—, los aficionados desinteresados tienden a ser totalmente desbordados por los cultivadores guiados ante todo, si no exclusivamente, por las motivaciones habituales del mercado, que comúnmente se reducen al deseo de obtener el máximo provecho con el menor costo posible. En otras palabras, tan pronto como se pone de manifiesto que hay dinero de por medio, la posibilidad de vender los bienes, antes que su excelencia intrínseca, se convierte en el criterio dominante. De aquí que se preste atención a la calidad de los bienes sólo en la medida en que los compradores se interesan por ella, son capaces de juzgar y están dispuestos a pagar. Sólo bajo tales circunstancias la honestidad resulta la mejor política y la eficacia de las campañas de propaganda muestra qué lejos nos hallamos de esta situación ideal incluso en el plano de las comodidades ordinarias. No obstante, en el caso de los productos de utilidad obvia y fácilmente verificable, la resistencia de los consumidores impide un deterioro ininterrumpido de la calidad. Aunque pueda ser fácilmente engañada en cuestiones más difíciles, la gente no comprará un detergente que no limpia la suciedad o cuchillos y tenedores que se rompen en cuanto se los usa, en tanto que con los productos que no sirven como instrumentos para un propósito claro y definido no hay límite natural para la chapucería, particularmente cuando los cánones del gusto pueden ser manipulados por los intereses creados.

Las técnicas de la producción en serie tienen una tendencia intrínseca a hacer descender todo (aunque también a elevarlo) a un cierto nivel promedial, lo cual podría no importar (o podría incluso traer beneficios) cuando afecta a objetos utilitarios vulgares como paraguas, bolsos de compras o incluso coches, pero que produce estragos en los ámbitos de cultura superior, ya que sólo una pequeña minoría es capaz de apreciar los méritos de las obras intelectuales o artísticas más complejas, mientras que pocas personas resultan incapaces de juzgar sobre la calidad de las distintas marcas de máquinas de lavar o automóviles. Debido a la distribución del potencial innato a lo largo de la curva de distribución estadísticamente normal, la mayoría de la gente no es capaz de llegar a comprender (y no digamos de crear) las verdaderas contribuciones al conocimiento y por consiguiente, el mercado para las publicaciones que las engloben puede llegar a convertirse en el más atractivo desde un punto de vista comercial.

En el pasado a menudo un aumento en el número de gente que leía libros ha estimulado el progreso intelectual porque, en condiciones idénticas, un público lector más amplio contendrá un número mayor de individuos específicamente dotados en

cualquier dirección determinada; y podría, por tanto, ofrecer un mercado para libros con un atractivo especial, que no podrían haber sido publicados si el mercado total hubiera sido menor. Si se carece de subsidios, por ejemplo, será más fácil publicar un libro sobre notación musical bizantina en inglés que en finés. De este modo, un mercado más amplio permite, en condiciones idénticas, una mayor variedad de productos. Infortunadamente, sin embargo, entre los factores no idénticos están las economías de escala en la industria editorial que, al igual que en otras industrias, promueven una tendencia hacia la estandardización. Como los grandes beneficios están en los *best-sellers*, los editores tienen un interés obvio en lo mediocre; puesto que, ¿en qué consistiría la ventaja de invertir grandes sumas en promocionar un autor que resulta demasiado difícil para la inteligencia media (o se halla incluso ligeramente por encima de ella)? Y mientras mayores son las sumas involucradas, más poderoso resulta el incentivo para dirigirse al común denominador más bajo.

A riesgo de apartarme de la cuestión de las ciencias sociales, debo consignar aquí unas pocas palabras sobre la industria cinematográfica, que suministra quizá la mejor ilustración de la relación inversa existente entre el costo y la calidad, con el resultado de que todas las películas muy caras son triviales… lo cual no significa, por supuesto, que las baratas no puedan ser triviales también. Más aun, aunque sea posible destacar el nombre de unos pocos autores cuyas retribuciones podrían atribuirse a un talento incomparable, la vasta mayoría de las estrellas de cine podrían ser reemplazadas por centenares, si no millares, de segundas figuras capaces de representar sus papeles tan bien como ellas, si no mejor. La pródiga remuneración de las estrellas de ningún modo refleja la escasez de talentos de este tipo, sino que forma parte de la promoción de ventas. Se les paga tanto dinero a fin de conferirles un aura ante los ojos de un público crédulo, quien inmediatamente supone que alguien que gana tanto dinero debe ser digno de ver. Saber quién, entre los miles de aspirantes igualmente elegibles, será lanzado hacia el estrellato, puede ser una cuestión de azar, o de talento para la adulación y la intriga, o de eficacia para suministrar gratificaciones homo o heterosexuales a directores y gerentes; pero tan pronto como se ha invertido una gran suma de dinero en la imagen de un actor, éste adquiere un poder de negociación independiente, como propietario de un nombre capaz de atraer a los rebaños de mirones. Muchos de éstos se asemejan tanto a los perros de Pavlov que, una vez que se les ha persuadido de que alguien es divertido, reirán inmediatamente cada vez que él diga algo, sin importarles si lo que dice carece de toda gracia. Este tipo de condicionamiento de los televidentes ha sido facilitado últimamente por la triquiñuela de reproducir risas grabadas en cintas magnetofónicas en los momentos que los directores de escena estimen apropiados, de modo que los crédulos televidentes boquiabiertos son inducidos a reírse al ser convencidos de que miles de personas se hallan altamente entretenidas. La influencia degradante de la producción en gran escala explica el hecho de que las mejores películas hayan sido realizadas por equipos pequeños y en años recientes la mayoría en países como Italia, Japón y Polonia,

cuyos idiomas limitan el mercado; mientras que Hollywood, el centro más importante, no ha producido ninguna verdadera obra maestra y muy pocas películas de una calidad incluso moderadamente digna. La necesidad de dirigirse a las proclividades más vulgares, dictada por la magnitud de las operaciones, explica también la influencia perjudicial de la televisión sobre los niveles estéticos e intelectuales.

Lo mismo resulta verdadero en relación a los libros; y uno de los métodos más seguros de averiguar qué es lo que no vale la pena leer consiste en repasar las listas de *best-sellers* repentinos, cuya calidad se deteriora a medida que las sumas de dinero involucradas aumentan y las técnicas de publicidad se perfeccionan. Los agentes de publicidad tienen intereses creados en la estupidez porque les resulta remunerativo centrarse sobre la sección menos crítica del público, que puede ser embaucada con la mayor facilidad. Más aún, como se supone que será la gente crédula quien probablemente traiga los primeros dividendos de los gastos de publicidad, va en el propio interés de la industria publicitaria promover la credulidad y propagar la idea de que rehusarse a seguir servilmente la última novedad revela tendencias neuróticas o antisociales. Aquellos que razonan demasiado son descritos por las comunidades de masas como intelectuales chiflados, dado que el cliente más estimado es un *snob* semieducado, conformista y consumista, que no se cansará nunca de adquirir bienes estandardizados. Las tendencias inherentes de la publicación en gran escala y la promoción de ventas ejercen también una fuerte influencia degradante sobre la calidad de los productos de investigación, a menos que (como en las ciencias exactas relacionadas con la tecnología) las necesidades prácticas impongan niveles rigurosos.

Especialmente en Estados Unidos, las técnicas empleadas para lanzar a la fama a novelistas o periodistas sensacionalistas ha llegado a aplicarse para promocionar a toda clase de escritores mediocres en el campo de las ciencias sociales. También aquí encontramos anuncios hiperbólicos describiendo perogrulladas como descubrimientos revolucionarios, presiones sobre (y adulación hacia) los editores responsables de decidir qué es lo que se va a comentar y por quién, ablandamiento de críticos por medio de cócteles y cenas (con posibilidades de represalias oscuramente insinuadas), propagación de rumores acerca de los ingresos fabulosos de los genios en cuestión (destinados a impresionar a lectores acostumbrados a juzgarlo todo en relación al dinero), y revelaciones sobre sus conexiones con los círculos dorados del poder y la riqueza. Los efectos más embrutecedores de este estado de cosas surgen de la preferencia comercial por publicaciones que ni requieren mucho esfuerzo mental ni ofenden ningún prejuicio generalizado y no obstante poseen un atractivo sensacionalista: en síntesis, el material con que se fabrican los *bestsellers* repentinos.

Algunos vendedores americanos llegan al extremo de tentar a los enseñantes con promesas de una recomendación laboral de un autor influyente, o una beca, a cambio de prescribir el libro de texto del autor en cuestión a sus estudiantes. Inversamente, al recomendar un libro que critica a los fantasmones académicos del momento, un

enseñante incurre en el riesgo de ser totalmente ignorado a la hora de proceder al reparto de designaciones, promociones o fondos para la investigación… o por lo menos hasta que el cotarro académico se vea atacado por los estudiantes «revolucionarios» y los académicos más jóvenes. Aunque, debido a su inclinación al irracionalismo y la intolerancia, éstos no marquen un progreso sensible en relación a los antiguos manipuladores, el choque de dos ortodoxias opuestas podría dejar más espacio al libre pensamiento que cuando una de ellas reinaba sin oposición.

El progreso, especialmente en una rama de la enseñanza que se presta tanto a manipulaciones propagandísticas, demanda una libre circulación de ideas entre los estudiosos genuinamente dedicados a la persecución de la verdad. Y éstos, incluso en las profesiones académicas, constituyen una minoría. Por consiguiente, cualquier forma de concentración de control sobre la producción y difusión del conocimiento debe impedir el progreso del conocimiento, al margen de que este control se halle en manos de autoridades públicas o de intereses comerciales.

La concentración de la industria editorial impone la conformidad no sólo porque reduce el número de posibilidades para un autor y las posibilidades de competencia entre ellos, sino también porque el aumento de tamaño trae aparejada la burocratización, con su bien conocida tendencia a desalentar opiniones heterodoxas. Un pequeño editor independiente puede intentar todo aquello que le pase por su imaginación mientras esto no le conduzca a la bancarrota, mientras que en una casa importante la decisión será adoptada por un comité o una serie de comités con la ayuda de los expertos «profesionales», todo lo cual normalmente lleva a dar preferencia a lo «seguro» antes que a lo original, para no mencionar lo iconoclasta. Esto resulta especialmente verdadero en el caso de las casas editoriales que son propiedad de otros intereses comerciales, cuyo sólo criterio es el beneficio, donde no hay cabida para los vuelos de la inspiración o la fantasía. No es sorprendente, en consecuencia, que (al menos en el campo de las ciencias sociales) los catálogos de los editores más importantes exhiban una deprimente monotonía; y que habitualmente se pueda observar una declinación en la calidad a medida que la firma se expande. Los académicos interesados en la libertad de pensamiento debieran tratar de contrarrestar la tendencia hacia la concentración en la industria editorial, favoreciendo (dentro de los límites de la honestidad) a los pequeños editores al escoger los libros de texto para sus estudiantes. Otra norma útil podría ser no comprar o recomendar nunca nada anunciado con prodigalidad.

A fin de que algunos lectores no salten a la conclusión de que todo estaría bien con que sólo pudiera eliminarse la motivación comercial, me apresuro a agregar que el mercado (siempre que no se encuentre bajo un control monopolístico) a menudo constituye la principal (y a menudo incluso la única) defensa contra una ortodoxia impuesta por una maquinaria burocrática; porque en una gran masa de lectores siempre habrá algunos que (aunque no sea más que por puro aburrimiento) preferirán leer algo un poco diferente, de modo que un pequeño editor puede lograr un beneficio

razonable mediante la satisfacción de este deseo. Cuando el provecho no importa y las decisiones acerca de lo que se va a publicar dependen solamente de las camarillas políticas, nadie encuentra incentivos para arriesgarse a incurrir en el disfavor de los poderes que sean, imprimiendo obras polémicas (y no digamos iconoclastas). Para ver esto basta con observar las publicaciones gubernamentales incluso en la mayoría de los países liberales, o las publicaciones de las distintas agencias de las Naciones Unidas, que pueden consultarse en busca de datos estadísticos inocuos, pero que encubren todos los problemas importantes con la verborrea de las relaciones públicas. U observar las editoriales universitarias: muchas de ellas cumplen una función útil al publicar obras eruditas demasiado esotéricas para resultar rentables; pero ¿han publicado alguna vez un libro iconoclasta sobre asuntos de interés común? Podrían estar en lo cierto al no considerar esto como tarea suya, pero alguien debe hacerlo si se quiere que el pensamiento libre sobreviva; y ya que las firmas muy importantes, con sus intereses excluyentes en las ediciones en serie, invariablemente tienden hacia el común denominador más bajo, los pequeños editores comerciales permanecen como el único bastión de la libertad.

Que una liberación de las presiones comerciales puede ser una bendición dudosa lo muestra también el hecho de que muchas de las denominadas revistas especializadas pueden subsistir gracias a suscripciones de bibliotecas automáticamente renovables aun cuando nadie las lea. La ausencia de la necesidad de despertar algún tipo de interés ha eliminado todas las trabas en cuanto a la cantidad de vacuidad y tedio que puedan encerrarse entre sus páginas. Es verdad, la profundidad y la originalidad pueden ser un obstáculo para atraer a una masa lectora amplia y, ciertamente, son de menor ayuda que el embaucamiento y la locuacidad; pero incluso estas dos últimas cualidades requieren alguna imaginación y excluyen la trivialidad total, lo cual es una ayuda antes que un impedimento al escribir trabajos «científicos» de investigación social. Si alguien escribe algo que desagrade a la camarilla dominante en esa esfera, pero que sea suficientemente legible como para ser comprado por al menos dos mil lectores, un editor, no directamente implicado en política académica, podría publicarlo para hacer un poco de dinero, mientras que un editor de una revista en la mayoría de los casos se dejará guiar solamente por la consideración de la mecánica de las camarillas.

Podría resultar oportuno consignar en este lugar unas pocas palabras sobre reseñas de libros a fin de ayudar a los estudiantes y otros principiantes a sortear ciertos peligros latentes. Lo primero es recordar que nunca debe suponerse, sin razones fundadas, que el comentarista conoce mejor el tema que el propio autor. Por supuesto, en un campo sin niveles de exigencia, lo más probable es que el libro sea en efecto más bien malo, pero es igualmente probable que el comentarista esté o demasiado mal informado para comprenderlo, o sea demasiado perezoso para leer el texto sobre el cual está emitiendo un veredicto, o sea demasiado pusilánime para producir nada por sí mismo y se sienta por tanto ansioso de aliviar su envidia por

medio de la vituperación, todo esto en el caso de que no esté llevando a cabo una política de camarilla. En este último juego hay innumerables gambitos, el más simple de los cuales consiste en una lisa y llana discriminación contra el intruso: siempre necesaria para la defensa de los «instalados», ya que la fama y la influencia son inevitablemente escasas mientras que los aspirantes a ella son legión. Así, incluso sin meterse con las instituciones, es probable que un escritor nuevo atraiga la malevolencia simplemente mediante el hecho de destacarse en algo y sea atacado por esta razón por los partidarios de los nombres institucionalizados. Por otro lado, y al margen de su mérito, los libros de personalidades prominentes siempre tienen probabilidades de recibir elogios repugnantes, que podrían ser merecidos, pero que no pueden ser tomados literalmente a menos que sepamos que el comentarista no está cortejando sus favores. Las reseñas hostiles redactadas por rivales que han escrito —o están a punto de escribir— sobre el mismo tema deben examinarse con cautela; pero igualmente sospechosas (aunque por la razón opuesta) son las opiniones de colegas próximos o individuos pertenecientes a un mismo círculo, ya que el intercambio tácito de elogios es una de las ocupaciones más comunes. Naturalmente, la admiración recíproca puede surgir de una genuina armonía de ideas, pero en un ámbito infectado de charlatanes habitualmente esto equivale a una connivencia de mala fe que capacita a los socios para eludir la condena tradicional que pesa sobre la fatuidad. Tales maniobras a menudo pueden tener la finalidad de poner el control de las fuentes de dinero en manos de la camarilla. Un tema interesante de investigación (aunque es improbable que encuentre fondos de financiación) consistiría en aplicar a las maquinaciones en el seno de las fundaciones e instituciones académicas el método que Lewis Namier empleó para estudiar la política inglesa del siglo dieciocho. La lección metodológica resultante de todo esto es que el grado de confianza que puedan merecer las publicaciones en este campo (al margen de sus pretensiones de cientificismo) puede evaluarse sólo mediante la aplicación de criterios similares a los empleados por los historiadores para evaluar sus fuentes, criterios que incluyen una investigación de las inclinaciones e intereses creados del autor.

CAPÍTULO 5

TRAS LAS HUELLAS DE *MONSIEUR* PANGLOSS Y EL DR. BOWDLER [6]

El redescubrimiento de América es una de las ocupaciones más populares entre los cultivadores de las ciencias sociales y requiere que el descubridor original sea consignado al olvido. Así, por ejemplo, Herbert Spencer ha sido ignorado recientemente por haber dicho antes y más claramente lo que algunos teóricos influyentes de hoy reivindican como descubrimientos propios. Puesto que Spencer no sólo introdujo los conceptos de lo que ahora se denomina «funcionalismo estructural», sino que también echó las bases para un análisis cibernético de los fenómenos sociales, además de desarrollar las ideas que, en forma inarticulada (y por tanto bastardeada), subyacen en la mayor parte del pensamiento contemporáneo acerca de problemas como el «desarrollo» y la «resistencia al cambio».

El concepto clave de Spencer fue «evolución», mediante lo cual quería expresar el proceso de creciente diferenciación (es decir, de especialización de funciones) e integración, con lo que quería dar a entender la mutua interdependencia de partes estructuralmente diferenciadas y la coordinación de sus funciones. En *Principies of Sociology*[7], Spencer trató de demostrar tres puntos principales: primero, que las sociedades pueden clasificarse en términos de creciente diferenciación e integración; segundo, que hay una filiación necesaria tanto de los tipos de estructura social total como de los tipos de estructuras parciales, tales como la industrial, política o eclesiástica; y tercero, que puede discernirse una tendencia general hacia una creciente complejidad a corto plazo. Además de convertir a la evolución en el enfoque dominante para el estudio de la sociedad en su tiempo, Herbert Spencer engendró un vástago más remoto: a saber, el funcionalismo, que se desarrolló cuando Malinowski y Radcliff-Brown dieron el paso de aplicar los conceptos de Spencer a un análisis de situaciones concretas. Ellos fueron los primeros en reunir y ordenar datos etnográficos con el propósito explícito de analizar las relaciones de mutua dependencia entre distintas costumbres y creencias. Esto suena bastante simple, pero no fue un paso sencillo ni insignificante, como puede advertirse al confrontar sus obras con la etnografía anterior (o posterior pero no afectada por su influencia), donde cada institución o costumbre está descrita aisladamente, sin realizar un intento de considerar a la sociedad como un sistema. Para desechar apreciaciones infundadas, puede interpretarse el funcionalismo como una orientación hacia la búsqueda de la relación de mutua dependencia entre costumbres e instituciones; pero las *explicaciones* funcionales raramente son más que descripciones de efectos, como puede verse en los ejemplos examinados en el capítulo 4 de *The Uses of Comparative*

Sociology. No hay nada que objetar en tanto entendamos por «funcionalismo» el programa de investigación de las relaciones de mutua dependencia, cuyo resultado constituirá un «análisis funcional», demostrativo de cómo un rasgo o institución A no podría operar o «funcionar» sin un rasgo o institución B; en otras palabras, cómo y por qué B es una condición necesaria de A. Esto solo normalmente es ya una tarea difícil, pero el argumento en su conjunto se hace, en la mayoría de los casos, muy tenue, si no totalmente gratuito, cuando se ofrece una información de esta clase para explicar por qué B ha surgido y continúa existiendo, ya que esto plantea la cuestión (comúnmente no sólo no respondida, sino incluso ignorada) de por qué A misma o, en realidad, el sistema total al cual ella pertenece, debieran existir en absoluto. La fuente de las dificultades radica en ese pequeño matiz de causalidad, como cuando decimos que la función de B es *producir* A. Tal declaración sólo adquiere validez cuando podemos especificar una cadena causal bajo la forma de un mecanismo regulatorio puesto en movimiento por una ausencia de A (debido a la desaparición previa de B) de modo tal que provoque primero una reaparición de B y luego de A. La complejidad de esta especificación de las exigencias mínimas basta para mostrar que satisfacerlas no es asunto sencillo. En verdad, dudo que en toda la literatura producida por los «funcionalistas» haya una simple muestra de análisis que satisfaga este requerimiento, lo cual, por supuesto, no debiera interpretarse como una afirmación de que el enfoque «funcionalista» no haya producido perspectivas valiosas de tipo general e intuitivo, al menos en antropología, donde los conjuntos, en cuyo interior se supone que operan las relaciones funcionales, están más aislados y a menudo no tan sujetos a cambios radicales que arrojen dudas sobre si estas entidades existen todavía o han dado paso ya a algo nuevo.

En contraste con los funcionalistas modernos, Spencer no puede ser acusado de proponer un sistema teórico que excluya el cambio. Por el contrario: su orientación transformista (derivada de Lamarck y reforzada por Darwin) explica muy bien el cambio social: las sociedades y las instituciones luchan por el espacio vital y sólo sobreviven aquellas capaces de adaptarse al medio cambiante[8]. La extensión de la noción de selección natural a la competición entre políticas e instituciones no sólo hace posible el cambio, sino que positivamente lo provoca. Lo que es igualmente importante, el punto de vista selectivo suministra una justificación para la suposición funcionalista, de otro modo gratuita, de que cada institución duradera debe tener una función, en el sentido de la definición de Radcliff-Brown de «formular una contribución a la existencia continuada del conjunto». Si aceptamos la teoría de Spencer de la supervivencia del más apto, debemos rechazar la idea de los denominados difusionistas, según los cuales una cultura es una reunión accidental de costumbres y creencias; ya que Spencer afirma que un sistema consistente en partes estructurales cuyas funciones no se ajusten entre sí o a las exigencias del contorno será destruido por sus competidores.

Además de suministrar una justificación para el supuesto fundamental del

funcionalismo, la noción de selección natural de sistemas sociales e instituciones constituye la piedra angular del evolucionismo, porque explica la evolución secular de los sistemas sociales hacia una mayor complejidad, si aceptamos el supuesto adicional (más que plausible en sociología, aunque discutible en biología) de que un aumento en la diferenciación e integración —o, para usar la expresión favorita de Spencer, «un avance en la organización»— en la mayoría de los casos confiere una superioridad de poder en la lucha por la supervivencia. Fueron sin duda estas asociaciones con la idea de lucha por la supervivencia entre estados y otros conjuntos humanos lo que condujo a la sustitución de «evolución» por «desarrollo» y «cambio», palabras empleadas en un sentido mucho más directo y unívoco que «evolución», ya que en el mundo de hoy, donde todos aseguran amar la paz, estos hechos brutales de la vida son ansiosamente ignorados.

Desde un punto de vista lógico, el organicismo de Spencer debiera complacer a los gobernantes de los estados colectivistas autoritarios, pero las afinidades ideológicas no derivan de la lógica, sino de las expresiones de sentimientos; y aquí el hecho determinante es que los pronunciamientos explícitos de Spencer favorecieron los ideales e intereses de la burguesía antiestatal y libre empresarial (es decir, de los comerciantes, granjeros y artesanos independientes, medianos y pequeños), que han sufrido desde entonces una absoluta degradación. Mientras Marx vociferaba contra esta clase ahora derrotada, Spencer anatemizaba a la burocracia que ha resultado vencedora. Así la sociedad burocrática lo ha castigado por sus blasfemias proféticas garantizando la impunidad a los expropiadores de sus teorías, quienes han procedido a expurgar sus anhelos de libre empresa e individualismo librepensador, y convertido sus ideas organicistas en una ideología favorable al dominio de los manipuladores de la burocracia y los grandes negocios y propagadora de una convicción en la existencia de una armonía perfecta en cuyo interior el desacuerdo sólo puede surgir de la falta de comunicación.

El rápido predominio alcanzado por el funcionalismo en la sociología americana después de la segunda guerra mundial parecería estar en contradicción con el prolongado rechazo del tipo de funcionalismo propugnado por Malinowski y Radcliffe-Brown por parte de los antropólogos americanos. La diferencia a este respecto entre la antropología en Estados Unidos y el ámbito cultural inglés puede explicarse por el medio. No es accidental que los americanos prestaran atención a rasgos particulares de la cultura (rastreando sus orígenes, difusión y agrupamiento y dando a su disciplina la denominación de «antropología cultural»), en tanto que los ingleses se consagraron a un análisis de conjunto de los sistemas sociales bajo la bandera de la antropología *social*: las tribus indias americanas ya no funcionaban como entidades coherentes, y en las reservas o museos sólo podían verse restos desarticulados de su cultura, mientras que en las colonias inglesas grandes sectores de la población continuaban aferrados a sus modos tradicionales de vida, escasamente perturbados por la administración remota o el comercio de la costa. Estos podían ser

estudiados fructíferamente como conjuntos vivientes desde un punto de vista funcionalista. No obstante, incluso en este campo el funcionalismo impuso no sólo las limitaciones metodológicas antes mencionadas, sino también distorsiones bastante graves de carácter ideológico. Ciertamente podría decirse que (aunque inventado por un polaco) el «funcionalismo» encontró una aceptación poco menos que universal entre los antropólogos ingleses no sólo debido a sus méritos puramente intelectuales, sino también porque encajaba bien con el concepto de gobierno indirecto, cuyo objetivo era gobernar con la menor perturbación posible de las tradiciones nativas.

Al mostrar el entramado perfecto de las formas tradicionales, los funcionalistas estaban suministrando una justificación para no presionar demasiado sobre la modernización, tan suicida desde el punto de vista de los intereses del régimen colonial. Al ver los estragos causados en África por la implacable modernización neocolonialista, podría experimentarse una cierta simpatía hacia este encubierto mensaje quietista; pero lo que aquí nos interesa no es si este mensaje ideológico fue acertado o equivocado, sino si lo hubo… y en realidad, hubo más de uno.

El segundo ingrediente en la ideología del antropólogo fue una reacción contra la arrogancia racista de los administradores y colonos ingleses, que, aunque muy a menudo acompañada por una genuina buena voluntad hacia los súbditos, era incompatible con los ideales de igualdad y democracia profesados en el país metropolitano, por los cuales los intelectuales se sentían particularmente atraídos. Al mostrar que las creencias y costumbres nativas eran mucho más sutiles y racionales de lo que podría suponer un extranjero a simple vista, los antropólogos esperaban proteger a africanos y asiáticos contra injustificadas imputaciones de inferioridad racial. Este fue un propósito loable, ya que entre los europeos incultos el desprecio racial a menudo llegó tan lejos que muchos de ellos imaginaron que las lenguas africanas, tan ricas y altamente complejas, carecían de gramática y contenían sólo unos pocos sonidos simiescos.

Aunque se mostraran en general más benévolos con la gente común que sus sucesores nativos, los funcionarios coloniales ingleses conservaron hasta el fin una actitud paternalista hacia sus súbditos; y por un movimiento de péndulo dialéctico los antropólogos, como la mayoría de los intelectuales, han caído en el hábito opuesto e igualmente irracional de sacralizar todo lo exótico. Bajo la influencia de esta versión revisada del viejo mito rousseauniano del «buen salvaje», no mancillado por las depravaciones de la civilización, todo lo africano tenía que ser absuelto; la importancia de la guerra, disminuida; toda costumbre cruel, en caso de que se la aludiera, justificada; toda evidencia de fraude, extorsión o terror, descartada, a menos que hubiera sido perpetrada por los europeos. Esta visión idealizadora, aunque bien intencionada, de los antropólogos, ha permitido vislumbrar las potencialidades del funcionalismo como un instrumento de apologética.

Como después de la descolonización ya no era posible imponer la sumisión a los africanos, pero en cambio podían obtenerse ventajas por medio del halago, gran parte

de la antropología, la historiografía y otras ramas de los estudios africanos se convirtieron en herramientas esenciales de los negocios y la diplomacia. Lejos de ser la única, ésta es sólo una manifestación, aunque desusadamente torpe, de la tendencia común a promover estudios internacionales no por amor a la búsqueda de la verdad, sino con el propósito de estimular la buena voluntad de los extranjeros escribiendo cosas simpáticas sobre ellos[9].

A pesar de las debilidades metodológicas antes mencionadas, en tanto se ocupó del estudio de tribus bastante autónomas y estáticas y reinos primitivos, el funcionalismo se conservó dentro de lo razonable. Pero cuando se lo aplicó a la sociedad americana, rápidamente cambiante, llena de contrastes, desviaciones y conflictos visibles, perdió todo su valor como instrumento para el desarrollo del conocimiento y cobró el carácter de una criptopropaganda pseudocientífica, ampliamente aceptada en las universidades americanas y sus dependencias ultramarinas cuando los académicos con mentalidad de funcionarios de relaciones públicas se dedicaron a conquistar amigos en las altas esferas proclamando el fin de las ideologías.

La degradación del funcionalismo de un programa útil, aunque algo unilateral, para los estudios antropológicos, a un método de trivializar la investigación verdadera desviando la atención hacia las meras etiquetas, se produjo principalmente bajo la influencia de R. K. Merton, cuyo deservicio a la sociología ha sido más insidioso que el de Talcott Parsons, ya que, hallándose exento de la prodigiosa ininteligibilidad de este último, fue capaz de esterilizar el tema sin caer en la absurdidad. No afirmo, por supuesto, que lo hiciera deliberadamente, como tampoco hay razones para poner en duda que tanto él como sus numerosos discípulos creyeron estar realizando grandes contribuciones a la ciencia. No obstante, a pesar de unas pocas aportaciones verdaderas, aunque aisladas y menores, al conocimiento, el efecto involuntario de su enfoque (su *función latente*, para usar el propio término de Merton) equivalió en definitiva a una esmerada bowdlerización del tema. Muy bien escritos, en comparación con el estilo que se tornaría dominante años después, sus artículos (reimpresos en el famoso volumen *Social Theory and Social Structure*) se limitan, sin embargo, a introducir una terminología impresionantemente sonora, pero despojada de todo poder explicativo o predictivo (tal como la sustitución de útil o bueno por «funcional»; perjudicial por «disfuncional»; propósito o razón verdadera y proclamada por «función latente» y «manifiesta»), o a reformulaciones de lo obvio, tales como la sentencia (ritualmente repetida en homenaje al gran manipulador en todo tipo de publicaciones) de que la teoría depende de la investigación empírica y viceversa, o que la desviación consiste en perseguir fines legítimos (por ejemplo, dinero) por medios ilegítimos (por ejemplo, robo). Otro ejemplo es el consejo (citado *ad nauseam*) de que debiéramos concentrarnos sobre las «teorías de alcance medio», no acompañado de ninguna indicación acerca de cómo hacer para averiguar dónde se encuentra ese dichoso medio, único modo de hacer que este consejo se vuelva digno

de atención.

Si todo está maravillosamente entrelazado y ajustado, entonces debiéramos dejar las cosas como están. Más insidiosamente que el organismo del siglo diecinueve, el funcionalismo se vale de la ciencia para propagar una ideología conservadora; mientras que, para todo aquello que desagrada a sus cultivadores, éstos tienen el epíteto ya mencionado «disfuncional», que los capacita para insinuar una condena sin formularla explícitamente y para poner la autoridad de la ciencia al servicio de sus ideologías o preferencias personales. Puesto que si alguien dice que algo es positivo o negativo, podría preguntársele: ¿para qué?, o ¿para quién?, o ¿por qué? Así se le obligaría a despojarse de su máscara de omnisciencia objetiva y a revelar, en primer término, sus valores, y en segundo lugar, sus razones para hablar sobre las probables consecuencias de distintas disposiciones o cursos de acción; mientras que, al usar «funcional» y «disfuncional» en vez de «bueno» o «malo», un funcionalista puede ocultarse tras una fachada de objetividad e invocar la magia de la ciencia para respaldar sus insinuaciones criptopropagandísticas.

En comparación con lo que vino después, los ensayos de Merton (así como las publicaciones de sus primeros discípulos) parecen maravillosamente claros, debilidad que condujo a la sustitución de esta variante de sociología panglossiana por una medicina más potente. Puesto que si uno reitera las mismas y escasas nociones en un lenguaje que (aunque expuesto a una crítica seria) sea al menos inteligible, eventualmente la gente notará la repetición, en tanto que si las arropa en un galimatías indescifrable, puede proseguir con la seguridad de que nadie sabrá exactamente qué es lo que se quiere decir. Y si se trata de una persona famosa, que ocupa una posición clave y posee una gran influencia, pocos se atreverán a declarar, o ni siquiera a pensar, que todo es un puro disparate, a fin de que no se les acuse de ignorancia y falta de inteligencia y se los excluya a la hora de proceder al reparto de designaciones, invitaciones o becas. De este modo el funcionalismo panglossiano vino a ser reemplazado por un funcionalismo estructural superpanglossiano amortajado en pesadas nubes de opaca verborrea.

CAPÍTULO 6

LA CORTINA DE HUMO DE LA JERIGONZA

La mente humana está precariamente dotada para abordar una realidad que es no sólo vertiginosamente compleja, sino también fluida, opaca y elusiva, una realidad que puede aprehenderse sólo con la ayuda de abstracciones, tan indirectamente basadas en percepciones sensoriales que continuamente se deslizan hacia un ámbito de pura fantasía completamente fuera de contacto con la realidad. Como la confusión terminológica es sólo un aspecto de la falta general de comprensión, las definiciones dadas en los diccionarios de términos políticos o sociológicos pueden meramente informar acerca del modo en que la gente emplea esos términos, sin suministrar demasiada orientación acerca del modo en que debieran ser empleados, puesto que en el estado actual de las ciencias sociales el uso corriente deja mucho que desear. En general, aparte de los economistas, los antropólogos han pecado mucho menos en este sentido que sus colegas de otras ciencias sociales, ya que al describir creencias y costumbres extrañas han experimentado una necesidad menor de arropar sus hallazgos en una jerigonza opaca y rimbombante que los sociólogos o psicólogos al escribir acerca de situaciones familiares a sus lectores y sobre las cuales, por consiguiente, es mucho más difícil decir algo original. Un oficinista mentalmente despierto podría aprender una o dos cosas en un libro sobre su clase social, aunque es improbable que encuentre en él cualquier noticia asombrosa. Pero un europeo o un americano que no hubiera estudiado etnografía marroquí sería incapaz de adivinar lo que ocurre en las montañas del Atlas.

Otra cosa al menos igualmente importante es que, durante los días dorados de la antropología, era improbable que los objetos de la investigación conocieran lo que el antropólogo había dicho sobre ellos; e incluso si se enteraban y les desagradaba, normalmente no estaban en situación de ocasionar graves molestias al autor. El empequeñecimiento del mundo, combinado con la descolonización, ha alterado básicamente la situación, con el resultado de que ahora los antropólogos deben mostrarse tan cautelosos como el resto de la gente —si no más—, debido a la susceptibilidad de los objetos de sus investigaciones. En efecto, muchos han tenido que rebautizarse como sociólogos a fin de conseguir un visado para visitar algunos nuevos estados.

Aunque el valor del análisis conceptual no acompañado por un teorizar constructivo sea limitado, esto no quiere decir que un análisis semejante deba resultar totalmente inútil. Por el contrario, la atención constante al significado de los términos es indispensable en el estudio de las cuestiones humanas, porque en este campo operan fuerzas sociales poderosas que están continuamente creando una confusión verbal mucho mayor de lo que parecería inevitable, dado el estado rudimentario de

esta rama del conocimiento.

El ejemplo sobresaliente de oscuridad es, por supuesto, Talcott Parsons, como puede advertirse incluso en un libro menos lastrado por esta tara que el resto de sus trabajos, a saber: *Societies: Evolutionary and Comparative Perspectives*. El mérito principal de este libro (así como el de otras obras de su autor) consiste en que refleja aspiraciones más altas que la imagen popular del sociólogo como un opaco recolector de datos que se pasea por todas partes con sus cuestionarios, bajo ningún concepto interesado en problemas tan poco prácticos como la evolución de la humanidad o la naturaleza del vínculo social. Desdichadamente, sin embargo, y a pesar de las buenas intenciones del autor, lo que dice carece por completo de claridad. En verdad es capaz de hacer que la verdad más simple parezca insondablemente oscura. Como sabe cualquier escolar, para alcanzar objetivos específicamente humanos, se necesitan conocimientos, habilidades adquiridas y un cerebro desarrollado, pero nuestro autor siente la necesidad de repetirlo y ésta es su manera de formularlo:

> Las habilidades constituyen las técnicas manipulativas para el logro y control de fines humanos en relación al mundo físico, en tanto que no suplementadas todavía por artefactos o máquinas especialmente concebidos como herramientas. Las habilidades verdaderamente humanas están guiadas por un *conocimiento* codificado y organizado tanto de las cosas que van a ser manipuladas como de las capacidades humanas empleadas para su manipulación. Tal conocimiento es un aspecto de los procesos simbólicos a nivel cultural, y, al igual que otros aspectos que discutiremos ahora, requiere las capacidades del sistema nervioso central del hombre, particularmente el cerebro. Este sistema orgánico resulta claramente esencial para todos los procesos simbólicos; como sabemos muy bien, el cerebro humano es muy superior al cerebro de cualquier otra especie.

La inclinación del autor hacia la verbosidad ambigua se revela especialmente en el capítulo primero, donde ofrece algunos vislumbres de su famosa teoría general de la acción, que en realidad consiste en reiteraciones increíblemente mortecinas de lo obvio. En la página 7, por ejemplo, leemos:

> Dentro de los límites impuestos por la especie-tipo genética por un lado y la modelación de la cultura por otro, se halla la oportunidad para que grupos e individuos determinados desarrollen sistemas de conducta independientemente estructurados. Dado que un actor es genéticamente humano, y ya que su aprendizaje se produce en el contexto de un sistema cultural particular, su sistema de conducta aprendido (que llamaré su personalidad) comparte con otras personalidades ciertos rasgos generales —por ejemplo, el lenguaje que habla habitualmente. Al mismo tiempo, su organismo y su medio— físico, social y cultural— son siempre, en ciertos aspectos, únicos. Por tanto, su propio sistema de conducta será una *variante única* de la cultura y sus modelos particulares de acción. En consecuencia resulta esencial considerar el sistema de personalidad como no reductible ya sea al organismo o la cultura —*aquello* que se aprende no es parte ni de la «estructura» del organismo en el sentido usual ni tampoco un rasgo del sistema cultural. Comprende un *sistema analíticamente independiente*.

La idea que el autor está tratando de expresar es la de que, aunque cada individuo es, bajo muchos aspectos, semejante a otros seres humanos, también es único en un sentido no predeterminado ni por las propiedades de su organismo ni por el estado de la cultura. De nuevo… difícilmente un hallazgo. A veces la insensibilidad del autor frente a la significación de las palabras y su impermeabilidad a la lógica lo llevan a formular observaciones no meramente pueriles, sino directamente tontas, como

cuando escribe en la página 30: «En el ámbito de la acción, el gene ha sido reemplazado por el símbolo como el elemento estructural básico». Como si fuera posible existir en el caso de que los genes hubieran sido reemplazados por símbolos, o como si nuestra capacidad para emplear símbolos no dependiera de la naturaleza de nuestros genes. Después de todo, ni los gusanos pueden hablar ni los cocodrilos escribir.

Después del primer capítulo el libro mejora levemente, mientras el autor abandona su sistema y procede a informamos acerca de las sociedades de los aborígenes australianos y los shilluks, y más adelante acerca de las estructuras sociales en el antiguo Egipto, la Mesopotamia, la India, Israel, Grecia y Roma y los imperios islámicos. Aunque escasamente novedosa, la descripción podría ser útil a los recién llegados a los estudios históricos comparativos si estuviera redactada de manera clara y sucinta, en vez de estar envuelta en una fraseología ambigua y pretenciosa; como, por ejemplo, en la página 56, donde (para descubrir que en el antiguo Egipto la gente común podía ser reclutada para trabajar) tenemos que leer el siguiente pasaje:

> Para aquellos cuyas funciones primariamente implicaban la ejecución de servicios, como distinta a la asunción de la responsabilidad de liderazgo, el modelo principal parece haber sido una respuesta a las obligaciones invocadas por el liderazgo concomitante al estado de miembro de la comunidad societaria y varias de sus unidades segmentales.
>
> La analogía moderna más próxima es el servicio militar desempeñado por un ciudadano ordinario, salvo que el líder de la burocracia egipcia no necesita una emergencia especial para invocar obligaciones legítimas.

Herbert Spencer —quien, como ya hemos visto, introdujo el concepto de evolución en el estudio de la sociedad y acuñó también el término «sociología comparativa»— es mencionado en la conclusión, donde el autor dice:

> El presente análisis difiere significativamente de la mayoría de las teorías evolucionistas en que la dimensión desarrollista que yo he empleado es plenamente compatible con la idea de que hay una considerable variabilidad y ramificación entre las líneas de la evolución. La evidencia que hemos repasado indica que, en los estadios iniciales de la evolución, ha habido orígenes *variables* y *múltiples* de los tipos societarios *básicos*. Así, no necesitamos postular un origen primitivo de todas las sociedades intermedias, aunque consideremos factores tales como la legitimación cultural independiente y la estratificación como condiciones *necesarias* de todas las sociedades intermedias. En todos los estadios, afirmamos que la importancia de tal variabilidad sólo puede ser adecuadamente tratada por una teoría analítica de los factores y componentes variables. El impresionante desarrollo de esta teoría desde la época de Spencer nos permite construir un esquema evolucionista mucho más elaborado que el suyo.

En realidad, sin embargo, el esquema que se nos ofrece es una versión inferior de Spencer, quien, con mucha más claridad, formuló la idea de evolución como la tendencia hacia una creciente diferenciación e integración. Puede indudablemente discernirse una tendencia semejante en la historia de la sociedad humana, mientras que la adición del propio Parsons —«el acrecentamiento de la capacidad adaptativa»— es insostenible y refleja una biología popular pasada de moda. ¿Es la capacidad adaptativa del elefante mayor que la de la mosca? ¿O la del hombre mayor

que la de un virus? ¿Es la capacidad adaptativa de los americanos mayor que la de los esquimales? ¿Qué decir sobre la capacidad de adaptarse a la vida sin hierro o petróleo o papel? La diferencia real consiste, como Spencer ha señalado, en saber qué entidad social es capaz de absorber o destruir a cuál.

Tampoco puede considerarse el esquema clasificatorio de Parsons —que divide las sociedades en primitivas, intermedias y modernas— como un paso adelante, ya que es mucho más imperfecta que las taxonomías de escritores muy anteriores, comenzando con Morgan, Marx y Spencer, o incluso Adam Ferguson y John Millar. Posteriormente, Leonard Hobnouse, Rudolf Steinmenz y Richard Thurnwald propusieron clasificaciones mucho más elaboradas.

A veces las sustituciones verbales enmascaradas como contribuciones al conocimiento son tan ineptas y groseras que es difícil aceptar que sus autores realmente crean estar revelando verdades nuevas (como seguramente ocurre) y no que están riéndose con disimulo de la credulidad de su audiencia. Uno de los ejemplos más torpes de engaños de esta especie es la boga reciente de la letra «n», escogida para representar la palabra común *necesidad* («need») a causa de sus propiedades conferidoras de prestigio, dada la frecuencia con que aparece en las fórmulas matemáticas. De este modo, al garabatear la letra «n» en cada una de sus páginas, algunas personas han logrado circundar sus trivialidades con el aura de las ciencias exactas tanto ante sus propios ojos como ante los de aquellos entre sus lectores que podrían haber ojeado algunos libros de matemáticas sin ser capaces de comprenderlos. Como ejemplo de las consecuencias de la creencia en los poderes ocultos de esta letra mágica podemos tomar un libro de un profesor de Harvard, Everett E. Hagen, con un título presuntuoso, *On the Theory of Social Change*. Como dijo Heráclito, todo cambia continuamente y, en consecuencia, una obra que ofrece una teoría del cambio social sin especificar restricciones debiera, en lógica estricta, equivaler a un tratado amplio sobre sociología general. Sin embargo, en el libro de Hagen «cambio social» significa sólo una de sus variantes posibles: a saber, innovación técnica y al tratar de determinar sus fuentes, el autor cambia el punto de vista sin advertencia, emplea el término «innovación» en el sentido más lato posible y procede a discutir las determinantes psicológicas de la innovación en general. Como economista profesional, Hagen se siente desilusionado con la teoría económica sobre la base admisible de que ésta no acierta a explicar el atraso económico y ha acometido la empresa de suplementarla o más bien sustituirla, por una explicación parcialmente sociológica, pero fundamentalmente psicoanalítica.

Proyectándose loablemente más allá del horizonte mental habitual de sus colegas economistas, Hagen afirma que los factores que deciden si un despegue industrial ha de producirse o no son de naturaleza psicológica. Esto es posible, pero para probarlo (y no digamos para probar que los factores psicológicos específicos que menciona son realmente cruciales) tendría que haber comparado sociedades con un nivel técnico, económico y cultural aproximadamente similar que diferían en relación a los

rasgos psicológicos de sus miembros, en vez de confrontar características psicológicas de gentes que viven bajo circunstancias tan antagónicas que todos los otros factores presumiblemente importantes son diferentes también. Podríamos investigar la función que las diferencias en el denominado carácter nacional pueden haber jugado en la determinación de los índices relativos de desarrollo industrial en Francia y Alemania, pero es ridículo intentar explicar el lento ritmo de innovación técnica entre los indios sioux o los antiguos celtas en comparación con los Estados Unidos de hoy señalando las diferencias en los métodos de crianza de los niños y el adiestramiento para el uso de retretes. Supongamos que los indios sioux, o incluso los campesinos birmanos, se hallaran hoy deseosos de innovaciones técnicas; ¿serían entonces capaces de producir reactores nucleares o aviones supersónicos?

El cuadro de la «mentalidad tradicional» pintado por el autor (sobre la base de distintos estudios de especialistas americanos que nunca se molestaron en aprender otro idioma y que aplican mecánicamente a los habitantes del desierto árabe o las selvas birmanas los cuestionarios confeccionados para los estudiantes de Milwaukee) se halla al nivel de unos relatos de viajeros traducidos a una oscura jerigonza psicoanalítica. A pesar de la observación en la página 426 de que «en los países subdesarrollados muchos individuos deben temer a los americanos no sólo con la mente, sino también con las fibras de su sistema nervioso…», nadie que haya tenido alguna vez algún tipo de contacto con campesinos y tribeños creerá que todos ellos son obsesos dominados por la ansiedad o que son menos capaces de razonar que los habitantes ordinarios de las ciudades modernas. Un cazador o un pastor tiene más oportunidades de adoptar decisiones e incurrir en riesgos (y es menos probable que esté dominado por la ansiedad) que un empleado promedio de la General Motors o Unilever. La baja opinión del autor acerca del estado mental de los habitantes de los países no industrializados está apoyada por la evidencia de su falta de habilidad para dar respuestas satisfactorias a preguntas que él considera, con toda seriedad, como apropiadas para campesinos analfabetos. En la página 253 cita el pasaje siguiente del libro de su digno colega, Daniel Lerner, *The Passing of the Traditional Society*:

> Dos de las preguntas son: «Si fuera designado director de un periódico, ¿qué tipo de periódico le gustaría dirigir?», y «Supongamos que usted fuera designado jefe del gobierno, ¿cuáles son algunas de las medidas que adoptaría?». Como he sugerido en el Capítulo 5 al discutir el conocimiento del mundo, muchos campesinos son simplemente incapaces de responder a tales preguntas.

Sorprendente, ¿no es verdad? ¿Por qué no probar el «conocimiento del mundo» (es decir, el conocimiento general) del presidente de los Estados Unidos o del director de *Foreign Affairs* preguntándoles cuál es el método más apropiado para ordeñar un camello?

Aunque claramente insuficientes para explicar las diferencias entre sociedades en relación al índice de progreso técnico, las consideraciones psicológicas debieran ayudar a explicar por qué ciertos individuos realizan innovaciones mientras otros no

lo hacen. Las hipótesis sobre la conexión entre la educación infantil y la inventiva podrían ser ensayadas recurriendo a material biográfico sobre los inventores y confrontándolo con los datos generales sobre la historia general de las costumbres, pero el autor no lo intenta. De haberlo hecho, podría haber descubierto que en vez de asemejarse a los «críos» americanos, excursionistas y buscadores de novedades, muchos, si no la mayoría, de los gigantes del descubrimiento científico fueron reclusos ansiosos y tímidos como Newton, o tuvieron una crianza muy severa y autoritaria, como Gauss. En cualquier caso, Hagen hubiera evitado descubrir cualquier conexión psicológica significativa mediante el empleo del término omnicomprensivo «innovador», que abarca entre otros a Gengis Khan, Jesucristo, Al Capone, Dior y sus modelos, Albert Einstein, los Beatles y el Príncipe de Gales, quien inadvertidamente introdujo la moda de llevar ruedos exteriores en los pantalones. ¿Cuál puede ser su común denominador psicológico? Si éste consiste en algún tipo especial de adiestramiento para el uso de retretes, todavía falta demostrarlo.

El sistema de análisis psicológico de Hagen está basado sobre la idea de «necesidades», que él considera como una innovación, pese al hecho de que aparece ya en la Biblia. Debe observarse, sin embargo, que a diferencia de los psicólogos ultra científicos, la Biblia no confunde la necesidad como exigencia objetiva necesaria para la supervivencia con el mero deseo. Hay, no obstante, una innovación real que el autor adopta de un psicólogo llamado Henry A. Murray, a saber: una contravención de una de las reglas básicas de la gramática inglesa (inglés americano incluido), que estipula que si un nombre es empleado como adjetivo debe preceder al nombre que califica —y no a la inversa—. Hagen emplea, por ejemplo, la expresión «necesidad agresión» («need agression») —y no, obsérvese, «necesidad de agresión» («agression need»)— para designar la inclinación a cometer una agresión. Desde el albor de la filosofía innumerables escritores han discutido esta proclividad —llamándola belicosidad o instinto combativo o impulso agresivo o lo que fuere—, pero ninguno ha inventado un término destinado igualmente a volver el discurso ininteligible. La confianza en sí mismo es llamada, según este diccionario, «necesidad autonomía» («need autonomy»); la ambición, «necesidad logro» («need achievement»); la sociabilidad, «necesidad afiliación» («need affiliation»). En palabras del propio Hagen (página 107): «necesidad comprensión» (‘need understanding’) es la necesidad de comprender… «para hacer que el pensamiento se corresponda con el hecho». Obviamente «necesidad de comprensión» o «deseo de comprender» no sería bastante científico. En la página 106 leemos: «Necesidad orden (‘need order’) es la necesidad de poner las cosas en orden».

El material histórico es manipulado con pareja sutileza. Por ejemplo, en la página 346 se nos dice sobre Colombia: «La respuesta inmediata a la pregunta de por qué comenzó el crecimiento es: a causa de la actividad de los antioqueños». Antioquía, sin embargo, estaba habitada desde mucho antes de que se produjera este *despegue*,

pero no se nos dice por qué sus habitantes esperaron tanto tiempo o no esperaron durante más tiempo todavía; aunque se nos informa que su preeminencia en el comercio colombiano se debió al hecho de que «manifestaron una alta necesidad autonomía, necesidad logro y necesidad orden», lo cual significa que tuvieron confianza en sí mismos, fueron ambiciosos y ordenados.

En realidad, un repaso de las relaciones agrarias en Colombia inmediatamente sugiere una explicación para la ventaja competitiva de los antioqueños. En contraste con el resto de Colombia —dividida en grandes haciendas donde los campesinos no tienen posibilidades de mejorar su situación mediante el trabajo, mientras que los propietarios de tierras no necesitan realizar el menor esfuerzo—, gran parte de la tierra en Antioquía estaba en manos de campesinos propietarios que ni eran explotados ni se hallaban en posición de explotar a otros, y que por esta razón desarrollaron con mayor frecuencia los hábitos de seguridad en sí mismos, previsión y trabajo duro necesarios para triunfar en los negocios. Las causas por las cuales el gran impulso del desarrollo industrial se produjo en este momento particular antes que en cualquier otro, naturalmente no puede explicarse sin tomar en cuenta la secuencia de circunstancias económicas no sólo en Colombia, sino también en sus aliados comerciales más importantes. Las explicaciones de la actividad comercial o de la creatividad científica en términos de adiestramiento para el uso de retretes permanece altamente inverosímil, pero tal factor podría estar conectado con un deseo de afear el lenguaje con excrecencias desagradables.

Sin duda muchos críticos de la sociología están motivados por un prejuicio oscurantista contra el estudio sistemático de las cuestiones humanas. Más aún, existe a veces la necesidad de inventar un nuevo término (y en *The Uses of Comparative Sociology* he tratado de especificar las condiciones que justifican la invención de un neologismo), pero está bastante claro que la jerigonza sociológica consiste en su mayor parte en innovaciones verbales confusionistas y desagradables que no representan ideas nuevas en absoluto.

Por otro lado, hay también innovaciones terminológicas positivas. Las de Reisman, por ejemplo: «inner-directed» y «other-directed man» son términos excelentes porque señalan un fenómeno importante, no pueden ser reemplazados por ninguna palabra que existiera previamente y (aunque vagamente autoexplicativos) requieren una información de extensión considerable para explicar su significado con exactitud.

Para probarme a mí mismo que yo también puedo realizar descubrimientos de esta clase y que mi oposición a este tipo de cosas no está motivada por una envidia impotente, he redactado el siguiente informe, que apareció en una revista sociológica. Para hacer comprensible el escrito debo explicar que, además de nuestra vieja amiga «n Ach», la igualmente poco gramatical «n Aff» significa «necesidad afiliación» o, más gramaticalmente, la necesidad de afiliarse —es decir, de pertenecer a un grupo —, la característica humana conocida desde hace tiempo inmemorial como

sociabilidad, «n Bam» es mi propio añadido, cuyo significado invito al lector a adivinar.

> En relación al artículo de David McClelland, podría ser pertinente informar que los resultados preliminares de nuestro proyecto de investigación de los procesos de codificación de la corriente de comunicación indica que (debido a sus múltiples permutaciones) es difícil verificar correlaciones directas de «n Aff». Por otro lado, cuando en el encefalograma «dy» dividida por «dx» es menor que «O», «n Ach» alcanza una correlación positiva significativamente alta con «n Bam», a pesar de la naturaleza parcialmente estocástica de la conexión entre estas dos variables.

Después de la publicación de esta carta, fui contactado por algunas organizaciones de investigación industrial que me ofrecieron su cooperación. Quizá al lector le agradaría tratar de descifrar lo que dice mi carta: luego puede comparar con mi propia traducción en lenguaje vulgar, impresa al revés a continuación:

Debido a la indocilidad de la naturaleza humana, es difícil averiguar por qué la gente se une a un grupo determinado, pero la observación del modo en que la gente habla y escribe sugiere claramente que, cuando el cerebro empieza a funcionar con una mayor lentitud, el deseo de hacer algo a menudo cede paso a una necesidad de embaucar.

El artículo al cual me refería en mi carta suministraba uno o varios de los innumerables ejemplos de ese tipo de explicación siempre popular consistente en una reformulación tautológica que nada dice que no supiéramos con anticipación. Una explicación ridiculizada por Moliere hace trescientos años en una de sus obras, cuando uno de los personajes responde a la pregunta de por qué el opio hace dormir a la gente diciendo que es a causa de su poder soporífero. En la historiografía y las ciencias sociales este tipo de explicación aflora una y otra vez. Así, para tomar un ejemplo de un gran erudito que afortunadamente no se limitó a esto, Werner Sombart atribuyó el desarrollo del capitalismo a la difusión del «espíritu del capitalismo», sin decirnos de qué modo podríamos averiguar que este espíritu estaba propagándose excepto mediante la observación de actividades que se suman al proceso conocido como desarrollo del capitalismo.

El negocio de «n Ach» está en la misma vena, salvo que no va acompañado por la riqueza de otras ideas y datos interesantes que podemos hallar en los tomos de Sombart. Tiene una larga genealogía en todo tipo de escritos que se proponen explicar las diferencias de progreso científico y económico entre Oriente y Occidente mediante la atribución a los occidentales de un don o inclinación en este sentido y a los orientales de una carencia de los mismos. Sin embargo, ni siquiera el racista Gobineau llegó hasta el extremo de imaginar que los ignorantes orientales no se propusieran alcanzar nada en absoluto. En realidad, hasta la fecha no se ha visto

ningún caso de tribu, nación, credo o raza de los cuales pudiera decirse que carecían en general del deseo de hacer cosas. Al negro amante de hacer novillos, en quien los psicólogos educacionales americanos, obsesionados con sus tests, descubren una carencia de la «necesidad de hacer cosas», puede no importarle un comino la realización escolástica, pero hará grandes esfuerzos para alcanzar una posición de respeto en su pandilla a través de logros (tales como el juego, la seducción o el robo) que descartan el buen rendimiento escolástico. Muy distante del espíritu de actividad del capitalismo, los monjes y eremitas desde antiguo trataron de alcanzar la santidad y la salvación: fines que a menudo condujeron a enconadas disputas acerca de quién era el más humilde. Los guerreros indios americanos no conocían el dinero, pero sentían un gran deseo de realización, tal cual ésta se medía por el número de cueros cabelludos; mientras que el hidalgo descrito por Cervantes no tenía ni habilidad ni deseos de acumular capital, pero se esforzó denodadamente para mantener su dignidad y alcanzar la fama.

La cuestión crucial consiste siempre no en la presencia o ausencia del deseo de hacer algo, sino en el problema de por qué, en una sociedad determinada, este deseo se canaliza en un sentido y no en cualquier otro. Explicar la pobreza de la India atribuyendo a los hindúes una falta del deseo de hacer cosas revela miopía etnocéntrica, primero porque (como he tratado de mostrar en *African Predicament* y *Parasitism and Subversion*) bajo ciertas condiciones, «el espíritu de empresa» puede originar una conducta que impide el progreso económico; y segundo, porque incluso si toda la población de la India consistiera de fakires, esto probaría no que los hindúes carecen del deseo de hacer cosas, sino simplemente que están persiguiendo fines incapaces de atraer a un europeo o americano ordinario. Si Murray, McClelland, Hagen o cualquiera de sus seguidores dudara de esto, los desafío a que intenten llevar a cabo una de las realizaciones menores de un fakir, tal como acostarse sobre un lecho de clavos.

La recurrencia constante a la letra «n» permite usufructuar el prestigio de las matemáticas, única razón visible para reemplazar «deseo» por «necesidad», palabra que se presta a esta abreviatura impresionante. Como cualquier persona en su sano juicio es capaz de advertir, la gente a menudo desea lo que no necesita, e incluso lo que podría perjudicarla (tal como una excesiva acumulación de riqueza o una excesiva ingestión de alimentos), mientras necesita lo que no desea: por ejemplo, aire no contaminado o crítica honesta. La expresión «necesidad reducción» («need reduction»), gramaticalmente más correcta pero igualmente obtusa, tan amada por los psicólogos de la última hornada, significa lo mismo que «satisfacer el deseo»; y aunque el riesgo de ambigüedad peligrosa sea mínimo cuando estamos experimentando con la reacción de una rata ante la retención de su alimento, cuando hablamos de propensiones humanas a menudo inextinguibles, tales como la ambición, el término opera como un fetiche deformante. Tenemos aquí otro ejemplo de jerigonza seudocientífica, mucho más difícil de comprender que el lenguaje

literario en el cual «reducir una necesidad» no quiere decir lo mismo que «satisfacerla». Cuando decimos que Fulano de Tal ha reducido su necesidad de somníferos (por ejemplo, cambiando sus hábitos o dieta, o mudándose a un lugar más tranquilo) damos a entender que ahora puede satisfacer su necesidad con un número menor de píldoras. Una necesidad así reducida puede continuar insatisfecha en caso de no poder obtener las píldoras, mientras que una «no reducida» puede satisfacerse perfectamente si se obtienen bastantes de ellas.

Idéntica falta de discernimiento subyace en el empleo del término «refuerzo» («reinforcement»), que en la jerigonza psicológica ha reemplazado a «incentivo» en el sentido amplio de la palabra, que abarca incentivos positivos (esto es, recompensas) e incentivos negativos (vale decir, castigos). Como ocurre siempre con las jerigonzas, esta sustitución confunde las cosas en vez de aclararlas, porque mientras que «incentivo», «recompensa», «castigo» y «disuasión» se refieren sólo a la manipulación de la motivación de algunos seres humanos por parte de otros, o de animales superiores por parte del hombre, la palabra «refuerzo» es mucho más ambigua, ya que puede aplicarse a operaciones militares, técnicas de construcción o al modo de introducir argumentos en una disputa. Más aún, este empleo en la psicología violenta el significado del prefijo «re», que nos obliga a restringir la connotación de «refuerzo» a los actos de hacer más fuerte algo que ya tiene alguna fuerza, antes que a usarlo para abarcar situaciones donde se instituyen incentivos a fin de inducir a ciertos individuos a actuar de una manera para la cual carecían de una inclinación precedente. Cuando instalo un negocio, por ejemplo, e induzco a la gente a trabajar para mí mediante ofertas de salarios elevados, no estoy reforzando su tendencia a trabajar para mí, sino creándola. Lo mismo es verdad en relación a los animales: cuando mediante una aplicación ingeniosa de recompensas y castigos Skinner enseñó a las palomas a jugar con una pelota, sólo podía reforzar su inclinación en esa dirección después de habérselas despertado. Lo que hizo al principio, cuando suministraba o retiraba el alimento, podría llamarse aplicación de incentivos, pero no de refuerzos.

El problema de cómo controlar la conducta de los hombres y animales mediante castigos y recompensas ha sido tratado en innumerables tratados de penología, legislación, educación, administración y adiestramiento de animales, empezando por las obras de Aristóteles y Confucio, para no hablar de incontables proverbios y adagios. Decir algo importante y original sobre el tema es siempre posible, aunque muy difícil. Pero el empleo de una terminología seudocientífica puede confundir e intimidar a la gente y llevarla a aceptar como un descubrimiento significativo una versión extremadamente simplificada (y por tanto menos válida) de la antigua sabiduría popular.

Aunque originaria de Estados Unidos, la enfermedad de la jerigonza se ha propagado por todas las latitudes, estimulada por el deseo de los académicos europeos de entablar amistad con los americanos ricos. De todos modos, debido al

vigor de la tendencia humana a la imitación, una vez que una aberración colectiva se ha impuesto, incluso gente bastante inteligente aceptará con naturalidad el mayor de los disparates, especialmente si se siente ansiosa de estar «en el ajo».

En los salones de las escuelas de esgrima del viejo Japón solía encontrarse la siguiente inscripción: «No penséis. El pensamiento os hará cobardes». Aunque no se atrevan a proclamarlo, la divisa del rebaño académico actualmente parecería ser la siguiente: «No piense. El pensamiento podría hacerlo impopular en el próximo encuentro anual de su Sociedad Seudológica».

Para disipar la impresión de que escojo escritores americanos por alguna razón política ulterior, debo recalcar que los europeos son perfectamente capaces de emular (y superar) a los peores ejemplos americanos. Inspirados por los maestros fundadores, Merleau-Ponty en filosofía y Gurvitch en sociología, en Francia ha surgido una hornada proliferante de contorsionistas literarios que, al fundir un marxismo de trapillo con las peores excrecencias de la jerigonza germano-americana, ha roto la supremacía de Boston y convertido a París en el mayor centro productivo de mojiganga, a menudo empaquetada bajo las etiquetas de existencialismo o estructuralismo. Incluso sin entrar en la naturaleza de los contenidos, estas etiquetas por sí mismas debieran despertar sospechas a causa de su irrelevancia. Obviamente existimos; las cosas existen y todo lo que existe debe poseer una estructura. Hasta ahora se había considerado innecesario explicar que todas las ciencias han estudiado y estudian las estructuras de los objetos que les interesan, y la única innovación del «estructuralismo» parecería consistir en una perseverancia infatigable en la repetición de esta palabra, lo cual puede considerarse como una estratagema o una neurosis compulsiva. Sin embargo, para omitir la complicada tarea de traducir pasajes que parecerían escritos por esquizofrénicos, pasaré por alto la tentación de dar una muestra de lo que ocurre en la filosofía, la sociología, la psicología, la lingüística e incluso la historiografía en la patria de Descartes y Voltaire. Daré en cambio un ejemplo más discreto producido en Inglaterra: el libro de J. P. Nettl y Roland Robertson titulado *International Systems and the Modernization of Societies*. Consta de tres ensayos: «Modernización, industrialización o Desarrollo», «La situación de Herencia» y «Modernización y Sistemas Internacionales». Según los autores… «no son ni el producto de una investigación específica, ni tampoco obras de pensamiento individual. Son en cambio el resultado de una prolongada discusión informal entre los dos autores, quienes fueron durante algún tiempo colegas en el Departamento de Estudios Sociales de la Universidad de Leeds» (p. 7). Un profesor de Columbia, Amitai Etzioni, quien ha escrito la introducción, añade pomposamente que… «Los autores del presente libro realizan diversas contribuciones significativas para una teoría de la orientación societaria» (p. 15), y que… «la discusión de la industrialización y modernización —que ocupa gran parte de las páginas siguientes— expone los fundamentos para una teoría de la orientación societaria, ya que éstos son dos procesos societarios centrales a través de los cuales se canalizan en gran medida

los esfuerzos de orientación» (p. 16).

Incidentalmente, «orientación societaria» es un eufemismo por «planeamiento», palabra que suscita la ira de los hombres de negocios americanos, excepto cuando se aplica a sus propias actividades.

El propósito de la obra es clarificar algunos conceptos básicos, pero el estilo tortuoso produce un resultado exactamente inverso. Sería difícil hallar un ejemplo de escritura más enrevesada que la de los pasajes siguientes, en los cuales los autores indican el alcance de su libro:

> Nuestra mayor preocupación consiste en estudiar la relación entre concepto y referente. En otras palabras, nuestra discusión de conceptos relacionados con los procesos y modelos de cambio social, especialmente societario, se articula en gran medida sobre la motivación para analizar de una manera *real* y *ostensiva*, en tanto que opuesta a la manera *nominal*. Queremos destacar la necesidad urgente de una mayor preocupación por las variables fenoménicas a que se refieren los tres conceptos centrales, así como otros asociados (p. 17)

y

> Parsons, Smelser y otros han desarrollado un esquema para la descomposición analítica de las sociedades individuales en subsistemas funcionales. Esto básicamente consiste en la categorización de aspectos de interacción social en términos de las cuatro exigencias funcionales con las cuales, según se afirma, deben enfrentarse todos los sistemas sociales viables. Nosotros proponemos utilizar la noción de subsistemas funcionalmente específicos, incluyendo la idea de que uno de los cuatro tenderá a manifestar su primacía y mayor relevancia situacional en momentos dados… Aquí estamos primariamente interesados en las implicaciones de la fase modelo para los denominados siglos veintes. La evidencia de primacía o énfasis o relevancia es, por supuesto, más bien fragmentaria o inconclusa: especialmente en relación a las preocupaciones verdaderamente societarias, en tanto que opuestas a las preocupaciones meramente científico-sociales. Al realzar el vínculo entre primacía o interés o atención en los escritos de los científicos sociales o filósofos, y la superioridad del énfasis funcional en las sociedades sobre las cuales escribieron, creemos que las indicaciones de cualquier enfoque semejante, entre los anteriores, al menos refleja una evidencia de una superioridad correspondiente en éstos —teniendo en cuenta, naturalmente, la posibilidad anteriormente mencionada de autonomía científico-profesional que sostiene un estilo académico más allá del punto terminal de su relevancia «real»—. Este postulado completamente básico, que en sí mismo no formula supuestos acerca de causa y efecto, sino sólo sobre la correlación, probablemente se aplica más exactamente al pasado que al presente —*cuando la cantidad consumada de investigación social* hace más difícil la identificación de primacía de interés con superioridad funcional (p. 21)—.

Incluso las páginas más coherentes exhiben una mentalidad escolástica en comparación con la cual los teólogos hindúes aparecen como dechados de racionalismo positivista. Así, por ejemplo, uno pensaría que la palabra «modernización», al ser una etiqueta vulgar antes que científica para el proceso de adoptar objetos y métodos recién inventados, no requiere una mayor exégesis. Sin embargo, los autores consagran quince páginas a estudiar su significado y finalmente emergen con la siguiente definición (incidentalmente, «estado atímico» o «atimia» es un término científico para designar lo que se halla atrasado en relación a su tiempo).

> Así nuestra conceptualización de modernización reza como sigue: Modernización es el proceso por el cual las élites nacionales procuran reducir con éxito el estado *atímico* y avanzar hacia la equivalencia con otras naciones «bien ubicadas». El objeto de la equivalencia no es un «blanco» fijo, sino en movimiento, y su percepción dependerá tanto de los valores y exigencias del sistema internacional como de los valores,

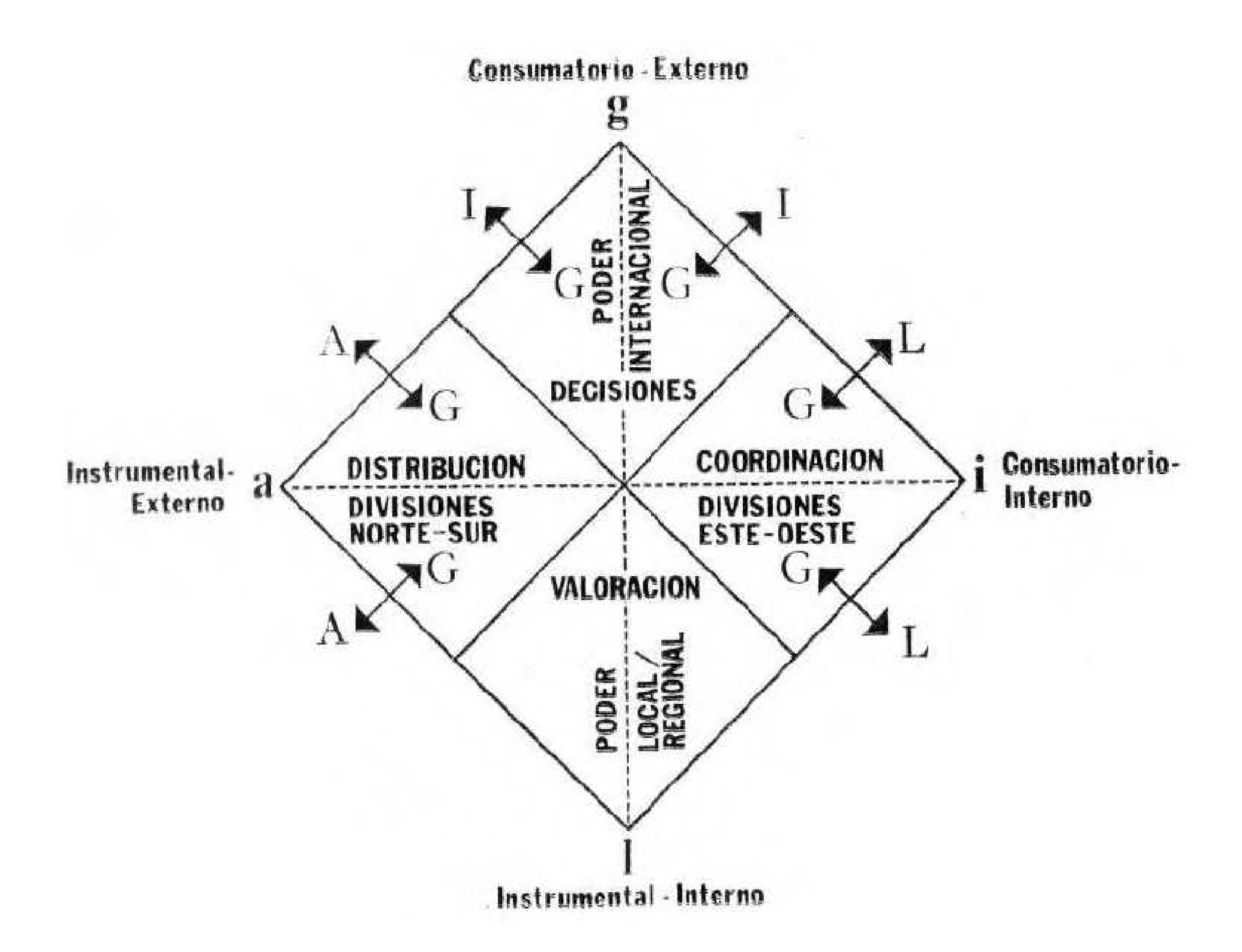
disposiciones y capacidades de la nación en cuestión, tal como los experimentan particularmente las élites nacionales. Aunque el punto focal de nuestro análisis es el sistema internacional, no queremos imponer una teleología sobre el sistema internacional. Hemos considerado más bien el sistema internacional como uno «donde los valores y objetivos de (casi) todos son formulados (habitualmente) en relación a los de alguien más, y donde la elección de objetos tecnológicos para su adquisición y uso está también basado sobre un sistema de intercambio de conocimiento ampliamente difundido y un alto grado de selectividad en relación a las definiciones cambiantes de modernidad» (pp. 56-57).

Habiendo sido iniciados en estos misterios semánticos, llegamos a la parte II, titulada *La Situación de Herencia: Un Modelo de la Formación de Orientaciones de Actor en el Tercer Mundo*, donde, tomando una metáfora vulgar al pie de la letra, los autores buscan equivalencias entre la herencia de riqueza de un individuo a otro y la transición de la administración colonial a la independencia. El rasgo más curioso de esta disquisición consiste en que, a pesar de su afirmación de haber incorporado a Marx en su sistema, los autores se refieren a los administradores anteriores como «los benefactores» y a los nuevos estados como «los beneficiarios».

Al final del libro tenemos una recapitulación. Si uno desea hallar una explicación sobre lo que ocurre en el Congo o Venezuela o en el lugar que sea, debe observar el mandala que aparece más adelante, teniendo presente que «mientras el sistema social *se desarrolla*, otras formas estructurales más especializadas, inicialmente enclavadas en las estructuras de control de tensiones y conservación de modelos (L) se separan en relación a funciones integrativas (I), luego funciones políticas (G) y finalmente funciones adaptativas (principalmente económicas) (A)» (página 146). Si uno está desconcertado, puede ensayar una interpretación freudiana de su significado.

ESTRUCTURA DEL SISTEMA INTERNACIONAL-G

(Dedicación al Objetivo, Logro del Objetivo)



Con una ulterior «categorización de objetos internacionales de orientación» y «una reducción de atimia», este esquema podría resultar casi tan útil para la «orientación societaria» como las profecías de Nostradamus.

Para asegurar la representatividad internacional de nuestro pequeño muestrario de la inacabable flora de la fraseología seudocientífica, veamos ahora un ejemplo salido de la pluma de un autor de irreprochable origen tercermundista, director de programación en el Instituto de Investigación para el Desarrollo Social de las Naciones Unidas: *Subversión and Social Change in Colombia* (Columbia University Press, 1969), de Orlando Fals Borda. Aunque a juzgar por el título apenas podría conjeturárselo, el libro es una suerte de historia de Colombia desde el período precolonial hasta el presente. Como el autor es un profesor de sociología, el libro plantea el problema de si un conocimiento de las corrientes dominantes en la teoría sociológica actual puede ayudar a comprender el pasado.

Igual que en otros campos, también en el conocimiento histórico todos los progresos significativos dependen de una interacción entre el acopio de datos y la teoría: los nuevos datos originan nuevos problemas y proposiciones generales, los cuales a su vez sugieren la recolección de datos de un nuevo tipo, cuya importancia (e incluso cuya existencia) no había sido sospechada anteriormente. El marxismo, por ejemplo, en su época creativa tuvo el enorme mérito de apartar a los historiadores y

filósofos políticos de su interés exclusivo por las acciones de personalidades prominentes y de atraer su atención sobre el impacto de los factores económicos sobre los fenómenos políticos y culturales. De igual modo, la escuela sociológica de Durkheim impuso a los historiadores franceses de la necesidad de considerar cada aspecto de la cultura como parte de una estructura orgánica. Para abrir perspectivas genuinamente nuevas a los historiadores, una teoría sociológica debe señalar conexiones hasta ahora insospechadas entre clases de acontecimientos observables, que es precisamente lo que hicieron los grandes teóricos, como Marx, Spencer, Durkheim, Pareto y Weber, pese a los errores en que inevitablemente incurrieron, dada su condición de precursores. Entre otras contribuciones al pleno empleo, la producción de etiquetas llamativas y novedosas para trivialidades e inanidades ha incluido escritos históricos que pretenden arrojar una nueva luz sobre el pasado formulando una información de todos conocida en una jerigonza ininteligible.

El libro de Fals Borda no contiene datos que no puedan encontrarse en libros corrientes sobre historia colombiana o historia general de América Latina; su única diferencia consiste en su terminología oscura y pretenciosa. Por ejemplo, no es ningún descubrimiento que la conquista y conversión de los indios produjeron un nuevo orden social; el autor viste de etiqueta esta información al denominar a este cambio «refracción dialéctica», a sus agentes como «disórganos» y «condicionadores», al nuevo código moral como «contranormas acríticas», a la vieja estructura tribal como «topía nr 1», y a la sociedad señorial que la sucedió como «topía nr 2». Incidentalmente, «topía» significa un sistema social que ha existido o existe, en tanto que opuesto a utopía. Como en el vocabulario de Fals Borda «subversión» significa producir un cambio en la sociedad, el título del libro resulta pleonástico; y la palabra «subversión» meramente despierta en vano la esperanza del lector de espigar en sus páginas información sobre algunas maquinaciones siniestras.

No obstante, el pleonasmo resulta un delito menor en comparación con la niebla mental que exuda esta mezcla de marxismo aguado con un parsonianismo deshilvanado. Sin embargo, el libro debiera tener un efecto apaciguador en los altos círculos de la burocracia «cultural» internacional, donde es necesario mostrarse diplomático y exhibir buena voluntad hacia ambas superpotencias. ¿Qué capitalista no se sentirá regocijado al escuchar que, en vez de una revolución sangrienta, todo lo que experimentará será una instrumentalización de contravalores y contranormas de topía nr 5 por parte de grupos de referencia de la contraélite?

Una de las campañas de venta más eficaces de los últimos tiempos ha sido la montada en torno a las obras de Marshall MacLuhan, «alquilado» (como dicen los americanos) en aquella época por la universidad neoyorquina Fordham, administrada por los jesuitas, con un salario fabuloso y debidamente publicitado. Un coro bien concertado de críticos saludó la aparición de los volúmenes de MacLuhan como la mayor revelación de estos últimos tiempos: algunos lo compararon con Freud, otros (más modestamente) con Arnold J. Toynbee. No obstante, ni siquiera estos últimos

podían haber leído *The Study of History*, ya que de lo contrario no lo hubieran situado en la misma categoría que los vuelos de la fantasía de Marshall MacLuhan. Analizándolas desde el punto de vista de la lógica y el método científico, podría demostrarse que las teorías de Toynbee son ambiguas, infundadas y tautológicas, pero sus libros están repletos de información verdadera y original y merecen ser respetados como productos de una investigación responsable; abarcan una cantidad de trabajo inmensa y carecen de toda semejanza con las contorsiones lingüísticas de un autor que proclama abiertamente su rechazo de la lógica y declara su desprecio no sólo hacia la exposición ordenada, sino también hacia la gramática. En respuesta a uno de sus críticos, dice MacLuhan en las páginas de *The Listener*: «La confusión de Miller, arranca de su suposición de que yo tengo "nociones" y teorías, conceptos antes que percepciones». Las comparaciones y confrontaciones de Toynbee pueden no probar sus ideas generales y pueden parecer superficiales en comparación con las de sociólogos comparativos y analíticos como Herbert Spencer y Max Weber, pero raramente carecen de interés y a menudo resultan sugestivas y a veces iluminadoras. En contraste, la tesis de MacLuhan (para no hablar de sus debilidades subsidiarias) de que, bajo la influencia de la televisión, los seres humanos se están volviendo menos «visuales» y más «audiotáctiles» es completamente gratuita, para decirlo con suavidad. Cuando la gente mira la televisión en vez de leer libros ciertamente no se vuelve menos visual, todavía continúa empleando los ojos exactamente en la misma medida. Tampoco hay una sombra de evidencia de que antes de la televisión, los transistores y los hilos musicales, la gente usara menos los oídos que en la actualidad, sólo que antes escuchaba a sus compañeros, o música animada o sonidos naturales, en vez de escuchar a un parlante. La absurdidad final consiste en la afirmación de que las impresiones táctiles de los televidentes boquiabiertos son más intensas que las de las generaciones anteriores. ¿De qué modo y dónde? Ciertamente no en las manos ni en los pies. El único lugar posible es el trasero. No obstante, MacLuhan se las ingenia para insertar en su corriente de libres asociaciones unas pocas frases enérgicas que dan justo en el blanco (tales como que el medio es el mensaje o el masaje del cerebro, o que más importante que la cuestión de si hay una vida más allá de la muerte resulta actualmente la cuestión de si hay una vida antes de la muerte), cosa que sus colegas más «científicos» son incapaces de hacer. Por otro lado, observaciones (que se supone perfectamente serias) como la de que la televisión ha transformado el mundo en una «aldea global» son metáforas brillantes, pero disparatadas e hiperbólicas.

Uno de los ejemplos más comunes de una boga fastidiosa es la predilección por la palabra «retroalimentación», que (fuera de su adecuado contexto técnico) por lo general simplemente sustituye palabras más precisas como «informe» o «reacción». Igualmente risibles —y también ilógicas— son las palabras «in-group» o «out-group»; porque las palabras «in» (dentro) o «out» (fuera) no tienen sentido sin una especificación (que puede estar sobreentendida si resulta suficientemente obvia) de la entidad a la cual se supone están referidas. No tiene sentido hablar de «in-pencils» y

«out-pencils», a menos que estos prefijos se refieran a una posición en relación a algún espacio delimitado, tal como un cajón. Coloquialmente (y, como siempre, metafóricamente), hablamos de «insiders» (integrados) y «outsiders» (marginados); y si esto es todo lo que significan las expresiones «in-group» y «out-group», resultan totalmente superfluas. Más aún, esta última es, en ese caso, torpemente engañosa, ya que no hay razones para suponer que los «outsiders» deben formar un grupo, ya que podrían carecer de conexiones entre sí, o conectarse sólo a través de los «insiders». Los clientes de una agencia de apuestas deportivas forman una categoría lógica, pero no un grupo en un sentido sociológico, porque no actúan a la recíproca entre sí. Por la misma razón, sería igualmente engañoso llamar «out-group» a los no miembros de un grupo determinado. De seguir esta convención tendríamos que contar al señor Chou En Lai y al Emperador Haile Selassie como miembros del «out-group» del Club de Ajedrez del Colegio Pangbourne, lo cual contravendría todas las definiciones de la palabra «grupo».

Si «in-group» connota a los miembros de un grupo determinado, entonces es totalmente superflua y confusionista. Si quiere decir un grupo que tiene miembros a diferencia de otro que no los tiene, luego la expresión es estúpida, porque en la lógica puede haber una categoría vacía, pero no puede existir un grupo humano sin miembros. Estas expresiones podrían emplearse más o menos justificadamente sólo en un sentido adjetival, como cuando hablamos de «in-group attitudes» (para significar las actitudes hacia los co-miembros) en oposición a «out-group attitudes», o actitudes hacia los no miembros. Como la moda de sustituir «individuo» o «alguien» por «actor», que consideraremos en seguida, el hábito de adornar el sustantivo «grupo» con prefijos sin sentido debe tratarse como una pretensión inane y seudocientífica.

Hay muchos otros ejemplos de bogas verbales de este tipo. La palabra «estrategia» se puso de moda sin duda a causa de la militarización de la ciencia y reemplazó a «método» sin ninguna ventaja práctica. Por el contrario, como ocurre con la mayoría de las modas, esta sustitución ha conducido a un empobrecimiento del lenguaje, ya que, en vez de dos palabras con significados distintos, aunque parcialmente superpuestos, ahora tenemos sólo una usada indiscriminadamente, tan indiscriminadamente en efecto que la gente habla pleonásticamente sobre la «estrategia del conflicto», como si pudiera haber una estrategia que no se refiriera a un conflicto.

Una de las modas más pueriles se centra en torno a la palabra «rol», cuyo uso metafórico en sociología data por lo menos del siglo dieciocho. Aunque esta metáfora ya se ha convertido en un perfecto lugar común, la costumbre, repentinamente desarrollada, de repetirla interminablemente ha sido bautizada como «teoría del rol». Esta «teoría» consiste en reformulaciones rimbombantes, ambiguas e increíblemente extensas de lo que durante mucho tiempo ha sido de dominio común; a saber, que en todo grupo los miembros juegan roles diferentes que a veces son complementarios y a

veces contradictorios; que algunos individuos cambian o intercambian sus roles; que a menudo una persona actúa en distintos roles que pueden ser complementarios, pero también incompatibles; que un grupo puede actuar eficazmente sólo si los roles de sus miembros están en armonía. Estas trivialidades pueden expresarse muy bien sin recurrir para nada a la palabra «rol», lo cual prueba que esta moda no conduce en absoluto a un perfeccionamiento del conocimiento.

Quizá el adagio de que «cada retrato es un autorretrato» podría ayudar a comprender por qué, en compañía de sociólogos y psicólogos, uno escucha las palabras «rol» y «actor» tan incesantemente como el taco más vulgar entre soldados. ¿Por qué no «individuo» o «persona» o «agente» más bien que «actor»? Atormentados quizá por la duda corrosiva de que la clase de ciencia que cultivan es un mero simulacro, los aficionados podrían estar tratando de proteger subconscientemente su autoestimación al insinuar mediante su elección de palabras que toda la vida social es mera representación teatral. El gusto plebeyo por las acrobacias verbales, no obstante, requiere una nueva reformulación bajo la forma de una sustitución de la palabra «actor» por «payaso». Échese simplemente un vistazo a un texto sobre teoría del rol y se verá que con la ayuda de esta sustitución cobra un sentido mucho más claro.

Esto no quiere decir que haya problemas con la palabra «rol», en sí misma perfectamente útil, a condición de que la usemos sin pretensiones y cada vez que la necesitemos, en vez de tratarla como un ensalmo mágico capaz de abrir el Sésamo de un conocimiento de otro modo inaccesible. Normalmente, una buena prueba para averiguar si lo que se nos ofrece es una nueva idea o simplemente una nueva nomenclatura, consiste en observar lo que ocurre cuando empleamos palabras distintas. En este caso está perfectamente claro que, aunque muy conveniente, «rol» puede ser reemplazada sin pérdida de significado por otras palabras como «posición» o «lugar». No hay diferencia de significado entre «su rol en el grupo», «su lugar en el grupo» o «su posición en el grupo», ya que los tres términos son designaciones metafóricas de los elementos recurrentes de la interacción humana. Por supuesto, sería posible definir estos términos a fin de darles connotaciones ligeramente distintas; pero, en vez de esto, lo que han hecho los «teóricos del rol» es meramente suministrar a los ansiosos aspirantes a la categoría de autores una oportunidad de reformular el viejo conocimiento vulgar de acuerdo con la nueva moda.

En realidad, el único escritor que hizo buen uso del concepto de rol y que ha acertado a decir algo que trascienda la obviedad es Ervin Goffman, quien lo toma en el sentido menos metafórico, ateniéndose más estrictamente a su uso teatral y considera las relaciones sociales como repetidos encuentros en cada uno de los cuales cada persona «suelta una línea» o «representa», intentando (deliberada o mecánicamente) proyectar sobre sus interlocutores la imagen deseada de sí misma, reproduciendo de este modo los esfuerzos de un actor para dar a la audiencia la imagen del personaje que está representando. Aunque hasta la fecha este enfoque no

haya producido grandes revelaciones, ha capacitado a Goffman para realizar contribuciones útiles al conocimiento y para escribir un cierto número de libros que contrastan muy favorablemente con el árido escolasticismo de la «teoría del rol».

La tendencia a apoderarse de los temas más triviales y trabajarlos *ad nauseam*, enmascarando lo pueril con una jerigonza pomposa y oscura, está bien ejemplificada por la famosa teoría de la acción social. La turbia clasificación que Weber llevó a cabo de la acción social en tipos tales como *Wertrational* y *Zweckrational* no jugó ningún papel en sus teorías explicativas sustantivas; no obstante, Talcott Parsons la adoptó como piedra angular de su propio sistema, prefiriéndola a los estudios comparativos más sustanciales de Weber. En *Structure of Social Action*, Parsons dedica cerca de seiscientas páginas a mostrar que el mérito principal de Alfred Marshall, Weber, Pareto y Durkheim consiste en que señalaron el camino hacia «la teoría de la acción voluntarista», finalmente formulada por el propio Parsons. Traducida del lenguaje tenebroso en que ha sido redactada, esta teoría viene a decir que para comprender por qué la gente actúa del modo en que lo hace, debemos tomar en cuenta sus deseos y decisiones, los medios a su disposición y sus convicciones acerca del modo más adecuado para producir los efectos deseados.

La aparición de este rasgo del conocimiento significó, sin duda alguna, un paso importante en el desarrollo mental de la humanidad, pero debió producirse en algún momento del Paleolítico, ya que Homero y los profetas bíblicos estaban perfectamente al tanto de él. Es verdad, ninguno de los escritores tratados en el libro de Parsons hizo ninguna declaración explícita en este sentido, no porque lo ignoraran, sino porque dieron por sobre entendido que ningún lector en su sano juicio necesitaba que se le explicara una cosa tan obvia. Tampoco especificaron otros requisitos de la acción social igualmente importantes, tales como los de que la gente sea capaz de recordar, comunicarse, razonar y moverse, lo cual no quiere decir que el mundo tenga que aguardar hasta que otro profesor de Harvard venga y lo descubra.

El atractivo de la jerigonza y los arabescos estupefacientes puede explicarse perfectamente en virtud de los esfuerzos normales de los seres humanos para alcanzar emolumentos y prestigio al menor costo posible para sí mismos, costo que en este caso consiste en el esfuerzo mental y el peligro de provocar un ataque o dar un paso en falso. Además de eliminar tales riesgos, como también la necesidad de estudiar demasiado, la verbosidad ambigua abre el camino de los puestos académicos de mayor prestigio a gente de inteligencia inferior, cuyas limitaciones quedarían al desnudo si tuvieran que expresar todo lo que dicen de forma clara y sucinta. En realidad, la relación entre el carácter de un profesional de la jerigonza y la magnitud de su verborrea puede expresarse mediante la fórmula que transcribe más adelante y que propongo denominar *Ecuación ele la Camándula Verborrágica* y puede aplicarse del siguiente modo: El primer paso consiste en asignar intuitivamente una puntuación aproximada a la ambición de un autor, designada por A, y a su conocimiento, designado por K (que debe ser siempre mayor que O, ya que nadie es capaz de

ignorarlo absolutamente todo). A también debe ser positiva, porque si la ambición literaria de alguien equivale a cero, luego no escribe y, por tanto, no hay posibilidades de aplicar la ecuación.

V designa a jerigonza verborrágica. Nuestra ecuación queda, pues,

$$\frac{A}{K} - 1 = V$$

¿Por qué -1? Porque cuando el conocimiento iguala a la ambición no hay verborrea. Cuando el conocimiento excede a la ambición V se vuelve negativa; y la verborrea negativa equivale a la concisión. No obstante, como hay un límite para la concisión, V nunca puede ser menor que -1; en tanto que la verborrea carece de límites, y así V aumenta indefinidamente a medida que crece la ambición, mientras el conocimiento tiende a desvanecerse.

Naturalmente, nuestra fórmula no puede ser considerada como exacta hasta tanto no se hayan ideado índices mensurables para las variables y se los haya confrontado luego con los datos empíricos. Creo, sin embargo, que es aproximativamente verdadera, e invito a los lectores a ensayarla sobre los autores que leen como también sobre sus colegas, profesores o estudiantes. Su poder explicativo y predictivo es prácticamente el mismo de la mayoría de los teoremas de economía matemática. La ventaja de nuestra fórmula consiste en que explica la conducta de muchas clases diferentes de gente, que van desde el no graduado que trata de pasar una disertación sin haber estudiado, hasta el estudioso con un conocimiento considerable pero devorado por sus anhelos de grandeza.

Dejando aparte los economistas, el único europeo capaz de competir con los grandes gurúes americanos en cuanto a fama o influencia es Claude Lévi-Strauss, hombre de inteligencia y cultura extraordinarias, cuya primera obra importante, *Les Structures élémentaires de la parenté*, publicada en 1949, constituyó un atrevido intento de suministrar una explicación unificada de los funcionamientos de un gran número de sistemas de parentesco diversificados, basada en el análisis de una amplia información y un esquema teórico altamente ingenioso. A este volumen seguirían otros donde se analizarían los restantes sistemas de parentesco con la ayuda de un modelo circulatorio similar. Desdichadamente, sin embargo, se mostró que ciertos embarazosos datos de la realidad contradecían esta teoría, cosa que, incidentalmente, prueba que ella no era mera tautología, sino una generalización verdaderamente inductiva. Quizá Lévi-Strauss podría haber salvado su tesis mediante el examen de los factores de posible limitación y mediante la restricción de la aplicabilidad de su modelo a una subclase de los sistemas abarcados por la versión existente de la obra. De haberlo intentado con éxito hubiera convertido su interpretación, valiosa pero insegura, en una sólida contribución al conocimiento, pero hubiera tenido que renunciar a su afirmación en el sentido de que había descubierto un módulo universal.

La proeza hubiera sido digna de elogio, pero de alcance insuficiente para conferirle un título de verdadera grandeza. Quizá todavía esté tratando de hacerlo, pero a juzgar por lo publicado desde entonces ha cambiado de curso más bien drásticamente. Abandonando la claridad de su obra inicial, comenzó a devanar especulaciones suficientemente ambiguas para hallarse a salvo del peligro de una confrontación con los hechos embarazosos, donde fragmentos no muy bien digeridos de matemáticas y lingüística están yuxtapuestos con un despliegue desordenado de fragmentos de etnografía, condimentado con algo de marxismo *á la mode* y servido con esa filosofía de cafetería conocida bajo el nombre de existencialismo. Aunque el resultado se asemeje a veces a cierto tipo de poesía surrealista, está vinculado con el movimiento denominado estructuralismo, el cual afirma ser una suerte de superciencia, o quintaesencia de todas las ciencias, en el sentido de haber dado con los elementos más importantes de cada una de ellas, descubrimiento que en la práctica se reduce a afirmaciones ambiguas e incansablemente reiterativas del no excesivamente sorprendente hallazgo de que cada cosa tiene una estructura, decoradas con invocaciones constantes de esta palabra sagrada en sus diversas transustanciaciones. Como explicación de las formas de pensamiento de la gente primitiva, *La Pensée sauvage* resulta considerablemente inferior a la tesis de Lévi-Bruhl de que la gente primitiva es incapaz de pensar lógicamente, tesis expuesta en varios libros publicados a principios de este siglo, uno de los cuales fue traducido al inglés con el título *How Natives Think*. Sin embargo, Lévi-Strauss se ha transformado en un gran gurú, posición que nadie (ni siquiera Keynes) pudo alcanzar en las ciencias sociales siguiendo el difícil camino del razonamiento claro y realista.

Despojadas de sus pirotecnias estilísticas embellecedoras, sus teorías acerca del proceso del pensamiento primitivo (o, como él prefiere denominarlo, más espectacularmente, «salvaje»), se reducen a una síntesis alquímica de la teoría de la mentalidad prelógica de Lévi-Bruhl, con el concepto ya centenario de *Elementargedanke* de Bastian (una especie de ingrediente básico universal de todos los sistemas de creencias), y la noción junguiana de los arquetipos, expresada en una terminología abstrusa tomada de la lingüística. Sin embargo, en correspondencia con lo que ha conservado del viejo «esprit» francés y en contraste con los indigestos vomitivos teutónicos de los parsonianos, sus trabajos sobre mitos relatan muchas historias cautivantes que, junto con sus astutos crucigramas o sus comentarios jeroglíficos, suministran un material extremadamente adecuado para elegantes conversaciones de sobremesa. Aparte de las ventajas redituadas por sus ardientes elogios de Marx, su facilidad para los juegos de palabras sorprendentes y a menudo entretenidos, aptos para las reuniones de salón, explica sin duda en gran parte la celebridad de Lévi-Strauss, aunque (como veremos más adelante) en este sentido resulta igualmente eficaz su técnica original de persuasión (reminiscente del lanzamiento de hechizos en la brujería), consistente en amenazar a la gente con las matemáticas: musitando sibilinamente acerca de transformaciones y matrices

algebraicas sin revelar nunca su naturaleza exacta.

El uso de la jerigonza torna la cuestión muy difícil para un principiante, porque si lee o escucha a profesores famosos de las universidades más prestigiosas sin ser capaz de comprenderlos, ¿cómo podría hacer para saber si esto se debe a su propia falta de inteligencia o preparación o a la vacuidad de los profesores? La disposición a conjeturar que todo aquello que uno es incapaz de comprender tiene que ser un disparate no puede menos que condenar una persona a la ignorancia eterna; por consiguiente, lo último que desearía es alentar de algún modo a aquellos ingenios mortecinos que derivan hacia los estudios sociales y humanísticos como un mal menor y que se hallan siempre a la busca de un pretexto para no hacer nada. Así resulta trágico que los profesores amantes de la jerigonza hayan dado a estos holgazanes justificaciones tan excelentes para dar rienda libre a sus inclinaciones. Pero ¿cómo podría hacer un principiante serio para abrirse camino a través de la niebla verbal y volverse capaz de evaluar el grado de solvencia de los académicos de alto nivel?

A tales lectores les sugeriría que la única forma de lograrlo es, primero, ensayar su inteligencia con textos pertenecientes a una esfera donde no hay cabida para el fraude y que sean intelectualmente exigentes sin llegar a requerir un conocimiento exhaustivo de especialistas: principalmente los libros menos técnicos sobre la filosofía de las ciencias naturales, tales como *Modern Physics*, de P. W. Bridgman, o *Philosophical Foundations of Physics*, de Rudolf Carnap, o *Introduction to Mathematical Philosophy*, de Bertrand Russell, o *Biological Principles*, de J. H. Woodger, para mencionar sólo algunos entre muchos títulos posibles. Ahora bien, si a pesar de un esfuerzo serio —y recordemos que éstos no son libros de cabecera y requieren concentración y perseverancia— son incapaces de comprenderlos, entonces les recomendaría mantenerse alejados de teorías demasiado elaboradas y no intentar producir nada demasiado abstracto por sí mismos.

Hay muchas áreas de la sociología, la antropología, las ciencias políticas, la psicología y la economía donde se puede realizar un trabajo útil sin recurrir a las abstracciones de alto nivel, muchas áreas donde basta con una cierta cantidad de información verdadera y un poco de sentido común. Sin embargo, si se ha conseguido dominar un cierto número de libros como los mencionados y pese a haber realizado un esfuerzo estimable, todavía son incapaces de comprender lo que dicen o escriben algunas de estas luminarias psicológicas, politológicas o sociológicas, entonces se puede legítimamente suponer que la falta es del autor antes que del lector y sospechar justificadamente que todo podría consistir en un puro disparate.

Un estudiante puede aplicar el mismo test a sus profesores cuando afirmen que lo que están enseñando se apoya sobre fundamentos científicos incontrovertibles. Véase qué es lo que saben sobre ciencias naturales y matemáticas y sus fundamentos filosóficos. Naturalmente, no puede esperarse que posean un conocimiento de especialistas en estos campos, pero si son totalmente ignorantes en estas cosas, es

preciso no tomar seriamente sus afirmaciones grandilocuentes acerca del carácter ultra científico de sus enseñanzas. Más aún, es innecesario sentirse indebidamente impresionados por sus títulos o posiciones. Las mejores universidades habitualmente pueden conseguir la gente más capacitada en campos en los cuales existen criterios firmes para la valoración de los logros; pero en el estadio presente de desarrollo de las ciencias sociales el proceso de selección se asemeja, en muchos casos, a un concurso de canciones ante un jurado de sordos, capaces de juzgar a los competidores sólo por la forma en que éstos abren sus bocas.

Por la misma razón es necesario no dejarse impresionar por el pie de imprenta de una editorial famosa o el volumen de las publicaciones de un autor. Téngase presente que Einstein sólo necesitó diecisiete páginas para el trabajo con que revolucionó la física, mientras que en los manicomios hay grafómanos que consumen montañas de papel a diario. Recuérdese que los editores quieren mantener las máquinas de imprimir en continuo funcionamiento y no tienen nada que objetar a un disparate siempre que éste pueda venderse. Como decía mi abuela, el papel es paciente.

A menos que haya una retracción del mercado consumidor, para usar una expresión apropiadamente comercial, todos los vendedores pueden obtener beneficios mediante la dilución de su mercadería. Todos hemos visto cómo el envase llamativo a menudo suele ir acompañado de un deterioro en la calidad del contenido, cosa que ocurre no sólo con los artículos de alimentación, sino también con los libros, especialmente desde que las casas editoriales comenzaron a caer bajo el control de grandes monopolios cuyos ejecutivos deben probar su valía en dinero y no pueden dejarse influir indebidamente por consideraciones éticas o estéticas. En un clima de opinión mercenario, poco propicio al orgullo artesanal, los académicos siguen a aquellos que les enseñan cómo retorcer las palabras, cómo diluir los contenidos y cómo embutirlo todo en una impresionante y pomposa retórica seudocientífica; el resto del tiempo lo dedican a perseguir implacablemente a las excepciones que escriben con demasiada concisión.

En lógica estricta, un *argumentum ad hominem* no puede impugnar el valor de una observación, pero un juez siempre toma en consideración las motivaciones probables del testigo. Podría decirse que esto es irrelevante, ya que un juez tiene que decidir en quién depositar su confianza, en tanto que en la ciencia todo se encuentra exento de sospechas. Desdichadamente, sin embargo, incluso en las ciencias exactas se han dado casos de fraude, mientras que en materias donde no es posible verificar una información mediante la repetición del experimento muchas cosas deben aceptarse sobre la base del simple crédito que se les concede. Un historiador que evalúa la seriedad de sus fuentes tratará de poner en claro los intereses y el carácter de sus autores y los estudios pretendidamente científicos de situaciones contemporáneas deben ser abordados con idéntica cautela.

A este respecto, me gustaría sugerir que el sentido del humor es un buen indicador del valor de un científico social como observador de las cuestiones humanas, a

condición de que éste no sea simplemente un deshonesto, un haragán o un desaprensivo. Es verdad, el caso de Newton y muchos otros sugiere que en las matemáticas y las ciencias naturales esta cualidad puede ser irrelevante; mientras que incluso en el estudio del hombre pensadores tan sobresalientes como Marx, Schopenhauer o Auguste Comte carecieron de él y se mostraron inclinados a tomarse demasiado en serio a sí mismos. No obstante, todos ellos combinaron la mayor originalidad y profundidad con los errores doctrinarios; pero, aunque Max Weber parezca haber carecido también de humor, sus juicios sobre la marcha de los acontecimientos fueron muy sobrios. Sin embargo, creo que, en general, hay una conexión entre el sentido del humor y la habilidad para juzgar situaciones sociales en forma realista, y la explicaría del siguiente modo:

La palabra nunca se conforma a todos nuestros deseos y nadie puede disfrutar de una felicidad ininterrumpida. Aun aquellos claramente satisfechos con lo que les ha tocado en suerte conocen la certidumbre de la muerte y las amenazas de duelo, enfermedad y otros infortunios y son conscientes del trágico destino de sus compañeros y de los sufrimientos de los animales. Dice un adagio que es posible distinguir un pesimista de un optimista por el hecho de que cuando ambos han bebido una media botella el pesimista se entristecerá pensando en que sólo queda media botella, mientras que el optimista se alegrará pensando en que todavía queda media botella. Lo mismo rige para la vida en general y una tendencia a demorarse sobre los aspectos agradables de la existencia antes que sobre los desagradables es indispensable para la felicidad o aun para la salud mental. Sin embargo, aun aquellos no inclinados por su temperamento a las cavilaciones sombrías tienen que percibir más infelicidad y maldad de lo que les agradaría. Pueden evitar la melancolía de dos modos: o engañarse a sí mismos diciéndose que el mundo es mejor de lo que es, o bien hallando sus imperfecciones, como también sus propios infortunios y debilidades, ligeramente divertidos. En otras palabras, la risa es un mecanismo mental que nos capacita para enfrentar la realidad sin caer en la melancolía o el engaño. Como la gente sumida en la apatía rara vez nos fastidia con la publicación de sus trabajos, el obstáculo principal para el progreso de nuestro conocimiento de la sociedad lo constituye el engaño (dejemos aparte la presunción), que en este contexto habitualmente cobra la forma de un doctrinarismo expresado a través de una jerigonza mixtificadora. El sentido del humor es el indicador externo más seguro de la probabilidad de que un autor se halle inmunizado contra esta aberración, y de su habilidad para evaluar las situaciones sociales de modo realista.

CAPÍTULO 7

USOS DE LA ABSURDIDAD

El repaso más sumario de las creencias humanas revela que el hombre carece de una inclinación innata hacia la busca de la verdad y que la absurdidad y la oscuridad, lejos de ser repelentes, ejercen sobre muchas personas una atracción irresistible. Como veremos en seguida, hay varias razones para explicar esta proclividad, pero la más general entre ellas es que la claridad y la lógica imponen severas restricciones a nuestro pensamiento y le impiden ponerse sinceramente al servicio de nuestros deseos, odios y caprichos. Para decirlo en términos freudianos, inexactos pero sugerentes, la lógica y la claridad son los guardianes del Principio de Realidad, que impide que la corriente de nuestras ideas siga el Principio de Placer, en tanto que éste nos conduce hacia la exageración del placer mental a través de hacernos creer en lo que desearíamos que fuese verdad, al margen de lo indicado por los hechos.

Nuestra persecución del Principio de Placer carecería de límites si no necesitáramos de una información correcta acerca de los mecanismos de nuestro medio que nos capacitan para manipularlo con el objeto de satisfacer nuestros deseos. La medida en que nuestras mentes tenderán a abandonar el Principio de Placer, por amor al Principio de Realidad, dependerá de la dificultad e inmediatez de las penalidades que la realidad nos inflige por abrigar nociones falsas acerca de ella. La inmediatez y magnitud de esta retribución dependerá de si el éxito de nuestras actividades prácticas depende de la verdad de nuestras ideas. Raramente resultará provechoso sostener opiniones injustificadas sobre escollos y corrientes en el curso de una navegación, en tanto que la mayoría de las ideas absurdas sobre la filosofía pueden mantenerse indefinidamente con perfecta impunidad.

Uno de los placeres alcanzables a través del recurso a la confusión y la absurdidad es la capacidad de sentir y afirmar públicamente que uno está al tanto de lo que en realidad ignora. En estrecha relación con esta ventaja está el empleo de la absurdidad y la confusión como escudos para proteger a los beneficiarios de la autoridad, que no disfrutan de ninguna superioridad natural de talento o conocimiento: puesto que el pensamiento claro y lógico es como un juego con reglas discernibles y definidas, en el que cualquier harapiento puede desafiar y derrotar al Maestro, mientras que en el ámbito de la confusión y la absurdidad no hay reglas que puedan justificar la deposición del Maestro y la refutación de Lo-Que-El-Ha-Dicho.

La confusión y la absurdidad protegen a la autoridad establecida de la posibilidad de ser perturbada por su divergencia de un ordenamiento natural basado en el talento y la habilidad, del mismo modo en que los ropajes protegen a una jerarquía de los efectos subversivos de la desnudez, ya que en medio de una muchedumbre desnuda nadie puede distinguir a un Mariscal de Campo o un Arzobispo.

Mientras la autoridad continúe inspirando temor, la confusión y la absurdidad proseguirán fortaleciendo las tendencias conservadoras en la sociedad. Primero, porque el pensamiento claro y lógico conduce a una acumulación de conocimiento (cuyo mejor ejemplo se halla en el progreso de las ciencias naturales) y el progreso del conocimiento tarde o temprano socava el orden tradicional. El pensamiento confuso, por otra parte, no conduce a nada en particular y puede cultivarse indefinidamente sin que llegue a ejercer ningún impacto sobre el mundo. En otras palabras, es intrínsecamente estático y esta característica está relacionada con su habilidad para actuar como un factor aglutinante de los agrupamientos sociales.

Poseemos una tendencia a preferir a quienes son como nosotros y a rechazar a quienes son distintos, a menos que la diferencia permita un intercambio de alguna clase (ya sea de bienes, de información o una gratificación sexual). Esta propensión ubicua (que puede encontrarse tanto entre los animales como entre los hombres) ha sido denominada «conciencia de género» por Frank Giddings, mientras que, para su contrapartida negativa, Gastón Bouthoul ha propuesto el término «heterofobia». Infortunadamente no podemos reemplazar la expresión más bien torpe «conciencia de género» por su equivalente griego «homofilia», ya que esta palabra se emplea para designar a la homosexualidad.

A fin de que ningún lector condene todas las formas de la heterofobia como un atavismo irracional, debo recalcar que ésta, en una cierta medida, constituye un ingrediente indispensable de la vida social, que sería imposible si fuéramos incapaces de formular predicciones sobre la conducta de nuestros compañeros, como ocurriría en caso de no existir un mínimo de conformidad. Más aún, la posibilidad misma de la comunicación se apoya sobre lo que tenemos en común con otras personas y sin la conformidad exigida por la heterofobia no podría haber lenguaje. Los pensamientos originales pueden comprenderse sólo en virtud de los elementos no originales que contienen y la originalidad total (en caso de ser posible) sería inútil, ya que no sería comunicable en absoluto.

Sin embargo, incluso una dosis pequeña de pensamiento original separa ya al pensador de la mayoría de la humanidad y le hace más difícil satisfacer la propensión gregaria de un ser humano normal. Un profeta es un proscripto hasta que logra catequizar a alguna gente y si persistiera en el hábito de la innovación e intentara rehacer su doctrina podría fácilmente ahuyentarla. Esto ocurre rara vez, ya que (aparte de la dificultad de engendrar nuevas ideas), castigado por sus sufrimientos durante la época de exilio, el profeta saborea los placeres de tener finalmente algunos discípulos y consagra el resto de sus energías a establecer una Escuela fundada sobre preceptos nuevos, aunque no necesariamente menos rígidos.

Las creencias compartidas unen, mientras las controversias dividen. Y como un pensamiento lógico conduce hacia descubrimientos que necesariamente traen aparejado un rechazo de las opiniones previamente aceptadas (y con frecuencia profundamente estimadas), tiende a perturbar la armonía, que puede continuar siendo

perfecta sólo a condición de que todos los miembros del grupo continúen compartiendo exactamente las mismas creencias. Sin embargo, esto no es todo. Como la lógica es un patrimonio común de la humanidad, que cualquiera es capaz de usar, sea cual fuere su origen, no puede ser empleada como una barrera para separar a los integrados de los marginados. En otras palabras, siempre habrá una categoría de seres humanos que se distingan por su recurso a, y su habilidad en, el pensamiento lógico. Un dogma arbitrario, por el contrario, puede separar y normalmente separa a los creyentes del resto de las personas y mientras mayor sea su absurdidad mejor funcionará como barrera en torno a un grupo cohesionado. La no conformidad en relación a una creencia normalmente acarrea una ruptura de los vínculos sociales y esto explica la notable longevidad de los dogmas totalmente absurdos. Esto se aplica no sólo a los organismos eclesiásticos, sino también a sectas seculares, tales como las de los freudianos o los marxistas. En tanto se atengan a la doctrina permanecerán unidos, mientras que una vez que hayan empezado a pensar independientemente tendrán que seguir caminos distintos, poniendo así punto final a una solidaridad emocionalmente satisfactoria y una forma común de vida. Si uno pertenece, digamos, a la Nueva Izquierda, donde se hallan todos sus amigos y comienza a sospechar que Karl el Padre y Su Hijo Vladimir podrían haber sido sólo hombres falibles, entonces debe reprimir estos pensamientos blasfemos o hacer frente a la amenaza de expulsión de su círculo, quizá sin demasiadas esperanzas de hallar a corto plazo otra compañía igualmente acogedora.

El sacrificio ha sido considerado siempre como la prueba más convincente de lealtad y su forma más común implica la renuncia al uso de alguna función orgánica, como en el caso del celibato o el ayuno. La renuncia al uso de la razón —*credo quia impossibile*— tiene una significación por lo menos idéntica y mientras más increíble sea la afirmación, más positiva resultará la prueba de devoción manifestada por su aceptación. Los teólogos católicos son bastante explícitos en este sentido y proclaman abiertamente que, al afirmar lo que la razón humana desecha como absurdo, un creyente prueba su amor a Dios. Las sectas seculares formulan demandas similares, aunque nunca sean tan explícitas al respecto.

Aunque se presten como material perfecto para la erección de barreras en torno a los grupos cerrados, las creencias disparatadas y arbitrarias no resultan discriminatorias en relación a la mayoría no favorecida con una inteligencia brillante, en tanto que la lógica (y sus aplicaciones, conocidas bajo el nombre de ciencia) están al alcance de todos, pero sólo a condición de que se posea una habilidad innata y un conocimiento trabajosamente adquirido, lo cual significa que su atracción se ejercerá sólo sobre una minoría.

Las ciencias naturales no progresaron en virtud de la atracción universal de la racionalidad. Sus oponentes, metafísicos, clasicistas y teólogos no fueron convertidos, sino desplazados. Todas las universidades antiguas tuvieron que ser compelidas por presiones externas a dar entrada a la ciencia, y la mayoría de las

naciones comenzó a estimarla sólo después de sucumbir bajo las armas producidas con su ayuda. Para resumir esta larga historia, el método científico ha triunfado en todo el mundo porque confirió poder a quienes lo cultivaban sobre aquellos que lo desconocían. La brujería perdió terreno, no a causa del desvanecimiento de su fascinación intrínseca sobre la mente humana, sino porque no acertó a contrarrestar el poder creado por la ciencia. Pero, aunque desechados como instrumentos para el control de la naturaleza, los encantamientos continúan siendo más eficaces para manipular multitudes que los argumentos lógicos, de modo que en el gobierno de las cuestiones humanas la brujería sigue siendo más fuerte que la ciencia.

Basta con observar el lenguaje de la política para advertir las ventajas de la ambigüedad y la oscuridad en la lucha por la popularidad, ya que el secreto del éxito consiste en estar con todos a la vez, dejando abierta una posibilidad para evadirse de cada compromiso que pueda tornarse embarazoso. Una doctrina capaz de suministrar una vía de evacuación de la perversidad mediante la persecución de un ideal noble es una posesión especialmente valiosa y todas las ideologías duraderas y triunfantes han tenido que apelar simultáneamente a las inclinaciones nobles e indignas de la humanidad —cosa que sólo puede conseguirse bajo el amparo de la oscuridad doctrinal—. En la historia de las ciencias sociales pueden discernirse tendencias semejantes, con el agregado de que aquí hallamos también un factor cuya importancia aumenta con el avance de la profesionalización: a saber, el deseo de suministrar tareas fácilmente realizables a los miembros de la profesión. Hoy el tipo más sencillo de trabajo consiste en una exégesis interminable de textos ampliamente conocidos; y en este caso, la ambigüedad y la oscuridad contribuyen a crear nuevas posibilidades de trabajo de este tipo, mientras que la claridad y la concisión las limitan. Cualquier autor que, a semejanza de Hegel o Husserl, escriba en una forma árida y tenebrosa, da trabajo a un gran número de alevines que pueden enfrascarse en el comentario acerca de lo que él *realmente* quiso decir; mientras que un escritor como David Hume o Bertrand Russell, capaz de expresarse con una total claridad, no crea oportunidades semejantes para que los intelectuales mediocres se ganen la vida describiendo inacabables círculos viciosos y así es menos probable que llegue a convertirse en un tótem. Los creadores de niebla mental son lanzados a la fama por aquellos intelectuales cuyas propensiones parasitarias han sido capaces de estimular sabiamente.

CAPÍTULO 8

EVASIÓN BAJO PRETEXTO DE OBJETIVIDAD

Desde que Hume escribió su famosa observación de que «la razón es, y debe ser siempre, esclava de las pasiones», la distinción entre juicio de hecho y juicio de valor ha sido una de las piedras angulares de la filosofía. (Para los lectores no familiarizados con el uso filosófico debo agregar que un juicio de hecho puede muy bien ser falso. La confusión sobre este punto podría evitarse expresando la distinción anterior en términos menos afines al lenguaje coloquial: a saber, proposiciones o declaraciones existenciales y normativas). Aunque circundada por las dificultades de aplicación, debidas sobre todo al ubicuo desvanecimiento de unos conceptos en otros, esta distinción subyace en el ideal de objetividad. En el desarrollo de la metodología de las ciencias sociales Max Weber le adjudicó un lugar central y ha sido discutida desde entonces bajo las denominaciones de neutralidad ética, no valoración o *Wertfreiheit* [10].

Toda la discusión, no obstante, se refiere a la neutralidad semántica, cosa totalmente diferente de la neutralidad práctica. Aclaremos esta definición.

En abstracto —desde el punto de vista de la semántica filosófica—, ¿qué cosa podría ser éticamente más neutral, *wertfrei*, no exhortatoria, no valorativa, que la cuestión de la cantidad de gente que entra un determinado nivel de ingresos? Sin embargo, las estadísticas sobre distribución de los ingresos pueden ser consideradas como material altamente inflamable en un sistema que afirma haber abolido las desigualdades de clases. Incluso en un país donde la discrepancia entre la línea oficial y la realidad no parece demasiado grande, los datos sobre la distribución de la riqueza pasan por un estricto control partidario. Cuando Inglaterra estaba gobernada por los conservadores, los escritores laboristas produjeron una gran cantidad de estudios asegurando que la distribución de la riqueza era mucho más desigual de lo que se creía generalmente y los conservadores se vieron así sometidos a una campaña adversa. Después de la subida del laborismo al poder, los intelectuales abandonaron el tema, mostrando así que, desde un punto de vista práctico, tales estadísticas no son totalmente neutrales.

Si alguien afirma que Oswald no mató a John Kennedy, está formulando una proposición que semánticamente es perfectamente neutral, en tanto que no hay nada en el significado aceptado de cualquiera de las palabras que componen esta frase que indique que el hablante está o complacido o consternado por el hecho o que se alegra o entristece porque no sea Oswald quien lo hizo. Desde un punto de vista semántico no podría haber un juicio de hecho más puro, más éticamente neutral. Sin embargo, como nadie ignora, éste es todavía hoy uno de los puntos más candentes de la política americana y una declaración semejante podría exponer a un hablante a la ira de

quienes sostienen una opinión opuesta a este juicio de hecho aparentemente simple. Aunque esto no pueda ser inferido del mero significado de las palabras, en el contexto real de la política americana la declaración en cuestión impugna la honestidad de los dignatarios más altos de los Estados Unidos, implica que un poder tremendo ha caído en las manos de grupos de conspiradores, sugiere que la democracia americana es (parcialmente al menos) una impostura y, por consiguiente, define a quien así se expresa como un elemento subversivo, con todas las consecuencias prácticas que una acusación semejante pueda traer aparejadas.

O bien tomemos otro ejemplo: Aparentemente no puede haber nada más neutral que las estadísticas demográficas. Y, sin embargo, una disputa sobre los resultados de un censo casi condujo a una guerra civil en Nigeria a principios de 1964. La razón era que, como las alineaciones partidarias seguían las líneas regionales, su fuerza relativa dependía de la población de cada región; y así cada gobierno regional trataba de hinchar la cuenta de sus ciudadanos mediante toda clase de estratagemas. En un momento de la disputa, el Premier de la Región Oriental ofreció aceptar el censo si se elevaba la cuenta de su región en un millón. Naturalmente, se trata de un caso más bien extremo, pero los ejemplos que podrían ilustrar este punto son innumerables.

Tuvieron que transcurrir muchos milenios de progreso intelectual antes de que la gente se decidiera a considerar a su sociedad con desapego y un interés absoluto por la verdad, es decir, objetivamente. Todavía hoy el enfoque espontáneo de quien no ha realizado un esfuerzo especial para habituarse a considerar su medio social, por así decir, desde el exterior, sigue siendo emocional y manipulativo; y la inmensa mayoría de los pronunciamientos sobre cuestiones humanas se formulan bien para evacuar emociones o bien para influir sobre la conducta de otras personas. Puede lograrse este último propósito mediante órdenes directas o imbuyendo a la gente de sentimientos apropiados o inculcándole creencias sobre las circunstancias existentes y sus relaciones causales que la inducirá a comportarse en la forma que juzguemos apropiada a fin de satisfacer sus deseos. Normalmente, cuando hablamos sobre la conducta humana, condenamos o elogiamos, persuadimos o prometemos, amenazamos o halagamos; y mostrarse deseoso de y ser capaz de discutir sobre la conducta social desapasionadamente y sin un propósito utilitario a la vista, sigue siendo todavía hoy un rasgo de refinamiento infrecuente cuyos primeros vislumbres aparecieron en los escritos de Maquiavelo. El desarrollo de nuestro conocimiento de la sociedad ha estado inextricablemente ligado con la difusión de la habilidad para observar y analizar con distanciamiento.

Como era de esperar, a la vista de los hechos apuntados, las disciplinas más antiguas relacionadas con las cuestiones humanas —la historiografía y la jurisprudencia— suministran los ejemplos más antiguos de las dos técnicas habituales para influir sobre la conducta humana, aparte de la estrategia directa de la zanahoria o la estaca; a saber, la enseñanza de ciertas actitudes mediante una diseminación selectiva de la información y la imposición de juicios de valor enmascarados como

juicios de hecho.

No es ninguna novedad, por supuesto, que la ley es un medio de controlar la conducta, consistente en reglas acerca del modo en que la gente debiera comportarse y lo que los agentes del estado debieran hacer bajo diversas circunstancias, lo cual incluye también a la ley civil, ya que ésta en última instancia está respaldada por el poder del Estado. No aludo a la intención obviamente manipulativa que promueve los actos legislativos, sino a los métodos de influir sobre la conducta induciendo a la gente a creer en entidades inexistentes, tales como leyes que nunca han sido formuladas y que los jueces tienen que «encontrar». Si definimos a la ley como un conjunto de disposiciones sobre tipos de acciones permisibles, obligatorias y prohibidas, basta entonces un momento de reflexión para comprender que ninguna ley puede existir hasta que alguien la ha enunciado; y que lo que hacen los jueces al tratar de «encontrar» la ley de hecho no es sino crearla, incluso cuando esto equivale simplemente a formular normas subsidiarias dentro de un sistema ya existente más amplio. La ficción de que la ley preexistía a su formulación realza el poder de sus hacedores al dotar a sus pronunciamientos de un aura sobrehumana. En los Estados Unidos, por ejemplo, este tipo de ficción ha capacitado a la Suprema Corte para introducir cambios sustanciales en la estructura política, cambios que no hubieran sido aceptados salvo sobre el supuesto tácito de que las normas recién proclamadas habían sido descubiertas antes que creadas. El hecho de que las nuevas disposiciones a menudo aparezcan como inferencias de otras preexistentes no cambia la cuestión, ya que las inferencias no existen hasta que se las infiere; y en todo caso la exégesis legal raramente asume una forma estrictamente lógica.

Además de la legislación enmascarada como descubrimiento de la ley, existe, como ya se ha mencionado, aparte de impartir órdenes, el método de influir sobre la conducta consistente en inculcar tácitamente una escala de valores proponiendo definiciones de conceptos tan abstractos como el Estado, la familia, el delito o la libertad. Este método está presente ya en los más antiguos documentos históricos y uno de sus ejemplos más sorprendentes es la recepción del derecho romano en los comienzos de la Europa moderna, cuando los «légistes» prepararon el camino al absolutismo y el capitalismo cambiando las formas prevalecientes de pensar acerca del derecho. (Puede hallarse una tentativa de evaluar la importancia causal de este fenómeno en *The Uses of Comparative Sociology*, Capítulo 12, «Ideas as Forces»). La capacidad manipulativa de las definiciones hoy corrientes en las ciencias sociales será discutida por extenso en el capítulo sobre *La ideología encubierta por la terminología*; pero simplemente para mostrar hasta dónde pueden llegar estos equívocos, mencionaré uno de los ejemplos más groseros: a saber, la definición hegeliana de libertad como la oportunidad de obedecer al Estado. Los tratados sobre ciencias políticas o teoría del Estado estaban llenos de este tipo de propaganda encubierta, aunque habitualmente en una forma ligeramente menos torpe y fue para eliminar estos obstáculos para el desarrollo de una ciencia empírica de la sociedad

que Max Weber formuló su canon de la *Wertfreiheit*.

Las obras históricas inspiradas por el afán de conocer, antes que por el mero deseo de cantar la gloria de príncipes y guerreros, comenzaron a aparecer sólo bajo el impacto de unas ciencias físicas muy desarrolladas y el interés por las costumbres exóticas suscitado por los descubrimientos geográficos. Igual que en la medicina, la filología y la física, los primeros vislumbres de la historiografía científica (distinta de la meramente panegírica) aparecieron primero en Grecia, con Tucídides y se desarrollaron en Italia con Maquiavelo, Guicciardini y Scarpi. Más tarde el centro de la creatividad se desplazó hacia el norte, hacia Francia e Inglaterra (con Jean Bodin, Hobbes y James Harrington), donde permaneció durante todo el siglo dieciocho. Pese a las distintas incursiones por territorio virgen de los filósofos de la historia y los políticos de la Ilustración (tales como Voltaire, Herder, Kant y Hume), hasta el siglo presente la escritura de la historia continuó centrada en torno a las hazañas gloriosas de los grandes personajes. A juzgar por la preponderancia cuantitativa, todavía hoy la enseñanza y escritura de la historia sirven principalmente al propósito del adoctrinamiento, pese al desplazamiento del interés desde los grandes acontecimientos hacia las instituciones, que refleja la tendencia hacia la sociedad de masas. No obstante, podemos afirmar que, con la excepción de los estados totalitarios, durante las décadas recientes la historiografía ha mostrado una tendencia general hacia una mayor objetividad y una apertura a las ideas de la teoría sociológica y económica. Cuando comparamos las primeras descripciones de las culturas primitivas, cargadas de indignación frente a las costumbres tontas o viciosas de los salvajes ignorantes, con la etnografía escrita por los profesionales modernos, también podemos discernir una tendencia hacia un interés más específico de conocer por medio del análisis desapasionado una tendencia más marcada hacia la objetividad, antes que a la mera distribución de censuras y elogios. No obstante, del diagnóstico de que ha habido una tendencia hacia lo que podría vagamente denominarse objetividad no podemos saltar a la conclusión de que este objetivo sea plenamente alcanzable; aunque, por otro lado, la imposibilidad de alcanzarlo plenamente no significa que la idea no sea digna de prosecución. Los objetivos de la claridad y la consistencia tampoco pueden alcanzarse plenamente, pero sin un esfuerzo para lograrlos la ciencia nunca hubiera llegado a existir.

Ningún escritor que se ocupe de las cuestiones humanas puede reprimir en su interior todos los sentimientos favorables u hostiles sobre los hechos y personas que describe. En este sentido, debiéramos agradecer cualquier indicación franca sobre la naturaleza de sus simpatías o antipatías, a fin de poder descartar los prejuicios que no compartimos. En realidad, mientras sea posible distinguir con facilidad las observaciones encomiásticas o derogatorias del análisis y la información verdaderos, sólo podrán formularse objeciones si el autor dedica tantas páginas a las vituperaciones o elogios que luego carece de espacio para explayarse debidamente sobre las circunstancias y las relaciones causales. Una disciplina estricta de las

propias reacciones emocionales podría conducir a una concentración mayor en el análisis, pero esto no implica que la ausencia de sentimientos definidos sobre un tema particular sea la mejor de las bases para su estudio, ya que una implicación emocional podría promover una curiosidad infatigable; y de hecho, algunas de las consideraciones más profundas sobre la mecánica de los sistemas sociales se deben a gente que los odiaba o los admiraba. El ejemplo que acude naturalmente a la memoria es el de Carlos Marx.

Si la distinción entre juicios de hecho y juicios de valor pudiera conservarse clara, su mezcla entre las cubiertas de un libro o durante un discurso no obstaculizaría más la comunicación y la acumulación de conocimiento que la inserción de una exclamación sobre la belleza del cielo en un libro de astronomía. En los debates sobre cuestiones humanas, sin embargo, sólo las formas más extremas de juicios de valor y juicios de hecho aparecen enteramente diferenciadas. Cuando se nos dice que los actos o el carácter de una persona son admirables o despreciables, no podemos inferir la naturaleza de sus actos o los rasgos de su carácter, a menos que conozcamos la escala de valores de quien habla. Exclamaciones como «bastard» («bastardo») o «bugger» («sodomita»), han perdido su contenido informativo en relación a un nacimiento ilegítimo o a prácticas sexuales específicas y se usan puramente como expresiones de hostilidad o desdén. Pero epítetos como «mentiroso» o «cobarde» tienen un contenido informativo real como también un contenido emocional y exhortatorio; el primero no sería aplicable a alguien entre cuyas palabras y acciones (no importa cuán horrendas) no pudiera detectarse una discrepancia, ni tampoco el segundo a alguien impermeable al temor, aunque adicto a la crueldad, la duplicidad u otros vicios repugnantes. Para tomar otro ejemplo, la misma disposición podría denominarse, según la actitud de quien habla y su escala de valores, o «timidez» o «prudencia», pero no «tontería».

Hay dos razones por las cuales al describir la conducta humana no podemos liberarnos de las palabras emocionalmente o normativamente lastradas. La primera es que no hemos acuñado términos suficientes para pintar la gran variedad de interacciones humanas con fines exclusivamente cognoscitivos. Por consiguiente, sería totalmente imposible explicar las maniobras que se producen en un escenario político si tuviéramos que confinar nuestro vocabulario a los términos inventados por los psicólogos, sociólogos y científicos políticos, dejando de lado el problema de si estos términos en realidad ayudan u obstaculizan el conocimiento. Algunas personas han afirmado que esto es sólo cuestión de tiempo y que lenta pero seguramente las ciencias sociales producirán terminologías adecuadas para la realización de su ímproba tarea. Personalmente, no creo que esto pueda lograrse, ya que, aparte de otros impedimentos para el progreso en este campo, existe uno a mi parecer irremediable: los términos sociológicos y psicológicos, aunque sean perfectamente asépticos en el momento de su creación, cobran muy pronto matices de elogio o censura según que la realidad a que se refieren sea aceptada o rechazada. Por

ejemplo, ¿a quién le agradaría que lo llamaran «masoquista» o «psicótico»? Sin embargo, estos términos se inventaron para un uso estrictamente clínico y estuvieron tan cerca de la objetividad como cualquier otro fenómeno en el estudio del hombre. ¿O a quién le agradaría tener que afrontar un diagnóstico público como portador de un complejo edípico, o de inferioridad, o como poseedor de un bajo coeficiente de inteligencia, o como individuo emocionalmente inmaduro? Podríamos intentar hallar sustitutos de aspecto inocuo para «impotencia» u «onanismo», pero es poco probable que, tras haber aprendido su significado, alguien pudiera considerarlos como atributos neutrales. Así, acuñar neologismos con el único propósito de eliminar los matices valorativos es una tarea inútil, particularmente porque los términos sociológicos y psicológicos, tan pronto como se vulgarizan, sufren distorsiones torpes y excesivamente simplificadoras. La única defensa contra esta tendencia —muy imperfecta, con seguridad— es un refinamiento genuino del significado que los haga impropios para el uso coloquial.

La oscuridad puede ser una fuente de poder e ingresos, como puede advertirse por el ejemplo del lenguaje legal (mencionado anteriormente), que es claramente un producto del esfuerzo para volverlo incomprensible a los no iniciados, a fin de compelerlos a depender de los costosos servicios de los abogados. Los políticos y los funcionarios a menudo redactan sus pronunciamientos con palabras vagas y ambiguas a fin de preservar su propia libertad de acción o poder evadirse fácilmente de la cuestión. Las normas y regulaciones de distintas organizaciones están redactadas de modo deliberadamente ambiguo, con el objeto de permitir a los detentadores de la autoridad evadirse de su responsabilidad o incluso cometer faltas graves. Esta tendencia se manifiesta en materias aparentemente sencillas, como la nomenclatura de las posiciones administrativas. A fin de no ofender susceptibilidades, por ejemplo, el beneficiario de una posición de autoridad recientemente creada será llamado coordinador, en vez de jefe o principal o director, y como resultado la distinción entre coordinación y control, analíticamente muy útil, se tornará sumamente borrosa.

El poder de las palabras para suscitar emociones motiva una tentación firme e irresistible de deformar sus significados originales a fin de provocar las reacciones deseadas. Estimulados por este motivo, los anunciadores, periodistas y muchas otras clases de escritores y locutores agravan la confusión con un sensacionalismo incesante, que ya ha despojado a numerosas palabras de su significado. Por estas razones la discusión terminológica está necesariamente condenada a ser como una especie de limpieza o desbrozamiento interminable, sin el cual nuestro conocimiento no sólo no aumentará, sino que disminuirá con el tiempo, como en realidad ha ocurrido ya bajo tantos aspectos.

No es accidental que, aparte de la teoría económica, el campo donde se ha desarrollado una terminología refinada y lógicamente satisfactoria sea el estudio del parentesco. Además de la ventaja de ocuparse de estructuras que pueden analizarse en elementos aislables y claramente constantes (tales como las relaciones de esposa,

marido, hermano, hermana, hijo, hija, padre y madre), esta rama de los estudios sociales tiene la suerte de hallarse normalmente al margen de las ideologías y la política del momento. Las dificultades puramente intelectuales, las pasiones ideológicas y los esfuerzos deliberados para ofuscar o engañar se refuerzan entre sí. Mientras más hondas son las pasiones, más difícil se hace la racionalización y mayor es la eficacia de la propaganda. Inversamente, mientras más difícil es encontrar y probar la verdad, más sencillo resulta dejarse arrastrar por las emociones o sucumbir a la tentación de dirigirse a las pasiones. Finalmente, mientras más importante sea una cuestión en la lucha por la riqueza y el poder, más enérgicos serán los esfuerzos ofuscadores por parte de los propagandistas, confesos o clandestinos, y más difícil será que un buscador genuino de la verdad consiga encontrar una audiencia.

Para comprender lo difícil que resulta separar los ingredientes informativos y exhortatorios del significado, basta considerar una palabra como «fascismo». La palabra fue inventada como nombre propio para los seguidores de Benito Mussolini, y más tarde comenzó a ser adjudicada a los movimientos que proclamaban su simpatía hacia los fascistas italianos o se asemejaban a ellos en su programa u organización. Los comunistas han ampliado el significado de este rótulo hasta el punto de denominar «fascista» a todo aquel que no está de su parte; pero el cumplido fue devuelto cuando algunas personas comenzaron a hablar de fascismo rojo. El escritor ruso Tarssi llegó a definir al comunismo como una forma particularmente perniciosa de fascismo. Así, el común denominador de los múltiples usos de esta palabra es puramente exhortatorio o emocional, y connota una condena. Si desconocemos la actitud de quien habla, al oír la palabra fascismo no podemos inferir nada acerca de las características deningún sistema movimiento.

En el capítulo sobre La ideología encubierta por la terminología analizaré varios ejemplos menos obvios de matices exhortatorios en términos pretendidamente puros. Por el momento me agradaría sólo recalcar que esta clase de contrabando, lejos de ser un fenómeno reciente, puede ser rastreado a lo largo de toda la historia de la literatura sobre cuestiones humanas. Las definiciones del Estado normalmente contienen un ingrediente persuasivo, y a menudo poco más que eso. No es necesario esforzarse para mostrar que una definición del Estado como una emanación de la voluntad general tiende a inculcar una actitud muy diferente de la inducida por la concepción del Estado como un instrumento para la protección del rico contra el pobre. Las opiniones sobre problemas aparentemente tan teóricos como el de si el Estado tuvo su origen en una conquista o un contrato a menudo fueron dictadas por la actitud frente al gobierno del momento.

La dificultad fundamental, a propósito de la objetividad, surge de la circunstancia inevitable de que ni el requerimiento de una exactitud de los datos ni el canon de la neutralidad semántica especifican nada acerca de lo que debe incluirse u omitirse al describir una situación.

Puedo dibujar un mapa de una ciudad que muestre la ubicación de los museos, las

escuelas, los teatros y otros edificios importantes, como también otro que destaque sólo burdeles, mercados de drogas, garitos y cárceles. Ambos podrían ser igualmente verdaderos y exactos y no hay razones por las cuales uno de ellos debiera considerarse como menos verdadero que el otro, o menos correcto que cualquier otro mapa que pudiéramos dibujar.

O tomemos un ejemplo menos trivial: desde el punto de vista de la semántica filosófica, la proposición de que en la URSS se han construido muchas escuelas y hospitales es tan neutral o no exhortatoria como una frase acerca de los millones de personas que han muerto allí en los campos de trabajos forzados. Sin embargo, la disposición a afirmar sólo la primera o sólo la segunda de ellas suministraría una buena clave para interpretar la actitud de una persona frente al Estado soviético.

Como la suma total de las características de cualquier fenómeno empírico es infinita, cualquiera que intente describirlo debe decidir (consciente o inconscientemente) acerca de qué anotar y qué pasar por alto, y qué cantidad de atención y espacio conceder a cada rasgo o aspecto mencionado. Ni los cánones de la veracidad y la exactitud ni las distinciones de la semántica filosófica, ni siquiera el recurso a palabras abstrusas y no emocionales, pueden facilitar una vía de escape de la necesidad de llevar a cabo elecciones semejantes. Y como sabe cualquier periodista, incluso una descripción de un acontecimiento simple como un accidente o una reyerta puede ser desfigurada totalmente mediante la selección de un conjunto de detalles o cualquier otro. Del mismo modo, un discurso puede ser deformado completamente hilvanando citas escogidas, aun cuando éstas sean literalmente correctas.

La conciencia de estas dificultades no debiera llevarnos a la conclusión derrotista de que toda explicación es igualmente indigna de confianza, y de que nunca seremos capaces de conocer nada; puesto que esto es seguramente falso y el sentido común, conformado por las experiencias de la vida cotidiana, indica que algunos testigos están menos prejuiciados que otros, para no hablar de las diferencias en su repugnancia a mentir lisa y llanamente. No obstante, la conclusión que se desprende de los argumentos precedentes es que el ideal de objetividad es mucho más complejo y elusivo de lo que los vendedores de baratijas metodológicas podrían hacernos creer; y que requiere mucho más que una adhesión a las reglas técnicas de la verificación o el recurso a una terminología abstrusa y no emocional: a saber, un compromiso moral con la justicia, la disposición a ser justo con las personas y las instituciones, a evitar las tentaciones del pensamiento interesado o venenoso y la valentía de resistir las amenazas y las seducciones.

Igual que un juez al evaluar los testimonios de los testigos, no podemos evaluar de los datos sin emitir un juicio tácito sobre el carácter de la fuente; porque, como el juez o el detective, normalmente trabajamos con información que no podemos verificar personalmente, y ni la pertenencia a una asociación profesional ni la observancia de los tecnicismos metodológicos garantiza siquiera una exactitud

elemental y no digamos la objetividad en el sentido amplio definido más arriba. Más aún, al igual que el juez, si supusiéramos que cada declaración es igualmente sincera y que la objetividad consiste en atribuir una importancia igual a todas las opiniones no llegaríamos a ninguna parte, porque la imparcialidad entre un testigo sincero y otro mentiroso equivale a un compromiso hipócrita y una connivencia con el engaño.

Todos los grupos, todas las estructuras de poder, propagan ciertas creencias acerca de su naturaleza, como también acerca de la de sus aliados y enemigos, que no se corresponden con la realidad. Por consiguiente, todo aquel que investiga la verdad sobre las cuestiones humanas y luego la revela no puede evitar atacar a algunas personas y es poco probable que no pase a ser catalogado como un hereje molesto o un elemento subversivo peligroso. Como los temas sobre los cuales ningún grupo sostiene preconceptos son pocos, podría ser imposible permanecer absolutamente neutral, particularmente si (como es habitual) las facciones poderosas se adhieren al principio de que «quien no está con nosotros está contra nosotros». Además, a causa de las enormes variaciones en los grados de autoengaño y mendacidad entre distintos grupos e individuos, un compromiso con la exactitud habitualmente trae aparejada una toma de partido. De este modo, una resolución de decir la verdad compromete a un investigador a asumir una actitud de oposición frente a esas organizaciones o escuelas de pensamiento que se engañan a sí mismas o recurren al engaño en mayor medida y a ponerse de parte de los oponentes menos inclinados a estos vicios. Ningún libro honesto de antropología física podría ser neutral en relación a la ideología nazi, con la ficción de su dogma cardinal sobre la pureza de la raza germánica. De igual modo, la preocupación de omitir estrictamente toda crítica no podría evitar que una comparación honesta entre las condiciones de vida de los trabajadores manuales y las de los altos funcionarios se volviera automáticamente subversiva en un país cuya mitología oficial afirma que las desigualdades sociales han desaparecido, cuando en realidad no ha sido así. La información de que el tonelaje de bombas arrojado sobre Vietnam del Sur supera al que cayó sobre Alemania y el Japón durante la segunda guerra, aunque semánticamente neutral, tampoco puede permanecer dentro de los límites de la neutralidad semántica, dado el contexto de la situación, ya que arroja serias dudas sobre la sinceridad de la afirmación de que la guerra se libra para defender la democracia en esa parte del mundo.

Incidentalmente, hace ya mucho tiempo que la palabra «democracia» ha dejado de tener un significado definido y en el uso vulgar ha pasado a indicar una mera aprobación de un sistema determinado, cualquiera sea éste.

Nadie será considerado neutral si revela lo que otros desearían ocultar y esto se aplica no sólo a la alta política, sino a todo tipo de situaciones, tales como el asesoramiento de un consultante industrial sobre el modo de reorganizar un negocio, que acarrea beneficios para unos mientras priva a otros de sus medios de vida. Así debemos tener presente la distinción entre neutralidad semántica y práctica. La primera, aunque diste de ser tan simple como desearían hacernos creer quienes

reclaman un status científico para los estudios sociales, es alcanzable al menos en principio, en tanto que, en este mundo donde el secreto, la impostura y el engaño juegan un papel tan importante en la determinación de las acciones humanas y especialmente en el problema de quién obtiene qué y de qué modo, la neutralidad práctica es totalmente utópica.

Aunque en el estudio de las cuestiones humanas la verdadera neutralidad no puede existir, la pseudoneutralidad no sólo es posible, sino también altamente provechosa y en los niveles más altos de especialización permite, como dice el proverbio, escapar con la liebre y a la vez perseguirla con los perros.

El aforismo de Leopold Ranke de que la tarea del historiador es contar «cómo sucedió realmente» ha sido criticado a menudo por su ingenuidad y todo lo dicho anteriormente sirve para mostrar que un compromiso con la simple veracidad no basta para garantizar la imparcialidad. Sin embargo, si tratamos de afirmar lo opuesto y decir que la tarea del historiador es no contar «cómo sucedió realmente», podemos ver fácilmente cómo el aforismo de Ranke puntualiza algo importante. En efecto, si la historiografía o el estudio de los problemas actuales no se atuvieran en grado suficiente al canon de la exactitud, afortunadamente mucho más fácil de lograr que la objetividad en sentido absoluto, apenas podríamos concebirlo como algo distinto de la propaganda servil y nefanda o una ocupación puramente parasitaria. Aunque susceptible de crítica en el plano epistemológico, el célebre aforismo de Ranke equivale a una afirmación de la primacía del interés por la verdad, la exactitud y la sobriedad, en oposición a un estilo de escritura de la historia emocional, hiperbólico y panegírico, común todavía en nuestros días y poco menos que universal en su época.

A pesar de la elusividad de sus criterios y la imposibilidad de alcanzarla plenamente, la objetividad (que incluye a la imparcialidad como distinta de la neutralidad) debe proseguir siendo un ideal esencial en la orientación de nuestros esfuerzos. Repitamos que no se trata de un ideal simple fácilmente obtenible mediante la aplicación de unas pocas reglas técnicas, pero si lo rechazáramos totalmente, sólo podríamos convertirnos en propagandistas o parásitos, a menos que escojamos transformarnos en guerreros o terroristas, dispuestos a disparar antes que a razonar.

Los argumentos precedentes conducen a una conclusión que contradice el estereotipo vulgar de que los «hechos» son «difíciles», mientras que las teorías son algo esencialmente arbitrario. Esto no significa que tengamos que desembocar en algún tipo de relativismo fundamental, porque para que el razonamiento sea posible tenemos que postular la existencia de una «realidad» en relación a la cual las observaciones sobre «hechos» pueden juzgarse como falsas o verdaderas. Un relativismo completo, consistente en un rechazo del concepto de verdad, se autocontradice, puesto que su afirmación implica una negación de su propia verdad. Así lo expresa la vieja paradoja: un hombre afirma que todos los cretenses son mentirosos. Él es un cretense; por consiguiente lo que dice es una mentira. Sin

embargo, incluso dentro de los supuestos de la ciencia y la sabiduría vulgar, en el sentido de que las observaciones sobre «hechos» pueden juzgarse como falsas o verdaderas, aunque sólo sea aproximativamente, el caso es que el criterio de verdad no puede determinar el mecanismo de omisiones e inclusiones entre el número infinito de proposiciones que describen «hechos». Cuando sigue los criterios convencionales de la enumeración, una elección semejante, al no estar determinada por criterios objetivos, no es menos arbitraria y en el mejor de los casos puede guiarse por el vago ideal de la justicia o por un juicio intuitivo de importancia relativa que podría estar acertado o equivocado. En contraste, las proposiciones bien planteadas sobre relaciones causales son escasas y no pueden multiplicarse a voluntad, o ser modificadas, sin que se tornen falsas, siendo de hecho extraordinariamente difíciles de descubrir.

No sólo los teoremas generales, sino también las proposiciones singulares sobre una relación causal en un caso determinado, están sujetos a muchas más restricciones que las declaraciones puramente descriptivas. Si mi tarea consiste en indicar los atributos de la entidad A, puedo enumerar cualquier atributo verdadero que se me ocurra escoger. Pero si deseo formular proposiciones sobre las relaciones causales entre dos atributos de la entidad A, explicando la existencia del atributo x por la existencia del atributo y, entonces mi libertad de elección quedará muy severamente limitada por mi conocimiento de las relaciones causales, con frecuencia extraordinariamente limitada y eso en el supuesto caso de que sea capaz de hallar algunas proposiciones correctas de esta clase.

Al interpretar el concepto de objetividad como limitativo de nuestras posibles afirmaciones, debemos concluir que las teorías verificadas son más objetivas que las descripciones verdaderas y que éstas participan de la objetividad en la medida en que están basadas en proposiciones teóricas sobre causas y efectos, en tanto que la descripción pura debe ser siempre arbitraria. Debo recalcar, sin embargo, que esto se aplica sólo a las teorías claramente desarrolladas, verificables y, si no verificadas, al menos apoyadas en evidencias reales hasta un grado de alta plausibilidad. Las divagaciones ambiguas, no verificables, pseudoteóricas, son naturalmente más que arbitrarias, ya que se hallan al margen incluso del más elemental de los criterios de corrección.

CAPÍTULO 9

LA METODOLOGÍA COMO ESCONDITE

A fin de evitar el peligro de ofender a los individuos y grupos poderosos y de arriesgar la propia reputación con tesis discutibles, hay una estratagema más respetable que la jerigonza tortuosa; a saber, una insistencia sobre la perfección metodológica, que capacita a uno para no responder más que a los interrogantes más triviales.

El desarrollo de los métodos de experimentación y medición ha jugado un papel crucial en la historia de las ciencias exactas. Estos nacieron, sin embargo, en el proceso de resolver problemas sustantivos y no conozco ninguna metodología que haya sido inventada en el vacío o importada totalmente de otro campo y luego empleada con éxito para producir descubrimientos importantes, aunque es verdad que la invención de algunas ramas de las matemáticas fue muy anterior a su primera aplicación. El ejemplo más notable, en este sentido, es el cálculo de los llamados números imaginarios. Más aún, debe recordarse que cuando la gente habla hoy de metodología habitualmente no se refiere a los principios básicos de la inferencia inductiva, sino a los métodos específicos para recoger y analizar datos estadísticos.

En su esencia, la metodología es profiláctica. Del mismo modo en que la higiene puede ayudarnos a evitar algunos contagios, pero resulta impotente para garantizar la salud, la metodología puede prevenirnos contra ciertos peligros, pero no nos ayudará a concebir nuevas ideas. Los métodos denominados de inducción en realidad son métodos de verificación: explican de qué modo ensayar las hipótesis, pero no cómo llegar a ellas. En efecto, este último proceso continúa siendo tan misterioso como en los tiempos de Sócrates: todo lo que se sabe es que, para concebir ideas originales y fecundas, el hombre necesita tener talento, sumergirse en el conocimiento a su alcance y pensar con energía y sin temor.

El énfasis excesivo sobre la metodología y las técnicas, como también el elogio de las fórmulas y los términos de aspecto científico, ejemplifican la tendencia común (manifiesta también en fenómenos tan diversos como la tacañería y las actividades propias de un cuartel) a desplazar el valor del fin hacia los medios: algo originariamente valorado sólo como medio para alcanzar un fin llega a ser valorado por sí mismo, con olvido del fin original. Un sociólogo o un psicólogo obsesionado con los sistemas, la jerigonza y las técnicas se parece a un carpintero tan ocupado en mantener limpias sus herramientas que carece de tiempo para trabajar. Estas tendencias están reforzadas por la sensación de desvalimiento frente a la complejidad no manipulable de los fenómenos sociales y el temor de ocuparse de temas peligrosos, presentes en todo el ámbito de las ciencias sociales. Como resultado, se olvida que el más esencial de los métodos de investigación es el pensamiento libre de

prejuicios.

La ventaja principal de la aplicación mecánica de técnicas rutinarias estriba en que permite una producción masiva de material impreso sin demasiado esfuerzo mental. Como se verá más detalladamente en el último capítulo, un jefe de investigación no tiene por qué preocuparse por formular observaciones o reflexionar sobre lo que ve. Todo lo que tiene que hacer es reunir el dinero y reclutar el personal que se encargará de realizar el trabajo. Otra ventaja consiste en que, como las cifras procesadas no pueden contar la historia de su nacimiento y como a medida que crece el volumen de las tablas éstas se tornan cada vez más inescrutables, los entrevistadores pueden ser gente desaprensiva y disfrutar a la vez de una total impunidad.

Las entrevistas «arregladas» son mucho más comunes de lo que se supone generalmente, aunque nadie podría decir exactamente hasta qué punto. Entre otros casos, conozco el de un hombre empleado para realizar entrevistas en diversas partes de Inglaterra que, en vez de viajar, componía la mayoría de ellas en su bar local favorito. Antes había ayudado a otro sociólogo en un trabajo de investigación gracias al cual éste consiguió más tarde un puesto de profesor en una universidad inglesa y que no sufrió ninguna grave crisis de conciencia al descubrir los verdaderos hábitos de su antiguo asistente principal. Un ejemplo aún más divertido es el de un departamento de sociología de una universidad americana que, habiendo decidido realzar la importancia de la metodología exacta, designó como profesor en esta especialidad (con sueldo máximo) a un hombre que, como se descubrió más tarde, había sido echado de su trabajo anterior en una firma de investigación de mercados por «arreglar» los resultados.

Como todos sabemos, la negligencia en el cumplimiento del deber y la deshonestidad son comunes en todos los planes de la vida y los descubrimientos falsos (como los de Lysenko, para mencionar sólo el más famoso de los ejemplos recientes) no son desconocidos en absoluto en las ciencias naturales. Pero la importancia de la improvisación y el fraude depende de la impunidad relativa con que pueda llevárselos a cabo y en este sentido hay una diferencia enorme entre las ciencias experimentales, donde los resultados pueden ser (y normalmente son) revisados innumerables veces y los estudios que tratan sobre fenómenos individualizados que no pueden reproducirse experimentalmente. Si alguien desconfía de lo que se le dice acerca de las propiedades de un metal, puede tratar de comprobarlo por sí mismo, partiendo de la razonable suposición de que el trozo de metal con el que va a experimentar no será diferente de los trozos empleados por las fuentes de la información. Pero si se sospecha de la exactitud o incluso de la veracidad fundamental, de la producción de estadísticas sobre China, ¿qué puede hacerse excepto formular una estimación sobre la base de una evidencia indirecta? Uno no puede verificar, en el pleno sentido de la palabra, ni siquiera lo que se le dice acerca del número de habitantes de la ciudad en la que vive y si desconfía de la cifra

dada a conocer, sólo puede formular una conjetura aproximada.

Susceptibles por el hecho de ser incapaces de concretar sus afirmaciones, los adoradores de la metodología se lanzan como una jauría de perros rabiosos sobre todo aquel catalogado como impresionista, en particular cuando escribe bien y logra que sus libros despierten un interés. Muy a menudo su motivación es la pura envidia, ya que la habilidad para descubrir algo realmente interesante y presentarlo en un estilo vivaz requiere un talento especial y no puede adquirirse mediante un aprendizaje mecánico, en tanto que cualquiera que no sea un retrasado mental puede aprender a aderezar las tediosas encuestas de portal que pasan por sociología. Más aún, como los fabricantes de cualquier producto pueden incrementar sus beneficios si consiguen diluir sus mercancías con impunidad, los científicos sociales tienen un interés particular en inflar el volumen de sus escritos con material superfluo (ya que esto no acarrea consecuencias) y consideran a todo aquel capaz de resumir una gran cantidad de información en un breve espacio como un transgresor pernicioso que socava su medio de vida.

Ningún otro estudio ha ofrecido un cuadro tan viviente y acabado de los trabajadores manuales ingleses como los distintos libros de Ferdinand Zweig. No obstante, todos ellos han tropezado con las críticas adversas de las publicaciones sociológicas debido a su carácter no científico.

Sin duda el tipo de sociología representado por los libros de Zweig es insuficiente: ciertamente necesitamos investigaciones estadísticas, análisis comparativos, estudios históricos y también razonamientos deductivos abstractos. Pero es una verdadera lástima la escasez de libros que pinten, sobre la base de una observación cuidadosa y exhaustiva, los aspectos de la realidad social que escapan a los cuestionarios y las estadísticas. La razón de esta escasez reside en la amplia aceptación del dogma de que todo lo no cuantificable carece de valor y que cualquier información que pueda ser procesada se convierte, mediante ese simple expediente, en científica. Se trata, seguramente, de una de las supersticiones más torpes de nuestro tiempo, cuya boga se explica sólo por el hecho de que permite a una gran cantidad de gente ganarse la vida practicando cualquier especie de pseudociencia pueril.

En comparación con la rutina habitual de la investigación social, esta clase de estudio requiere una habilidad muy superior y una cantidad de trabajo que no pueden delegarse en asistentes de formación precaria sin incurrir en el riesgo de producir muestrarios de trivialidades y chismografía inocua, a semejanza de muchos de los supuestos estudios antropológicos de comunidades modernas. Como el resto de las actividades humanas, las incisivas descripciones de Zweig contienen, sin duda, limitaciones y errores, pero a la vista de la cantidad de pensamiento y observación invertidos en su redacción, no puede llamárselas impresionistas. Aunque sean parcial o exclusivamente cualitativas, de hecho inauguran perspectivas que podrían ser al menos en parte exploradas con la ayuda de métodos cuantitativos.

Los siguientes fragmentos de su libro de ensayos *In Quest of Fellowship* ilustran los aspectos principales de su credo metodológico, bastante digno de atención:

El acto de entrevistar no necesita hundirse al nivel de lo rutinario. Puede ser un acto natural y alegre, agradable para ambas partes y fastidioso para ninguna. Más aún, afirmo que a menos que se lo lleve a cabo de este modo, fracasará en su función principal. No puede llevarse a cabo una entrevista bombardeando a la víctima con una andanada de preguntas, cosa que resultará monótona y fatigosa para todos. La única forma de convertir a una entrevista en un acto social agradable, tanto para el entrevistador como para el entrevistado, consiste en posibilitar un intercambio en ambas direcciones, de modo que el entrevistado no se sienta una «víctima», sino un verdadero participante, un verdadero conversador…

Toda persona es un individuo y debe ser tratada como tal… el arte de entrevistar es de carácter personal, ya que el instrumento básico del entrevistador es, de hecho, su propia personalidad… al entrevistar debe descubrir su verdadera personalidad, hallar el modo de ser cordial sin resultar embarazoso, sonsacar a la gente sin ser demasiado inquisitivo, hacerse interesante sin hablar demasiado, mostrar interés en sus problemas sin ser paternalista, inspirarle confianza sin desconcertarla.

Un entrevistador necesita, en primer lugar, profundizar en el conocimiento de su propia persona. Sin ese conocimiento de la profundidad de su propia mente será siempre incapaz de comprender perfectamente a otros seres humanos. Creo que un científico social debe trabajar con ahínco para mejorar su conocimiento de la propia mente. Y no sólo debe lograr un cierto grado de autoconocimiento, sino también una cierta profundidad de personalidad. Por profundidad quiero decir un amplio espectro y diversidad de experiencia personal y un conocimiento del alcance de sus propias contradicciones, lo cual lo capacitará para comprender las actitudes ambivalentes tan frecuentes en los complejos problemas de nuestro tiempo.

Simpatía y calor humano… son los recursos más valiosos de un entrevistador. Y no sólo necesita simpatía, sino también lo que se denomina empatía… una especie de identificación o capacidad de introducirse en la piel de los otros. Pero éste es sólo uno de los aspectos de la cuestión. Un buen entrevistador necesita dos técnicas mentales contradictorias, o más bien complementarias. Por un lado, tiene que identificarse con la gente que entrevista, para reconstruir en su mente sus temores y esperanzas, sus ansiedades y frustraciones y, por otro, tiene que desarrollar una cierta actitud de distanciamiento.

En general, lo que la gente dice por propia iniciativa suele ser más verdadero que lo que dice al responder a preguntas determinadas… Esta es la razón de que una entrevista concebida como un acto social sea muy superior a un cuestionario, porque en aquélla uno tiene una gran cantidad de material facilitado por impulso del propio entrevistado, que puede darle a uno nuevas claves y suministrar los eslabones ausentes en la experiencia o el conocimiento de uno mismo.

El investigador social debe mirar por detrás de la fachada de opiniones e ideas y examinar su origen, su trasfondo y su veracidad, como también su relación con la situación pasada y presente.

El valor de una entrevista puede ser realzado considerablemente mediante una observación cuidadosa del entrevistado, estudiando su rostro, ropas, gestos, la luz de sus ojos, el sonrojo o desconcierto visibles en su rostro. El valor aumentará más todavía si uno puede entrevistar a una persona en su propio medio, en su casa o lugar de trabajo, lo cual brinda mayores posibilidades de observación, ya que muchas de las preguntas potenciales quedarán respondidas de inmediato y con exactitud simplemente si se mira con atención.

Zweig no especifica que un buen sociógrafo también debiera poseer una cultura amplia, talento literario y una inteligencia considerable, pero para los empresarios de la industria de la investigación social esto sería prédica subversiva.

Bajo la idolatría metodológica yacen varias distorsiones curiosas. La primera es un inductivismo ingenuo, es decir, la creencia de que si reunimos bastantes «hechos» las teorías explicativas y predictivas emergerán espontáneamente, actitud que sigue encontrando una amplia audiencia, a pesar de las numerosas advertencias de toda clase de pensadores ilustres, que comenzaron por lo menos con Whewell, hace ya más de un siglo.

El segundo defecto grave del enfoque prevaleciente en la metodología de las ciencias sociales es la concentración exclusiva sobre los aspectos cuantificables (o

presuntamente cuantificables), junto con una despreocupación total acerca de la significación de las palabras. Así por lo común encontramos cifras meticulosamente producidas acompañadas de un texto deslavazado lleno de frases y palabras torpemente engañosas, con los resultados descritos en el capítulo sobre la jerigonza. Aparte de los intereses creados, puede censurarse en gran medida a la separación de las ciencias sociales y la filosofía. Debido a la vaguedad de sus conceptos y teorías (con la excepción, aunque muy parcial, de la economía), un cultivador de las ciencias sociales necesita valerse de recursos de la filosofía analítica para no caer en las trampas lógicas y semánticas. Por esta razón, el *apartheid* actual entre los filósofos y los científicos sociales —la vasta mayoría de cada una de las tribus se niega a tomar en cuenta los secretos de la otra— ha estimulado la difusión de la verbosidad inocua. Los académicos superan en este sentido a los sindicalistas en su estrecha mentalidad de campanario y su proclividad hacia las disputas de demarcación (que llegan hasta tal punto que saber algo acerca de A es comúnmente considerado como evidencia suficiente de que no se sabe nada acerca de B), mientras que los contactos entre materias a menudo equivalen a una recíproca esterilización interdisciplinaria a través de simposios realizados por especialistas mutuamente incomprensivos, semejantes a un coro de sordos en el que cada cantor emitiera sonidos agudos con total olvido del resto.

Como la mayoría, si no la totalidad, del trabajo en las ciencias sociales, aparte de la economía, consiste en descripción no cuantificada, podría pensarse que la cuestión de los criterios para juzgar la calidad tendría que estar ya totalmente resuelta, pero no es así en absoluto. Los volúmenes de metodología que contienen elaboradas disposiciones sobre la forma de determinar los «hechos» nada dicen acerca de los medios para juzgar cuáles debieran ser registrados; lo cual quiere decir que dejan completamente de lado la cuestión fundamental de los criterios para evaluar el valor de una descripción [11].

Los métodos cuantitativos de investigación social, inventados por Paul Lazarsfeld y sus seguidores americanos y europeos (tales como Blalok, Boudon y Nowak), comprenden una gran cantidad de elaboración e inventiva y constituyen un logro de un tipo enteramente diferente a las logomaquias estériles de los parsonianos. Sin embargo, a pesar de la ingenuidad de sus recetas, los exponentes de los métodos cuantitativos de investigación social excesivamente refinados me recuerdan las viejas películas de Laurel y Hardy o Charles Chaplin, donde uno veía a los boxeadores ensayar sus músculos, hacer enérgicas flexiones de rodillas, poner caras siniestras y gestos amenazadores y agitar luego sus brazos en el aire sin llegar nunca a dar un golpe. La prueba del pastel, después de todo, consiste en comerlo y los rigoristas del método se comportan como cocineros que nos mostraran hornallas brillantes, batidoras y otros utensilios y no preparan nunca nada digno de ser servido en la mesa. En realidad, en el arte culinario como en tantas ramas de los estudios sociales, podemos detectar una tendencia general del producto a deteriorarse a medida que los

dispositivos se refinan cada vez más.

A pesar de las numerosas promesas sobre avances inminentes, hasta ahora los métodos cuantitativos ultrarrefinados no han servido para realizar ningún descubrimiento que añada algo significativo a nuestra habilidad para explicar o predecir acontecimientos políticos o transformaciones sociales, lo cual no es sorprendente, dada la carencia total de ideas nuevas en sus cultivadores acerca de los problemas sustantivos de la conducta colectiva. En casi todos los ejemplos se repite el caso del monte que dio a luz un ratón, como cuando después de atravesar con dificultad montañas de tablas y fórmulas desembocamos en el hallazgo general (expresado, naturalmente, del modo más abstruso posible) de que a la gente le agrada ser el centro de atracción o que se halla bajo la influencia de aquellos con quienes se asocia… cosa perfectamente verosímil, como solía repetirme mi abuelita durante mi infancia. En su libro *Personal Influence*, Lazarsfeld y sus colegas han tratado de liberar a las comunicaciones de masas de la acusación de ejercer una influencia indebida, mostrando que la gente presta más atención a lo que dicen sus amigos que a lo que leen en los periódicos. El problema con esta afirmación reside en que los amigos están bajo la influencia de las mismas comunicaciones. Naturalmente, podría alegarse (y Lazarsfeld lo hace) que si las nuevas herramientas no han servido todavía para realizar grandes descubrimientos esto se debe a que todavía no están suficientemente perfeccionadas y que, con un esfuerzo ulterior en este sentido, pronto nos hallaremos en condiciones de crear la ciencia teórica exacta de la sociedad. Debemos admitir que nadie puede probar que el Mesías no vendrá, pero ¿por qué debiéramos aceptar esta fe a ciegas?

Los estudiosos debieran disfrutar de oportunidades para seguir sus intuiciones y nadie tiene derecho a formular reparos cuando otros experimentan con métodos que todavía no han producido ningún descubrimiento importante. Por otro lado, sin embargo, quienes siguen estas intuiciones debieran ser honestos y tolerantes. Debieran admitir que hasta ahora no han descubierto casi nada en cuestiones sustantivas y reconocer la necesidad de acometer los problemas empíricos importantes con métodos menos rigurosos. Después de practicarlos durante varias décadas sin lograr demasiado, debieran mostrarse más indulgentes hacia aquellos que buscan respuestas provisionales sin aguardar un método perfecto de verificación. Desdichadamente, sin embargo, los cuantificadores se comportan de modo sectario, condenando a los estudios cualitativos como no científicos y tratando a menudo de eliminar a sus exponentes de la enseñanza o la investigación.

Sin duda debido al deseo de aprovecharse del prestigio de las ciencias naturales, el interés por la metodología se ha inclinado indebidamente hacia la cuantificación a expensas de recursos tan esenciales como la crítica textual, la aptitud literaria y la sensibilidad semántica, habilidades que todos los científicos, sin excluir a los economistas, debieran poseer. Tal como están las cosas, tropezamos con incongruencias ridículas, como un académico de alto nivel a una de cuyas

conferencias asistí en Nueva York, quien se explayó sobre algún esotérico punto de metodología, pero continuó empleando la palabra «sospechoso» («suspect») en vez de «desconfiado» («suspicious») —declarándose a sí mismo sospechoso de esto y aquello—, no una vez o dos, como si fuera un *lapsus linguae*, sino repetidamente y a lo largo de toda la conferencia. A juzgar por la ausencia de manifestaciones de hilaridad, la audiencia tampoco debe haberse percatado de esta distinción no demasiado sutil.

Como muy pocos problemas importantes pueden analizarse adecuadamente sin el concurso de las técnicas prescriptas por los libros de texto corrientes, una preocupación excesiva por la metodología suministra una coartada para este quietismo timorato. Pueden advertirse los resultados en el contenido de las publicaciones. Nadie podría siquiera adivinar cuáles son los problemas candentes de los Estados Unidos en la actualidad mediante la lectura de las revistas americanas de politología y sociología. Peor aún, incluso si supiera cuáles son esos problemas, apenas podría aumentar su conocimiento de ellos leyendo esta clase de revistas, y tendría que recurrir a publicaciones como *Commentary* o la mucho menos arrogante *Fortune*. Un semanario popular como *Time* suministra un enfoque de la sociedad americana muy superior al de todas las revistas de sociología combinadas; lo cual no era así ciertamente antes de la aparición de los traficantes de jerigonzas y la idolatría metodológica.

Una preocupación excesiva por la utilidad práctica puede perjudicar no sólo a las ciencias teóricas, sino también a las ramas aplicadas, todas las cuales se benefician a menudo más de un enfoque indirecto. Pero una cosa es rehusarse a limitar el propio horizonte mental con una preocupación por la utilidad inmediata, mientras que una deliberada inhibición general frente a todos los problemas prácticos es otra totalmente distinta y no puede justificarse de ningún modo. Es perfectamente cierto que muchos de los descubrimientos más significativos en la física y la química fueron motivados sólo por la sed de conocimiento, pero estos estudios nunca han carecido de importancia para la tecnología, ni siquiera en sus formas embrionarias.

Ocultarse tras la metodología no es, naturalmente, la única forma de evadir un compromiso, ya que se trata sólo de una versión más técnica de la vieja estratagema cotidiana: si uno desea evitar una cuestión delicada, cambia el tema de la conversación durante todo el tiempo. En las ciencias sociales hay un surtido inagotable de tópicos triviales bien adecuados para este propósito, que van desde la reiteración constante de expresiones como «rol» o «estructura» o «marco referencial» hasta los neologismos altamente esotéricos.

Al apartar sus ojos de los temas explosivos del momento, el purismo metodológico opera, en efecto, como un sostén del orden establecido, cualquiera que éste sea, cosa que explica en gran medida el éxito mundano de sus devotos y el gran atractivo de sus principios. Por si esto no fuera suficiente, este purismo ofrece un atractivo adicional como medio para mantener el estudio de las ciencias sociales

confinado en un compartimento estanco, a fin de impedir que contamine los dogmas de sus practicantes, sean éstos de naturaleza revolucionaria o conservadora. Por esta razón muchos marxistas se sienten inclinados hacia este purismo que les permite reconciliar su anhelo de modernidad con su devoción por dogmas anticuados. Porque es difícil creer que lo que dijo Marx continúe siendo la última palabra de la ciencia, particularmente cuando se ha leído a otros grandes pensadores con horizontes igualmente amplios, ya que un conocimiento de los escritores que lo antecedieron inevitablemente reduce a Marx a una dimensión humana, pese a toda su enorme importancia.

En contraste, aferrándose ciegamente a las estadísticas y cuestionarios, puede escaparse a la necesidad de revisar los supuestos básicos de una actitud ideológica y aceptar cualquier mito que satisfaga los propios anhelos emocionales. La metodología también puede servir como una simple cortina de humo y en América Latina he visto agentes comunistas que, en su capacidad de sociólogos académicos, enseñaban metodología pura sin decir nunca una palabra acerca de temas sustantivos, mientras se dedicaban a organizar clandestinamente la infiltración. Bajo un régimen comunista, por otra parte (y lo mismo se aplica a muchos Estados autoritarios), la metodología constituye el único aspecto de las ciencias sociales que puede ser cultivado sin reticencias deformadoras u obsecuencia servil y en el cual pueden formularse, por consiguiente, contribuciones importantes, hecho que explica su popularidad. El problema comienza cuando se trata de aplicar uno de estos métodos tan reputados a cualquier problema no trivial sin «manipular» los datos, como puede atestiguar un gran número de científicos sociales que intentó hacer precisamente esto en Polonia, Checoslovaquia y otros lugares. Difícilmente podríamos censurar a alguien por ocultarse tras la metodología cuando unas pocas palabras imprudentes podrían dejarlo sin trabajo por el resto de sus días, o incluso precipitarlo en la cárcel. Pero ver a gente que no tiene que enfrentarse con estos peligros y que se gana perfectamente bien la vida, recurrir a subterfugios similares con la finalidad de obtener fondos para la investigación, viajes o vacaciones pagadas en algún rincón paradisíaco, adecuadamente engalanado y pletórico de oportunidades para la pontificación gratificatoria, constituye un espectáculo ciertamente poco edificante.

Entre estas estratagemas hay una que merece especial atención en este contexto debido a su boga reciente: la simulación de modelos de acción social. Básicamente, esto no constituye nada nuevo, ya que los juegos bélicos —vale decir, el simulacro de situaciones bélicas en escala reducida en oposición a los ejercicios militares normales — son conocidos desde antes de Napoleón; y si métodos semejantes pueden emplearse para adiestrar oficiales, no hay razones *a priori* para que no pudieran resultar igualmente útiles para ejecutivos, administradores y diplomáticos. No obstante, nunca he oído de nadie que se haya convertido en un buen comandante y hombre de negocios principalmente (y no digamos exclusivamente) mediante la aplicación de este método. Dudo que esto vaya a ocurrir alguna vez. Ni siquiera las

maniobras militares normales suministran una guía segura para el comportamiento en el campo de batalla y la experiencia indica que muchos militares a quienes se juzga brillantes sobre la base de su eficacia en tiempos de paz la mayoría de las veces tienen que ser reemplazados tan pronto como estalla un conflicto bélico real.

Pese a su inevitable simplificación, un juego que simula la diplomacia internacional podría quizá ayudar a los estudiantes de historia o de políticas a apreciar la complejidad del proceso de tomar decisiones; a condición, no obstante, de que tenga un parecido suficiente con la realidad, cosa que no ocurre en la totalidad de los casos. Recuerdo un divertido incidente en una conferencia sobre las aplicaciones de las ciencias sociales para la escritura de la historia, cuando un devoto de los simulacros se entretuvo explicando de qué modo habían utilizado este método para analizar más profundamente las causas de la primera guerra mundial. Tras de su relato acerca de la forma en que uno de los participantes había desempeñado el papel crucial de rey de Serbia, un historiador yugoslavo se incorporó para decir que al comenzar la primera guerra el rey Pedro estaba loco y su participación en la política había sido nula.

Incluso cuando están basados sobre datos más correctos, los juegos de simulacro podrían ayudar a dar rápidamente a los principiantes una idea de los enredos de una situación, pero difícilmente pueden suministrar perspectivas más profundas a los expertos, porque los juegos de esta clase no pueden reproducir ni las locuras o errores colectivos ni el temor o la rabia individuales, ni tampoco factores tales como el equilibrio de los nervios, que son los que frecuentemente determinan el resultado de un enfrentamiento en la vida real. Como elementos auxiliares para la adopción de decisiones (aparte de las limitaciones antes mencionadas), los métodos de simulación adolecen de una debilidad fundamental: tienden a concentrar la atención sobre la potenciación de algún aspecto particular dentro de los supuestos iniciales, en vez de proceder a un examen de éstos, y los mayores errores habitualmente se cometen precisamente por operar sobre supuestos que parecen tan naturales que a nadie se le ocurre someterlos a discusión. En principio, sin duda, el proceso podría invertirse y la construcción de modelos emplearse para analizar los presupuestos tácitos de las decisiones o explicaciones. En la práctica, sin embargo, los modelos de simulación, fuera de las situaciones relativamente simples, tales como los problemas de tráfico, se convierten fácilmente en ficciones disociadas de la realidad y usadas con la finalidad exclusiva de deslumbrar al público con la ciencia.

El gobierno de Estados Unidos ha sido el primero en crear un numeroso cuerpo de asesores adiestrados en el empleo de elementos matemáticos para la adopción de decisiones y, sin embargo, su política internacional ha perseverado durante veinte años (y continúa haciéndolo todavía) en un tipo particular de insensatez que pocos gobernantes y cortesanos anteriores hubieran sido capaces de emular. No es preciso ningún conocimiento profundo de la teoría matemática de los juegos y de las técnicas de construcción de modelos para advertir que nada se conseguirá tratando a la nación

más grande del mundo como un leproso moral indigno de ser admitido en los forcejeos de las Naciones Unidas. Este ostracismo mojigato no sirve a ningún objetivo razonable (tal como la preservación de la independencia de Taiwan) que no pudiera ser apoyado más eficazmente por otros medios. Más aún, el canon más elemental de estrategia diplomática y militar —bien conocido por todos los políticos «precientíficos»— consiste en sembrar la discordia entre los enemigos reales e incluso potenciales, pese a lo cual la política americana hacia las dos potencias comunistas ha parecido siempre como si estuviera destinada a aproximarlas entre sí. Que era posible prever una disputa entre China y Rusia y ofrecer algún asesoramiento en este sentido, puede advertírselo en el capítulo XIII de *Military Organization and Society*, escrito hace veinte años —libro por el cual, dicho sea de paso, fui acremente censurado en aquella época por expertos en asuntos comunistas, que no vacilaron en tildarme de teórico fantasioso.

Una razón para explicar la tonta perseverancia en esta política claramente errónea parece ser que el régimen del Kuomintang ha puesto parte del dinero que recibió de Estados Unidos para luchar contra los comunistas en los bolsillos de algunos políticos americanos influyentes; pero al menos igualmente importante es el simple temor a discrepar con la demonología prevaleciente. Jugar con ordenadores, la teoría de los juegos y los modelos simulados, lejos de contrarrestar estos factores, en realidad sólo sirve para empeorar las cosas, ya que suministra a los «consejeros expertos» un pretexto para desentenderse del deber de decir la verdad llanamente y desenmascarar estas ficciones. Empleado con circunspección, indudablemente un ordenador puede prestar muchos servicios, pero el elogio de este maravilloso artefacto perjudica el progreso del conocimiento y aumenta la probabilidad de que se adopten decisiones desastrosas, ya que, es necesario repetirlo, las peores equivocaciones la mayoría de las veces no surgen de deducciones defectuosas, sino de premisas falsas no debidamente examinadas y de la predisposición al engaño.

El mayor de los peligros surge de la ilusión de que, como cierto tipo de datos puede ser cuantificado y procesado por un ordenador, debe por tanto ser más importante que otros no susceptibles de medición. Un error de esta clase parecería estar en la raíz de la decisión de enviar tropas americanas al Vietnam: las cantidades de armas, número de soldados y medios de transporte fueron indudablemente calculados sin tomar en consideración los factores mentales, aunque una habilidad mínima para situarse en la posición de los otros y un conocimiento más profundo de la historia podrían haber ayudado a los hacedores de decisiones a imaginar la reacción popular ante un influjo masivo de soldados desaprensivos, pedantes y fabulosamente pagados, con una psiquis totalmente distinta y hábitos extremadamente repugnantes para los nativos. Otra razón no declarada de esta desastrosa decisión de intervenir en esta forma particular fue la subestimación apresurada del carácter y el talento de los campesinos mal vestidos, habituados a las privaciones e imperturbables ante la visión de la muerte, acompañada por una sobre

estimación de la capacidad bélica de los soldados americanos, hedonistas, consentidos y sobrealimentados, nociones ambas derivadas, primero, de un inconfesado sentimiento de superioridad racial y, segundo, de una creencia supersticiosa en los efectos positivos de un elevado consumo. Por si esto no fuera poco, otra superstición contribuyó a la obnubilación del juicio: a saber, la creencia de que el comunismo es pernicioso y, en consecuencia, sólo puede ser aceptado por una minoría perversa deseosa de imponerse por la fuerza sobre una mayoría reacia —hipótesis que se ajusta bastante bien a la historia de la toma del poder por los comunistas en Polonia, Hungría, Checoslovaquia y, en menor medida, en Rusia—, mientras que la posibilidad de una genuina conversión al comunismo por parte de una nación íntegra (o al menos por parte de sus elementos más activos e idealistas) parece no haber sido considerada, aunque el fiasco de la Bahía de los Cochinos debiera haber mostrado a los estrategas del Pentágono que un gobernante comunista no tiene por qué carecer necesariamente de un extenso número de devotos seguidores. Este conjunto de ficciones peligrosas incluye la noción infundada de que comunismo y nacionalismo resultan naturalmente contradictorios, lo cual es verdad en Polonia, Hungría o Checoslovaquia, pero no en absoluto en Vietnam o en China, donde los maoístas son mucho más nacionalistas que Chiang Kai Shek. Aparte de todo esto, se adoptaron tácticas estúpidas de bombardeo indiscriminado, a pesar de lo que debiera haberse aprendido de lo que ocurrió en Alemania al fin de la última guerra, basadas en la convicción de que los vietnamitas podían ser intimidados fácilmente, pero que parecen haber producido más conversos al comunismo que cualquier otra circunstancia, sin excluir la venalidad descarada imperante en toda la burocracia y el ejército controlados por Saigón. Como no es mi intención formular aquí un diagnóstico adecuado sobre la situación en Vietnam, desistiré de añadir nuevos datos a la enumeración anterior de factores evasivos. Para los fines presentes baste con señalar que mientras fuerzas inconmensurables de esta clase continúen afectando el resultado de las decisiones políticas, ni los ordenadores ni las técnicas de construcción de modelos serán capaces de suministrar una base suficiente para la elección racional y pueden ser positivamente peligrosas cuando llegan a imbuir a los hacedores de decisiones de nociones falsas acerca de las virtudes de su conocimiento.

Estos abusos de la metodología han producido sus antítesis igualmente oscurantistas bajo la forma de un rechazo de los principios fundamentales de la lógica y el método científico, la vituperación de la ciencia y un retorno a la antigua noción mística de que es posible acceder ala verdad sin una investigación disciplinada, por medio de una cavilación fácil, sentimental y quizá psicodélica.

Capítulo 10

LA CUANTIFICACIÓN COMO CAMUFLAJE

Como se ha repetido con frecuencia, el principio de la ciencia (si entendemos por ello una ciencia exacta) es la medición, ya que mientras no podamos medirlo, nuestra capacidad de predecir la conducta de un fenómeno continuará siendo muy limitada. De esto no se sigue, sin embargo, que la ausencia de medición haga imposible todo tipo de conocimiento, o que un conocimiento semejante sea indigno de alcanzar, que es precisamente la conclusión adoptada por muchos psicólogos y sociólogos (como vimos en el capítulo precedente), debido a la creencia errónea en que de ese modo sería posible mantener el carácter científico de su disciplina. Pero el verdadero espíritu científico consiste en tratar de lograr la mayor aproximación posible a la verdad bajo determinadas circunstancias y demandar una exactitud perfecta es pueril. Aquellos que rehúsan ocuparse de problemas importantes e interesantes simplemente a causa de que los factores relevantes no pueden ser medidos, condenan las ciencias sociales a la esterilidad, porque no podemos llegar muy lejos con el estudio de variables medibles si éstas dependen de, y están entrelazadas con, factores inmensurables sobre cuya naturaleza y modo de operar no sabemos nada. Una debilidad de este tipo disminuye la utilidad de la teoría económica: pese al gran refinamiento de las técnicas estadísticas y los modelos matemáticos, todavía es incapaz de predecir un fenómeno económico *par excellence*, como es la inflación, porque excluye de su universo de discurso factores inmensurables pero causalmente cruciales (tales como el equilibrio del poder político), abandonándolos al cuidado madrasteril de la sociología o las ciencias políticas (con las cuales la mayor parte de los economistas no quieren saber nada), o simplemente relegándolos a la categoría de cosas tratadas como si permanecieran invariables.

La mención de la corrupción en el capítulo precedente nos da un argumento irrefutable contra la idea de que alguna vez podría llegar a construirse una ciencia exacta de la sociedad (y especialmente de la política), ya que a semejanza de otros fenómenos sociales que involucran un secreto deliberado, la corrupción es inmensurable intrínsecamente, antes que debido al desarrollo insuficiente de las técnicas de cuantificación. Podemos formular conjeturas más o menos acertadas sobre si la cantidad absoluta o relativa de riqueza que pasa por este conducto es mayor en Nueva Jersey que en Lagos, pero es inconcebible que pudiera inventarse un método de recoger datos estadísticos exactos, así como es imposible saber cuántos de los crímenes que se cometen pasan desapercibidos. Si la gente estuviera dispuesta a responder a preguntas sobre sus desfalcos y sobornos, esto significaría que estas prácticas han cobrado el carácter de una recaudación de impuestos legítima y han dejado de ser corruptas, noción que connota la naturaleza vergonzosa y prohibida del

acto. En otras palabras, para hacerse mensurable el fenómeno tendría que desaparecer.

Para concretar sus afirmaciones, los abogados de una concentración exclusiva sobre la cuantificación debieran demostrar o bien que la corrupción puede medirse, o que es un factor carente de importancia. Lo primero, como hemos visto, no puede hacerse, mientras que para mantener que las prácticas corruptas no juegan un papel importante en la causación social es necesario ser un hipócrita o un soñador. En realidad (como puede verse en mis libros *Parasitism and Subversión in Latin America* y *The African Predicament*) este factor, más que ningún otro, explica el fracaso, o más bien la irrelevancia, de los planes de desarrollo preparados por los economistas para el rescate de los países pobres.

El soborno, el desfalco y otras variantes del «descuidismo» financiero no agotan la serie de actividades basadas en el secreto, que siempre han sido y (en tanto la naturaleza humana no cambie hasta el punto de tornarse irreconocible) continuarán siendo un instrumento esencial para adquirir y conservar poder sobre los otros, así como para escapar a su control. Para derribar todos los muros de la intimidad y la confidencia que impiden la adquisición de datos exactos y completos sobre la conducta humana se necesitaría un poder de alcance muy superior al que tuvieron Hitler y Stalin; y como aquellos que disfrutaran de un poder tan absoluto difícilmente se sentirían deseosos de divulgar su conocimiento a todo el mundo, los secretos continuarían existiendo.

El aforismo de que el conocimiento significa poder, incidentalmente, tiene un significado preciso cuando se habla sobre el control de la humanidad sobre la naturaleza no humana; pero aplicado a las relaciones humanas se torna muy ambiguo, ya que inmediatamente suscita el interrogante de quién será el conocedor y quién el conocido. Los científicos sociales a menudo afirman volublemente que sus estudios *nos* brindan la posibilidad de llegar a controlar los procesos sociales sin decir nada acerca de quiénes formarán parte de ese *nos*.

Volviendo al problema de la cuantificación: si observamos el tipo de datos utilizados por los protagonistas de los métodos cuantitativos fuera de la economía, podemos fácilmente advertir que la gran mayoría consiste en acumulaciones de respuestas a cuestionarios, la clase más superficial de información que sea posible imaginar. Es como si alguien hubiera tratado de construir una ciencia de la meteorología formulando únicamente computaciones precisas sobre el flamear de las banderas. En los países más o menos democráticos, el voto suministra un firme apoyo natural para la cuantificación y los análisis de los resultados han producido una cierta cantidad de conclusiones sumamente interesantes, pero sólo un psefólogo muy ingenuo o deshonesto podría afirmar que su oficio será capaz de explicar adecuadamente la política. Sólo una insensibilidad completa frente al uso lógico de las palabras permite adjudicar el rótulo de «conducta política» exclusivamente al voto, como si el contubernio, la conspiración, el asesinato, el encarcelamiento, la

revolución, el soborno, la guerra y una multitud de otras actividades desagradables no constituyeran ingredientes tanto o más comunes en un proceso político. Incidentalmente, la misma censura puede formularse contra el título equívoco de uno de los mejores libros recientes de sociología política —*Political Man*, de S. M. Lipset —, que arroja una luz interesante sobre la política basada en elecciones más o menos libres y honestas, sin prestar atención a las proezas menos civilizadas del Hombre Político, tales como el imperialismo, la intriga y el terror.

Es posible que la devoción generalizada hacia la cuantificación se deba no sólo al purismo, sino también al deseo de encontrar un pretexto para omitir todos los temas desagradables o peligrosos. Puede barruntarse esto de la renuencia —inexplicable sobre bases estrictamente metodológicas— a usar el criterio ya establecido de las transacciones financieras, aunque las variaciones de las cantidades de dinero controladas por distintos grupos, clases, camarillas e instituciones, suministre los mejores índices numéricos de los cambios en su poder y posición. No obstante, se escriben libros enteros sobre estratificación o política sin mencionar siquiera este factor sórdido pero crucial. Curiosamente, el único libro que conozco que trate directamente sobre el tema se ocupa de un país cuyas estadísticas económicas no se cuentan entre las mejores del mundo: *Le Développement du capitalismo en Cote d'Ivoire*, de un economista egipcio, Samir Amin. Algunos sovietólogos y sinólogos también hacen buen uso de material de esta clase, en la medida en que tienen acceso a él, mientras que los sociólogos que escriben sobre su propia sociedad nunca se inclinan sobre materias tan vulgares y confinan su atención a lo dicho por la gente acerca de quién se clasifica por encima o por debajo de quién. A los primeros sociólogos americanos, como Ross y Giddings, o el «darwinista social» Sumner, no les importaba hablar sobre la riqueza y la pobreza o incluso la explotación, pero desde que empezó a llover el maná de las fundaciones, ha aparecido sólo un libro sobre la desigualdad económica en los Estados Unidos: *Wealth and Power in America*, escrito por un historiador de la nueva izquierda, Gabriel Kolko. El hecho de que los académicos se muestren mucho más dispuestos a aplicar este tipo de análisis a sistemas hostiles o difuntos que a aquel bajo el cual viven sugiere que una imputación de motivaciones materialistas no sería totalmente desacertada.

Raramente pueden reunirse datos cuantitativos en masa acerca de algo que ni el gobierno ni las grandes organizaciones desean conocer o divulgar. Más aún, mientras no hay mayores dificultades para obtener respuestas exactas a cuestionarios sobre el color preferido de papel de envolver o un automóvil, es prácticamente imposible obtener cualquier información personal sincera sobre todo aquello que sea punible o se sienta como profundamente vergonzoso. No hay métodos concebibles que pudieran capacitarnos para medir exactamente el grado de apoyo popular de que disfruta un dictador terrorista o la cantidad de evasiones impositivas. La información estadística sobre las aberraciones sexuales comenzó a aparecer sólo cuando la gente dejó de sentirse profundamente avergonzada de ellas. De aquí se desprende que todo

aquel que aboga por los cánones metodológicos que excluirían el examen de los factores no cuantitativos, se pone de parte del convencionalismo y la proclividad de las instituciones a encubrir sus propias faltas.

Durante su permanencia en la corte de Catalina II de Rusia, el gran matemático suizo Euler se enfrascó en una disputa sobre la existencia de Dios. Para derrotar a los voltairianos en la batalla de ingenios, el gran matemático pidió una pizarra, sobre la cual escribió:

«$(X + \alpha)^2 = X^2 + 2xy + \alpha^2$
por tanto, Dios existe».

Impotentes para discutir la relevancia de una fórmula que eran incapaces de comprender, y reacios a confesar su ignorancia, los literatos aceptaron su argumento. Debido a la longevidad y vastedad de la ignorancia sobre el tema, la utilidad de las fórmulas matemáticas para el propósito de deslumbrar a la gente con la ciencia, suscitando su respeto e imponiendo sobre ella proposiciones infundadas, apenas ha disminuido. Como ni las personas educadas ni los analfabetos, ni tampoco los sociólogos iletrados que van de puerta en puerta son capaces de comprender las fórmulas, a la vez que los científicos naturales son incapaces de captar los temas a los cuales éstas se aplican e imaginan que los escritos que tienen algún parecido con los suyos deben ser más científicos que aquellos que no presentan ninguna semejanza, los juegos de prestidigitación con fórmulas matemáticas y palabras como «input» y «output», «entropía» y otras importadas de las ciencias naturales, aunque estén mal empleadas, han servido para dar renombre a los científicos sociales. En el mejor de los casos, permiten al cultivador matar dos pájaros de un tiro: evitan expresar sus opiniones sobre temas delicados o peligrosos y se anotan algunos tantos en el juego de la busca de posición. Uno de los esfuerzos que mayor éxito han alcanzado en esta dirección es la llamada psicología topológica de Kurt Lewin, consistente en su totalidad en trivialidades que al ser expresadas en un lenguaje lleno de decoraciones geométricas se tornan ambiguas e ininteligibles. Pueden hallarse otros ejemplos (incluida la llamada sociometría) en el capítulo 1 de *The Uses of Comparative Sociology*.

Aunque durante las últimas décadas del siglo pasado los escritores belgas y franceses usaron modestamente este término para denominar la medición estadística de los fenómenos sociales, su versión reciente apunta más alto. Su fundador, Jacob Moreno, escribe en el prólogo a su tratado fundamental, titulado *Who shall Survive?*, que «los orígenes de la sociometría son como los orígenes de la Divinidad». Reivindica como sus precursores a Jesús y Sócrates, a quienes indudablemente ha superado no sólo en cuanto a su capacidad de ingresos, sino también en su habilidad para eludir el daño corporal.

La absurdidad de expresar semiverdades triviales en forma matemática está bien

ilustrada en *Models of Man*, de H. A. Simón, donde el autor da una versión formalizada de la «teoría» de la interacción de Homans. Esta ha sido saludada por algunos «críticos» como equivalente a los libros de Euclides, afirmación que demuestra que no tienen la menor idea acerca de cuál fue la importancia real de Euclides y equivocadamente confunden la formulación retórica de unas pocas inanidades con la fundación de un nuevo sistema deductivo. He aquí los «principios» formulados por Homans en *The Human Group*:

> … las personas que interactúan frecuentemente entre sí tienden a gustarse.
>
> Si la frecuencia de la interacción entre dos o más personas aumenta, aumentará el grado de su aceptación entre sí, y viceversa.
>
> Si las interacciones en el sistema externo entre los miembros de un grupo son frecuentes, los sentimientos de agrado crecerán entre ellos, y estos sentimientos conducirán a su vez hacia interacciones ulteriores, por encima del sistema externo.

Esta es la forma en que Simón reformula estos principios en su libro *Models of Man*, pero sin ofrecer una solución al interrogante de cómo hacer para cuantificar un concepto tan ambiguo como la amistad, sin lo cual sus ecuaciones deben considerarse como puramente ornamentales:

$$(1.1)\ I(t)=a_1F(t)+a_2A(t)$$

$$(1.2)\ \frac{dF(T)}{dt} = b[I(t) - bF(t)]$$

$$(1.3)\ \frac{dA(t)}{dt} = c_1[F(t) - yA(t)] + c^2[E(t) - A(t)]$$

El esfuerzo de Simón muestra que el despliegue matemático (hasta un grado ingenieril promedio) no ayudará al lector a descubrir nada nuevo si éste permanece insensible frente a la significación de las palabras y no está sobre aviso de las complejidades de la vida social. El simple hecho de que en varios países occidentales el mayor número de asesinatos se cometa contra parientes cercanos basta para mostrar que la frecuencia de la interacción como tal, lejos de producir siempre la simpatía, podría provocar el odio más atroz. La frecuencia de la interacción entre un guardián sádico y un prisionero, un sargento instructor cruel y un recluta desmañado o un escolar matón y su víctima intelectual favorita, pueden generar algunos de los odios más profundos conocidos por el hombre; en tanto que, como sabe cualquier psicólogo infantil, con frecuencia se producen más riñas y burlas entre hermanos que entre niños que no viven juntos. La interacción puede interpretarse como un indicador de que podría existir una atracción recíproca sólo cuando ésta es puramente voluntaria por ambas partes, aunque incluso en tales casos hay muchas excepciones

debido a la impostura, como cuando un engañabobos timador se dedica a cultivar a su futura víctima. Se necesita ser extraordinariamente obtuso para imaginar que pueda llegarse a comprender la conducta humana olvidando la naturaleza de los contactos y reparando sólo en su frecuencia. Esto se halla incluso por debajo del nivel del informe Kinsey, donde (aparte del absurdo de equiparar «humano» con «americano») las relaciones entre hombres y mujeres se reducen a la frecuencia del orgasmo.

Después de atravesar con grandes dificultades una acumulación masiva de fórmulas, el lector de *Models of Man* no descubrirá un sólo caso de un medio social real (para usar la expresión que aparece en el título) que corrobore, o sea explicado por, o (para reducir nuestras exigencias al mínimo posible) pueda ser comprendido mejor con su ayuda, ni siquiera el capítulo sobre Predicciones Electorales, que es uno de los pocos campos de las ciencias políticas en los que se cuenta con datos cuantitativos abundantes y relativamente precisos. El único ejemplo concreto mencionado en todo el libro es la novela *Ulises*, de James Joyce.

Para dar una analogía física de lo que pasa por sociología matemática, tendríamos que convertir en una fórmula matemática observaciones del tipo de «si se las golpea con bastante fuerza, la mayoría de las cosas se rompen». En realidad, esto sería mostrarse caritativo con Simón, puesto que esta observación, aunque extraordinariamente difusa, al menos es verdadera. Un equivalente físico más adecuado de la formalización a que Simón ha sometido la teoría de Homans sería una frase como «el viento soplaba donde se lo oía», que también podría expresarse mediante el simbolismo matemático del cálculo vector: $V_b = V_1$.

La mayor parte de las aplicaciones de las matemáticas a las ciencias sociales, al margen de la economía, pertenecen al tipo de innovaciones rituales que han creado su propio estilo de hechicero. La receta para ingresar como autor en esta línea de negocios es tan simple como remunerativa: tómese un libro elemental de matemáticas, cópiense las partes menos complicadas, añádanse algunas referencias a la literatura en una o dos ramas de las ciencias sociales sin preocuparse excesivamente acerca de si las fórmulas escritas tienen alguna relación con las acciones humanas reales y póngasele al producto un título sonoro, insinuativo de que se ha encontrado una clave para una ciencia exacta de la conducta colectiva.

La mayoría de las grandes corporaciones tienen diagramas que representan el esqueleto organizacional a modo de una estructura arbórea de líneas y de puntos, cuya finalidad consiste en dar una orientación preliminar acerca de a quién dirigirse sobre una cuestión particular. Se ha dicho que estos dibujos suministran un punto de apoyo para una aplicación de distintas ramas de las matemáticas, tales como la teoría del diagrama, la curva y la tendencia, cosa que resultaría útil en caso de ser verdad que la interacción entre seres humanos (o incluso animales) puede representarse por medio de una línea con dos puntos terminales. Infortunadamente (o felizmente), prácticamente nada puede inferirse acerca de la reacción de la gente al ver sus nombres unidos por medio de una línea y por consiguiente, una elaboración teórica

basada sobre supuestos tan disparatados no pasa de ser una charlatanería interesada.

Las debilidades antes mencionadas tienen su raíz en una reificación más bien ingenua. Como Max Müller mostró sobradamente hace un siglo, todas las palabras abstractas se han originado en otras concretas a través del uso metafórico. Así para describir lo que las personas hacen en común empleamos palabras como «forma», «estructura» o «relación», tomadas todas ellas de las jergas artesanales, simplemente por falta de otra cosa mejor, pero debiéramos ser plenamente conscientes de que los fenómenos sociales no presentan más que analogías extremadamente ambiguas con los objetos u operaciones físicas para cuya designación estas palabras fueron acuñadas originariamente. Tomemos otro ejemplo: cuando decimos que una posición es inferior o superior, estamos titulados para usar estas palabras sólo en un sentido puramente metafórico y debiéramos cuidarnos de formular la suposición gratuita de que las distintas conductas que denominamos como relaciones de posiciones están, en efecto, sujetas a una ordenación lineal unívoca en la cual todos los individuos deben tener una ubicación precisa. El supuesto de la linealidad de posiciones no se aplica ni siquiera entre las aves de corral, porque incluso allí a menudo hallamos una situación en la que A se impone sobre B, B sobre C y C sobre A, para no hablar de permutaciones más complicadas.

El punto básico reside en que no pueden convertirse generalizaciones vagas y dudosas (y no digamos disparates e inanidades) en una ciencia matemática mediante el simple expediente de transcribirlas en el simbolismo de las matemáticas. Ni siquiera los teoremas matemáticos más inobjetables de la actualidad resultarían útiles si se intentara transformar la física aristotélica en una ciencia exacta. El principio de que «la naturaleza repele el vacío» fue una idea valiosa en su tiempo —incluso útil para fines prácticos, tales como la fabricación de bombas—, pero ninguna clase de prestidigitación con los símbolos podría servir para convertirla en una proposición de física matemática. Las matemáticas de Galileo fueron bastante simples y su logro no consistió en aplicarías a la física de su tiempo, sino en crear conceptos nuevos capaces de producir un tipo de información genuinamente nuevo cuando se los manipulaba con el auxilio de las matemáticas.

Cualquiera que sea la crítica que se dirija contra la irrelevancia de las fórmulas propuestas por Simón y otros exponentes de la misma tendencia de pensamiento, incluidos muchos economistas, al menos sus ecuaciones son matemáticamente genuinas, en tanto que los signos empleados por Lévi-Strauss en sus últimos volúmenes meramente tienen el aspecto de las matemáticas, pero en realidad son puras sustituciones de palabras ordinarias. (No es éste, sin embargo, el caso del apéndice matemático a *Les Structures élémentaires de la parenté*, escrito por André Weil). Así, en vez de la palabra «oposición» o «contraste» Lévi-Strauss utiliza el signo convencional del exponente negativo. Por ejemplo: como muchas cosmologías consideran fuego y agua como opuestos, escribe «fuego = agua$^{(-1)}$», un curioso garabato sin sentido que no es una ecuación ni tampoco una frase. Cuando en un mito

un oso hormiguero figura como el oponente de un jaguar, Lévi-Strauss «analiza» esto escribiendo «jaguar = oso hormiguero$^{(-1)}$». Si tomáramos el signo (-1) en un sentido literal llegaríamos a la fantasmagórica conclusión de que un jaguar es igual a uno dividido por un oso hormiguero.

Cuando un mito parece ser una versión modificada de otro, Lévi-Strauss los designa por medio de letras de aspecto algebraico, tales como M_z y M_x; representa la conexión entre ellos con la ayuda del símbolo (F), que en los textos matemáticos a menudo significa una relación funcional entre dos variables, y escribe

$$\underset{(f)}{M_z \rightarrow M_x}$$

Esto, por supuesto, es una burda parodia de las matemáticas, puesto que un mito es una unidad histórica altamente diferenciada (no una variable algebraica) y una función matemática es una relación que determina cómo los cambios en una variable se relacionan con los cambios en otra, y por consiguiente no puede aplicarse entre unidades.

Cuando tenemos tres mitos y el tercero parece derivar del segundo más o menos del mismo modo en que el segundo deriva del primero (y escribo deliberadamente «parece» porque los volúmenes de *Mythologiques* están llenos de afirmaciones conjeturales de esta clase no apoyadas en ningún tipo de evidencia o siquiera de argumentos en su favor y no digamos ya de algo que hipotéticamente pudiera aceptarse como una prueba), Lévi-Strauss denomina esta vaga analogía con un término de resonancias matemáticas, «isomorfismo», simbolizado por medio de ≈ y consigna la fórmula siguiente:

$$\underset{(f)}{[M_z \rightarrow M_x]} \approx \underset{(f)}{[M_x \rightarrow M_y]}$$

(*Le Cru et le Cuit*, p. 205)

Lejos de tener el significado con que asociamos este signo en matemáticas, los paréntesis meramente significan que hay una conexión entre los elementos acotados. En otro lugar del mismo libro, los paréntesis significan que la conexión entre dos rasgos o unidades se produce dentro del mismo mito. La presencia o ausencia de un tema o elemento se denota por + y - respectivamente, lo cual también tiene un aspecto matemático. Así, en la página 201 del mismo libro se nos habla sobre el tema del fuego apagado con orina —aparentemente común en los mitos de una tribu amazónica— y representado por Lévi-Strauss por [orina → fuego (—1)], que en su lenguaje significa que la orina se transforma en una negación del fuego. Esto viene acompañado por la afirmación de que este tema se ha «transformado» (lo cual en un lenguaje sano podría significar que la ha evocado a través de algún proceso de

sugestión por analogía) en la idea, expresada en un mito de otra tribu de la misma región, de que la mandioca brotó de la leche de mujer derramada en el suelo. Lévi-Strauss transcribe esta explicación del siguiente modo:[leche → plantas (+)], y que en su jerigonza puede traducirse como «la leche se transforma en plantas positivas». Como es habitual, no se da ninguna evidencia en apoyo de la opinión de que esta explicación del origen de la mandioca realmente tuvo su origen en una «transformación» de la idea de extinguir el fuego con orina presente en un mito de una tribu diferente. El autor, en vez de usar argumentos, espera convencernos de esta suposición psicodélica mediante la siguiente simbolización de aspecto matemático:

[Orina → fuego (—)] → [leche → plantas (+)]

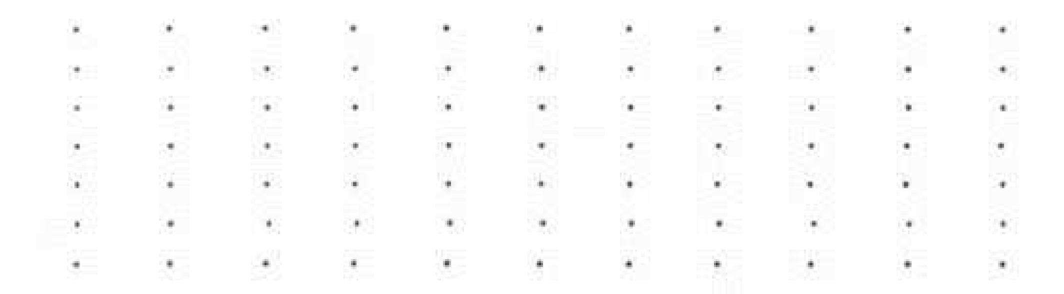
Como es bien sabido, en muchos mitos cosmogónicos la relación entre cielo y tierra está concebida como semejante a la relación entre los sexos y todas las clases de cosas consideradas como si hubieran sido engendradas por su unión. Empleando el signo :: para denotar semejanza (o, como él prefiere denominarla, más prestigiosamente, homología), representa esta vaga serie de nociones por medio de la siguiente formulación pseudomatemática:

$$\text{cielo} : \text{tierra} :: \text{sexo}_x : \text{sexo}_y$$

En cualquiera de sus libros que tomemos hallamos una constante repetición de términos impropiamente empleados tomados de las matemáticas o la lingüística. Las fórmulas extravagantes, como las que acabamos de mencionar, reciben el nombre de canónicas, un hilo de una historia se llama una secuencia sintagmática y cualquier conjunto de palabras escritas dentro de un cuadrado se dignifica con el nombre matemático de matriz. Aunque en *Le Cru et le Cuit* hay muchos dibujos de animales, como en los libros infantiles, ninguna historia recibe un título que pudiera ayudarnos a recordar su tema, sino sólo un número y con centenares de ellos por delante, éste es un buen método para obnubilar las facultades críticas del lector.

Para dar otro ejemplo, en la página 260 de *La Pensée Sauvage* hallamos (con las inevitables decoraciones pseudomatemáticas) la siguiente explicación, referente al punto más bien obvio de que la historiografía no puede describir todo lo ocurrido en el pasado y que siempre habrá lagunas en nuestro conocimiento:

> Si el código general no consiste en fechas que puedan ordenarse en serie lineal, sino en clases de fechas, cada una de las cuales proporciona un sistema autónomo de referencia, se ve claramente el carácter discontinuo y clasificatorio del conocimiento histórico. Opera por medio de una matriz rectangular:



en la que cada línea representa clases de fechas que, para esquematizar, podríamos llamar horarias, diarias, anuales, seculares, milenarias, etc., y que todas ellas forman un conjunto discontinuo.

En la página siguiente hallamos el siguiente ejemplo de mixtificación (con términos intimidatorios, indiscriminadamente tomados de todas clases de ciencias, empleados a pesar de su significado), que se refiere, por una parte, a la simple distinción entre los distintos niveles de generalidad en la historiografía y a los grados de énfasis sobre la narración anecdótica y, por otra, al análisis institucional y la explicación teórica:

> Cada dominio de la historia está circunscrito en relación al del rango inmediatamente inferior, inscrito en relación al del rango más elevado. Se verifica entonces que cada historia débil de un dominio inscrito es complementaria de la historia fuerte del dominio circunscrito, y contradictoria de la historia débil de este mismo dominio (en tanto que él mismo es un dominio inscrito). Cada historia va acompañada, pues, de un número indeterminado de antihistorias, cada una de las cuales es complementaria de las otras: a una historia de rango 1 corresponde una antihistoria de rango 2, etc. El progreso del conocimiento y la creación de las ciencias nuevas se realizan mediante la generación de antihistorias, que demuestran que un determinado orden que es el único posible en un plano, deja de serlo en otro plano. La antihistoria de la Revolución Francesa imaginada por Gobineau es contradictoria en el plano en que la Revolución había sido pensada antes de él; se torna lógicamente concebible (lo que no significa que sea verdadera) si nos situamos en un nuevo plano, que Gobineau, por lo demás, eligió torpemente: es decir, a condición de pasar de una historia de rango «anual» o «secular» (y también político, social e ideológico) a una historia de rango «milenario» o «plurimilenario» (y también cultural y antropológico); procedimiento del que Gobineau no es el inventor, y al que podríamos llamar: «transformación de Boulainviliers». Por consiguiente, y según el nivel en el que el historiador se coloca, pierde en información lo que gana en comprensión, o a la inversa, como si la lógica de lo concreto quisiese recordar su naturaleza lógica modelando, en la arcilla del devenir, un confuso esbozo del teorema de Godel.

La impresionante cita erudita de Godel está completamente fuera de lugar, ya que su descubrimiento no tiene nada que ver con la filosofía de la historia. El título de su famoso trabajo es *On Formally Undecidable Propositions of Principia Mathematica and Related Systems*, y contiene una demostración de que es imposible dar una prueba absoluta de la consistencia de un sistema semejante con la sola ayuda de sus postulados.

Sin duda la razón principal de que las inconexas cogitaciones de Lévi-Strauss sobre las aplicaciones de las matemáticas al estudio de la cultura hayan encontrado una aceptación tan amplia es que ellas afectan a mucha gente como encantamientos alucinógenos, inductores de la fantasía de que la mente se ha expandido hasta alcanzar dimensiones de ordenador, a través de la invocación constante a la palabra sagrada «binario», a la cual los estudiosos iletrados atribuyen poderes ocultos que

trascienden al hecho prosaico de que simplemente se refiera a una forma especial de escribir números para hacer posible su cálculo por medio de ordenadores. Mientras se halla bajo el deslumbramiento operado por estos relámpagos de simbolismo matemático, el lector puede deleitarse con trozos de coprología o pornografía surrealista, presumiblemente desenterrados del subconsciente de los salvajes ignorantes. He aquí un buen ejemplo:

> Si los excrementos son intercambiables, pero no los ojos, se deduce que un intercambio de ojos (en contraste con un intercambio de excrementos) no puede consistir en el cambio del propietario, ya que las partes del cuerpo permanecen idénticas, sino en un cambio de las partes del cuerpo, en el que el propietario permanece idéntico…
>
> (*Le Cru et le Cuit*, p. 198)

Entre los innumerables fragmentos aún más atractivos para la generación psicodélica, puede hallarse el siguiente pasaje del tomo tercero de *Mythologiques*:

> (hay) una analogía entre sangre menstrual y miel. Ambas son sustancias transformadas que resultan de una suerte de *infracuisine*, vegetal en un caso… animal en el otro. Más aún, la miel puede ser saludable o tóxica, así como una mujer en su condición normal es «una miel», aunque cuando está indispuesta segrega un veneno. Finalmente hemos visto que, en el pensamiento nativo, la busca de miel presenta una especie de retorno a la Naturaleza, bajo la forma de una atracción erótica traspuesta del registro sexual al del sentido del gusto, que socava el fundamento mismo de la Cultura si se le da rienda libre durante demasiado tiempo. Del mismo modo, si se permite que la pareja nupcial extienda su juego privado indefinidamente y olvide sus deberes con la sociedad, la luna *de miel* se convertirá en una amenaza para el orden público.

Uno de los atractivos mayores de este tipo de poesía enmascarado como ciencia es que sería difícil inventar un tópico más alejado de todo lo que importa en la vida social y que resulte más adecuado para una conversación no comprometedora entre burócratas internacionales y pseudointelectuales con las más diferentes perspectivas y lealtades.

La reverencia con que los intelectuales a la moda tratan estas vanas invocaciones a las matemáticas no difiere demasiado de las supersticiones de los campesinos analfabetos, a juzgar por la experiencia de un amigo de mis padres que solía ser director de banco en Kharkov, y que después de la revolución huyó a Polonia, convirtiéndose en lo que los rusos llaman una expersona. Con los restos de su capital compró una casa de campo en una región donde la gente no había tenido contacto con rusos. Como tenía ciertos conocimientos de primeros auxilios trató de hacerse útil y pronto adquirió, con gran sorpresa suya, reputación de gran curador, porque mientras ponía los vendajes solía monologar distraídamente en ruso, lo cual fue interpretado por muchos campesinos como una magia poderosa.

Para evitar malentendidos, debo repetir una vez más que aprecio plenamente la utilidad de la cuantificación cada vez que ésta puede llevarse a cabo en una forma honesta y sensible. Lo que ataco es ese tabú destructor contra todo aquello que no puede ser cuantificado y esa reverencia supersticiosa hacia cada garabato de aspecto matemático. Estas actitudes han despojado ya a la psicología de la mayor parte de su

importancia para la vida real, con el resultado de que si se quiere comprender las propias acciones o la conducta de otra gente hacia uno, o por qué la gente cree o ama u odia lo que hace, el lector puede ilustrarse leyendo novelas, pero la última persona capaz de ayudarlo sería el psicólogo académico de la escuela cibernético-conductista dominante. La obsesión de la cuantificación —promovida principalmente por el deseo de reivindicar para su profesión la posición de una ciencia exacta— ha inducido a una proporción cada vez mayor de psicólogos a abandonar todas las formas más elevadas de la conducta humana y a concentrarse sobre las formas más simples de la conducta de las ratas o incluso animales inferiores, haciendo raramente justicia a los poderes mentales de estas criaturas, ya que todo lo que no puede transcribirse en términos cuantificados de estímulo y respuesta (o para usar la jerigonza reciente, *input* y *output*) es desechado.

Es verdad que la aplicación de la metodología experimental (últimamente con el auxilio de la cibernética) ha conducido a un cierto número de hallazgos, pero (aparte de los estudios más antiguos sobre la percepción) éstos pertenecen en su mayoría a la neurología o endocrinología antes que a la psicología, si usamos este término en su sentido etimológicamente justificado de algo relacionado con la psiquis humana. Es inútil aclarar que la neurología y la endocrinología son disciplinas altamente meritorias, y que todo aquel interesado en ellas tiene perfecto derecho a dedicarles sus esfuerzos, pero debiera tener la honestidad de renunciar al rótulo de «psicología» —particularmente si no cree en la existencia de nada que pueda legítimamente denominarse psiquis—, a fin de dejar algún espacio en la academia a la gente que desea estudiar esos aspectos de la mente humana no reductibles a la mera fisiología.

No tiene sentido consultar a los cuantofrénicos (como los llama Sorokin) con la esperanza de que podrían decir algo interesante sobre temas como el conflicto entre generaciones o las condiciones para la armonía matrimonial. Si uno quiere comprender el papel de la religión hará mejor en leer a Nietzsche y no las revistas actuales de psicología, en tanto que si le interesa la cuestión de las camarillas, aprenderá más en Schopenhauer que en todos los volúmenes sobre dinámica de grupos, pese a las exageraciones paranoicas del mencionado escritor. En Freud, Adler, e incluso Jung, así como en sus seguidores más sensibles y críticos, pueden hallarse muchos enfoques fundamentales sobre situaciones de la vida real; pero todos estos pensadores, incluido el gran Freud, carecieron del sentido de las proporciones, en tanto que muchos de sus devotos están sencillamente locos. De este modo hemos concluido en el vacío, a mitad de camino entre las trivialidades cuantificadas y los vuelos de la fantasía, fascinantes pero totalmente anárquicos.

Aunque no estuviera realmente enfermo, Freud se ajusta bastante bien a la noción antiintelectual vulgar de que el genio bordea la locura no a causa de su estilo, perfectamente claro e impasible, sino a causa de su hábito de consignar todos sus pensamientos sin importarle adonde pudieran conducirlo, sin dudar o reflexionar demasiado; hábito que, sin duda (junto con una inteligencia extraordinariamente

poderosa y una imaginación fértil), lo capacitó para realizar sus descubrimientos revolucionarios.

El precio de esta creatividad desenfrenada, sin embargo, es el rosario de afirmaciones descabelladas que circunda algunos de los enfoques más originales de que pueda ser capaz la mente humana. Para dar un ejemplo de equivocación infantil: la explicación del totemismo y del tabú ofrecida en *Tótem y Tabú* se sitúa en el nivel de la primitiva creación de mitos, donde una costumbre extendida se explica por medio de una historia inventada *ad hoc* y metodológicamente tiene la misma seriedad que la historia de Caín y Abel considerada como una explicación de la guerra y la agresividad humana.

El pansexualismo de Freud exhibe todos los rasgos de una obsesión neurótica, provocada sin duda por su educación, infantil, mientras que la invención del instinto de muerte (que haría inviable a cualquier especie) tiene que haber sido una racionalización (en su propio sentido) de su propia preocupación acerca de la muerte que se aproximaba. Fue, no obstante, una de las mentes más creativas que ha producido la humanidad y quizá un interés mayor por la consistencia y la evidencia le hubieran impedido descubrir la lógica insana de las tendencias inconscientes. Como el psicoanálisis se ha convertido en una religión, sus devotos más dogmáticos han llevado los errores del maestro a nuevas cimas de absurdidad; pero a pesar de la extravagancia de sus ideas, no puede acusárselos de trivialidad ni de irrelevancia frente a los problemas de la vida humana, características éstas ambas de la escuela conductista.

Como en tantas otras ramas del estudio del hombre en la sociedad, en la psicología última presenciamos un alejamiento de la posición intermedia cultivada por gente como William MacDougal o J. C. Fluegel, a pesar de todos sus errores. Así por un lado hallamos irrelevancias y trivialidades producidas con la ayuda de métodos estadísticos ultra refinados (habitualmente empleados con una triste deficiencia de agudeza filosófica y un desinterés más triste todavía por la significación de las palabras), mientras por el otro tenemos dogmas surgidos de los vuelos de una imaginación desordenada. Estos últimos son impuestos a un público crédulo como recetas para vivir por especialistas prestigiosos cuyas palabras son tomadas como un evangelio, aunque observados más de cerca ni ellos ni sus esposas (y menos que nadie sus niños) impresionen particularmente como ejemplos de buena salud y felicidad.

El caso del psiquiatra inglés Ronald Laing ofrece un buen ejemplo del fenómeno común de cómo alguien puede llegar a convertirse en centro de un culto afirmando ideas que se correspondan con lo que un gran número de gente desearía oír. Laing ha realizado unas pocas contribuciones serias para la comprensión de la esquizofrenia ofreciendo interpretaciones plausibles e interesantes de las posturas y movimientos de los afectados, pero su popularidad entre las muchedumbres a la moda se debe al mensaje (única conclusión que se desprende de sus divagaciones tenebrosas) a todos

los marginados jóvenes (y no tan jóvenes) de que, hagan lo que hagan, están autorizados a responsabilizar por ello a otra gente, especialmente a sus madres. En el otro extremo de la escala, la psicología cuantofrénica gratifica a los burócratas, el mundo de los negocios y los anunciadores contándoles lo que desearían oír. Puesto que, para el burócrata o para cualquier otro tipo de manipulador, la tarea sería más sencilla si todos (excepto ellos mismos) se asemejaran a autómatas manejables por medio de botones, con respuestas perfectamente previsibles como corolario de estímulos conocidos. También a los insidiosos burócratas educacionales les agrada compartir la opinión de que las mentes que manipulan son semejantes a una *tabula rasa* (para usar la expresión de Locke), cuyo contenido y carácter pueden determinarse enteramente por medio de circulares sobre métodos de «procesamiento». La concepción estímulo-respuesta de la naturaleza humana atrae también a los anunciadores y dudo de que sea accidental el hecho de que el fundador del conductismo, J. B. Watson, acabara convirtiéndose en un ejecutivo de la publicidad. Reducir a los seres humanos descarriados a la condición de autómatas responsables ha sido siempre el sueño de todo sargento de instrucción y todo tirano. El creador de la administración «científica» y el estudio del movimiento y el tiempo, Frederick Winslow Taylor, cuenta cínicamente en su libro de qué modo buscó trabajadores que se caracterizaran por su codicia, estupidez y docilidad. Creo que es la armonía entre estos deseos y el punto de vista reduccionista propagado por la psicología conductista cuantitativa lo que explica el grado de preferencia de que ella disfruta entre los controladores de fondos a ambos lados de la cortina de hierro.

La popularidad de las locuras psicoanalíticas constituye, bajo muchos aspectos, el reverso de la moneda, porque el mundo cada día más cibernético, burocratizado y uniformado frustra tantas necesidades básicas de la naturaleza humana, que la moderación, el sentido de la proporción y el juicio equilibrado resultan cada día más difíciles de mantener, a la vez que un número cada vez mayor de personas busca refugio en las drogas psicodélicas o las creencias irracionales (cuando no antiracionales), todo lo cual crea un excelente caldo de cultivo para toda clase de charlatanes.

El dinero suministra un criterio cuantificado ya confeccionado, y así la economía ha podido desarrollarse mucho más que las otras ciencias sociales. Tampoco, a diferencia de la psicología, puede acusársela de haber abandonado sus objetivos propios en beneficio de la cuantificación. Sin embargo, incluso aquí podemos apreciar los efectos perjudiciales de confundir la disponibilidad de «cifras» con una obtención de la verdadera exactitud, agravada por el hecho de que la introducción de fórmulas matemáticas en la teoría económica ha producido entre los economistas una tendencia hacia el aislamiento soberbio, basada en la convicción de que su disciplina se ocupaba de variables mensurables y autónomas. Esta convicción, sin embargo, pareció plausible sólo porque los supuestos sociológicos de la teoría económica

estaban más o menos modelados por las características dominantes de las sociedades en cuyo seno se desarrolló esta teoría, y a las cuales fue aplicada más comúnmente. La evolución hacia un colectivismo pluralístico difuso, que implica una creciente interpenetración del gobierno, los grupos de presión y los órganos de control económico, ha aumentado considerablemente la divergencia entre la realidad corriente y los supuestos sociológicos tácitos de la teoría económica (aplicables incluso a adiciones tan recientes como los modelos keynesianos): pero la naturaleza arbitraria de estos supuestos se ha manifestado plenamente sólo cuando las conclusiones acerca de los problemas de los países subdesarrollados, deducidas sobre la base de la teoría económica convencional, probaron ser manifiestamente falsas. La perplejidad motivada por los fracasos de estas predicciones dio lugar a una extensa literatura que aportó modificaciones a las teorías económicas destinadas a ponerlas a punto para el examen de las estructuras económicas preindustriales. Hasta el momento, sin embargo, se han propuesto sólo especificaciones *ad hoc*, sin intentar ocuparse del problema fundamental de los límites institucionales para la validez de las distintas partes de la teoría económica.

Los elaborados modelos matemáticos que uno halla en los libros de economía podrían llevar a cualquier lector incauto a creer que tiene frente a sí algo equivalente a las teorías de la física. La verdad, no obstante, es que —mientras que las fórmulas que figuran en los libros de texto de física han sido confirmadas directa o indirectamente por innumerables experimentos y una práctica industrial constante— ninguno de los modelos más complejos de la teoría económica ha sido corroborado por una evidencia estadística clara. Mientras continúa todavía la encarnizada disputa entre Milton Friedman y sus críticos sobre uno de los teoremas más simples de la economía, y uno de los primeros en ser expresado en forma algebraica —a saber, la teoría cuantitativa del dinero—, los modelos cada vez más refinados se suceden unos a otros en las páginas de las revistas especializadas. Debe alegarse en su defensa que, a diferencia de los modelos cibernéticos en las ciencias políticas discutidos en el capítulo 14, estos modelos son genuinamente inteligentes, plausibles y habitualmente verificables en principio, es decir, uno puede especificar qué tipo de datos empíricos (en el caso de que fuera posible recogerlos) podría corroborarlos o invalidarlos. Sin embargo, hay una gran diferencia entre la verificabilidad teórica y la posibilidad concreta de verificación y si buscamos esta segunda cualidad, tendremos que reducirnos a las partes más antiguas y más simples de la teoría económica, tales como las leyes de la oferta y la demanda o la teoría cuantitativa del dinero, tomadas como aproximaciones generales.

En realidad, incluso las curvas de la oferta y la demanda para la mayor parte de los productos están calculadas antes que determinadas con precisión por medio de métodos econométricos, mientras que en los modelos de insumo y producción las simplificaciones acerca de las transformaciones de las proporciones y sus relaciones (tales como representar por medio de funciones lineales relaciones de las que se sabe

que en realidad son no lineales o incluso discontinuas) se llevan a cabo sólo con el objeto de facilitar los cálculos. Aun en sus formas simplificadas, los modelos realistas de insumo y producción incluso de la economía nacional más pequeña son extraordinariamente complejos y no es mi intención denigrar a la gente que está tratando de hallar un sentido a esta multitud de datos. Mis únicas objeciones se dirigen contra aquellos que identifican la forma matemática de una teoría con la exactitud y seguridad de su relevancia empírica. Estas personas se hallan, habitualmente, entre las inteligencias menores, mientras que Keynes, por ejemplo, fue muy explícito acerca de los peligros de esta clase de confusión. El fundador del método input-output, Wassily Leontieff, dice también en uno de sus ensayos que las simples matemáticas por sí mismas no son de ninguna utilidad en asuntos empíricos, mientras que los modelos excesivamente refinados son puros ejercicios en el virtuosismo, inaplicables a la realidad.

A pesar de su inhabilidad para explicar adecuadamente los problemas que caen dentro de su esfera (debido sobre todo a su dependencia de los aspectos no económicos de la realidad social) puede decirse en favor de la teoría económica que, aunque insuficiente es, sin embargo, indispensable para el conocimiento del modo en que opera el sistema económico. Más aún, mientras que una desaparición repentina de todos los psicólogos, sociólogos y científicos políticos no acarrearía consecuencias alarmantes, una desaparición similar de todos los economistas seguramente volvería la administración de los asuntos económicos más deficiente de lo que ya es. Por ejemplo, sin el conocimiento que nos legó Keynes podríamos fácilmente desembocar en una situación semejante a la de los años treinta. Sin embargo, es importante tener presente que incluso en la rama que brinda oportunidades para la cuantificación sin paralelo en las restantes ciencias sociales, una infatuación con los números y las fórmulas puede conducir a la irrelevancia empírica y a simulacros fraudulentos de pericia.

Las manifestaciones más perniciosas de esta tendencia mencionada en último término (favorecida por la proclividad natural de la profesión a enaltecer su mercancía) han sido las pretensiones de numerosos economistas de actuar como árbitros en cuestiones de planeamiento, sobre el supuesto (cuya eficacia depende más de estar tácitamente formulado que explícitamente reconocido) de que los factores mensurables deben servir como base para la decisión. En realidad no hay razón alguna para suponer que la posibilidad de medición guarde correspondencia con el criterio de una mayor importancia; y el supuesto en cuestión a menudo ha conducido a los economistas a ayudar y favorecer las depredaciones de un expansionismo burocrático y un comercialismo destructor del suelo y contaminador del mundo, silenciando a los defensores de los valores humanos y estéticos con la fanfarria de sus estadísticas unilaterales.

CAPÍTULO 11

CRIPTOCONSERVADURISMO PROMISCUO

Muchas de las ideas más importantes sobre la naturaleza de la sociedad humana surgieron de las disputas acerca de cómo hacer para mejorarla. Platón y Aristóteles formularon las primeras proposiciones conocidas de teoría sociológica mientras exponían sus recetas para una sociedad perfecta; el primero se apoyó principalmente en la imaginación y la especulación, mientras el segundo echó los cimientos del método comparativo al llevar a cabo una revisión de más de cien constituciones de ciudades griegas. Voltaire, Adam Smith, Saint-Simon, Auguste Comte, Marx —para mencionar a unos pocos—, escribieron sus tratados con el objeto de explicar a la gente de qué modo proceder para conseguir un orden social mejor. Keynes —para remitirnos a los tiempos más modernos— concibió su Teoría General con el propósito de hallar una cura para el desempleo. En términos generales, las ciencias sociales se han desarrollado como un vástago de los esfuerzos reformistas de acuerdo con una conciencia cada vez más clara de que el conocimiento de las relaciones causales es un prerrequisito de la acción eficaz. Las críticas conservadoras e incluso reaccionarias de los defectos de las utopías y programas de reforma no han sido menos fecundas que los enfoques reformistas y revolucionarios. Malthus, por ejemplo, comenzó su trabajo trascendental con el fin de demostrar la imposibilidad de los planes de James Mill para lograr una sociedad perfecta. El sistema de Auguste Comte, pese a su hostilidad frente al orden existente, puede considerarse como una reacción contra lo que él consideró como la falta de realismo en las ideas de los socialistas franceses, incluido su maestro anterior, Henri de Saint-Simon. Los trabajos más notables del siglo diecinueve y comienzos de éste emergieron de disputas contra Marx, como en el caso de la teoría de Mosca sobre las ideologías y las élites y la Ley de Hierro de la Oligarquía de Michel. La política conservadora de Pareto surgió de (o, si se prefiere, fue justificada por) un sistema teórico que equivalía a un marxismo desarticulado: allí estaban la inevitabilidad y ubicuidad de las luchas de clases, el carácter epifenoménico de las ideologías y las leyes, etc., pero la esperanza mesiánica de que esto un día llegaría a su fin fue reemplazada por la visión de un ciclo eterno de circulación de las élites. Los estudios de Max Weber estuvieron claramente inspirados por el deseo de aplicar un correctivo a las tesis de Marx sobre la primacía de los factores económicos, en tanto que sus ideas políticas eran pesimistas en relación a la posibilidad de mejorar el orden social. Herbert Spencer, como De Tocqueville, debe también ser clasificado como conservador en virtud de su escasa fe en la eficacia de las reformas, y su falta de entusiasmo por las tendencias que prevalecieron durante sus últimos años. Así difícilmente puede afirmarse que una actitud conservadora frente a los problemas actuales incapacite a uno para realizar contribuciones a las

ciencias sociales.

Es una evidencia histórica que la comprensión de los procesos sociales sólo ha progresado durante las eras de controversia enconada entre los reformistas y los profetas de la revolución por un lado, que castigaban los vicios del orden existente y proponían remedios pacíficos o violentos, y por otro, los conservadores, que realzaban las virtudes del *statu quo* en comparación con lo que habría de sobrevenir como consecuencia de un cambio precipitado. Debates semejantes no sólo han provocado verdaderas investigaciones sobre circunstancias sociales que de otro modo no hubieran llamado la atención, sino que también han planteado la cuestión de las causas y los efectos, y suplido así un estímulo para la teorización fecunda.

Aunque las ideas políticas conservadoras a menudo estaban de acuerdo con las nuevas ideas sobre la naturaleza de la sociedad, todos los pensadores creadores de este tipo estaban dispuestos a admitir los defectos del orden social que reclamaba su adhesión y al cual defendían no negando sus defectos, sino arguyendo que era mejor que la mayoría de las alternativas probables. La aceptación del fascismo por parte de Pareto, por ejemplo, surgió no de una idealización del carácter de ese movimiento, sino de un pesimismo profundo acerca de la posibilidad de eliminar la fuerza y el fraude de la política. En un artículo escrito poco después del ascenso de Mussolini al poder, Pareto libremente admite que las características principales del fascismo son la disposición hacia el uso de la violencia y el éxito en la propagación de mitos y a continuación procede a defenderlo sobre la base de que es inevitable debido a la desintegración del orden liberal. (Puede advertirse la severidad de la crítica que Spencer formuló a las instituciones de su tiempo en los artículos reimpresos en *Herbert Spencer: Structure, Function and Evolution*).

La tendencia surgida en Estados Unidos después de la segunda guerra mundial y que ha esterilizado desde entonces la sociología y las ciencias políticas en todo el mundo no comunista, difiere radicalmente del conservadurismo honesto arraigado en el pesimismo en su inconfesada determinación de disculpar todos los hechos desagradables, de encubrir todos los temas explosivos y de exudar un aura de optimismo reminiscente de una oficina de relaciones públicas. Su mensaje fundamental consiste en que todo ocurre para bien, que vivimos en el mejor de los mundos posibles y que (como en las películas de Hollywood) todo tendrá un final feliz. Aparte de los partidarios más recientes de la cibernética, la escuela principal de este gran movimiento es conocida bajo el nombre de funcionalismo estructural, y sus apóstoles más notorios son mencionados y citados con una frecuencia que está en relación directa a su influencia en la distribución de fondos y la decisión sobre designaciones y promociones.

El funcionalismo estructural ha sido acusado muchas veces (notablemente por Wright Mills en *Sociological Imagination*) de introducir clandestinamente una ideología conservadora bajo la máscara de una devoción a los ideales de la ciencia. Aunque perfectamente justificado, este juicio no hace justicia a la insidiosidad de una

doctrina capaz de llevar a sus adherentes mucho más allá de un conservadurismo honesto y ordinario, que trae aparejada una lealtad a un orden definido acompañada por una crítica severa de sistemas o doctrinas opuestas a él. La ideología del funcionalismo estructural, en contraste, otorga su bendición a todos los sistemas, a condición de que existan; lo cual significa que se instala del lado de todos los poderes, al margen de sus características. Para distinguirlo del conservadurismo decente, comprometido abiertamente con los principios de un orden social definido, propongo, para la doctrina descrita más arriba, la denominación de «criptoconservadurismo promiscuo». ¿Y por qué «cripto»? Porque antes que propagar esta actitud abiertamente (cosa que resultaría menos eficaz), sus partidarios la insinúan subrepticiamente (y a menudo, sin duda, inconscientemente) por medio de definiciones y proposiciones ostensiblemente carentes de todo valor científico. En el próximo capítulo trataré de concretar estas acusaciones mediante el análisis de los conceptos centrales, pero en el ínterin consideremos más de cerca los rasgos distintivos del criptoconservadurismo promiscuo desde el punto de vista de la sociología de las ciencias sociales.

La adhesión ciega a todo lo ya «hecho» habitualmente va acompañada de una baja inteligencia o un temor neurótico al empleo del propio cerebro. En el primer caso, se trata de una actitud perfectamente racional, porque si las razones de las disposiciones existentes escapan a la comprensión de uno, luego el curso más sensato consiste en seguir la corriente antes que entrometerse en lo que uno no comprende. Importa poco en este sentido si la falta de comprensión tiene su origen en la falta de inteligencia o en la exigüidad del conocimiento existente. Así el conservadurismo de un tribeño no tiene por qué equivaler a una «resistencia al cambio» irracional, sino que puede revelar una renuencia perfectamente razonable a hundirse en lo desconocido. La disposición a experimentar se vuelve razonable sólo cuando nuestro conocimiento nos permite formular predicciones que nos dan una probabilidad mayor de éxito que la mera conjetura. El conservadurismo elemental o primordial de este tipo —para el cual el criminólogo italiano Cesare Lombroso ha propuesto el término «misoneísmo»— difiere totalmente de un conservadurismo político que normalmente, en última instancia, se reduce a una defensa del privilegio y a menudo se combina con una disposición a dar la bienvenida a las innovaciones que refuerzan este privilegio o que al menos no lo amenazan. Después de todo, los hombres de negocios «conservadores» han producido los cambios más revolucionarios en las condiciones de vida.

El surgimiento de las ciencias sociales estuvo estrechamente conectado con la decadencia del misoneísmo en relación a las disposiciones sociales, que en sus formas primordiales equivalía a la incapacidad para concebir que la forma de vida existente pudiera cambiar. Pero este surgimiento, debo recalcar, no estuvo vinculado más íntimamente con las críticas del orden existente que con los argumentos de los conservadores políticos en su defensa. En realidad, los primeros destellos de

teorización politológica o sociológica aparecieron en escritos que se proponían asesorar a los gobernantes, tales como las obras de Shang Yang y Han Fei Tsu, Maquiavelo, los filósofos de la Ilustración y los especialistas alemanes en eficacia burocrática del siglo dieciocho conocidos como «camaristas». Podría incluso argüirse que, en la medida en que la ciencia presupone una inferencia racional de la experiencia disponible, los conservadores han sido en general más «científicos» (y por consiguiente más efectivos) que los utopistas y los revolucionarios, aunque es justo recordar que sin estos últimos no hubiera habido discusión y en consecuencia tampoco progreso en el conocimiento.

Valdría la pena señalar de pasada que el antiguo aforismo que dice que el inglés es menos «lógico» que el francés nunca se ha justificado en lo que respecta a la política y la sociedad, porque, a falta de cualquier teoría verificada de la cual pudieran inferirse predicciones dignas de crédito, lo más lógico que se podía hacer era salir del paso mediante arreglos sobre la marcha, antes que tratar de implementar un esquema de una nueva sociedad. Pero volvamos al tema principal.

A pesar de la naturaleza inherentemente subversiva de la cerebración, la conciencia de la fragilidad de la civilización y el temor de las masas han conducido a muchas mentes sobresalientes a un tipo de conservadurismo resignado, que los ha llevado a optar por el mal conocido antes que por lo que veían como un espejismo. Es verdad, ha habido muchos apologistas y propagandistas que se han esforzado por ocultar los hechos más brutales de la vida social bajo las efusiones de la filosofía política y social «idealista» o la teoría económica —como los economistas y hegelianos justamente criticados en este sentido por Marx y Engels—. Sin embargo, ninguno de los escritores que han realizado contribuciones duraderas a nuestro conocimiento del hombre y la sociedad ha incurrido en esta falta. Si consideramos los pronunciamientos sobre cuestiones de actualidad de Herbert Spencer, Max Weber o Gaetano Mosca — a quienes los marxistas automáticamente clasifican como conservadores o reaccionarios— advertimos que están repletos de críticas a las instituciones de la época, formuladas en un tono que, a partir de Veblen, ningún sociólogo americano famoso, con la excepción de C. Wright Mills, se ha atrevido a adoptar. La originalidad de este último consistió simplemente en no participar de la evasión reincidente de sus colegas en relación a los temas importantes, y en estudiar la misma clase de problemas que preocupó a los fundadores. Ni siquiera su modelo Thorstein Veblen tuvo la estatura intelectual de sus grandes contemporáneos europeos, mientras que el propio Mills ciertamente carece de títulos de grandeza y no puede ser considerado como el creador de una Nueva Sociología, como afirmaron en cambio los aduladores que comenzaron a rodearlo tan pronto como formalizó su alianza con los comunistas. Sin embargo, a pesar de esta equivocación (que creo que llegó a deplorar poco antes de su muerte), merece nuestro mayor respeto por su determinación para mantener la tradición de la crítica valiente de la sociedad en medio de un contorno sumamente corrompido.

La discrepancia entre los ideales profesados y la realidad social ha sido siempre tan grande que la apologética melosa y los subterfugios diplomáticos nunca han sido compatibles con la investigación seria de las cuestiones vitales, o con una especulación mínimamente realista sobre la naturaleza de la sociedad. El conservadurismo honesto sólo puede estar basado sobre el juicio de que el sistema bajo el cual uno vive es comparativamente menos imperfecto que sus probables sustitutos. Al motivar un compromiso con una forma de vida definida y con su ideología, un conservadurismo no promiscuo expone a sus partidarios a una enemiga no sólo por parte de los reformadores y revolucionarios del interior, sino también de los conservadores que pertenecen a otros sistemas basados sobre principios opuestos. No es posible oponerse a las reformas radicales en Inglaterra con los mismos argumentos a que uno podría verse obligado a recurrir si quisiera defender la dictadura militar en el Brasil. Un conservador ruso opuesto a cualquier flexibilización del planeamiento central, no puede dar su bendición al *Wirtschaftswunder* alemán. No podrían emplearse los mismos argumentos para probar la bondad de lo realizado por Mao en China y para demostrar la perfección del modo de vida americano. Si uno se adhiere sinceramente a cualquiera de estas causas, podría equivocarse, o incluso sencillamente dejarse embaucar, pero no podría ser legítimamente acusado de no comprometerse y de intentar estar con todos los bandos a la vez. Para lograr este último resultado es preciso no referirse a nada de lo que realmente sucede, de modo que nadie pueda someterlo a presiones. La proeza suprema en este género consiste en echar una bendición a cada una de las estructuras de poder existentes sin entrar en especificaciones sobre sus rasgos concretos, una bendición que debe ser subrepticia y, sin embargo, bastante perceptible para permitir que los potentados se sientan halagados y seguros de que a sus súbditos les vendría bien absorber un mensaje semejante. En su día, Hegel y sus discípulos alcanzaron bastante éxito con su adulación del Estado burocrático, pero las modas semánticas cambiantes demandan versiones nuevas arropadas en una nueva fraseología.

Aunque el centenario de Max Weber ha motivado algunas celebraciones, es significativo que ninguno de los volúmenes publicados en esta ocasión contenga un solo ejemplo de la determinación de desarrollar el punto más esencial de su concepción: a saber, el uso del análisis comparativo de amplio alcance con el objeto de desenredar las cadenas causales y establecer generalizaciones inductivas. En consecuencia, a pesar de la grandeza de Max Weber como pensador, uno podría preguntarse si es ésta la única razón del «culto a la personalidad» que está desarrollándose en torno suyo. Marx, para tomar el ejemplo más obvio, ha venido a suplantar a Dios no en virtud de sus grandes contribuciones a la economía y la sociología, sino a causa de los mitos mesiánicos y las maldiciones vitriólicas con que envolvió sus aciertos cognoscitivos y también porque (a diferencia de otros profetas del socialismo) no esbozó nunca planes concretos, y se limitó a afirmar que la sociedad futura sería perfecta, dando así un cheque en blanco a quienes se proclaman

sus seguidores. Es posible que esta moda de invocar el nombre de Weber esté relacionado con sus actitudes relativamente favorables al capitalismo y la burocracia y con el hecho de que, entre todos los fundadores de la sociología (con la excepción de Durkheim) fue el menos dado a airear sus aspectos deplorables y no ha dicho prácticamente nada que arroje una luz negativa sobre temas como el fraude y la violencia en la política o la explotación monopolística. Más aún, la pesadez de su estilo se presta a un «procesamiento» por medio del cual podrían destilarse sedativos sociológicos que arrojen una bendición sobre el *statu quo*, cualquiera sea éste y puedan, por tanto, ser expuestos con la misma facilidad en Dallas, Moscú, el Vaticano, Yakarta y Pretoria. Quizá por estas razones incluso gente cuya obra no revela huellas de la influencia de Weber se sienta bajo la obligación de rendir homenaje a su memoria.

Esto no quiere decir que haya razones para acusarlo de evasión timorata o apologética subrepticia. Todo por el contrario, fue un hombre de gran valentía y carácter severo, y tomó una actitud resuelta frente a muchos problemas del momento, pero éstos fueron específicos de la Alemania de su época y tienen poca relevancia en relación a los problemas mayores de nuestro tiempo. Más aún, sus estudios empíricos mayores versaron sobre civilizaciones antiguas y exóticas (ya que murió antes de llegar a épocas más recientes) y por ello contienen pocas cosas que alguien desee ocultar en la actualidad. De este modo, aunque bajo ningún concepto pueda ser considerado como un antepasado de esta hornada, Weber se presta más que otras grandes figuras del pensamiento sociológico (con la posible excepción de Durkheim) para que se le adjudique el papel de tótem de los criptoconformistas promiscuos.

No fue accidental que la forma más perfecta de criptoconservadurismo promiscuo surgiera en Estados Unidos en el curso de estas dos o tres últimas décadas; porque bajo una oligarquía burocrática como la vieja oligarquía prusiana, o bajo una clase gobernante capitalista unitaria como la de Inglaterra antes de la segunda guerra mundial, sólo una subordinación clara a la clase gobernante y su ideología coherente podía ofrecer buenas perspectivas en su carrera para un intelectual sin el talento necesario para destacarse como iconoclasta. La actual élite de poder en Estados Unidos, por otra parte, es menos homogénea en sus orígenes étnicos y de clase, en su religión y ocupación; y por consiguiente, una manipulación verbal, para complacer a todos sus sectores, debe ser mucho más ambigua, para no hablar de la necesidad de halagar también a las masas. En otras palabras, una estructura de poder más pluralista favorece un tipo de fórmulas conservadoras más promiscuas y subrepticias. Además de todo esto, están el escenario internacional de la ONU, la UNESCO y otros organismos similares, donde es todavía más difícil decir algo concreto que no vaya a ofender a nadie y no digamos ya que pudiera complacer a todos y donde la vaguedad extrema constituye un paliativo protectivo esencial.

A todo escritor le agrada o agradaría ser ampliamente leído, mencionado, citado, traducido y elogiado y se cuentan por millares quienes se esfuerzan y compiten por la

fama en cada rama del conocimiento. Así, si alguien alcanza la celebridad —o se vuelve el más famoso en su especialidad— esto tiene que tener una explicación. Podría tratarse del puro mérito intelectual o de unas dotes naturales para la autopublicidad y las intrigas en los pasillos del poder. A veces la popularidad de los escritos deriva exclusivamente de la posición de sus autores, como en el caso de las obras de Stalin o las memorias de Eisenhower, para mencionar sólo dos entre los muchos ejemplos posibles. O el libro podría dirigirse a los impulsos sexuales y agresivos comunes y comúnmente insatisfechos. El éxito de un libro como *The Naked Ape*, de Desmond Morris, no constituye ningún misterio, ya que su pseudociencia suministra un pretexto para que el público ignorante y los científicos semianalfabetos se solacen con una pornografía más bien infantil. Ni es tampoco difícil comprender por qué las rapsodias sobre la violencia de distintos pseudorevolucionarios atraen a los intelectuales de vida reposada y a los burócratas obligados a sonreír todo el tiempo ante gente a la cual desearían asesinar. Pero ¿de qué modo explicar la elevación de Talcott Parsons a la posición de más famoso sociólogo de la actualidad?

Nadie puede llegar a convertirse en el escritor de más renombre en su especialidad por puro accidente, sin poseer alguna cualidad particular. Y ciertamente se necesita un genio peculiar para ser capaz de establecer un lenguaje nuevo que pueda no ser de mucha ayuda para acrecentar nuestro conocimiento, pero que tampoco puede decirse que carezca de originalidad y fascinación para muchas mentes. El capítulo próximo analiza más o menos detalladamente el contenido latente e inintencionalmente propagandístico de las opiniones de Parsons y otros autores similares, que alcanzan la dimensión del filtro de Amor-A-Todas-Las-Instituciones más potente que se haya inventado jamás. Aquí sólo desearía puntualizar que, aparte de los ingredientes ocultos de la ideología promiscuamente conservadora, la verbosidad ambigua también refuerza el *statu quo* de una manera más directa, al introducir un elemento de perturbación incluso en obras más inteligentes. Una vez que alguien ha sucumbido a esta clase de turbio escolasticismo se convierte en una mula de noria que gasta todas sus energías en no llegar a ninguna parte en lo que respecta al conocimiento del mundo real, lo cual garantiza que nunca dirá nada que pueda arrojar una luz molesta sobre los problemas de la realidad. Todo burócrata, político o gobernante —ya sea capitalista, comunista, clerical, monárquico o fascista — hallará que un científico social descerebrado de esta clase es un hombre seguro e incapaz de ocasionar trastornos. Los rebaños de devotos, cuya falla de cerebro los hubiera descalificado para las ocupaciones intelectuales en épocas más civilizadas, veneran al apóstol que los ha capacitado para ganarse la vida haciéndose pasar por científicos y su coro resonante ayuda a ahogar las voces dispersas de la oposición.

El hecho de que la atracción fundamental de esta escuela radica en su mensaje promiscuamente criptoconservador puede inferirse no sólo de un análisis de sus publicaciones, sino también de la acogida que les deparan gobiernos aferrados a ideologías contradictorias e intolerantes hacia todos los desviacionismos. No es

sorprendente que ningún dictador haya prohibido los libros del gran sacerdote de la sociología eufemística, aunque en la mayoría de los países comunistas incluso Keynes esté prohibido. En España, las traducciones de Parsons se publican y venden sin restricciones. Los directores de la «cultura» comunista polaca, quienes recientemente han estado ocupados purgando sus filas de intelectuales o desviacionistas (últimamente bajo el pretexto de la lucha contra el sionismo), no sólo han permitido la traducción de sus libros, sino que incluso le han organizado una recepción. En Moscú es igualmente bienvenido. La publicación de su traducción al polaco se demoró no porque el censor tuviera algo que objetar a los conceptos de Parsons, sino porque un notable exponente oficial del marxismo, autor de la introducción a la misma, había sido purgado por sus conexiones con el sionismo, y se había convertido en una no-persona cuyo nombre no debe aparecer impreso bajo ninguna circunstancia. En África del Sur, donde incluso la simple recolección de datos con frecuencia está prohibida, el curso de sociología en la universidad de Fort Hare para los bantúes está basado en las obras de Parsons, y el texto básico es *Sosiologie*, de S. O. Celliers y D. Joubert, que es más bien una exposición de la doctrina de Parsons en Afrikaaner que una traducción formal.

Más de una vez he escuchado el argumento de que tal aceptación universal, lejos de motivar sospechas, prueba el carácter científico y objetivo de las obras de Parsons. ¡Lógica perversa! Dado que todos estos regímenes inculcan ideologías llenas de falsedades estrepitosas que, subsidiariamente, son contradictorias entre sí, es natural suponer que sólo una teoría que no contradiga ninguna de estas falsedades será tolerada por todos ellos. Y sólo un rosario de observaciones completamente vacuas puede resultar compatible con una serie de falsedades mutuamente contradictorias relativas a un mismo problema.

Para evitar malentendidos debo recalcar que no acuso (ni siquiera indirectamente) a Talcott Parsons de urdir una maniobra, aunque sí sospecho que entre sus acólitos hay un cierto número de charlatanes cínicos. Y estoy seguro de que, como todos los brujos eficaces, el Gran Maestro está sinceramente convencido de lo que dice. Sé por un amigo mío que lo conoce personalmente que es un hombre honorable y que se ha abstenido de participar en las intrigas y maniobras del cotarro académico y que por esta razón desde su retiro ha sido tratado con frialdad por los manipuladores, pese a su fama enorme. Lamento, en consecuencia, tener que formular estas observaciones cáusticas, pero el futuro de las ciencias sociales se halla en peligro, ya que, a pesar de su dedicación al saber y su erudición considerable, la influencia de Parsons sobre su desarrollo ha sido desastrosa, dado que un error puede rectificarse y posibilitar un conocimiento ulterior, en tanto que la confusión constituye un callejón sin salida absoluto.

CAPÍTULO 12

LA IDEOLOGÍA ENCUBIERTA POR LA TERMINOLOGÍA

En las ciencias sociales la mayor parte de las discusiones terminológicas prosiguen indefinidamente debido a que, lejos de ser debates puramente intelectuales sobre el valor heurístico de los distintos usos, se reducen a disputas sobre el derecho al empleo exclusivo de ciertas señales inductoras de aprobación o desaprobación para denominar conceptos apoyados o combatidos por el hablante. Las interminables discusiones sobre el significado de democracia tienen poco que ver con la dificultad formidable de hallar una clasificación científicamente satisfactoria de los sistemas políticos. El tema real de la discusión es el derecho exclusivo al empleo de este sonido inductor de aprobación para despertar en los oyentes una actitud favorable hacia el régimen o política escogidos por uno mismo. Por consiguiente, si buscamos un común denominador para todas las connotaciones con que se lo emplea, descubrimos que simplemente ha venido a sustituir a otra palabra anticuada, «bien», de modo que justificadamente podríamos hablar de fileteso sopas democráticas. «Reaccionario» funciona exactamente al revés; y si oímos a alguien llamar «reaccionaria» a otra persona, todo lo que podemos deducir es que esa persona le desagrada, pero no podemos inferir nada sobre las ideas de la persona así calificada sin conocer la posición política del hablante. Cuando se discute sobre qué es el fascismo, el objetivo más usual de los participantes en la discusión es corromper el significado del término a fin de poder aplicarlo a sus enemigos y apartarlo de sus amigos.

A veces la mezcla de intenciones cognoscitivas y propagandísticas es más difícil de desembrollar. «Totalitarismo», por ejemplo, fue inventado a fin de designar un régimen político donde el gobierno controla la totalidad de la vida social. Las complicaciones surgen del hecho que, aunque algunos gobiernos casi han llegado a este punto, ningún gobierno controló nunca todas las acciones de todos los ciudadanos y en consecuencia debemos decidir en qué punto de ampliación del control gubernamental empezaremos a clasificar a un régimen como totalitario. Podría argüirse, por ejemplo, que el régimen fascista en Italia no fue realmente totalitario porque nunca interfirió seriamente en las actividades de la Iglesia. Otra dificultad surge de las distintas direcciones en que se extiende este control. Así, por ejemplo, el control que ejerció el gobierno laborista sobre la economía inglesa entre 1946 y 1950 fue más extenso y mucho más efectivo, que el de Perón sobre la vida económica de la Argentina, pese a su supresión de las libertades civiles. La supresión de la oposición política ha sido siempre un fenómeno común que puede encontrarse en muchos Estados que se acomodaron al poder independiente de la Iglesia, e incluso

apoyaron la doctrina del *laissez-faire* en cuestiones económicas: como fue el caso del Segundo Imperio en Francia, para mencionar sólo un ejemplo entre los muchos posibles.

Está claro, pues, que la autocracia no implica el totalitarismo, pero ¿implica el totalitarismo la autocracia y la tiranía? Hasta ahora todos los estados totalitarios han sido despóticos, pero no podemos excluir la posibilidad de que el régimen soviético evolucione hacia una forma de totalitarismo oligárquico y bastante respetuoso de la ley, como ha ocurrido ya en comparación con la era de Stalin. Para no excluir esta posibilidad es preferible definir al totalitarismo como un régimen donde un gobierno no reconoce límites a su interferencia, controla en medida considerable la vida de todos sus súbditos y no permite la existencia de organizaciones independientes.

Esta definición comprende a la Alemania nazi y a todos los estados comunistas de hoy, con la excepción de Polonia. La Polonia de Gomulka y la Italia de Mussolini ni caen en la categoría de semitotalitarios a causa del poder independiente de la Iglesia dentro de sus territorios.

Incluso desde un punto de vista puramente heurístico, pues, existe un genuino problema acerca de cómo definir el totalitarismo más útilmente. Pero la duda que circunda a este interrogante permite que el significado se amplíe en todos los sentidos a fin de servir al propósito del hablante. Los nuevos izquierdistas, entre otros, lo rechazan totalmente a causa de la implicación de que podría haber similitudes importantes entre los sistemas nazi y comunista, cosa que ellos niegan, ya que esto automáticamente desacredita al segundo, en vista del hecho de que los nazis desde que perdieron la guerra cuentan con pocos admiradores.

Incluso conceptos que se refieren a fenómenos aparentemente distantes de los problemas de hoy pueden convertirse en objetos de un forcejeo criptopropagandístico, como puede advertirse en el siguiente ejemplo: El término «feudal» comenzó a usarse en el siglo dieciocho para describir la condición general de la sociedad europea durante la Edad Media. Poco después, los viajeros europeos, impresionados por las semejanzas entre lo que leían sobre la historia de sus países y lo que veían en el Este, comenzaron a aplicar este término al ordenamiento institucional de países no europeos. Cuando Saint-Simon, Auguste Comte y Marx inventaron sus esquemas evolutivos, incluyeron al feudalismo como una de las etapas necesarias que la humanidad debe atravesar. Esto dio lugar a un prolongado debate sobre si el feudalismo era algo peculiar a Europa o se trataba de un fenómeno de una naturaleza más genérica. Los historiógrafos (debido, sin duda, a su amor por los detalles y su antipatía hacia las generalizaciones) favorecieron, en general, la primera opinión. Hubo una tendencia a restringir el término a la Europa occidental. Incluso se consideró que ni Suecia ni Polonia habían pasado por el feudalismo, porque en Polonia los nobles conservaron la tierra como propiedad hereditaria (es decir, la posesión fue alodial, no feudal), y en Suecia los nobles no alcanzaron jamás autoridad judicial sobre los campesinos. Por el otro lado, en la sociología histórica y sobre todo

en los debates políticos, el significado de feudalismo fue ampliándose cada vez más. Los marxistas estaban y están determinados a calificar de feudal a toda sociedad que no sea capitalista ni socialista ni tribal. Como es bien sabido, Marx consideró que la evolución social atravesaría las etapas del tribalismo, esclavismo, feudalismo y capitalismo para alcanzar el objetivo final del socialismo. El interés de los marxistas en descubrir el feudalismo en todas partes brota del temor de que, una vez admitida la posibilidad de que una de las etapas intermedias no es realmente necesaria, podríamos comenzar a dudar acerca de la inevitabilidad del objetivo final. A menudo «feudalismo» es usado simplemente como un término insultante, que implica los males de la desigualdad, la explotación y el tradicionalismo. El valor de las discusiones entre historiadores, por otra parte, se ha visto perjudicado por el olvido de tres verdades más bien obvias; primero, que la denotación de cualquier concepto depende de su connotación; segundo, que en el ámbito de los fenómenos sociales la presencia o ausencia de un rasgo es principalmente una cuestión de grados; tercero, que al considerar grupos de rasgos imperfectamente correlacionados, nos enfrentamos con variaciones en los grados relativos con que los rasgos constitutivos se presentan en los diferentes casos[12].

Un visitante de Marte no familiarizado con la naturaleza humana, pero equipado con un diccionario terrestre, podría muy bien preguntarse por qué, en una extensa parle del globo, cada vez que alguien trata de usar la palabra «clase» en desacuerdo con la acepción que le dio un escritor que vivió hace un siglo, pronto tropieza con dificultades. Ni la etimología ni los cánones del método científico pueden explicar este purismo, que puede, sin embargo, explicarse fácilmente si consideramos la palabra en cuestión como una señal inductora de desaprobación susceptible de ser empleada para influenciar la conducta. Los romanos (de cuya lengua viene «clase») usaron su prototipo para designar grupos de ciudadanos legalmente definidos clasificados según su riqueza, el tipo de armas que podían permitirse para su servicio militar, el peso de sus votos en la asamblea popular y el orden de precedencia en distintas ceremonias. Así la jerarquía con respecto a la riqueza, el poder y el prestigio era la misma, de modo que en Roma existió en aquella época lo que los sociólogos modernos denominan consistencia de estados o cristalización de estados.

Los precursores de las ciencias sociales (de Platón a Adam Smith) discutieron a menudo las diferencias y conflictos entre el rico y el pobre, los magnates y la comunidad, el arrogante y el humilde; aunque la palabra clase, en su sentido moderno, se hizo común sólo después que la Revolución Francesa rompió las barreras legales entre los «estados». Las distinciones entre «clase» y «estado» o más tarde «casta», se referían, sin embargo, principalmente al grado de diferenciación y solidaridad de los grupos, como también a la naturaleza de las barreras entre ellos y su imposibilidad relativa de atravesarlas, mientras se daba por sobre entendido que todos estos términos estaban en relación con las desigualdades de riqueza, poder y prestigio.

Al tomar la relación (de propiedad) de los medios de producción como el criterio esencial de clase, Marx no se apartó de esta línea, ya que bajo el capitalismo de su época esta relación determinó en general las diferencias en riqueza, poder y posición. En Inglaterra (donde se encontraban las formas más avanzadas de capitalismo en aquel tiempo), la división más importante de la sociedad se hallaba entre los propietarios de capital (hacendados o industriales) y aquellos que vivían de la venta de su trabajo. Aparte de riqueza y poder político, los primeros tenían un acceso exclusivo a la educación superior, las profesiones lucrativas, sinecuras y puestos y disfrutaban de la deferencia de sus trabajadores pobres y humildes. Es verdad que continuó existiendo un gran número de artesanos independientes, campesinos propietarios y pequeños comerciantes, pero con perspicacia notable Marx previo correctamente su naufragio en la insignificancia. Aunque no tan ignorante como para desconocer la existencia de oficiales y funcionarios respetados, ricos y poderosos en las monarquías continentales, Marx los consideró como reliquias de un feudalismo decadente, imaginando que el progreso de la industria haría que los estados agrarios de Europa se asemejaran a la Inglaterra de su época, donde los generales y burócratas apenas cumplían alguna función.

Al analizar una situación concreta, Marx claramente asignaba los generales y los soldados comunes a clases diferentes, aunque ante la ley ellos estuvieran en relación idéntica respecto de los instrumentos de su profesión y el general fuera tan propietario del coche a su disposición como su propio cochero. Marx no extrajo ninguna conclusión de este hecho obvio porque consideró el control sin la propiedad como un rasgo de las formaciones precapitalistas en disolución, en lo cual, por supuesto, se equivocó totalmente; y fue precisamente la proliferación de burocracias (tanto privadas como públicas), lo que invalidó sus profecías. En la actualidad, cuando cualquiera es capaz de advertir las grandes ventajas en ingresos, comodidad y prestigio derivadas de los altos cargos en los organismos burocráticos, la propiedad puede considerarse sólo como una de las determinantes de la desigualdad y así el criterio de clase propuesto por Marx ha perdido su validez: parcialmente bajo el capitalismo y totalmente bajo el comunismo.

¿Por qué entonces los comunistas y sus simpatizantes se aferran a la definición de Marx? La respuesta está en que al reemplazar «desigualdad» por «clase» y luego equiparar la división entre clases con las diferencias en la relación de propiedad de los medios de producción, pueden afirmar que, como resultado de la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, la desigualdad ha desaparecido o desaparecerá en breve. Así, al atosigar a todo el mundo con una definición anacrónica, los predicadores comunistas aspiran a que la gente se comporte con docilidad bajo su administración y violentamente bajo el capitalismo.

Sobre esta definición pueden apoyarse algunas otras ficciones útiles, tales como la noción de que los opulentos potentados del partido pertenecen a la misma clase (a saber, el proletariado) que los ganapanes infraalimentados de las fábricas o granjas,

ya que legalmente ninguno de ellos es propietario de los medios de producción. Así es fácil comprender por qué los portavoces de las instituciones comunistas se aferran a una concepción tan conveniente. De esto no se desprende, sin embargo, que aquellos que la objetan lo hagan sólo por interés hacia la corrección metodológica, ya que no hay argumentos estrictamente científicos para despojar a los marxistas de su amada palabra e impedirles que hagan con ella lo que deseen. No: la única justificación verdadera para proseguir la batalla verbal es que sus oponentes están resueltos a impedir este tipo de manipulación a través de la definición. Debido a su empleo constante como término ignominioso, la palabra «clase» ha adquirido una carga emocional indeleble, y por consiguiente una utilidad considerable como señal inductora de hostilidad y su táctica elemental, por tanto, consiste en tratar de disputar a sus oponentes el monopolio de su uso. No obstante, aunque loable como esfuerzo para combatir el uso propagandístico de las palabras, la oposición al uso marxista de «clase» brota más de preocupaciones políticas que estrictamente cognoscitivas.

Mientras los aduladores de la Madre Patria Socialista continúan agitando la batuta de los viejos prestidigitadores, los propagandistas espontáneos del Modo de Vida Americano intentan ocultar la magnitud de las desigualdades en su país borrando la siniestra palabra «clase» de su vocabulario y reemplazándola por consoladores «estratos» y «grupos de posición». Enfrentados con una lucha incipiente o virulenta entre el rico y el pobre en América Latina, los científicos políticos de los Estados Unidos tratan de conjurar el espectro sustituyendo la agorera palabra «clase» por «sector», del mismo modo en que los antiguos campesinos solían designar al demonio con todo tipo de apodos a fin de no pronunciar su nombre real, capaz de provocar su aparición.

Para mejorar esta mera elusión ritual, el gran sacerdote de la ortodoxia sociológica ha producido una concepción más apta para exorcizar los pensamientos malignos sobre explotación, opresión e injusticia, proponiendo un sistema de definiciones que no deja espacio para tales fenómenos. La posición de un hombre en la sociedad, según esta concepción reconfortante, depende solamente del grado en que éste se ajusta a los ideales de la sociedad. Aventajando considerablemente al *monsieur* Pangloss de Voltaire, Parsons expone su punto de vista a lo largo de páginas y más páginas, de las cuales el fragmento siguiente es una buena muestra:

> En cualquier sistema social determinado hay un sistema real de clasificar en términos de evaluación moral. Pero éste implica de algún modo una serie integrada de pautas según la cual se formulan, o se supone que se formulan, dichas evaluaciones. Como una serie de pautas constituye un modelo normativo, el sistema real de relaciones de superioridad efectiva e inferioridad, en la medida en que reclama una sanción moral, será llamado por tanto el sistema de estratificación social. El modelo normativo, por otro lado, se denominará escala de estratificación.
>
> Como la escala de estratificación es un modelo que se caracteriza por una autoridad moral que se integra en términos de sentimientos morales comunes, normalmente es parte del modelo institucional del sistema social.
>
> (Talcott Parsons, *Essays in Sociological Theory*, Free Press, Glencoe, 1949, pp. 166-167)

De este modo, cuando un esclavo obedece al amo que hace chasquear su látigo, está manifestando su reconocimiento de los valores de la sociedad. Pueden encontrarse diversas ejemplificaciones más actuales en cárceles, antros de explotación, cuadrillas de trabajos forzados y otros lugares donde el poder despótico demanda una propiciación ansiosa, servil y abyecta.

A menudo (especialmente en el clima actual de sensacionalismo inspirado por las comunidades de masas), en vez de la prestidigitación benigna de las relaciones públicas, hallamos el juego de palabras con un propósito opuesto: principalmente con el fin de sobresaltar o incluso de escandalizar. Este podría muy bien haber sido el caso de Freud (aunque quizá sin intención). Aunque reconociendo plenamente su grandeza como explorador de la mente, creo que podría haber evitado algunas de sus distorsion es más torpes y en consecuencia haber alcanzado más grandeza como pensador, aunque mucho menos éxito como fundador de un culto, si no hubiera dado a ciertas palabras un giro especial, aparentemente destinado a perturbar. Su poder para escandalizar a la gente ordinaria (sin lo cual no hubiera logrado tanta fama) y para atraer discípulos fanáticos (parcialmente a causa de su insania), se debió sobre todo a su hábito de usar la palabra «sexual» donde «sensual» hubiera resultado más correcto. Si hubiera dicho que el pensamiento y la conducta infantiles estaban guiados por el deseo de gratificaciones sensuales, en vez de llamarlas sexuales; si se hubiera abstenido de calificar al niño como un «pervertido polimorfo», y hallado una denominación más sobria para su propensión a encontrar placer en chupar los senos de su madre o su pulgar, o en aliviar la tensión en su vejiga o sus intestinos, Freud hubiera formulado una teoría más defendible, pero considerablemente menos eficaz para desempeñar la función de una religión vicaria.

Entre las muchas palabras que han sufrido este destino, «ideología» ha sido una de las más deformadas por la propaganda, ya sea de modo deliberado o semiconsciente. Acuñada con intención peyorativa a comienzos del siglo pasado, todavía hoy continúa implicando imputaciones de —al menos— falsedad parcial. Abstrayéndose de motivaciones ulteriores, no es difícil llegar a una concepción éticamente neutral de «ideología», y definirla como una serie de creencias acerca de hechos, relaciones causales y valores en las cuestiones humanas, que se apoyan entre sí por medio de la lógica o la afinidad de los sentimientos que inspiran y entre los cuales algunos por lo menos son verificables o inverificables, o falsos a la luz de la razón. Para mí es una verdad elemental que todo sistema social se apoya en y es apoyado por una ideología en este sentido, que puede ser benigna o nefasta, honesta o directamente mendaz… pero ése es otro asunto. Sin embargo, dado que pocas personas admitirán que sus ideales podrían descansar sobre supuestos no probados o improbables o incluso desaprobados, la gente rechazará cualquier definición de «ideología» que haría extensivas a sus amadas creencias las insinuaciones de falsedad implicadas por la palabra. Como, por otro lado, la gente está perfectamente dispuesta a considerar aquello que sus oponentes creen como un conjunto de mentiras

depravadas, aceptará gustosa una definición de ideología que abarque las creencias de sus enemigos a la vez que excluya las suyas propias. Podría relatar algunos debates que he presenciado y que servirían para ilustrar este punto, pero omitiré hacerlo porque el asunto está claro y generalmente se sabe que la palabra «ideología» se emplea por lo común como un arma ideológica. Así, en vez de perder el tiempo con esto, invito ahora al lector a examinar juntos algunas palabras que fueron inventadas específicamente como términos científicos, libres de connotaciones emocionales o valorativas.

Difícilmente podrían pasarse más de unos pocos minutos en compañía de un psicólogo, sociólogo, antropólogo, politólogo o educador sin escuchar varias veces la palabra «socialización» («socialization»). Ahora bien, esta moda relativamente reciente no nace de la emergencia de una nueva idea connotada por el término, ya que (aparte de los retrasados mentales y los niños) todos saben que el carácter de un individuo es conformado por el medio en que vive, y que éste le da su lengua, habilidades, gustos y moral. La palabra «educación» solía emplearse en este sentido amplio y cuando Durkheim (para citar uno de los numerosos ejemplos disponibles) escribió sobre «l'education morale», no se limitó a las lecciones formales impartidas en las escuelas. Los manuales de adiestramiento militar siempre han estado llenos de consejos acerca de cómo mantener la moral e inculcar las virtudes militares. Tampoco podría decirse que los psicólogos y sociólogos hayan descubierto las determinantes formales y menos conspicuas del carácter, tales como la influencia de los compañeros (ahora científicamente rebautizados como «pares»), puesto que esto ha sido siempre de dominio público entre enseñantes y madres interesadas por la clase de compañía frecuentada por sus niños. Los campesinos analfabetos tienen muchos proverbios adecuados para ilustrar este aspecto de la sabiduría popular. Tampoco el hábito de convertir este asunto en sujeto de disquisiciones eruditas es reciente, como la obra de Platón podría mostrar con abundancia.

Aunque «socialización» no exprese ninguna idea desconocida hasta ahora, podría defenderse el término como denominación adecuada para la totalidad del proceso por el cual el medio conforma la personalidad. Ni siquiera esta demanda, sin embargo, resistiría un análisis sumario, puesto que en varios idiomas, incluido el inglés, había ya palabras corrientes bastante menos ambiguas. En *Anthropology*, de Alfred Kroeber (publicada inicialmente en 1923) hay una discusión sobre la forma en que una cultura *moldea* a un individuo. No obstante, esta palabra perfectamente útil fue abandonada en favor de «socialización». ¿Por qué? En parte, sin duda, debido a que esta última palabra tiene la desinencia «ción» y por consiguiente un aspecto más científico, en tanto que «moldear» evoca algún vulgar oficio manual. Sin embargo, otra razón igualmente poderosa se halla en los diferentes matices valorativos de estas dos palabras. Los defensores del canon de la no-valoración debieran preferir el término «moldear», ya que no nos dice nada sobre la calidad del producto (que podría ser monstruoso, pero también bello), y especialmente dado que afirmar que la

socialización es mala va contra el carácter de las asociaciones semánticas. A pesar de las protestas de neutralidad de sus usuarios, la palabra socialización inevitablemente otorga una bendición subrepticia a todo lo que una sociedad, un grupo o una institución puedan disponer en relación a sus nuevos miembros —incluso si les enseñan a empujar niños dentro de las cámaras de gas y cosas semejantes— de modo que se ajusten más estrictamente a las proclividades panglossianas de los científicos sociales. «Formar» y «moldear», en contraste, no sólo suenan menos reconfortantes, sino decididamente ominosas, ya que insinúan el desvalimiento y la pasividad del individuo frente a la fuerza irresistible de la colectividad, lo cual refleja más o menos exactamente el estado de cosas habitual. El proceso de convertir a los conscriptos poco entusiastas en soldados obedientes y aptos para el combate involucra tanta brutalidad que, para designarlo, mucho más apropiada que «socialización» resultaría una expresión de los domadores de caballos, «amansamiento».

Es verdad, podríamos emplear «socialización» de un modo que la hiciera más acreedora al elogio implícito que su sonido inevitablemente otorga al proceso, adhiriéndonos a la concepción de George Herbert Mead del desarrollo inicial de un organismo recientemente nacido hacia un ser social mediante el aprendizaje para comunicarse e interactuar, adquiriendo así, entre otras cosas, el concepto de «yo» como también la palabra que lo designa. Podríamos de este modo definir «socialización» como el proceso de impartir pensamientos, sentimientos, habilidades y hábitos sin los cuales ningún tipo de vida social podría proseguir. Uno no puede imaginar una sociedad duradera donde ningún niño (o sólo un número reducido) aprendiera a hablar, a obedecer las normas o a trabajar. A la inversa, podríamos realizar una lista de los tipos de conducta que destruirían cualquier sociedad en la cual se convirtieran en el modelo común: tales como una carencia total de previsión o una incapacidad total para controlar los propios impulsos o para interpretar correctamente las intenciones de otra gente. Entre los locos hallamos muchos ejemplos de este tipo de conducta, pero los manicomios sólo pueden existir cuando se los sostiene desde el exterior.

También podríamos restringir todavía más el significado de «socialización» al proceso mediante el cual la sociedad moldea al individuo de forma tal que garantiza (o al menos podría garantizar en la ausencia de catástrofes exógenas) no meramente una continuación de la vida social bajo una forma u otra, sino la perpetuación de la estructura social actual. Hay una gran diferencia entre los dos tipos de modelación, pero es de un tipo tal que el primero incluye al segundo como una variante especial: porque asegurar la perpetuación de una estructura determinada trae aparejada la satisfacción de las condiciones necesarias para la vida social en general, pero no a la inversa. Por ejemplo: una comunidad de comerciantes podría fracasar en asegurar su perpetuación al permitir que la habilidad de la contabilidad se extinguiera, aunque esto no impediría que sus miembros continuaran viviendo mediante la adopción de un modo de vida agrario. Por el otro lado, si esta comunidad no acertara a enseñar a sus

niños a hacer ningún tipo de trabajo o a obedecer ningún tipo de normas, sus miembros se volverían inservibles para cualquier tipo de existencia colectiva y o bien se morirían de hambre o se matarían entre sí, o serían esclavizados o exterminados por extranjeros.

Un lector que ha llegado hasta aquí podría preguntarse: ¿a qué vienen todas estas sutilezas? A lo cual respondería que usar un término genérico que encubre distinciones crucialmente importantes y nos impide investigar sus orígenes y resultados es sumamente perjudicial. Porque lo esencial de la cuestión es que no hay razones para dar por supuesto que la mayoría de los hábitos, creencias y sentimientos (y no digamos la totalidad) que una colectividad inculca a sus miembros deben constituir las condiciones necesarias o suficientes de su perpetuación; aparte de la idea (que aparece en toda su desnuda absurdidad tan pronto como se la formula explícitamente) de que todas las creencias y hábitos inculcados en un tiempo y lugar determinados deben ser indispensables para cualquier clase de existencia colectiva.

Como pocas personas se sentirían inclinadas a aceptar la extinción de nuestra especie, la gente debe aprobar las disposiciones necesarias para la vida social y, por consiguiente, valorar positivamente todas las actividades que pueden interpretarse como socialización en el sentido básico. Ahora bien, al aplicar esta palabra como un término genérico que confunde lo necesario con aquello que meramente acontece, sus usuarios subrepticiamente deslizan el mensaje de que aquello que prevalece, sea lo que fuere, no sólo es inevitable, sino también positivo. Así, bajo el disfraz de la terminología científica descubrimos la lección de que todo ocurre para bien en el mejor de los mundos posibles, a lo cual Voltaire añadiría: «Si éste es el mejor de los mundos posibles, entonces imaginemos cómo sería otro ligeramente más imperfecto».

No hace falta decir que una concepción panglossiana del mundo debe inculcar la aceptación de nuestro orden social y el uso indiscriminado del término «socialización» exorciza todas las dudas sobre los efectos a largo plazo de nuestras prácticas educacionales. En verdad, encubre bajo falsas apariencias la posibilidad muy real de que los hábitos y actitudes que los jóvenes adquieren puedan ser altamente dañosos para la sociedad donde el proceso tiene lugar y en un caso extremo puedan conducir a su destrucción. En realidad, los grupos y las instituciones a menudo se destruyen a sí mismos al moldear a sus miembros de un modo que los incapacita para actividades esenciales, cosa que explica en gran parte por qué los ejércitos sufren derrotas, los Estados sucumben ante los conquistadores, las firmas quiebran, las administraciones se desintegran, las familias se disuelven y los gobiernos caen. En muchos casos semejantes los miembros simplemente no pueden resistir a una fuerza externa avasalladora, pero a menudo la causa principal —o al menos una condición subyacente— es el fracaso para traspasar a la generación siguiente las actitudes y habilidades que en el pasado han asegurado la supervivencia de una colectividad determinada Aunque la historia total sea demasiado compleja

para explicarse adecuadamente sólo por la decadencia moral, no puede dudarse que en la época de la declinación de su imperio los romanos ya no poseían las virtudes marciales que les habían dado el dominio del mundo mediterráneo. Los magnates polacos que, a cambio de sobornos, firmaron el pacto que dividía su país, no habían sido adoctrinados con los sentimientos necesarios para la supervivencia del país que estaban gobernando. La nobleza francesa, para mencionar otro ejemplo, fue incapaz de controlar a las fuerzas revolucionarias porque había perdido las virtudes y habilidades requeridas para mantener su supremacía. En efecto, Pareto construyó su teoría de la circulación de las élites a partir de la suposición, bien fundada, de que las clases privilegiadas invariablemente tienden a fracasar en inculcar a los jóvenes las virtudes necesarias para gobernar con éxito. Los fenómenos cíclicos de la elevación y caída de las familias, descritos en la sabiduría popular por las historias de «de pobre a pobre en tres generaciones», también tácitamente suponen la tendencia perenne a fracasar en los procesos de moldear las nuevas generaciones para lograr la «socialización».

Una vez que comprendemos y tenemos presente el hecho indubitable de que la educación política puede ser autodestructiva, podemos ver la expresión «socialización política» como una de las estratagemas más cínicas del planglossianismo criptoconservador promiscuo. Dado que podría haber, repito, alguna justificación para llamar «socialización» a un proceso por el cual un niño aprende a comunicarse y colaborar con la gente, es absolutamente ridículo aplicar este término subrepticiamente laudatorio al aprendizaje de la duplicidad, la crueldad, la fatuidad y muchos otros vicios que la gente bastante a menudo sólo adquiere mediante sus contactos con la política. Cuando un político congoleño se acostumbra a arrancar sobornos; o cuando un SS se insensibiliza ante el hecho de tener que empujar niños dentro de las cámaras de gas; o cuando un soldado americano en Vietnam se habitúa a quemar aldeanos indefensos; o cuando un funcionario comunista se siente dispuesto a calumniar a sus amigos tan pronto como caen en desgracia, y cuando un agente secreto aprende las artes del chantaje y el asesinato… llamar a todo esto socialización equivale a la forma más grosera de vileza moral, particularmente ya que no puede ni siquiera afirmarse que todas estas costumbres sean siempre necesarias para la prosperidad o supervivencia de la organización que las inculca. A menudo, de hecho, sucede exactamente lo contrario, ya que la corrupción o la violencia desenfrenada han derribado muchos gobiernos y estados, e incluso los nazis podrían haber ganado la guerra de no haber enemistado a los pueblos conquistados «socializando» a sus compatriotas con brutalidad injustificable. Así, no hay razones en absoluto para suponer que la forma en que un sistema político moldea a los individuos deba asegurar su propia supervivencia y no digamos ya ser positivo para la humanidad[13]. Y ya que hay a mano una palabra perfectamente adecuada y básicamente más neutral (aunque de mal sabor realista), «moldear», la predilección por esta otra, «socialización», inductora de aprobación, puede surgir sólo

de motivaciones ulteriores, tales como el deseo de elevar la propia posición mediante una terminología pretenciosa y cortejar los favores de los poderes-que-sean dando la bendición de la «ciencia» a todo lo que éstos hagan.

La carrera del término «adscripto», tal como se aplica a «estado» en el uso corriente, suministra un ejemplo todavía más crudo de propaganda enmascarada como ciencia, aunque Ralph Linton probablemente sólo trataba de descollar como un pensador original cuando inició esta moda de sustituir «hereditario» por «adscripto», ya que el primero tiene el serio inconveniente de que todos saben lo que significa. Igual que otras innovaciones pseudocientíficas, la sustitución en cuestión sirve para matar dos pájaros de un tiro: ayuda al esfuerzo de los sociólogos y antropólogos en el juego de la promoción académica y al mismo tiempo sirve a la causa de nuestro viejo amigo, el criptoconservadurismo promiscuo. Todos sabemos que heredar significa ser capaz de disfrutar (o tener que aguantar) lo que el padre tuvo. Sin embargo, si en vez de decir que fulano de tal ha heredado su posición social declaramos que su estado está adscripto, damos una coloración distinta a la descripción, al sugerir tácitamente que debe sus cargas o privilegios a un acta de adscripción cumplimentada por algún Ser Supremo, que tiene que ser o Dios o la Sociedad. Pero ¿quién es la Sociedad? Nosotros, por supuesto; y así somos nosotros quienes hemos adscripto a los pocos privilegiados en nuestro medio a sus envidiables posiciones; y después de haber hecho esto, no debiéramos gruñir, incluso si nos hallamos en el extremo inferior de la escala.

Como opuesto del estado «adscripto» (es decir, «heredado»), tenemos el «logrado», que al menos tiene el mérito de explicarse a sí mismo, aunque no represente ninguna idea nueva, ya que simplemente ha reemplazado a la palabra «adquirido», usada en épocas preparsonianas para describir un estado no heredado. ¿Por qué esta sustitución? Parcialmente, sin duda, porque un cambio puramente verbal suministra una ilusión gratificatoria de progreso científico sin demandar ningún esfuerzo mental. La razón principal de esta sustitución, sin embargo, parece ser que «logro» suena más laudatorio que «adquisición», que al cabo de siglos de agitación anticapitalista despierta asociaciones más bien siniestras. Es verdad, en estricta lógica todo esto importaría poco, pero en un discurso propiamente científico no debiera haber cabida para sustituciones puramente verbales. Por otro lado, los anunciadores han demostrado ampliamente que se pueden influenciar las actitudes de la gente mucho más eficazmente jugando con asociaciones vagas de imágenes que por medio de argumentos lógicos sobrios. La futilidad de estos últimos como método para movilizar a las masas había sido reconocido ya por Aristóteles en su *Retórica*.

Podría escribirse un tomo voluminoso que contuviera nada más que traducciones al lenguaje corriente de eufemismos perifrásticos corrientes en las ciencias sociales, pero recogeré sólo unos pocos más, a fin de permitir que el lector emplee su propia perspicacia sobre el resto de esta fauna proliferante. Tómese, por ejemplo, «universalismo». ¿No suena muy bien? imponente y sublime, como conviene a una

palabra inventada hace mucho por los teólogos y que fue importada a la sociología por el Gran Maestro para reemplazar a la desagradable y vulgar «impersonalidad». De modo que no es necesario que uno se sienta mal al ser tratado sólo como un número, según las normas rígidas de un hospital o una cadena de almacenes o una escuela burocratizada, cuando se descubre que, lejos de sufrir los efectos de la impersonalidad, uno está disfrutando los beneficios del universalismo. No afirmo de ningún modo que sea siempre mejor ser tratado según la propia relación personal con el interlocutor, o que la impersonalidad es siempre mala, ya que obviamente tiene aspectos tanto positivos como negativos. Simplemente quiero señalar que, como impersonalidad y universalismo significan exactamente lo mismo, no hay ninguna buena razón heurística para reemplazar una por otra y que (aparte del motivo habitual de autopromoción seudocientífica) el sustituto se ha puesto de moda a causa de sus matices emocionales, que tienden a dar una visión rosada de la burocracia.

Este es otro ejemplo de encubrimiento subrepticio: se sabe desde hace mucho tiempo que todo grupo, club, unidad del ejército o cualquier otra clase de colectividad se basa en algunas disposiciones que permiten a sus miembros distinguirse de los extraños; y que cuando la condición de miembro ofrece alguna ventaja inusual, tiene que haber siempre en funcionamiento un mecanismo para excluir a los extraños. Sin embargo, exclusión y monopolio recuerdan demasiado al mundo real y así han sido reemplazados por «boundary-maintenance» («preservación de fronteras»), amablemente reminiscente de «fence-mending» («reparación de cercas»), que en el uso americano significa reconciliación.

Si uno se siente tentado a protestar sobre los impuestos o la conscripción o la forma en que se gastan los fondos públicos, debe recordar que todo se lleva a cabo para la «consecución de objetivos», lo cual ayudará a contentarse mientras uno no se plantee la impertinente pregunta de a quién pertenecen los objetivos que se está tratando de conseguir. Si uno insiste en plantear tales interrogantes profanos se convertirá en un «desviante».

El término «desviación» contiene algunas de las insinuaciones más perniciosas en el espíritu del conformismo promiscuo. Es verdad, en principio podríamos usarla en un sentido no exhortatorio, éticamente neutral, de divergencia de una conducta habitual en una sociedad determinada, pero cuando se observa la forma en que los sociólogos o los psicólogos usan realmente este término se notará que lo explican sólo a cierto tipo de desviaciones de lo normal. Como los poseedores de grandes riquezas, poder y gloria son pocos, en el sentido estadístico son «desviantes», de modo que sobre una base estrictamente lógica podríamos colgar esta etiqueta a todos los primeros ministros, presidentes, millonarios, estrellas de cine, astronautas, científicos famosos, etc. Se dirá, por supuesto, que la desviación se refiere no a ningún atributo infrecuente, sino sólo a la transgresión de las normas éticas… pero, entonces, ¿por qué no se usa «transgresión» en vez de «desviación»? En todo caso, esta explicación no parece demasiado convincente cuando notamos que los grandes

negocios y la política, como también los pasillos del poder, están llenos de gente que habitualmente recurre a prácticas carentes de ética que escasamente consiguen eludir el peso del código penal. Al descender por la escala social, también hallamos una gran abundancia de explotadores mezquinos, matones, mentirosos, intrigantes, incumplidores de promesas, calumniadores, hipócritas, sujetos ruines y así por el estilo, que claramente no se comportan de acuerdo con las normas éticas y no obstante no son mencionados en las discusiones sobre desviación. En la actualidad uno de los tipos más comunes de transgresión de la ética es la intriga burocrática, que probablemente inflige un daño mayor a la sociedad que todos los rateros juntos, aunque no se produzca en absoluto bajo la regla del «universalismo» y es el último punto sobre el cual los especialistas en desviación desearían escribir. Podrían alegar que hay tanta gente comprometida en esta actividad que no puede considerársela como desviante, pero entonces están prescindiendo del criterio de una ofensa contra los mandamientos de la ética declarada y recaen en el criterio puramente estadístico de la divergencia en relación al punto medio, cuyo empleo coherente permite etiquetar como «desviantes» a presidentes y millonarios. La respuesta de que los intrigantes no están incluidos porque su fechoría no implica una ruptura de la ley nos trae de vuelta al punto de partida, ya que plantea la cuestión de para qué emplear la palabra «desviación» cuando lo que queremos decir es «delito». Aunque en el estudio de la conducta humana no hay nunca nada perfectamente claro, es ciertamente más fácil decidir si la ley ha sido violada o no que si un tipo determinado de conducta cae dentro del concepto de desviación coherentemente empleado. Es verdad que como la ley a menudo es cambiante y arbitraria, el mismo tipo de acción puede convertirse en (o dejar de ser) un delito de la noche a la mañana, mientras que la motivación o la causación siguen siendo las mismas; razón por la cual se pensó que se necesitaba un concepto más amplio o sutil que el de delito para las investigaciones etiológicas.

En realidad, el lenguaje ordinario tiene un cierto número de palabras para los distintos tipos habitualmente estudiados bajo el encabezamiento de desviación, tales como excéntricos, herejes, marginados, rebeldes, truhanes, ladrones, etc.; y la misma mención de estas palabras, indicativas como son de una enorme variedad, despierta la duda de si habrá algún común denominador para todas ellas. Al usar el término «desviación», hábilmente damos por supuesta su similaridad, aunque nadie ha probado explícitamente o siquiera anticipado algunas buenas razones de que esto es así. De este modo, tenemos aquí un término que hace exactamente lo opuesto de lo que hacen los conceptos de las ciencias naturales: en vez de revelar una unidad subyacente y hasta ahora insospechada entre fenómenos aparentemente dispares, meramente encubre las disparidades e inconsistencias y funciona como un término genérico menos preciso y significativo que las palabras del lenguaje literario y que ha ganado aceptación no por razones heurísticas, sino criptopropagandísticas.

Aparte de los atractivos habituales de la ambigüedad y la novedad seudocientífica, el término «desviación» presta un importante servicio a la ideología

del conformismo promiscuo (o, para emplear la expresión inicial, el criptoconservadurismo promiscuo y su hermana gemela: la rebeldía promiscua) al meter en un mismo saco a los herejes, los innovadores intelectuales, los críticos y los reformistas, junto con ladrones, prostitutas, drogadictos y monstruos estranguladores de niñas de corta edad. Así, como «disfunción», «desviación» es un término genérico útil como camuflaje para atacar a todos los no conformistas en nombre de la ciencia, midiendo a Sócrates y Spinoza con la misma vara que a Al Capone y Jack el Destripador. Podría ser oportuno mencionar que en un libro americano sobre patología social (cuyos datos lamentablemente he perdido) he visto un capítulo titulado «Los intelectuales».

Espero que los argumentos anteriores no den a los lectores la impresión de que me adhiero al culto de la disensión o el conformismo de moda en este momento. Creo que debiera ser obvio para cualquier persona pensante que el valor de estas actitudes depende enteramente de aquello contra lo cual uno se rebela y de lo que uno propone en su lugar. La veneración de la disensión por sí misma es tan estúpida como el conservadurismo ciego, no discriminatorio, o la creencia de que todo lo nuevo tiene que ser mejor que lo que le precedió, o el uso de «reaccionario» como término genérico en vez de oprobioso, al margen de aquello contra lo cual la persona así calificada esté reaccionando. El contraste más profundo se halla entre el uso de la razón sobrio, hábil e independiente, por un lado, y por otro el aborregamiento o la mentalidad de mula de noria. De hecho (y especialmente en los Estados Unidos), la religión del conformismo promiscuo ha preparado el camino para el culto nihilista de la rebelión por sí misma.

Podría resultar oportuno cerrar el presente capítulo con uno de los trozos más selectos del género en cuestión: a saber, la concepción del poder de Talcott Parsons, tal como la explica aprobatoriamente S. M. Lipset, de quien (por ser autor de uno o dos buenos libros) debiera bastante sensible a los cantos de sirena del criptoconservadurismo promiscuo:

> Parsons ha sugerido que el poder —en sus términos, la capacidad de movilizar recursos necesaria para la operación del sistema— debiera considerarse en términos no valorativos, del siguiente modo. La existencia de las funciones de autoridad, cuyos detentadores están obligados a iniciar actos socialmente necesarios, es inherente a la estructura de la sociedad compleja, especialmente en la división del trabajo. La mayoría de las cosas hechas por quienes se encuentran al mando de organizaciones o sociedades son necesarias.
>
> (Seymour Martin Lipset, *Revolution and Counter Revolution*, pp. 147-148)

En consecuencia, si somos checos no lamentemos lo que el señor Husak está haciendo con Dubcek y otros traidores a la causa de los trabajadores; si somos brasileños, no abriguemos pensamientos malvados sobre el Escuadrón de la Muerte; si rusos, no nos lancemos contra el camarada Adropov, que ha encerrado a unos pocos escritores irresponsables en manicomios; si sudafricanos negros, no nos quejemos de la implementación del *Apartheid* por parte de Mr. Vorster; si haitianos,

hagamos lo que nuestro presidente hereditario, Niño Doc, nos diga. Prestemos atención a la voz de la Ciencia y oigamos sus definiciones, de las cuales claramente se desprende que (al igual que lodos los gobernantes del pasado, Calígula y Hitler incluidos), estos caballeros no están haciendo más que lo estrictamente necesario.

CAPÍTULO 13

TECNOTOTEMISMO Y CRIPTOTOTALITARISMO REPTANTE

En uno de sus ensayos sobre la sociología de la cultura (publicado en inglés recientemente aunque escrito en la década del veinte), Karl Manheim muestra que los conservadores habitualmente han recalcado la analogía orgánica, mientras que los revolucionarios y reformistas han tendido a pensar en la sociedad como en un mecanismo que puede ser cambiado a voluntad, desarmado y recompuesto en forma radicalmente diferente. Como el resto de las proposiciones sociológicas, esta generalización tampoco es absolutamente estricta; la más notable excepción es Pareto, cuyo sistema mecanicista de progreso parecería inventado para probar la imposibilidad del progreso. Sin embargo, en términos generales Manheim tenía razón y el paralelismo con la subordinación de los órganos a la cabeza fue usado repetidamente para fortalecer la autoridad, con la lección aneja de que interferir imprudentemente en la estructura orgánica invariablemente conduce a su parálisis o muerte.

El advenimiento de los servomecanismos hizo que la distinción de Manheim pasara de moda, porque ahora teníamos máquinas cuyos ordenadores centrales regulaban los movimientos de otras partes y que ofrecían, por tanto, una analogía con las relaciones de subordinación que se hallan en las jerarquías humanas. Ciertamente, como parábola de la subordinación, la cibernética resulta incluso mejor que el organicismo del siglo diecinueve, porque un tejido controlado por el sistema nervioso central desempeña, sin embargo, ciertas funciones autónomas de metabolismo y homeostasis celular, mientras que una parte subordinada de un servomecanismo no puede ejecutar movimientos de ninguna clase que no estén determinados por el ordenador de control. En una máquina cibernética no hay retractaciones ni órdenes equívocas, y así, al realzar las semejanzas entre estas máquinas y la sociedad humana, podemos condenar la insubordinación sin decirlo realmente. Nuevamente hallamos aquí un método de influenciar la conducta que no tiene contrapartida en las ciencias de la naturaleza y que consiste en proponer descripciones *persuasivas*: al imponer a la gente una cierta imagen de sí misma, la obligamos a vivir de acuerdo con ella. En el caso que nos ocupa, si nos arreglamos para convencer a las personas de que no son sino engranajes en una máquina, podrían comportarse de acuerdo con esta noción.

¿Puede aprenderse algo sobre la sociedad y la política mediante el estudio de la cibernética? Sí, pero sólo si nos contentamos con un beneficio indirecto. Los conceptos de sistema, función y equilibrio y conducta ideológica entraron en nuestro arsenal intelectual hace mucho tiempo, pero el conocimiento de algunas de las condiciones de equilibrio o conducta teleológica es reciente. Por ejemplo, para el

desvalido sentido común de ningún modo resulta obvio que un sistema que contiene un gran número de variables pueda alcanzar un equilibrio rápidamente sólo si las relaciones entre las variables pueden expresarse por medio de lo que los matemáticos llaman funciones escalonadas; es decir, sólo si las variables no reaccionan frente a pequeñas variaciones de las otras variables. De igual modo, un científico social puede ganar al aprender cómo las permutaciones de conexiones negativas y positivas entre factores (de estímulo o inhibición, en términos fisiológicos) o el orden, o las magnitudes relativas o los retrasos de las reacciones, pueden volver un equilibrio estable o inestable o imposible, causar oscilaciones o producir círculos viciosos o virtuosos conocidos como retroalimentación positiva y así sucesivamente.

Las ecuaciones de ingeniería electrónica no pueden aplicarse a la sociología o las ciencias políticas debido a la imposibilidad de medir muchos factores importantes. Incluso en la economía, con su campo mucho más amplio para la medición, los intentos de aplicar modelos cibernéticos (simbólicos o materiales) han resultado interesantes, pero insuficientes para permitir predicciones seguras sobre la conducta real de la economía. Una filosofía cibernética de las relaciones causales puede ser iluminadora, pero sólo en la medida en que dé paso a descubrimientos de relaciones hasta ahora desconocidas entre fenómenos sociales observables. Sin embargo, cuando observamos las publicaciones que se proponen explicar o analizar procesos políticos o sociales con el auxilio de la cibernética, hallamos sólo perogrulladas o trivialidades o francas tergiversaciones envueltas en un palabrerío de aspecto más o menos científico.

En seguida intentaré demostrar cómo estas absurdidades ganaron aceptación gracias a su utilidad para la propaganda encubierta y que no fue accidental que los modelos cibernéticos fueran adoptados en el campo de las ciencias políticas con la mayor celeridad. Antes de considerar la cuestión de las motivaciones, sin embargo, desearía demorarme unos momentos sobre un plano puramente heurístico y decir unas pocas palabras sobre algunos errores fundamentales inherentes a los modelos cibernéticos para las ciencias políticas, fácilmente advertibles si los comparamos con el uso de las nociones cibernéticas en teoría económica.

Como se mencionó anteriormente, las más graves limitaciones para el poder predictivo de los modelos en teoría económica surgen de los movimientos irregulares (o la naturaleza estocástica, si se prefiere) de las variables, de su gran número y desdibujamiento de límites y sobre todo de la práctica de omitir factores no económicos que a menudo son cruciales. Sin embargo, estas limitaciones de su importancia para el mundo real no hacen que estos modelos se vuelvan absurdos, ya que los economistas operan con entidades que al menos teóricamente pueden ser tratadas como las variables en las ecuaciones, mientras que los modelos cibernéticos en la sociología y las ciencias políticas se apoyan sobre analogías descabelladas entre la organización social y las máquinas, donde las personas o sus funciones son equiparadas con partes de servomecanismos.

En los modelos económicos hallamos variables tales como producto nacional bruto, nivel general de precios, tasa de interés, índices de aceleración, inclinación al consumo, índices de productividad del capital, tasa de acumulación, retrasos en los movimientos de precios, etc. Estas entidades son de naturaleza estadística: representan los resultados de acciones cuyo vasto número y naturaleza acumulativa nos permiten hacer abstracción de sus peculiaridades individuales y concentrarnos sobre los efectos totales. Aunque estos factores no sean fáciles de medir en la práctica y a menudo no estén cuantificados, en principio al menos son cuantitativos y en consecuencia pueden ser tratados como variables que aumentan o disminuyen, como las variables en las ecuaciones del ingeniero o el físico. Si después de examinar *The Mechanism of Economic Systems*, de Arnold Tustin (un ingeniero en electricidad que fue de los primeros en aplicar la teoría de los servomecanismos a las ciencias sociales) o los capítulos pertinentes en *Mathematical Economics*, de R. G. D. Alien, pasamos a sus supuestos equivalentes en las ciencias políticas, ningún lector inteligente dejará de apreciar una catastrófica disminución de agudeza. En vez de sistemas de relaciones entre variables abstractas y por lo menos teóricamente dimensionales, hallamos torpes analogías entre mecanismos simples y colectividades fluidas y complejas, donde los seres humanos están equiparados a trozos de quincalla.

Para tomar un ejemplo, sin investigar su validez empírica: en la interpretación cibernética de la teoría de Keynes hecha por Tustin, la inclinación al consumo y la eficacia marginal del capital juntas constituyen una entidad que está en relación con ingresos y empleo, y que ofrece una analogía razonable con la que una máquina de vapor alcanza entre el ángulo del dispositivo conocido como regulador y la velocidad de los pistones y la rueda.

Por otro lado, en los modelos cibernéticos politológicos el dispositivo antes mencionado se considera como homólogo de un gerente o algún tipo de encargado, aunque ni siquiera el burócrata más desalmado pueda ser considerado como un objeto capaz de operar sólo en una dimensión: vertical u horizontalmente. Si tenemos presente que una sola célula viva desempeña una variedad de acciones homeostáticas extraordinariamente complejas que ningún ordenador fabricado o imaginado hasta el presente es capaz de imitar, comprenderemos hasta qué punto tales comparaciones resultan descabelladas. Para hallar componentes de materia viva de una simplicidad comparable a la de los cables o transformadores, debemos situarnos muy por debajo de los niveles celulares: por lo menos a un nivel molecular, sino atómico, porque un aumento de tamaño no necesariamente trae aparejado un aumento de complejidad y un enorme trozo de hierro es mucho menos complejo que el más pequeño de los virus. El mamífero más pequeño contiene 10^{16} moléculas gigantes y la diferencia en este sentido entre un ratón y un elefante es sólo marginal. Un cerebro humano contiene cerca de 10^{10} células extremadamente complejas, y los cambios históricos son resultados de la interacción de todos los cerebros en actividad en una época determinada sumados a las huellas dejadas por aquellos que ya no viven.

Coloquialmente podríamos decir de alguien que es una máquina, pero tomar tales metáforas literalmente bordea en la insania… o más bien lo haría, si jugar con este tipo de pseudociencia no fuera un negocio tan remunerativo.

Al descubrir el mensaje criptoideológico de los modelos (o más bien parábolas) cibernéticos, podemos comprender fácilmente no sólo por qué sus devotos disfrutan de un apoyo tan entusiasta por parte de los directores académicos, sino también por qué se han tornado particularmente populares en las ciencias políticas, la rama del conocimiento más directamente interesada en los problemas de la obediencia y el mando. Como estos problemas siempre se cuentan entre los más explosivos, jugar con modelos descabellados tiene la ventaja adicional de que permite a sus cultivadores evitar tener que formular pronunciamientos concretos (y por tanto polémicos) sobre tales cuestiones. En otras palabras, esta táctica capacita a sus devotos para asumir el papel gratificador de expertos en política aunque sin decir nada a propósito de ella: un método ingenioso de estudiar la política omitiendo considerar el tema del estudio.

Una de las triquiñuelas más sutiles en esta estrategia consiste en apartar la atención de los conflictos que inevitablemente se plantean dentro de cualquier organización en conexión con el problema de los fines que debiera perseguir, o que de hecho persigue. Un modelo cibernético de la política como un mecanismo con fines predeterminados excluye por definición la consideración de la política como un escenario en el que grupos e individuos luchan para determinar qué valores, opiniones e intereses prevalecerán o, en un nivel más prosaico, para ver quién obtiene qué, cuándo y de qué modo. Más aún, la idealización cibernética desestima la posibilidad (que en la vida real es más bien una norma que una excepción) de que una organización, instituida para servir a un cierto propósito, deje de hacerlo, adquiera una cierta autonomía y se embarque en una política de autoexpansión, a expensas de las personas o grupos que la constituyeron. En un servomecanismo no puede ocurrir una perversión semejante de un objetivo original y al insistir en las analogías cibernéticas, los teóricos ayudan a encubrir la naturaleza real de la organización humana, a sostener a los poderes de turno y a adoctrinar al público con una lógica de sumisión indiscriminada.

Algunas contorsiones verbales aparentemente extravagantes surgen como instrumentos adecuados para una propaganda encubierta de este tipo. Repárese, por ejemplo, en la moda de hablar de la *producción* del sistema político. Superficialmente, parecería tratarse de una simple moda o un artilugio de la vanidad pseudocientífica, ya que sustituir «actividad» o «actividades» por «producción» no implica ningún conocimiento nuevo. En realidad, hablar de actividades del Estado o los órganos de gobierno resulta incuestionablemente más honesto, porque «producción» sugiere mensurabilidad, lo cual en el caso de la mayoría de las instituciones públicas permanece en el ámbito de la ficción. Podemos razonablemente hablar de la producción de los servicios postales o de una oficina de correos

individual o incluso de un hospital, ya que estas agencias básicamente constituyen unidades de producción económica, a condición de que tengamos presente el carácter aproximativo de la estimación. Pero ¿cuál es la producción del Ministerio de Asuntos Exteriores, o de la fuerza naval soviética, o de la CIA? Podemos describir lo que hacen estas organizaciones (es decir, sus actividades), pero ¿la producción? ¿O cómo hacer para medir la producción de un tribunal? ¿Por el número de casos que maneja o de sentencias que pronuncia, al margen de la atención que presta a cada caso? ¿0 por las horas de trabajo de su personal dentro del edificio? ¿Y cómo hacer para comparar la producción del congreso de los Estados Unidos con el de la Unión Soviética? ¿Podemos realizar las mediciones requeridas contando el número de resoluciones aprobadas, de leyes votadas, palabras pronunciadas o cantidad de papel utilizado? ¿O cómo podemos hacer para calcular la producción de la fuerza de policía junto con la del Ministerio de Información? ¿Sumando el número de detenciones al número de panfletos?

Basta plantear unos pocos interrogantes de esta clase para advertir lo absurdo que resulta hablar sobre la producción de un sistema político. Por lo común sólo puede medirse con un cierto grado de exactitud el costo de los servicios públicos, mientras que los beneficios son vagos y a menudo dudosos. Podemos averiguar, en principio al menos, cuánto cuesta un ejército, pero el problema de si sus servicios merecen o no que se pague ese precio por ellos normalmente es una cuestión de ideas. Más aún, debemos preguntar: ¿servicios para quién? Un ejército puede ser de un beneficio incalculable para la nación entera si evita su exterminio por parte de un enemigo implacable, pero en otro caso puede funcionar como un puro instrumento de opresión interna y ser incapaz de defender al país contra un peligro del exterior. En este segundo caso, sus «servicios» a las clases explotadas serán enteramente perjudiciales.

Esta última observación nos permite hallar una explicación de la sustitución verbal en cuestión. Una actividad puede ser buena, útil, loable, pero también injuriosa, desastrosa o criminal, mientras que «producción» suena de un modo favorable, evoca la construcción antes que la destrucción y ayuda a conjurar los pensamientos inquietantes sobre rivalidad u opresión, puesto que hablar de intimidación, extorsión y tortura como «producción» va contra el uso normal de la palabra. Si examinamos *Political Systems*, de David Easton, o cualquier libro o artículo de alguno de los numerosos escritores de la misma tendencia, vemos que esta terminología (si es lícito dignificarla mediante la aplicación de este nombre) acarrea una completa bowdlerización del estudio de la política al traducirla a un lenguaje restringido que hace imposible la mención de todo lo desagradable. La esencia del equilibrio en un sistema político, según esta escuela, es el intercambio de satisfacciones de demandas por apoyo entre los gobernantes y los gobernados, a quienes Easton (en el estilo de la fraseología de las relaciones públicas) rebautiza como «el sistema político» y «el medio interno» respectivamente. Esta contorsión eufemística parece venial en comparación con el siniestro mensaje tácito expresado

por medio de la vaga suposición de que los súbditos siempre *apoyan* a sus gobernantes a cambio de conseguir la satisfacción de *sus demandas*. Parecería increíble, si estuviera sujeto a verificación por parte de todos aquellos a quienes les interese ojear cualquiera de estos libros, que cuatrocientos años después de Maquiavelo, trescientos después de Hobbes, doscientos después de Voltaire y cien después de Marx, todavía alguien pueda aceptar como última palabra de la ciencia una teoría de la política que considera las relaciones entre los gobiernos y sus súbditos como si estuvieran invariablemente basadas en un intercambio de servicios.

Sin duda los devotos pueden replicar a estas críticas acusándome de falsa interpretación y decir que palabras como «apoyo» están escritas en un sentido neutral. Y es perfectamente cierto que podemos emplear «apoyo» en un sentido neutral, como cuando decimos que una columna sirve de apoyo a un techo. Ni implicamos complacencia cuando nos referimos al suministro de bienes necesarios en una frase como «los contribuyentes constituyen un apoyo de los estudiantes rebeldes». Sin embargo, en cualquier discusión sobre política las palabras «apoyar» y «partidario» (*to support* y *supporter*) indican buena disposición antes que una aquiescencia rencorosa o incluso meramente pasiva. Nadie diría que los reclusos en un campo de concentración «apoyaban» a Hitler o Stalin simplemente porque fueron forzados a suministrar ciertos bienes o servicios a estos benefactores de la humanidad. ¿Por qué usar entonces esta palabra para describir un elemento universal en las relaciones entre gobernantes y gobernados a menos que se desee bowdlerizar el estudio de la política?

Es verdad, existen, y han existido, muchas políticas en que la mayoría de la población apoyaba al gobierno, o si no los ocupantes reales del gobierno, al menos su forma (es decir, el sistema). A través de toda la historia de los Estados Unidos, por ejemplo, la mayoría de los ciudadanos (con la excepción de los negros, dominados por la fuerza) ha sentido una lealtad genuina hacia la constitución y reconocido su obligación de obedecer a sus gobernantes electos. Podría haber odiado a los detentadores individuales del poder, pero sólo durante los últimos años han emergido vastos sectores que impugnan los principios básicos de la constitución. Sin embargo, no sólo los regímenes democráticos pueden beneficiarse de la lealtad de sus súbditos: muchos reyes y príncipes despóticos podían confiar en la devoción perruna de sus subordinados, e incluso los usurpadores y dictadores a menudo disfrutaron de un apoyo popular masivo. Entre su victoria sobre Francia y las primeras derrotas en Rusia, una mayoría aplastante de los alemanes apoyó con entusiasmo a Hitler. Karl Jaspers estima que sólo alrededor de un millón persistió en la hostilidad interior durante todo el período nazi, mientras que el número de quienes hicieron algo concreto en este sentido no supera el uno por ciento de ese número. Pero por el otro lado tenemos innumerables ejemplos de dominación a través del puro terror y temor frente a un odio casi unánime hacia los gobernantes. Una de las tareas más importantes de la politología descriptiva es indagar la naturaleza y medida del apoyo dado a regímenes y gobernantes, ya que saber qué es lo que determina las variaciones

a este respecto es uno de los problemas centrales de su rama teórica. Al excluir subrepticiamente este tema mediante los juegos de palabras, los fanáticos de la cibernética en las ciencias sociales inducen a sus seguidores a olvidar el deber de informar en beneficio de una ocupación más rentable: las relaciones públicas pseudocientíficas.

En el otro extremo de la ecuación aparece un elemento de criptoconservadurismo promiscuo todavía más torpe: a saber, las «demandas» que un «sistema político» (es decir, una máquina política) debe satisfacer a fin de obtener el «apoyo» como retribución. El esquema incuestionablemente supone que es el gobernado (el «medio interno», como se lo denomina eufemísticamente) quien formula las demandas… no a la inversa. Una concepción semejante pudiera no ser enteramente falsa en un país donde los aspirantes al poder supremo tienen que ganar elecciones libres y honestas por una amplia mayoría, aunque incluso en este caso los partidos pueden frustrar deseos casi universalmente compartidos mediante una connivencia para limitar la competición electoral. Más aún, mediante diversos trucos de propaganda los políticos pueden llevar al publico a creer que sus deseos son tomados en cuenta cuando la realidad es totalmente distinta, para no hablar del apenas velado incumplimiento de promesas electorales, el soborno de diputados, la intimidación de los votantes, el cómputo fraudulento y otros trucos empleados comúnmente en todo el mundo. Incluso en países más o menos democráticos, el costo de la acción política, así como el poder de las oligarquías conocidas como partidos políticos, restringen severamente la libertad de elección del electorado, aparte del impacto esencialmente antidemocrático de las comunicaciones de masas controladas por un puñado de personas. Cuando llegamos a miembros tan distinguidos de las Naciones Unidas como Somoza, de Nicaragua, o Mobutu, del Congo u observamos el gobierno de Gomulka en Polonia o el de Husak en Checoslovaquia, sólo un funcionario de relaciones públicas habituado a la mendacidad, o un estudioso inmaduro, totalmente ignorante de los hechos de la existencia, podría mantener que estos regímenes continúan existiendo porque satisfacen las demandas formuladas por sus súbditos. O imaginemos a los campesinos rusos planteando demandas a Stalin, o los esclavos romanos al emperador Diocleciano.

Según el esquema propuesto por Gabriel Almond, la producción del sistema político consiste en: creación de la ley, aplicación de la ley y administración judicial de la ley. Que los órganos del Estado se dedican a actividades semejantes podemos hallarlo ya en Platón y Confucio, quienes, no obstante, no fueron tan ingenuos ni tan hipócritas como para afirmar que esto es todo lo que tales órganos se limitan a hacer, ya que eran plenamente conscientes de que la violación y el engaño de las leyes han sido siempre una actividad común.

Como si todas estas contorsiones criptopropagandísticas no bastaran, otro residente de la universidad más rica del mundo, Karl Deutsch, ha revivido un viejo artilugio de las ideologías autoritarias: la conciencia colectiva. Este concepto fue

enfáticamente consignado al limbo de una existencia puramente imaginaria hace ya un siglo por Herbert Spencer, quien introdujo expresiones como «los nervios del gobierno» (que Deutsch ha adoptado como título de su *magnum opus*), pero reconociendo explícitamente su naturaleza metafórica. Al entrar inicialmente en circulación, durante el siglo diecinueve, este concepto (a pesar de su utilidad para la propaganda nacionalista) tuvo el mérito de hacer consciente a la gente sobre la medida en que su pensamiento había sido moldeado por los procesos colectivos, ignorados por la psicología excesivamente individualista de la época. Actualmente, sin embargo, ya no necesitamos que se nos recuerde que un organismo puede volverse plenamente humano sólo a través de la interacción con otros individuos y por medio de la absorción de una cultura producida por incontables antepasados.

Como ningún grupo puede existir sin individuos, ni un individuo *humano* puede existir sin un grupo, el llamado individualismo metodológico puede aceptarse sólo como un programa para estudiar acciones colectivas mediante el análisis de sus componentes individuales, sin que esto deba necesariamente sumirnos en un estéril debate ontológico sobre si lo que «realmente» existe son los grupos o los individuos. A pesar de la enorme cantidad de tinta y papel malgastada en el debate, esta cuestión no parece ser «real», a menos que definamos la palabra «existir» en un sentido muy restringido. Si (para recurrir a una definición corriente) decimos que una entidad existe si puede predicarse de ella un atributo que no puede precisarse de ninguna otra entidad —incluyendo cualquiera de sus partes constitutivas como también el conjunto más extenso al que la entidad mencionada podría pertenecer—, luego está claro que no sólo grupos y organismos, sino cualquier conjunto de objetos tiene una existencia tan «real» como cualquiera de sus partes constitutivas. Así un montón de piedras participa del atributo de existencia en igual medida que las piedras simples, porque podemos formular observaciones verdaderas acerca del montón (por ejemplo, sobre su peso) que no son verdad en relación a las piedras separadas. Toda entidad empíricamente observable es más que la suma de sus partes, porque para ser observable una entidad debe consistir en partes que guarden ciertas relaciones entre sí y «la suma» es un concepto abstraído de estas relaciones. Afirmar que todo aquello analizable en sus componentes no existe acarrearía la conclusión de que nada existe, salvo las partículas atómicas, en tanto no pueda demostrarse que éstas consisten de entidades más pequeñas. Como cada conjunto está formado al menos por dos elementos y sus relaciones, un individualismo ontológico (como opuesto a uno meramente metodológico) presupondría que las relaciones no existen; y como las partículas atómicas sólo pueden conocerse a través de sus relaciones con fenómenos físicos directamente perceptibles, tendríamos que arribar a la conclusión de que tampoco ellas existen y, en última instancia, de que nada existe. Y si nada existe, luego «la frase nada existe» tampoco puede existir… lo cual es una *reductio ad absurdam* del reduccionismo o «individualismo» ontológico.

Vemos así que un montón de piedras es más que la suma de sus partes, aunque

podamos denominarlo un conjunto mecánico, ya que su desaparición no acarrea cambios en los atributos de las piedras individuales más que en lo que hace a sus posiciones *relativas*. En contraste, la esencia del conjunto orgánico es que la ruptura de las relaciones de una parte con las otras provoca un cambio en las características individuales de esa parte, un cambio tan importante que podría acarrear una desintegración de la parte en cuestión. Una piedra retirada del montón conserva todos sus atributos, mientras que un cabello arrancado no es lo que era cuando tenía su raíz. Lo mismo resulta verdadero en relación a una persona y su grupo.

Para apreciar la realidad de los procesos colectivos no necesitamos postular que sus modos de existencia son equivalentes a una conciencia humana individual, conocida a través de la introspección. Atribuir una «conciencia» a la colectividad (especialmente al Estado) como hace Karl Deutsch, es revivir el viejo caballo de batalla del nacionalismo autoritario, según el cual las partes inferiores (como usted y yo) que no pueden afirmar ser el asiento de esta conciencia colectiva, pueden ser sacrificadas en beneficio de los centros de control, lo cual en términos concretos quiere decir los grupos dominantes.

En el viejo debate acerca de si el individuo es más importante que el grupo o viceversa, el empleo constante de la expresión «el individuo» ha oscurecido los temas, porque, hablando en sentido estricto, no hay tal cosa como «el individuo», sino sólo muchos individuos. Puede hallarse un proceso de hipóstasis igualmente apresurado en el cliché frecuentemente repetido acerca de si el hombre será capaz de controlar su futuro, a menudo formulado como interrogación retórica. Puesto que tan pronto como preguntamos, «¿Quién es el hombre?», vemos que no existe y que hay sólo hombres y mujeres con fines, disposiciones y sentimientos distintos y en gran medida incompatibles. Sin duda ellos podrían ser capaces de controlar muchas cosas con sólo ponerse de acuerdo, pero no lo hacen. En consecuencia, hablar del hombre que decide o que controla es una tontería. Una vez liberados de este espejismo lingüístico, podemos ver que los individualistas filosóficos liberales fueron verdaderos colectivistas en el sentido de que defendían los intereses de muchos individuos, como opuestos a las prerrogativas de unos pocos poderosos, en tanto que los protagonistas de las ideologías colectivistas (sean éstas clasistas o nacionalistas) se ocuparon de justificar el derecho de unos pocos potentados a sacrificar grandes cantidades de gente indefensa para sus propios objetivos (definidos como el bien colectivo). Que esto fue así con grandes campeones del interés colectivo como Hitler y Mussolini, no es necesario discutirlo, pero valdría la pena señalar que mientras en Inglaterra (la cuna del individualismo filosófico, con el ideal ético de Bentham del bien mayor para el mayor número posible) ni a un solo pueblo se le ha dado el nombre de un individuo, los gobernantes colectivistas de la Europa oriental han bautizado innumerables ciudades, calles y edificios con sus propios nombres y los de sus amigos muertos o vivos. En realidad, incluso la palabra «marxismo» contiene una negación implícita del precepto básico de Marx de que los individuos carecen de

importancia; del cual se desprende que, habiendo sido individuos, Marx y Lenin no son importantes, y en consecuencia aquellos que aceptan la noción colectivista de la causación social debieran olvidarse de ellos, en vez de manufacturar sus retratos y efigies en grandes cantidades (para no hablar de sus dimensiones, que en la actualidad tienen que haber superado ya a los delos santos católicos), organizar peregrinaciones al sepulcro del que murió a tiempo para ser embalsamado, e invocar incesantemente sus nombres.

Volviendo ala pseudocibernética: su velado mensaje ideológico promiscuamente criptoconservador se ha ganado el aprecio de los jefes en todo el mundo (capitalistas, comunistas, clericales, militaristas, racistas o lo que fuere) y capacitado a sus devotos para obtener control sobre los fondos, hecho que, por supuesto, les ha granjeado el aplauso de las multitudes académicas. Al aprovecharse del temor reverente que los términos más o menos científicos inspiran entre los cultivadores iletrados de las ciencias sociales, como también de la inocencia de los científicos matemáticamente competentes a propósito de los problemas políticos y sociales, los traficantes de pseudocibernética han sido capaces de lograr fama como expertos en política sin haber dicho nunca nada pertinente.

Si el lector desea ahorrarse el tedio de tener que peregrinar por entre montañas de papel, puede obtener un panorama sumario de esta clase de teorización en dos compendios de tamaño y precio moderados —*Political Systems*, 1966, de H. V. Wiseman y *Politics and Social Science*, de W. J. M. Mackenzie—. Acaso por ser beneficiarios de una mejor enseñanza media, los manualistas ingleses, pese a su enfoque favorable —si no entusiasta—, han prestado un magro servicio a sus maestros americanos al resumir sus tomos farragosos en una forma más culta y concisa, ya que así han hecho más visible la esterilidad de su enfoque. La ininteligibilidad y el volumen prohibitivo de éstos disuaden a los críticos que, incapaces de soportar su lectura, no se atreven a proclamar sus objeciones; aunque podrían muy bien seguir el consejo del viejo Dr. Johnson, quien dijo que «no es necesario comer todo el buey para averiguar si la carne está dura». Si uno sigue la infatigable exploración de este desierto realizada por Mackenzie puede admirar su «sitzfleisch» (para emplear la expresión alemana adecuada), pero no hallará nada que lo capacite para comprender mejor una sola situación política concreta.

CAPÍTULO 14

LA LEY DE LOS PESOS MÁS LIVIANOS QUE SE ELEVAN HASTA EL TOPE

La proliferación de aparatos de investigación física durante el último cuarto de siglo no ha conducido, según mis amigos físicos, a ningún descubrimiento fundamental que pueda ser comparado en originalidad a las contribuciones que Rutherford, Planck, Bohr o Heisenberg formularon con recursos mucho más precarios, para no mencionar a Einstein, quien produjo su teoría de la relatividad en sus ratos libres y sin tener acceso a un laboratorio, mientras trabajaba en la oficina suiza de patentes, después de haber sido rechazado como aspirante a un título más elevado. Esto no tiene nada de inexplicable, porque la organización implica subordinación y dependencia no sólo de los investigadores más antiguos, sino también de los iguales e incluso de los más jóvenes, en tanto que toda la historia de la ciencia demuestra abundantemente que las ideas realmente originales casi siempre han chocado con una resistencia obstinada entre la mayoría de los especialistas. Si éste es el caso en las ciencias «difíciles», donde la mayoría de las afirmaciones pueden ser sometidas a pruebas concluyentes, luego no debe sorprender que en las ciencias polémicas la organización de la investigación en gran escala actúe como un freno poderoso para las nuevas ideas, lo cual no impide dar una bienvenida entusiasta a todas las novedades verbales consistentes en denominaciones nuevas para nociones antiguas y a menudo desgastadas.

Como tantas otras cosas, el ideal loable de combinar la educación y la investigación tiene su lado desfavorable, ya que la enseñanza para graduados ofrece a los empresarios de la industria de la investigación una oportunidad para reclutar mano de obra barata (y en algún sentido forzada). A pesar del descenso de niveles conectado con un aumento masivo en los números, se ha mantenido la ficción de que, a fin de obtener un doctorado, el candidato debe formular una contribución al conocimiento que, en vez de una tesis individual anacrónica, bastante a menudo ha pasado a ser algún tipo de trabajo como asistente de investigación de alguien más. En los Estados Unidos, el empleo como asistente de investigación en las ciencias sociales suministra cerca del 95 por 100 de las oportunidades de obtener fondos para los estudios de doctorado y hay sólo un 5 por 100 restante en forma de becas individuales no ligadas a un gran «proyecto».

Como el trabajo de un asistente de investigación habitualmente es bastante deprimente, este modo de financiar la educación de un graduado afecta adversamente a la calidad de quienes ingresan en la profesión, ya que muchos hombres y mujeres jóvenes, impedidos de usar realmente sus cerebros y enfrentados con la necesidad de llevar a cabo una labor rutinaria, prefieren hacerlo de una vez para siempre y se

orientan hacia la publicidad y la investigación de mercados. Más aún, cosa igualmente grave, los estudiantes más inteligentes ven la impostura de todo el asunto y se tornan rebeldes o cínicos, o deciden no pensar demasiado y acaban convirtiéndose en conformistas crédulos y timoratos.

A la vez que repele al inteligente y al honesto, la industria de la investigación social atrae a los tontos, para quienes realmente ofrece la única posibilidad de ingresar en las filas de los «científicos», ya que no hay otra forma de investigación «científica» que requiera tan poca inteligencia como la sociología de cuestionario o las formas más rudimentarias de la psicología de ratas. Antes que abarcar las dos culturas, como idealmente debiera ocurrir, la mayoría de los empleados de la industria de la investigación social vacilan entre dos cursos de acción y carecen de una educación que sobrepase la memorización de unas pocas fórmulas estadísticas comprendidas sólo a medias. Para ilustrar hasta qué punto puede llegar la ignorancia, debo mencionar que una vez modestamente presencié una conversación entre un físico y un profesor de sociología en una universidad americana renombrada como centro de metodología cuantitativa, acerca de qué es una teoría, una hipótesis, una ley y un hecho, en la que ambos persistían en el error elemental de confundir la credibilidad de una proposición con la naturaleza de su forma lógica, cosa que quizá podría disculparse en un practicante médico ordinario. Cuando el profesor (que se presentó como un experto en metodología cuantitativa) no sólo reveló que no sabía que para obtener la probabilidad de un acaecimiento conjunto de hechos independientes uno debe multiplicar las probabilidades de cada uno de ellos, sino que persistió en afirmar obstinadamente que hay que sumarlas, el físico, para vergüenza mía, triunfalmente extrajo la conclusión de que la sociología es una bagatela.

Una de las cosas que conservo grabadas en la memoria en conexión con la imagen del sociólogo es la portada de un vistoso libro pornográfico que vi en una de esas tiendas de obscenidades que circundan la biblioteca pública de Nueva York. La figura mostraba a una pareja a punto de entregarse a la cópula o a la flagelación en una habitación con una ventana en un rincón, por la cual un hombre pálido y demacrado estaba espiando desde el exterior. El texto al pie decía: «Stewart era un científico social, un mirón profesional, pero creía en ir a donde estuviera la acción…». Pasando a un género distinto de literatura, recuerdo una frase en una revista filosófica publicada en Escocia, donde el comentarista reseñaba la reimpresión de *The Origin of Civil Society*, de Adam Ferguson. Indigna de atención, excepto por la luz que arroja sobre la no totalmente inmerecida imagen del sociólogo entre los filósofos más tradicionales, la frase decía: «Ferguson no fue un pensador, sino un sociólogo…». C. Wright Mills, quien durante muchos años fue vecino de una de las mayores factorías de investigación social, describe acertadamente sus productos humanos en *The Sociological Imagination* (pp. 104-106).

Con seguridad una cantidad considerable de recolección rutinaria de datos es no sólo deseable, sino absolutamente indispensable en una sociedad moderna.

Obviamente, ningún planeamiento ni administración racional será posible sin datos estadísticos de todas clases. Los sondeos de la opinión pública también arrojan una luz valiosa sobre lo que ocurre en un país. Los efectos deletéreos de estas actividades emanan del hecho de que la escala necesaria de operaciones da a unos pocos individuos el control de fondos inmensos, y por consiguiente el poder para dominar todo el campo y para borrar las ideas y enfoques que difieran de los suyos.

Un profesor tradicionalista con inclinaciones tiránicas podría (particularmente si fuera alemán) intimidar a sus asistentes y estudiantes, pero el número de sus víctimas sería reducido, y como sus colegas, con inclinaciones similares, adoctrinarían a sus subordinados de acuerdo con sus propias idiosincrasias (habitualmente muy diferentes), nadie tendría posibilidades de adquirir bastante poder para imponer sus ideas sobre muchas instituciones. En contraste, un empresario de la investigación social puede expandir su imperio indefinidamente, limitado sólo por la disponibilidad de fondos y este proceso de concentración de control y de destrucción de la artesanía independiente resulta paralelo a las tendencias visibles en otras industrias.

Aparte de suplir los instrumentos para la imposición de una ortodoxia, la concentración de control sobre la investigación altera los mecanismos de selección para las posiciones de influencia. Esto sucede porque el poder y el dinero atraen a una clase especial de hombre que raramente se distingue por su apasionamiento en la busca de la verdad, incluso en física y matemáticas, donde el umbral de aceptabilidad demanda una inteligencia y un conocimiento reales, el aumento en la escala de investigación ha dado preeminencia al operario a expensas del pensador, si aceptamos la opinión del famoso creador de la cibernética, Norbert Wiener, cuyo móvil difícilmente podría ser la envidia:

> Tuve la suerte de nacer y crecer antes de la primera guerra mundial, en un período en el que el vigor y *élan* de la investigación internacional no habían sido echados a pique todavía por cuarenta años de catástrofes. Tuve la suerte particularmente de que no necesité permanecer mucho tiempo como auxiliar en una factoría científica moderna, haciendo lo que me dijeran, aceptando los problemas que me plantearan mis superiores, y conservando mi propio cerebro sólo *incommendam*, como un vasallo medieval conservaba sus feudos. De haber nacido en este sistema feudal actual del intelecto, mi opinión es que no habría llegado muy lejos. Desde el fondo de mi corazón compadezco a la generación presente de científicos, muchos de los cuales, de grado o por fuerza, están condenados por el «espíritu de la época» a ser lacayos intelectuales o esclavos de un horario.
>
> No cabe duda que en la época actual, particularmente en Estados Unidos, más hombres y mujeres están dedicándose a una carrera formalmente científica que en cualquier otro momento de la historia. Esto no significa que el medio intelectual de la ciencia haya recibido un incremento proporcional. Muchos de los científicos americanos de hoy trabajan en laboratorios del gobierno, donde el secreto está a la orden del día y se lo protege por medio de la subdivisión deliberada de problemas hasta el punto de que nadie puede ser plenamente consciente del alcance de su propio trabajo. Estos laboratorios, como también los grandes laboratorios industriales, son tan conscientes de la importancia del científico que lo fuerzan a cumplir estrictamente un horario y a informar minuciosamente sobre su investigación. Las vacaciones se reducen al mínimo posible, pero se estimulan ilimitadamente las visitas a otras plantas, de modo que los científicos, y los jóvenes en particular, carezcan del ocio para madurar sus propias ideas.
>
> La ciencia está mejor pagada que en cualquier época del pasado. Los resultados de esta retribución fueron atraer hacia la ciencia a muchos de aquellos para quienes el salario es la consideración esencial, y que desprecian el sacrificio del provecho inmediato por la libertad de desarrollo de sus propios conceptos. Más aún, este desarrollo interior, aunque pueda ser importante e indispensable para el mundo de la ciencia en el futuro, generalmente no brinda a los empresarios la posibilidad de embolsillar un sólo céntimo.

Quizá la industria ha aprendido a correr riesgos, pero deben ser riesgos calculables, y ningún riesgo, por su naturaleza, es menos calculable que el riesgo del provecho de las ideas nuevas.

En efecto, ésta es una época en la que a menudo se exalta la motivación del beneficio hasta el extremo de excluir todas las demás motivaciones. Se estima el valor de las ideas para la comunidad en dólares y centavos, pese a que dólares y centavos son una riqueza efímera comparada con la de las ideas nuevas. Un descubrimiento que podría pasar cincuenta años antes de conducir a una práctica nueva tiene sólo una probabilidad mínima de redundar en beneficio de quienes han pagado por el trabajo que condujo hasta él; no obstante, sin realizar estos descubrimientos, y si continuamos dependiendo de los que ya existen, hipotecaremos nuestro propio futuro y el de nuestros descendientes.

Igual que una tradición de estudio, un bosque de sequoias puede existir durante miles de años, y la cosecha actual de madera representa la inversión de sol y lluvia hace muchos siglos. Los beneficios de esta inversión están aquí, pero ¿cuánto dinero y cuántos títulos de valores permanecen en las mismas manos aunque sea durante un siglo? De este modo, si vamos a medir el largo período de vida de un bosque de sequoias en términos del valor efímero del dinero, no podemos considerarlo como una empresa agrícola. En un mundo dominado por la noción de provecho, debemos explotarlo como una mina y dejar detrás nuestro una tierra baldía para el futuro.

Por supuesto, el gran laboratorio puede justificarse hasta un cierto punto. Sin embargo, es perfectamente posible que una empresa conjunta, con participación de trabajadores de todos los niveles, del superior al inferior, supere el punto de la ejecución óptima, y que muchos resultados realmente excelentes se pierdan en la hojarasca ilegible de los informes de quinta categoría. Este es un defecto real observable en la ciencia a gran escala en la época actual. Si una nueva teoría como la de Einstein naciera como informe gubernamental en uno de nuestros superlaboratorios, realmente hay grandes probabilidades de que nadie tuviera la paciencia necesaria para recorrer la masa de papel publicada bajo los mismos auspicios y llegara a descubrirla.

En el mejor de los casos, los grandes laboratorios pueden hacer muchas cosas importantes, pero en el peor son una ciénaga que devora tanto las habilidades de los líderes como de los seguidores.

… Muchos administradores de la ciencia y un vasto sector de la población general creen que los trabajos en equipo son infalibles, e incluso que las ideas están obsoletas.

Detrás de este impulso hacia el trabajo en equipo hay un cierto número de fuertes motivaciones psicológicas. Ni el público ni el gran administrador tienen un conocimiento demasiado profundo acerca de la continuidad interna de la ciencia, pero ambos han visto sus consecuencias devastadoras y se sienten temerosos de ella. Ambos desean descerebrar al científico, como el Estado bizantino castraba a sus funcionarios públicos. Más aún, el gran administrador que no está seguro de su propio nivel intelectual sólo puede acrecentar su importancia disminuyendo la de sus empleados científicos.

(Norbert Wiener, *I am a Mathematician*, Gollancz, (1956, pp. 359-365)

En las materias relacionadas con la conducta humana, donde apenas existen niveles bien establecidos de excelencia, nada impide que la selección para posiciones de poder se realice sin la menor consideración hacia la calidad intelectual. En un ámbito donde los premios son apetecibles, pero las reglas del juego tan vagas que apenas puede distinguirse el juego honesto del tramposo, no es muy probable que los idealistas y los imprácticos buscadores de la verdad lleguen a la cima; y mientras mayores sean las sumas en cuestión, más implacable será la contienda y mayores las posibilidades de que triunfen los manipuladores antiintelectuales.

La concentración de control afecta a la diseminación de las ideas a través de sus efectos sobre las posibilidades relativas en la competición para lograr la fama, porque el poder no sólo confiere prestigio sobre sus detentadores, sino también sobre sus obras. ¿Quién, por ejemplo, hubiera pagado 200.000 dólares por los cuadros de Hitler (como ocurrió en una subasta reciente) a causa de su mérito artístico? De igual modo, las copiosas menciones y citas de muchos académicos contemporáneos se deben a sus posiciones en los pasillos del poder y especialmente a su influencia en la distribución de dinero, puestos de trabajo e invitaciones. Alguien podría realizar un interesante

estudio estadístico del modo en que las reseñas laudatorias escritas por los académicos europeos parecen ir precedidas o continuadas por la rentable designación de sus autores como profesores visitantes en las instituciones americanas donde residen los destinatarios de su adulación. Aquellos deseosos de llevar a cabo un trabajo de investigación en la sociología de las ciencias sociales debieran asistir a conferencias para observar de qué modo los funcionarios académicos solicitan los favores de los magnates de las fundaciones y prestar atención a las discusiones en los comedores y vestíbulos, invariablemente centradas en torno a quién puede obtener qué y de qué modo.

La habilidad para recaudar fondos suministra un atajo para alcanzar la fama literaria sin necesidad del estudio tedioso, al abrir oportunidades para publicar libros de volumen impresionante firmados con el nombre de uno, pero en realidad escritos por una horda de asistentes de investigación y retocados por los consultantes. Es prácticamente innecesario señalar que esta forma de producción ha alcanzado su más alto grado de desarrollo en los Estados Unidos.

Al examinar distintos libros voluminosos salidos de la pluma de renombrados escritores americanos, me he preguntado a menudo cómo un estudioso profesional podría incurrir en tantas repeticiones, contradicciones, usos impropios de palabras e incluso errores de gramática, para no hablar de la calidad del estilo. Mis sospechas de que muchos de estos libros debían haber sido escritos por varios autores, a pesar de tener sólo una firma en la portada, quedaron plenamente confirmadas cuando tuve oportunidad de ver lo que ocurre en el interior de las factorías de investigación, donde pocos de estos negros se atrevían a protestar, ya que ello hubiera puesto en peligro sus perspectivas profesionales.

Una de las manifestaciones (no importante en sí misma, pero reveladora) de la humildad timorata pero falsa, característica de un *apparatchik* socavador es el tabú que pesa sobre la palabra «yo». «Uno todavía se estremece ante la arrogancia del autor en su uso repetitivo de la primera persona del singular cuando trata de temas complejos», dice un comentarista de uno de mis libros, quien posiblemente sea la sola criatura en quien esta palabra obscena puede inducir estremecimientos reales, aunque al decir «uno» en vez de «yo» dé a entender que la mayoría de sus lectores sufren de esta alergia.

Ignoro si el comentarista en cuestión favorece el plural mayestático, normal entre los escritores franceses más antiguos y todavía común entre sus sucesores, pero que en Inglaterra está reservado a la Reina. Presumiblemente prefiere la tercera persona indirecta y le agrada ver una expresión como «yo pienso que…» reemplazada por «existe la hipótesis…», que (aparte de expurgar la sucia palabra «pensar») contribuye a la predilección de los burócratas subordinados por el anonimato sumiso combinado con la autoridad oracular. No veo por qué declarar que yo —un hombre mortal y falible, pero autorizado a expresar sus opiniones— sostengo ésta o aquélla opinión debiera considerarse más arrogante que pretender hacerse pasar por la Voz de la

Ciencia.

Para ver la situación bajo una luz más correcta, debemos tener presente que la adulación de los controladores de fondos para la investigación no es enteramente falsa, porque (como han descrito vívidamente los moralistas antiguos, desde La Bruyère hasta Adam Smith) la gente admira siempre la riqueza y el poder y atribuye a sus detentadores virtudes superiores que éstos no poseen. Lo que merece subrayarse, sin embargo, es que (aparte de la destrucción del entusiasmo y el libre juego de las ideas, tan necesarios para un trabajo verdaderamente creativo) la regimentación de la investigación social produce un deterioro mental en los jefes, cuyos poderes de autocrítica se atrofian como resultado de estar rodeados de ganapanes dóciles y sicofantes. Así, además de la selección negativa inicial de los pesos más livianos para las posiciones superiores en la industria de la investigación social, tenemos un proceso secundario en marcha que aligera más su peso todavía mientras mayor es el tiempo que permanecen en el tope. Pero esto no es todo.

Como consecuencia del mal burocrático endémico que Northcote Parkinson llama «enjelitis», mientras más mediocre es el jefe, más ansiosamente trata de reducir a todos a la condición de autómatas para la investigación. Aparte de la pura envidia, esta tendencia se origina en el temor de que, al demostrar que es posible obtener resultados iguales o más significativos a través de un trabajo individual más barato, un artesano intelectual inadvertidamente socave las razones para invertir vastas sumas en los imperios de investigación social.

Cuando personas que carecen de la capacidad o el deseo para pensar de un modo original juzgan sobre lo que debe o no ser estudiado, invariablemente favorecen la investigación rutinaria antes que todo aquello que podría conducir a un genuino descubrimiento. Aparte de la inclinación personal, la prudencia común requiere que un jefe de investigación incurra antes en la segura mediocridad que en la originalidad imprevisible, porque la institución necesita dinero, controlado por burócratas y financistas que quieren ver «la producción», cuya calidad son incapaces de juzgar y que carecen de imaginación para concebir lo que podrían perder al no apoyar una línea de investigación más especulativa.

Incluso en las ciencias naturales, el temor a incurrir en el desagrado de los mecenas al no obtener resultados con sus subsidios ha obliterado muchas líneas de investigación potencialmente fecundas, pero la diferencia radical en la investigación social consiste en que aquí no producir nada provoca menos furia que un descubrimiento genuino que vaya contra los intereses creados o prejuicios. ¿Puede uno imaginar un consejo de investigación social o médica que subsidiara los estudios de Freud en 1900? Pero, podría argüirse, eso fue en épocas aciagas ya superadas: ahora somos más cultos. La verdad, infortunadamente, es que aunque podamos ser más tolerantes hacia los prejuicios del pasado, no hay indicios de que seamos igualmente amplios en relación a los preconceptos actuales.

La historia de todas las ciencias demuestra sobradamente que mientras más

original es una idea, mayor es la resistencia con que tiene que tropezar. Todos conocemos el temor a la hoguera de Copérnico, las tribulaciones de Galileo, las vituperaciones contra Darwin, el horror con que se consideró la desviación de Harvey con respecto a la biblia médica de Galeno y los intentos para expulsar a Pasteur de la profesión médica. Podrían añadirse muchos otros ejemplos: el hecho de que Einstein fuera desestimado como candidato para realizar estudios de graduado, o el fracaso de los intentos iniciales de Newton para obtener una beca en Cambridge, o que Lobatchevsky fuera considerado un lunático después que anunció su descubrimiento de la geometría no euclidiana. Hay casos todavía más extremos: el del gran matemático Abel, que pasó hambre durante casi toda su vida y murió prematuramente como resultado de sus privaciones; el de Gallois, que fracasó (dos veces, si mal no recuerdo) en el examen de ingreso a una universidad precisamente en matemáticas, materia en la que ya había echado las bases de una rama enteramente nueva ahora conocida como la teoría de los grupos.

La colocación de los cimientos de las ciencias sociales fue posible gracias a conjunciones fortuitas de talento, interés e ingresos no ganados: ya fuera en forma de herencia, como en los casos de Tocqueville, T. H. Buckle o Herbert Spencer, o dinero acumulado rápidamente, como en el caso de Ricardo, o buenas amistades, como en los casos de Marx y Auguste Comte, o sinecuras, como en los casos de Hobbes y John Stuart Mill. La desaparición de la clase ociosa ha clausurado esta posibilidad de cultivar ideas extravagantes e impopulares, hecho que no hace presagiar nada bueno para el progreso futuro del conocimiento.

¿Qué tipo de lecciones prácticas podemos deducir de todo esto? Mi recomendación a los hombres de Estado que deben decidir de qué modo gastar el dinero público podría ser bien recibida por ellos, aunque resultaría extremadamente desagradable para la inmensa mayoría de mis colegas: a saber, no ser demasiado generosos. Una cierta escasez de fondos para la investigación social podría inducir a los investigadores a pensar en otras cosas que el simple dinero. Hay muchas otras causas dignas, tales como las pensiones para ancianos o un pago adecuado para los maestros de enseñanza elemental. En la física o la tecnología hay problemas urgentes que no pueden ser resueltos sin costosas inversiones en maquinaria de alto precio, pero en las ciencias sociales, si se exceptúa la recolección de estadísticas económicas y demográficas, que requiere una gran organización, no hay exigencias iniciales de esta clase. En otras ramas del estudio del hombre en la sociedad no sólo tenemos la ley de los dividendos decrecientes, sino incluso una ley de dividendos negativos, por la cual (en virtud de las circunstancias delineadas más arriba) una inversión enorme puede producir menos conocimiento que una más reducida.

Excluida la censura directa, nada puede obstaculizar más el progreso que una «coordinación» centralizada de la investigación sobre un tema polémico. Por consiguiente, si el interés fundamental fuera el deseo de promover el progreso del conocimiento antes que la promoción de los intereses creados de las camarillas

burocráticas, los consejos de investigación de las ciencias sociales debieran ser disueltos, o por lo menos explícitamente confinados a servir a los intereses de la administración y los fondos remanentes distribuidos a tantas organizaciones independientes como fuera posible. Debiera haber muchos centros pequeños que dispensaran asignaciones reducidas, prohibiendo los directorios interconectados a fin de impedir el control por parle de una sola camarilla, como ocurre en gran medida en las fundaciones existentes. Incluso esto no impediría las manipulaciones por parte de las mediocridades sin imaginación que comúnmente tienden a gravitar hacia las fuentes del dinero, pero al menos favorecería una cierta diversidad y tornaría la imposición de una ortodoxia única ligeramente más difícil.

Al ver que habitualmente mientras mayor es la inversión en un «proyecto» más triviales son los resultados, a menudo pienso que tal vez fuera mejor si, en vez de establecer fundaciones gigantescas, los millonarios mantuvieran salones y repartieran dinero personalmente, directamente de sus bolsillos, como solían hacer los antiguos protectores de escritores y artistas. Porque, para ser bien recibido en la corte de un banquero o un duque, un estudioso tenía que ser ingenioso y constantemente capaz de contar algo interesante a la gente, dotes que Voltaire poseyó en abundancia y que indujeron a los reyes a conservarlo en sus cortes, pese a su lengua viperina y a sus ideas peligrosas. Si Voltaire hubiera continuado repitiendo lo mismo una y otra vez del modo profesor al habitual, habría sido despedido el mismo día de su llegada. Aunque incapaces de garantizar la responsabilidad científica o la verdadera originalidad de pensamiento, el ingenio y el brillo en la conversación garantizan no obstante una alta inteligencia y un conocimiento bastante extenso, mientras que la perseverancia para llenar el formulario de rutina y solicitar becas de investigación tiene que ir acompañado habitualmente de una baja inteligencia, porque (como los psicólogos industriales han averiguado hace tiempo) la gente más inteligente muestra una disposición menor a soportar las tareas monótonas y repetitivas.

Otro factor que influye para que los fondos de investigación sean asignados a aquellos menos capaces de hacer buen uso de ellos es el hecho de que, en contraste con los antiguos mecenas plutocráticos o aristocráticos, cuya posición y autoestimación estaban basadas sobre criterios no intelectuales, y que por tanto no se preocupaban ante la posibilidad de ser superados en este sentido por sus protegidos, los burócratas de los consejos de investigación yde las fundacionesla mayoría de las veces provienen de las filas de académicos que han carecido o del talento o de la voluntad para descollar como científicos o estudiosos y que están por consiguiente predispuestos a usar el poder de la bolsa para aliviar su resentimiento, para vengarse de sus colegas con más talento y para entregarse a una dominación despótica de los suplicantes que o se cuidan muy bien de ocultar su talento, o bien carecen totalmente de él.

CAPÍTULO 15

LAS LEYES DE GRESHAM Y PARKINSON COMBINADAS

Toda sociedad moderna garantiza a sus científicos muchos privilegios envidiables. Aunque bastante menos ricos que los hombres de negocios con éxito, ganan mucho más que la vasta mayoría de los trabajadores y disfrutan de una libertad, un prestigio y una seguridad muy superiores a los de los ejecutivos mejor remunerados. Así naturalmente mucha gente desearía unirse a sus filas; pero, desdichadamente, las ciencias naturales requieren una habilidad matemática que posee sólo una pequeña minoría de la población y que demanda un largo y difícil aprendizaje.

A esta altura del presente libro el lector no debiera ya necesitar convencerse de que el estudio de las cuestiones humanas presenta dificultades mucho más formidables que las que pueda encontrar cualquier estudioso de la naturaleza; y en realidad, el mismo hecho de que las ciencias sociales hayan avanzado tanto menos, corrobora de por sí la magnitud de los obstáculos con que deben enfrentarse. Por consiguiente, un científico social realmente competente no tiene razones para sentirse inferior a sus colegas en las ciencias naturales sobre la base de que su conocimiento de la sociedad no puede rivalizar con sus teorías en precisión y seguridad. Cuando un corredor de pista dura llega más lejos en un tiempo dado que otro que arrancó tardíamente y que tiene que abrirse camino a través de una espesura cenagosa, esto no prueba que el primero sea un mejor deportista. De igual modo, sería gratuito afirmar que Laplace fue más inteligente que De Tocqueville, que los logros de Max Planck fueron más notables que los de Max Weber, que Rutherford fue un hombre superior a Keynes, o que la contribución de Einstein fue mayor que la de Freud. Incuestionablemente, como puede advertirse retrospectivamente, los errores cometidos por los gigantes de las ciencias naturales son totalmente insignificantes en comparación con los errores fundamentales en que han caído las grandes figuras de los estudios económicos y sociales, pero aquellos arrancaron de un punto de partida mucho más firme, libre de los peligros abisales que rodean al estudio que la humanidad ha realizado de sí misma.

En consecuencia, si es honesto, inteligente y tiene conocimientos extensos, un científico político o social no necesita padecer sentimientos de inferioridad frente a sus colegas de las ciencias naturales, y si éstos miran con desprecio a la fragilidad de su edificio siempre puede responder: muy bien, ya que es usted tan listo, ¿por qué no trata de decir algo sobre mi materia que sea nuevo y pueda apoyarse con buenos argumentos? Este tipo de desafío no necesita ser puramente hipotético, porque un cierto número de científicos naturales distinguidos se han aventurado en el campo de

la sociología, la política y la economía sin ser capaces de realizar ninguna contribución a ellas, y a veces para expresar simples puerilidades; aunque sus pronunciamientos insípidos a menudo han recibido una atención indebida en virtud del efecto de una fama bien merecida en sus propias disciplinas. Sin remontarnos hasta los discursos de Newton a propósito de las brujas, podemos espigar al azar entre un gran número de ejemplos recientes, tales como el de un prominente cristalógrafo y autor de un libro serio sobre la historia de la ciencia, J. D. Bernal, cuyos escritos sobre política exhiben la mentalidad de un palurdo marxista que se niega a utilizar su sentido común. Las declaraciones de Einstein sobre política consistieron en trivialidades piadosas, mientras que las de P. W. Dridgman fueron tan mal concebidas como presuntuosas. Los pronunciamientos de Robert J. Oppenheimer fueron inocuos sermones. La Universidad de Manchester realizó un interesante experimento en este sentido cuando (para cumplir con sus propios deseos) convirtió la cátedra de química de Michael Polanyi en una cátedra de estudios sociales, esperando quizá que éste repetiría sus descubrimientos en un campo diferente… cosa que, como es fácil de suponer, no ocurrió. Sin embargo, a diferencia de los científicos eminentes que acabo de mencionar, Polanyi produjo (aparte de un libro mucho más significativo sobre la filosofía de la ciencia) algunos libros y artículos perfectamente respetables en su nuevo campo, aunque en ellos no hubiera nada demasiado nuevo.

Muchos hombres de ciencia eminentes creyeron genuinamente en toda clase de dogmas absurdos y se mostraron dispuestos a aceptar la infalibilidad del Papa o del Secretario General o del Führer. Pero cuando de los descubridores pasamos a los científicos ordinarios que memorizan acríticamente y luego aplican las fórmulas rutinariamente, sin reflexionar sobre su naturaleza o ser capaces de comprender sus limitaciones, a menudo hallamos investigadores trogloditas, llenos de prejuicios estrechos y enemistades personales irracionales, en comparación con cuyas opiniones sobre política, ética o estética, un abacero ordinario aparece como una fuente de ilustración. No mantengo, por supuesto, que todos (ni siquiera la mayoría) de los científicos y tecnólogos sean así: pero tengo la impresión (basada en una observación de muchos años) de que ellos están mucho más predispuestos que los abogados y hombres de negocios a caer en una actitud totalitaria o rígidamente conservadora, ya sea de la variedad fascista o comunista.

En esto no hay nada de sorprendente, ya que adquirir y mantener la competencia en cualquiera de las ciencias exactas demanda tanto esfuerzo que resta poco tiempo libre para pensar en otras cuestiones, especialmente si estas ciencias son del tipo que requiere la laboriosa recolección y evaluación de masas de información, por lo común caóticamente dispersa y a menudo deliberadamente escondida y distorsionada. Más aún, acostumbrados a operar con reglas rápidas y eficaces, la mayoría de los científicos naturales encuentra que es difícil razonar sobre una base inestable, consistente en un número enorme de juicios inseguros y demasiado generales, que ni están lógicamente concatenados ni son plenamente independientes. Habituados a

conceptos que (aunque abiertos a la revisión y la duda epistemológica) a los efectos prácticos están rigurosamente definidos (aunque sólo sea implícitamente a través de la estructura del simbolismo) y son relativamente escasos en número, los científicos exactos con frecuencia carecen de la sensibilidad semántica —la sensibilidad frente a las sombras elusivas del significado y sus relaciones— que, al tratar con los contornos difuminados de los fenómenos culturales, resulta incluso más esencial que la habilidad para ejecutar las operaciones de las matemáticas o la lógica formal. A veces estos defectos llegan a extremos inquietantes, como cuando hallamos expertos en física o química que parecen incapaces de razonar con palabras o de expresar una idea simple por escrito, disparidad que recuerda los casos bien demostrados de los calculadores de genio que son literalmente retrasados mentales en todos los demás aspectos.

Las consideraciones precedentes sirven para explicar por qué (comenzando con los antiguos griegos) nadie ha realizado simultáneamente contribuciones importantes al estudio tanto de la naturaleza como de la sociedad. Aristóteles destaca como la única excepción a esta regla, excepción que no obstante es, con toda probabilidad, más aparente que genuina, porque sus obras representan antes un compendio del conocimiento entonces existente que una descripción de sus propios descubrimientos; y como las fuentes en que éste se basaba han desaparecido, carecemos de medios para determinar en qué consistió la contribución del propio Aristóteles. De todos modos, para evitar malentendidos, debo recalcar que hablo de trabajos creativos de primera línea: no niego que es posible adquirir un buen conocimiento del otro aspecto de la cultura (como hizo Bertrand Russell), o que es más fácil desplazarse desde las altas matemáticas hacia el análisis verbal que a la inversa. En el caso del químico que se transformó en científico social, mencionado anteriormente, puede decirse que, aunque carezcan de originalidad significativa, sus escritos sobre sociología y política al menos están exentos de las inanidades comúnmente repetidas por los profesionales ordinarios. Debe añadirse también que un número considerable de científicos exactos, que se volvieron hacia la política o la administración una vez que su creatividad se hubo agotado, se han desempeñado bastante bien en estos campos y que su juicio político parece no haber sido peor que el de la mayoría de los políticos.

Hay una asimetría entre la pericia en las ciencias sociales y naturales. Alguien no familiarizado con una ciencia exacta tiene que callarse en cualquier discusión sobre ella, pero, al verse reducido al silencio, se salva de la posible tentación de decir cualquier tontería. En asuntos tocantes a las ciencias sociales, por otra parte, hallamos el caso opuesto: todos se sienten autorizados a expresar opiniones firmes y no hay indicadores sólidos para advertir contra las trampas de la ignorancia, la sofistería o incluso la simple majadería; a la vez que la falta de conocimiento regularmente engendra la convicción de que las cosas son simples y no requieren un estudio profundo, lo cual explica por qué tantos científicos exactos se han sentido predispuestos a formular declaraciones tontas sobre política.

El contraste entre exactitud y certeza (relativa, pero suficiente para la mayoría de los fines prácticos) por un lado y vaguedad y provisionalidad por otro, provoca una asimetría ulterior entre las ciencias sociales y naturales. Un científico natural mediocre, aunque incapaz de pensar en nada nuevo, o incluso de mantenerse plenamente al día del progreso corriente, sigue siendo, sin embargo, un depositario de conocimiento útil (aunque sea limitado y quizá superficial), mientras que un científico social mediocre, incapaz de distinguir entre ideas valiosas y las generalidades e inanidades que florecen en su campo polémico, será una víctima fácil de los charlatanes y místicos ilusos y actuará como un agente de contaminación mental. Esta diferencia explica por qué la gran expansión de las instituciones educacionales ha tenido efectos beneficiosos en el plano de las habilidades técnicas, a la vez que ha ayudado a convertir los estudios humanísticos en una contaminación masiva del espíritu.

Debido a la cualidad vinculada de los diversos hilos de la vida social, ningún especialista miope puede ofrecer un asesoramiento sobre política digno de atención. Así una persona que gasta todo su tiempo en el estudio de las relaciones raciales puede no ser la persona indicada para formular predicciones a propósito de ellas, porque las situaciones futuras, con toda probabilidad, estarán influenciadas por factores exteriores a su campo de interés, tales como transformaciones de las pautas familiares, realineamientos políticos, o la posición de los sindicatos. Es verdad que un cierto grado de especialización resulta inevitable, pero la imposibilidad de descubrir sistemas culturales o sociales verdaderamente aislados expone al investigador al peligro de que, como resultado de especializarse demasiado restringidamente, pueda finalmente ser incapaz de comprender aquello en lo que se especializa. Al concentrarse exclusivamente sobre una época y un lugar un antropólogo puede no ser capaz de distinguir entre lo que es peculiar y lo universal o por lo menos ampliamente compartido. La trivialización masiva de la sociología y la politología va de la mano con la ignorancia cada vez mayor de los cultivadores de la etnografía y la historia acerca de sus respectivas especialidades. Más aún, debido a la naturaleza evasiva de los conceptos cuyo uso no puede evitar, un científico social debiera poseer un alto nivel de habilidad en lógica y filosofía, como también alguna versación en las ciencias naturales, lo cual supone una tarea peliaguda. Aunque los atractivos pecuniarios y emocionales de la verbosidad nebulosa puedan no ser tan grandes como para omitir cualquier otro tipo de consideraciones, la jerigonza ofuscadora podría no haberse propagado tan rápidamente como ocurrió si se hubiera establecido un adiestramiento en análisis lógico como prerrequisito para el estudio de las ciencias sociales. Tal como sucedieron las cosas, la filosofía fue descartada de la educación politológica y sociológica por obra de «concretos», pero bobalicones devotos del cientificismo, con los resultados que pueden observarse en los capítulos anteriores.

Este desarrollo tiene un curioso paralelo en el mundo comunista, donde los gobernantes de Polonia ya no permiten a los estudiantes estudiar filosofía analítica —

que en los días «fascistas» de la preguerra se enseñaba a un alto nivel a audiencias más vastas que en cualquier otro lugar del mundo—, por haber descubierto sin duda que un adiestramiento en el análisis lógico fomenta un desagrado hacia la ideología oficial.

A la vez que demandan al menos tanto trabajo y habilidad para un conocimiento correcto como las ciencias naturales, las ciencias sociales (con la excepción muy parcial de la economía) difieren de ellas en que carecen de un umbral natural de aceptabilidad. Un físico o un químico pueden sostener opiniones más torpes sobre política, estética o ética que un dependiente de comercio, pero no se le paga por esto. Su posición y su salario están justificados por su conocimiento de las reacciones químicas, de la estructura del átomo o de la especialidad que fuere… y en tales cuestiones no hay demasiada cabida para el fraude. Si un puente ha sido incompetentemente diseñado, ningún tipo de charla o gesticulación persuasivas podrá impedir que el puente se desmorone, del mismo modo que el juego con elementos químicos conducirá pronto a una explosión fatal. En contraste, nada puede explotar o desmoronarse inmediatamente como resultado de la inanidad de un economista o un politólogo, a la vez que el perjuicio causado por su ignorancia o deshonestidad puede no materializarse hasta años después y en todo caso siempre será discutible y difícil cargar la culpa sobre un hombre particular. En relación con esto está el hecho de que, como los criterios de excelencia son tan dudosos, para un lego es imposible pedir consejo para averiguar quiénes son los verdaderos expertos. Ni un título, ni una cátedra universitaria, ni la pertenencia a una institución o sociedad famosa constituyen una garantía de que un científico social merece ser tomado seriamente, porque en la competición para alcanzar estos honores el conocimiento y la integridad a menudo importan menos que la habilidad para la intriga y la autopublicitación. No es sorprendente, por consiguiente, que —lejos de destacar particularmente en ciencias políticas o sociología— las universidades americanas más ricas contengan una proporción insólitamente elevada de embaucadores que se calientan al sol de la gloria merecidamente conquistada por sus colegas en las disciplinas exactas.

No sólo las ciencias exactas, sino también algunos estudios humanísticos (tales como la sinología) presentan dificultades intrínsecas que disuaden a quienes buscan un camino fácil para ganarse la vida o alcanzar la fama. Incluso las formas más accesibles de la historiografía —que bajo su forma convencional de crónicas patrioteras casi justifican el famoso dictamen de Ford de que la «historia es cháchara»— demandan a sus cultivadores una perseverancia notable, necesaria para memorizar una gran cantidad de fechas y otros elementos de información, doblemente difíciles de recordar por ser inconexos y triviales. Por esta razón, las antiguas escuelas de historiografía produjeron grandes cohortes de pedantes sumamente pesados, no demasiado inteligentes y con horizontes mentales bastante estrechos, pero poco charlatanes.

Para repetirlo una vez más, los estudios políticos y sociales han abierto las puertas

de las dehesas académicas a un gran número de aspirantes al título de científicos que podrían haber resultado ciudadanos perfectamente útiles como encargados de una oficina de correos o asistentes sociales de hospital, pero que han sucumbido a la charlatanería al enfrentarse con una materia que excedía totalmente a sus facultades mentales. En economía esto ocurre en menor medida, ya que sus exigencias matemáticas disuaden o excluyen a una buena proporción de la población, de modo que, a pesar de sus horizontes limitados, incluso sus cultivadores más mediocres pueden resultar de alguna utilidad como contables.

Como se señaló antes, la teoría económica suministra una base muy endeble para una política económica debido a su desestimación miope de los factores no económicos, pero, a diferencia de la mayor parte de lo que circula bajo el nombre de sociología, al menos nos proyecta más allá del alcance del simple sentido común.

Las ciencias políticas tradicionales no afirmaban ser realmente una ciencia: y consistían principalmente en el examen de las ideas de los grandes pensadores del pasado acerca de cómo gobernar los Estados, sobre los derechos y deberes respectivos de ciudadanos y funcionarios, junto con algo de jurisprudencia, exégesis de textos constitucionales y una exposición de la organización de las instituciones públicas. En esta forma las ciencias políticas permanecían puramente académicas en el sentido peyorativo de ser poco relevantes para la práctica de la política, y no contenían una base para un desarrollo acumulativo de la teoría empírica. Sin embargo, esta disciplina produjo mentes cultivadas, capaces de pensar y expresarse claramente y, por tanto, bien adecuadas para tomar decisiones administrativas que no requerían un conocimiento especializado. Últimamente, sin embargo, los cantos de sirena de la pseudociencia han conducido a muchos, si no a la mayoría de los cultivadores de los estudios políticos, a arrojar por la borda sus tradiciones limitadas pero respetables, con los resultados que también hemos visto en los capítulos anteriores.

En rasgos generales la antropología ha estado menos plagada de trivialidad que la sociología, dado que hasta sus incursiones recientes e inmaduras en el estudio de las sociedades industriales, su finalidad era suministrar una información que resultaba exótica para sus lectores y no podía reducirse a una reformulación de lo obvio. Por su misma extrañeza, las culturas estudiadas por el antropólogo le demandaban un esfuerzo mental, necesario para comprender un lenguaje y un modo de comportamiento totalmente nuevos, para no hablar de la incomodidad (y a menudo el peligro) que implicaba una visita a lugares remotos, todo lo cual obraba como un factor de disuasión para los tipos rutinarios menos imaginativos. Es cierto, muchos antropólogos nunca llegaron a aprender el lenguaje de la gente que estudiaron, mientras otros carecieron de los rasgos de carácter necesarios para conquistar la confianza y amistad de individuos totalmente extraños, defectos que condenaron su trabajo a la superficialidad. Otros, después de llevar a cabo su trabajo durante un año o dos en un lugar distante, nunca se molestaron en volver a visitar el área ni siquiera

intentaron averiguar indirectamente lo que pasaba en ella; nunca leyeron nada y continuaron hablando durante veinte o cuarenta años sobre lo que habían visto en su juventud. Incluso estos estudiosos indiferentes, sin embargo, podían sentirse orgullosos de conocer lo que el resto desconocía —a saber, «su» tribu— y así no precisaron recurrir a la mixtificación para justificar sus pretensiones de respetabilidad académica. Igual que el de los historiadores, el conocimiento de los antropólogos podría ser considerado por hombres prácticos y concretos como indicado sólo para un museo, pero no como inexistente.

Un sociólogo antiguo era un estudioso erudito sobre el cual nuestros directores académicos gustan de colgar el epíteto «de sillón», aunque ellos empleen este objeto doméstico con la misma frecuencia, sólo que no para leer libros, sino para escribir informes superfluos para interminables sesiones de comité. Pensadores como Karl Marx, Herbert Spencer o Max Weber serían excepcionales en cualquier época; pero, incluso si tomamos escritores de las dos generaciones pasadas bien por debajo del nivel del genio, como Marcel Mauss, L. T. Hobhouse, Pitirim Sorokin, Célestin Bouglé, Rudolf Steinmetz, Stefan Czarnowski, Richard Thurnwald, Franz Oppenheimer, Stanislaw Ossowski, Werner Sombart, Alfred Weber, Ferdinand Tonnies, Morris Ginsberg o Karl Mannheim podemos ver claramente que incluso los menos originales entre ellos fueron hombres de vastos conocimientos (familiarizados con la historia, la jurisprudencia, la filosofía y la economía), que no precisaron recurrir a una jerigonza ofuscadora para ocultar a sus colegas en otros campos su incapacidad de informarles de algo que ellos ya no conocieran.

En la época en que los libros no eran tan numerosos, uno podía aspirar al título de intelectual sin tener que leer a los clásicos habituales, pero el actual diluvio de letra impresa hace totalmente imposible leer una parte sustancial de lo que se publica (cosa que, en todo caso, sería una pérdida de tiempo), a la vez que la mecanización de conferencias y congresos casi ha eliminado los verdaderos debates y por consiguiente las oportunidades para distinguir a un capaz de un incapaz, permitiendo así a muchos académicos timoratos escurrir el bulto mediante la lectura de cualquier insignificancia y atrayendo a los buscadores de una vida fácil. Cuando consideramos las subdivisiones de la sociología y las ciencias políticas, parece que el nivel promedio varía según la magnitud de la disuasión: parece ser que el más alto se encuentra en el estudio de áreas que requieren el aprendizaje de un idioma difícil y el más bajo entre la gente especializada en cosas tales como relaciones raciales o la familia en su propia sociedad. No es que sea más fácil decir algo nuevo y significativo sobre estos últimos tópicos, pero aprender lo suficiente para pontificar con éxito ante las audiencias ignorantes no requiere demasiados esfuerzos.

La vastedad de la ignorancia que uno encuentra entre los especialistas licenciados en el estudio de la humanidad excede los límites de la imaginación, y para no dar la impresión de que sólo los americanos suelen entregarse a tales debilidades, mencionaré tres ejemplos fortuitos de la escena inglesa. Así he oído a un asistente de

investigación en uno de los departamentos de antropología mejor conocidos de Inglaterra atribuir al jefe de dicho departamento, con la mayor seriedad, el descubrimiento de la importancia del conflicto en la sociedad humana. Otra luminaria de la antropología inglesa ha sido aclamada, verbalmente y por escrito, por haber descubierto que, al estudiar la estructura social, uno debe tener en cuenta el tiempo. Otro ejemplo más bien divertido es una reseña que leí recientemente sobre un libro que describe competentemente algunos ejemplos (la mayor parte de la India) de política del poder en las aldeas y que el comentarista califica como superior a Maquiavelo. Podría haber agregado que este valioso autor debe poseer también como viajero un talento superior al de Vasco de Gama, ya que necesitó mucho menos tiempo para hacer el viaje de ida y vuelta a la India.

La tendencia hacia la impostura, debida a la ausencia de disuasiones intrínsecas, se ve agravada en algunos lugares en virtud de circunstancias especiales. En América Latina, por ejemplo, los académicos no ganan lo suficiente para alimentar una familia y se ven compelidos en consecuencia a buscar otros trabajos que no les dejan el tiempo necesario para estudiar seriamente y no digamos para escribir. En los Estados Unidos las universidades pagan bastante bien para satisfacer todas las necesidades materiales, pero su principio de «publicar o morir» induce a muchas personas (que de otro modo serían ciudadanos honestos y quizá maestros competentes) a pretender que han hallado algo digno de difusión universal. Muchos colegios americanos han elaborado procedimientos para medir los méritos de los candidatos a designaciones y promociones, adjudicando tantos puntos por un artículo, tantos por un libro, tantos por editar un simposio —puntuación que depende tanto de la extensión como de la jerarquía de la casa editorial o la revista—. El jefe del departamento de sociología de una de las mayores universidades estatales —un hombre serio, de edad madura, de cuya veracidad no tengo por qué dudar— me contó que para escoger entre los candidatos para una promoción sin equivocarse, su decano ordenaba al secretario pesar sus publicaciones… literalmente, en una balanza.

La ausencia de niveles mínimos ofrece oportunidades ilimitadas para la expansión numérica, que en las ciencias exactas se ve restringida por la escasez de talento. Esta es la razón principal de que las ciencias sociales (como las artes) hayan podido expandirse tanto, ya que la burocracia educacional tiene intereses creados en incrementar ilimitadamente el número de reclusos en sus establecimientos, sin importarle el hecho de que no aprendan nada y en fomentar una de las más groseras supersticiones de nuestro tiempo (sostenida por el becerro de oro de la pseudocuantificación), que equipara el progreso de la educación con un aumento en el número de individuos recluidos entre las paredes de las instituciones educacionales. En realidad (y especialmente en el caso de los Estados Unidos) podría decirse que nunca tantos han permanecido durante tanto tiempo en las escuelas para aprender tan poco.

La tendencia hacia un descenso de los niveles se ha agravado, entre otras cosas,

por el traspaso del liderazgo intelectual de Europa a Estados Unidos, debido mucho más a la decadencia europea que al progreso americano, tendencia que resulta más marcada en sociología, mientras que en el campo de la economía los ingleses han podido mantener buenos niveles dentro de los límites convencionales, pese a haber perdido el liderazgo. Al ver a la sociología alemana en su actual estado de mimetismo rutinario con respecto a la mercancía americana nadie podría suponer que hasta hace treinta y cinco años Alemania fue el centro fundamental de progreso y que para adquirir una cierta competencia en este campo el conocimiento del alemán era imprescindible. La eliminación de los judíos —el grupo más creativo a partir de los antiguos griegos, que proveyó un tercio de los ganadores alemanes del premio Nobel en tanto que constituía sólo el 1 por 100 de la población—, la expulsión de los intelectuales no judíos más honestos y la prostitución mental compulsiva del resto han roto irreparablemente la gran tradición cultural.

Habiendo vivido sólo cuatro años bajo una forma relativamente benigna de gobierno nazi, Francia no ha sufrido una ruptura comparable de la continuidad cultural, aunque perdió un cierto número de estudiosos destacados. Sin embargo, la gran tradición cartesiana del pensamiento lógico y claro se ha desvanecido para dejar paso a una predilección por la mixtificación. Inaugurada por Henri Bergson, esta decadencia continuó en el período de entreguerras a la sombra de los epígonos de la gran tradición, tales como Bouglé y Mauss en sociología; pero el colapso general de la tradición cartesiana (en sentido amplio) siguió a la invasión alemana de 1940, que quebrantó la serena confianza en sí mismos de los franceses y que ni la prosperidad de la postguerra ni la susceptibilidad gaullista han sido capaces de restaurar. Parecería que, como consecuencia de la pérdida de fe en sus tradiciones —hecho oculto ante sus propios ojos por la jactancia chovinista— los franceses se han enamorado de los peores rasgos de la cultura teutónica, representados por productores de niebla filosófica como Heidegger, Jaspers y Husserl, como también por Hegel y Marx. Los estudiosos alemanes de viejo estilo, sin embargo, aunque habituados a la verbosidad pomposa y ambigua, usualmente tenían la gracia salvadora de una vasta acumulación de conocimiento; pero, al igual que los americanos, los imitadores franceses han adoptado su pretenciosidad y oscuridad sin su inclinación al trabajo difícil y a la erudición inmensa.

En Inglaterra, los mejores cerebros (en lo que respecta a las ciencias sociales) generalmente han tendido hacia la economía. También en ciencias políticas continuó transmitiéndose una tradición urbana e ilustrada, pero ésta permaneció más bien estrecha y legalista, y después de Bentham y John Stuart Mill no apareció en Inglaterra ningún innovador destacado de la estatura de Gaetano Mosca o Robert Michels, hecho que tiene mucho que ver con el repudio de la palabra sociología por parte de las instituciones académicas, a las cuales llevó un siglo recuperarse del impacto de la revolución francesa, atribuido a un razonar excesivo en torno a los fundamentos sagrados de la sociedad. El único tipo de sociología tolerado fue el

estudio de las sociedades exóticas subordinadas, conocido como antropología. En realidad, Inglaterra produjo dos grandes pensadores que adoptaron la idea de Comte de una ciencia general de la sociedad —Herbert Spencer y John Mackinnon Robertson—, pero no fue accidental que ambos carecieran de una educación universitaria o incluso media y naturalmente también de puestos académicos; y aunque Spencer se hizo muy famoso, su pensamiento fue desarrollado más en Francia que en Inglaterra, en tanto que Robertson es todavía hoy un desconocido.

Estas peculiaridades de la historia intelectual inglesa pueden explicarse sociológicamente. En primer lugar, no es sorprendente que la teoría económica fuera capaz de atraer a un gran número de espíritus de primera clase en la nación más comercial del mundo. Más aún, esta teoría fue capaz de progresar al ser abstraída de factores no económicos tratados como constantes, lo cual parecía plausible sólo en un país donde éstos tenían el carácter de condiciones fundamentales estables, que no obstaculizaban el funcionamiento ordenado del proceso de mercado, en otras palabras, sólo en un país cuyas instituciones políticas y sociales estaban adaptadas a las exigencias del sistema económico capitalista, que fue más el caso de Inglaterra después de 1800 que de cualquier otro país, con la excepción de los Estados Unidos. En este último país, sin embargo, la economía tenía menos contactos internacionales, y sus problemas eran, por consiguiente, menos estimulantes desde un punto de vista intelectual, aparte del nivel más bajo de refinamiento. La armonía entre la economía y su marco institucional, que condujo a los académicos ingleses a estudiar los mecanismos económicos, los disuadió de investigar los aspectos no económicos del orden social, considerado como natural, si no perfecto, mientras que en Alemania las supervivencias de hábitos e instituciones preindustriales e incluso precomerciales eran tan numerosas y fuertes, a pesar de un desarrollo de la industria más rápido que el de Inglaterra, que las relaciones entre economía y sociedad ocuparon el lugar central en el pensamiento alemán y estimularon la eclosión del teorizar sociológico. En Francia, aunque de mayor significación que en Inglaterra, esta discrepancia particular tuvo sólo una importancia secundaria como estímulo del teorizar sociológico en comparación con el impacto de las revoluciones, que atrajeron la atención de los pensadores franceses (desde Saint-Simon hasta Durkheim) hacia los problemas del consenso y el modo de asegurar la cohesión social frente a la decadencia de la religión.

Así como la mayoría de la gente no se interesa en la fisiología de sus órganos hasta que éstos empiezan a causarles trastornos, el interés por los fundamentos del orden social surge normalmente del impacto de defectos que ya no pueden ocultarse, mientras que si uno siente que está viviendo en una sociedad perfecta, que ni necesita ni puede ser mejorada, es improbable que reflexione sobre las cuestiones fundamentales de la sociología. Lo mismo se aplica al campo especial de las ciencias políticas. Aquí nuevamente el éxito de la constitución inglesa, al alcanzar un grado extraordinario de libertad y paz interna, ha tenido un efecto soporífico sobre la

investigación política, lo cual explica la ausencia de puntos de partida verdaderamente originales, pese al impresionante nivel de erudición y refinamiento ejemplificado en los escritos de sus mejores representantes, como James Bryce. Podría ser sintomático, sin embargo, que los mejores libros de Bryce no traten sobre Inglaterra sino sobre países extranjeros, en tanto que el libro más original sobre política inglesa fue escrito por un judío soviético, Moise Ostrogorsky.

Además de los factores arriba mencionados, debemos tomar en cuenta un fuerte componente de ritualismo en la conducta colectiva inglesa, que ha comenzado a desvanecerse sólo durante la última década, porque es natural que si las instituciones políticas y las costumbres están protegidas por tabúes, todo intento de criticarlas tropezará con una fuerte resistencia. No es sorprendente que las únicas costumbres y creencias que la institución académica permitió analizar fueron las de los súbditos coloniales, mientras que todo lo que oliera a teoría sociológica fue evitado por parte de académicos respetables hasta muy recientemente. Dos únicos estudios llevados a cabo en el país fueron investigaciones sobre la pobreza que se abstuvieron de tocar cuestiones teóricas o de alcance amplio. A pesar de su indudable utilidad política como antídoto frente a la tendencia perenne a apartar sus ojos del sufrimiento del pobre, los estudios de este tipo (continuados actualmente por Richard Titmuss y sus discípulos) no fueron muy solventes desde el punto de vista intelectual, y estuvieron limitados por unos horizontes mentales más bien parroquiales, que han dejado su huella sobre todo cuanto ocurre en la sociología inglesa de hoy.

La boga de la sociología que empezó en Inglaterra repentinamente en la década del sesenta se ajusta bien con el diagnóstico anterior, porque ocurrió en una época en que la pérdida de poder internacional y del imperio condujo a un colapso del sentimiento de superioridad nacional y de la fe en que Inglaterra había descubierto el secreto de la perfección social y política. La disolución de un sentimiento tan profundamente arraigado ha hecho que la opinión pública virara hacia el extremo opuesto —un regodeo masoquista en la culpabilidad por los pecados del colonialismo, junto con un deseo incontrolado de imitar a los americanos—. No es sorprendente, pues, que el subproducto académico de esta decadencia haya nacido realmente muy enfermo, infestado por una multitud de jóvenes poco brillantes que podrían haberse convertido en ciudadanos útiles si no se les hubieran asignado tareas que exceden a sus facultades, y que atestarán los departamentos sociológicos de muchas universidades inglesas durante treinta o cuarenta años, obliterando así las posibilidades de la próxima generación —especialmente de aquellos que podrían eclipsar a los actuales beneficiarios—. Su devoción bobalicona hacia todas las penúltimas modas transatlánticas (estimulada por un fuerte apetito de las migajas de la mesa americana, mucho mejor servida) torna improbable que pueda hacerse algo para remediar el triste estado de la sociología en Inglaterra sin una iniciativa americana.

Aunque los Estados Unidos hasta ahora han producido sólo un pensador en el

amplio campo del estudio de la sociedad que tenga un derecho indiscutible a la grandeza, y que fue en su dominio mejor que el mejor de los europeos de su época —a saber, Lewis Henry Morgan—, las universidades americanas dieron a las ciencias sociales una bienvenida a escala inimaginable en Europa, y la Universidad de Chicago fue la primera en establecer el profesorado de sociología en el mundo. Valdría la pena señalar, marginalmente, que ni Morgan ni el único filósofo americano verdaderamente grande, Charles Saunders Pierce, tuvieron un puesto académico. Lo que circuló con el rótulo de sociología y ciencias políticas, sin embargo, fue más una suerte de «educación cívica» (es decir, instrucciones acerca de cómo llegar a ser un buen ciudadano) que el tipo de filosofía favorecido en el continente europeo por la misma época. Como la población estaba integrada en gran parte por inmigrantes que debían hallar su sitio en la sociedad americana, el problema de la adaptación ocupó el centro de la atención, en tanto que la naturaleza del orden social en sí, al ser considerado éste como natural e incuestionablemente bueno, no originó grandes discusiones. A este respecto el clima intelectual americano se asemejó más al inglés que al europeo continental, donde los proponentes de doctrinas revolucionarias estuvieron arrojando dudas incesantemente sobre la justicia de los principios fundamentales del orden existente, y obligaron de este modo a los intelectuales conservadores a reflexionar sobre estos problemas a fin de hallar buenos argumentos para defenderse.

La atención concedida a los problemas más manipulables de la adaptación de los inmigrantes impulsó en la sociología americana una tendencia empírica y práctica, ejemplificada inmejorablemente por la Escuela de Chicago, pionera de la práctica de la observación minuciosa y total de la realidad social. A pesar de una cierta estrechez de miras, ésta fue una contribución valiosa que estimuló esfuerzos paralelos en los estudios políticos, y constituyó la originalidad de las ciencias sociales americanas. El proceso de degradación comenzó después de la segunda guerra mundial, con una afluencia de dinero nunca vista anteriormente y el surgimiento del empresariado académico.

El clima intelectual americano tiene ciertos rasgos que lo hacen poco propicio para el progreso del pensamiento social, entre los cuales el más importante es el acatamiento de la tendencia general. Es cierto que el temor a ser superado por la última novedad es común en todas partes, pero en la época pretelevisiva solía ser menos aplastante en Europa que en Estados Unidos. Casi todos los observadores europeos (comenzando por De Tocqueville) han notado esta peculiaridad americana. Algunos la consideraron benigna, otros siniestra. Una predisposición hacia los entusiasmos acríticos puede más bien ayudar que poner obstáculos en los tipos de actividad donde hay mecanismos inamovibles que rápidamente pongan de manifiesto y castiguen los errores, como ocurre con las invenciones técnicas. En campos como la tecnología o los métodos comerciales es imposible llegar demasiado lejos engañado por el afán obsesivo de estar en lo último, porque la experiencia mostrará pronto si

las ideas nuevas son o no de alguna utilidad, a la vez que la competencia garantiza que los objetos o métodos que realmente funcionen prevalecerán. Así, en las actividades prácticas el amor de los americanos por la novedad y su falta de circunspección han conducido a grandes realizaciones, demasiado conocidas para enumerarlas. En contraste, el funcionamiento del mismo prejuicio ha producido resultados lamentables donde no existen mecanismos inmanentes para la eliminación del error: vale decir, en todos aquellos campos donde el error y la falsedad son normalmente una cuestión de grados, y donde la verdad sólo puede espigarse mediante una laboriosa incursión por terreno peligroso, entre trampas atractivamente camufladas, y donde cada paso demanda un examen suspicaz y a menudo un juicio en suspenso; para concluir, en todos aquellos dominios donde la incredulidad excesiva puede ser tan engañosa como la credulidad. No debe sorprender, pues, que en las ciencias sociales los americanos hayan tendido a lanzarse de una moda tonta a otra, saludando toda superchería pretenciosa como un «avance» revolucionario y valiéndose luego de su poder y riqueza para imponer sus aberraciones sobre el resto del mundo. Incluso la nueva disposición anímica de desilusión con el *statu quo* no constituye una excepción a esta regla, ya que equivale a un vuelco desde una admiración crédula hacia una denigración igualmente acrítica.

Entre la vasta muchedumbre embarcada en empresas intelectuales en los Estados Unidos hay, por supuesto, muchos hombres y mujeres de capacidad y conocimientos notables, pero el mero volumen de la masa asegura que el nivel promedial es bajo, en tanto que el credo igualitario tiende a hacer cada vez menores los requerimientos mínimos, con el resultado de que, en un campo que carece de un umbral natural (en el sentido explicado anteriormente), individuos completamente ignorantes y escasamente alfabetizados hallan bastante fácil llegar a convertirse en investigadores y profesores. La proliferación de cultivadores ocasiona pocos perjuicios en los campos «difíciles», con criterios inherentes y claros para medir los logros, ya que allí las mediocridades se ven forzadas a la modestia y a seguir a las mejores mentes. En contraste, en un campo donde las reglas del juego son arbitrarias y vagas hasta el punto de la inexistencia, las supercherías confieren más gloria que el verdadero mérito intelectual. La masa de funcionarios académicos carentes de curiosidad real y no habituados a un esfuerzo mental serio aplaudirá de buena gana sólo aquellos productos que no perturben su somnolencia y que a la vez ofrezcan una fachada de solidez ultra científica.

Igualmente perjudicial para el desarrollo de las ciencias sociales ha sido otro rasgo que solía ser más frecuente entre los americanos que en otras partes: a saber, la perspectiva torpemente utilitaria que demanda resultados prácticos inmediatos y que probablemente explica el hecho de que, incluso en las ciencias exactas, los Estados Unidos hayan producido hasta ahora sólo un gran teórico —Willard Gibbs, creador de la mecánica estadística—, a la vez que produjeron una plétora de inventores prácticos, incluido el más prolífico de todos ellos, Thomas Alva Edison. Aunque su

motivación principal no fue por cierto un deseo de ganancias, su trabajo se conformó, sin embargo, al respeto general hacia todo lo que fuera rentable —cosa que, repito, siempre ha sido común fuera de las comunidades tribales, pero que en los Estados Unidos solía tropezar con una resistencia menor que en otras partes, y frente a la cual los *hippies* han sido el primer gran segmento de la sociedad americana en reaccionar. Nuevamente, en actividades técnicas y comerciales donde conocer la verdad es rentable, este tipo de mentalidad ha producido grandes proezas de eficacia, mientras en las páginas precedentes ya hemos visto lo ocurrido en aquellos campos donde engañar u ocultar es más rentable que decir la verdad. Magnificado por el impacto de las comunicaciones de masas (con su tendencia natural a hacer descender todo al común denominador más bajo), el predominio americano en las ciencias sociales ha contribuido a precipitarlas en el callejón sin salida del pseudocientificismo.

CAPÍTULO 16

TORRES DE MARFIL Y NORIAS BUROCRÁTICAS

Como las instituciones de investigación han demostrado ser un medio totalmente inadecuado para el pensamiento creativo y crítico, y como en ningún país de hoy hay una clase ociosa con inclinaciones intelectuales, los únicos refugios para los pensadores son las universidades. Desdichadamente, sin embargo, éstas se hallan limitadas para el cumplimiento de su misión por varias debilidades profundamente arraigadas, tanto antiguas como recientes. Entre las primeras debo mencionar, en primer lugar, el hecho a menudo señalado de que la enseñanza es perjudicial para la inteligencia, ya que, al dirigirse habitualmente a una audiencia cautiva de personas intelectualmente inferiores a uno, se incurre fácilmente en el hábito de perorar antes que de pensar y examinar críticamente las propias opiniones. La otra debilidad tradicional es la tendencia perenne hacia el parasitismo en una ocupación donde el valor del trabajo no puede medirse, y donde los efectos perniciosos de la negligencia o de un enfoque equivocado afectarán sólo a las generaciones futuras.

Es agradable disfrutar de una ocupación cuyas horas son cortas, las vacaciones largas y la seguridad en el puesto tan absoluta que ni la pereza ni la decrepitud podrán hacer que uno pierda su trabajo. Si se es químico o ingeniero, al notar otra gente que uno se halla tan perturbado que podría causar un accidente serio, podría excluírselo del laboratorio, pero en arte o ciencias sociales es posible continuar incluso cuando se está ciego, sordo, semiparalítico y uno ha olvidado casi todo lo que sabía. Si una persona se vuelve loca de una manera no demasiado obvia y todavía es capaz de emitir sonidos reconocibles, tiene una buena posibilidad de que se la salude como descubridora de verdades insondables. De hecho, un escritor americano alcanzó meteóricamente una fama mundial gracias a libros escritos poco antes de sufrir una operación a causa de un tumor cerebral. Cuando un periodista le preguntó, después de la operación, si todavía estaba de acuerdo con lo que había escrito, su respuesta (tal como aparece en la entrevista) no fue claramente afirmativa.

En su notable *Histoire des Sciences et de Savants*, publicada en 1875, Adolphe de Candolle presenta algunas estadísticas que sugieren que el porcentaje de científicos nacidos en ciudades universitarias fue menor de lo que cabría esperar, y añade, a modo de explicación, que «el espectáculo de la mezquindad de los profesores y de la pereza de los estudiantes es improbable que inspire a un niño el alto ideal de la prosecución de la verdad». Así podemos advertir cómo las cosas no han cambiado demasiado.

Un académico perezoso puede trabajar muy poco —especialmente en las mejores universidades, que otorgan más tiempo para uso individual—. Sin embargo, aunque deplorable, esta clase de despilfarro debe ser tolerado, ya que cualquier intento de

impedirlo mediante la imposición de un sistema de controles sólo conseguiría empeorar las cosas. Se puede compeler a la gente a sentarse en sus oficinas, y se puede controlar su trabajo si éste es de tipo rutinario; pero si su tarea consiste en pensar creativamente, es difícil determinar si lo que está haciendo tiene algún valor o si realmente no está haciendo nada. Más aún, ¿quién podría juzgar si los jueces son menos ignorantes que los juzgados? Particularmente ya que, debido a la tendencia descrita antes como Ley de los pesos más Livianos, con toda probabilidad los jueces serían seleccionados entre los menos creativos. Igualmente importante es el hecho de que la imposición de controles (tales como informes sobre la marcha del trabajo, controles de entradas y salidas, etc.) enfría el entusiasmo de la minoría creativa, cuyo trabajo a menudo compensa sobradamente a la sociedad por el gasto de mantener a numerosos pedantes y holgazanes. Sólo un sentimiento de obligación moral a hacer algo por el bien comunal, a cambio del sustento que uno recibe, puede contrarrestar la tentación de la acidia sin destruir el medio necesario para la creatividad o incluso para una alta educación realmente positiva. En todo caso, la frivolidad hedonista entre los profesores universitarios constituye una carga insignificante para la sociedad cuando se la compara con el parasitismo burocrático que mantiene ocupada a la gente con un trabajo de oficina inservible. Un parásito ocioso le cuesta a la comunidad sólo lo que consume, mientras que, para evaluar el costo de un burócrata superfluo, al dinero gastado en él tenemos que añadir el salario de los otros manipuladores de papel necesarios para mantenerlo ocupado, y la pérdida de producción y alegría causada al imponer un trabajo de oficina destructivo y que consume el tiempo inútilmente sobre gente que podría usar mejor sus energías. Al suscitar menos envidia que quienes disfrutan del ocio, los burócratas superfluos proliferan con menos obstáculos, y, por consiguiente, se vuelven mucho más onerosos. En los países comunistas constituyen una carga mucho mayor para la población verdaderamente productiva que los aprovechados y terratenientes de antaño.

Las leyes de Parkinson tienen un alcance particularmente amplio en educación a causa de la ausencia de un rasero para evaluar la eficiencia, que torna difícil adoptar decisiones racionales sobre la asignación de fondos a los distintos niveles y tipos de instituciones, o sobre los méritos de los métodos y sistemas cambiantes. Lo que es igualmente grave, la falta de un rasero hace imposible basar la selección para los puestos jerárquicos sobre el mérito real, en el sentido de la capacidad demostrada para realizar bien el trabajo. En consecuencia, el camino para convertirse en un administrador educacional consiste menos en enseñar bien —o incluso en organizar la enseñanza para que funcione bien— que en una buena capacidad histriónica para prestar atención a una parafernalia trivial, o en la habilidad para los manejos políticos. En las instituciones dedicadas no sólo a transmitir el conocimiento, sino también a aumentarlo, los problemas de la administración presentan dificultades incluso mayores porque, en primer lugar, la busca de nuevas verdades significativas no puede planearse realmente si uno es incapaz de prever con anticipación donde

habrá de hallárselas; y segundo, a causa de la incompatibilidad insalvable entre creatividad intelectual y rutina administrativa. Aparte del hecho obvio de que si se invierte más tiempo y energía en una de estas actividades quedará menos tiempo disponible para la otra, hay una divergencia profunda entre la perspectiva de un administrador, interesado en mantener el orden y limitarlo todo, y la de un intelectual explorador, atraído por lo desconocido y lo imprevisible.

Todas las instituciones consagradas a la persecución del conocimiento deben hacer frente a un dilema inexcusable: si se confiere la autoridad a administradores profesionales hallamos una situación en la que los ciegos indican a los videntes por dónde ir, mientras que si los científicos y estudiosos tienen que asumir las tareas de administración, a menudo se transforman en inservibles eunucos que ni pueden administrar eficientemente ni descubrir nada importante. Las universidades que poseen los más altos registros como centros de creatividad han conseguido durante este tiempo mantener un delicado equilibrio entre las cargas y facultades respectivas de las dos clases de hombres, con la ayuda de recursos, tales como la rotación de puestos, o emplear en los puestos administrativos superiores a hombres que ya han pasado la cima de la creatividad, pero cuyos antecedentes muestran que saben por experiencia personal lo que implica y requiere la creación intelectual. Estos compromisos entre tipos muy diferentes de habilidad y mentalidad, sin embargo, son posibles sólo en instituciones bastante pequeñas, y el crecimiento desmesurado inevitablemente trae aparejada una burocratización integral.

En el continente europeo, el control de las universidades no está ni siquiera en manos de la administración interna, sino del ministerio de educación —hecho que explica, creo, una de las razones principales de que estos países hayan caído detrás de Inglaterra y Estados Unidos (donde las universidades son mucho más libres) en producción científica e incluso erudita—. Los defectos del modo inglés de administrar una universidad residen en su tendencia a convertir a científicos y estudiosos en administradores con dedicación exclusiva tan pronto como alcanzan su profesorado (que en Inglaterra es una distinción que no se otorga a todos los enseñantes de colegios, como en los Estados Unidos), mientras que la solución americana común a menudo ha consistido en dar atribuciones a administradores profesionales sustraídos al mundo de los negocios. Esto explica en gran medida el distanciamiento de los enseñantes, que contribuye a agravar el desinterés de los estudiantes.

Yo aventuraría la hipótesis de que existe una correlación negativa significativa entre la calidad de una universidad (medida por las contribuciones al conocimiento efectuadas por su personal y sus antiguos estudiantes en proporción a su número) y la amplitud del poder ejercido por los administradores profesionales. Esta relación queda oculta por las diferencias de tamaño, que dan a la gente la ilusión de que los grandes centros son mejores porque contienen un número mayor de estudiosos y científicos eminentes, aunque en relación al número total de miembros una

comparación con instituciones más pequeñas pueda serles desfavorable. A menudo se comete el mismo tipo de error cuando se comparan países. No puede inferirse, por ejemplo, que Rusia o Estados Unidos sean superiores a Finlandia en deportes sólo porque hayan tenido más campeones olímpicos, ya que para obtener un cuadro fidedigno necesitaríamos tomar en cuenta el tamaño de las poblaciones. De igual modo, la gente tiene ideas exageradas acerca de las excelencias científicas de los Estados Unidos, hecho que puede corregirse mediante los siguientes cálculos aproximados: Entre los ganadores del premio Nobel, setenta y nueve fueron americanos y cuarenta y seis ingleses, lo que da una superioridad neta a Inglaterra si se calcula en relación a la población, aparte incluso del hecho de que una proporción mucho más elevada de laureados americanos nació y se educó en el extranjero. En relación al dinero gastado en enseñanza superior la producción inglesa de ganadores del premio Nobel es doce veces más elevada.

Pese a toda su gravedad, debido a su tendencia a favorecer el inmovilismo y la mediocridad, la burocratización interna de las universidades palidece como un obstáculo insignificante para el progreso de las ciencias sociales cuando se la compara con la importancia principalísima de la censura. En un capítulo anterior me he ocupado por extenso de los métodos más tortuosos de restringir la libertad de pensamiento, y no es necesario esforzarse demasiado para alegar pruebas de la verdad obvia de que incluso sin contar con otras formas de presión, la censura oficial por sí sola puede sofocar la ciencia. Lo que valdría la pena comentar, sin embargo, es el hecho raramente mencionado de que la libertad intelectual florece hoy sobre una parte más reducida del globo que en 1900, a pesar del vasto incremento en número de universidades, asociaciones de especialistas y bibliotecas.

Al comenzar este siglo las ciencias sociales eran fructíferamente cultivadas en todos los países europeos, con la excepción de ese rincón de Europa que todavía pertenecía al imperio otomano. Es cierto que pocos (o ninguno) de los trabajos publicados en países periféricos como Rumania, Polonia, Suecia o España constituyeron pasos de significación revolucionaria, pero los mejores entre ellos alcanzaron un alto nivel a cualquier escala, a la vez que incluso los menos notables supusieron algunas contribuciones al conocimiento y una superación indudable de la literatura anterior. Al tener a su disposición un complejo de habilidades numéricamente superior, Rusia produjo una pléyade de pensadores sobresalientes en este campo, tales como Pavlov, Kondratiev, Kovalevsky, Klyuchevski, Tschuprov, Plekhanov, Barthold, Pavolv-Silvansky y Novikov, para mencionar sólo a aquellos que figurarían entre los mejores incluso en los países más avanzados, aun que ninguno de ellos alcance la estatura de Herbert Spencer, De Tocqueville o Max Weber. Aunque obligados a desplegar una cierta cautela, estos estudiosos pudieron proseguir su obra debido a que, al no haber desposado ninguna doctrina definida, la censura zarista buscaba sólo críticas directas del régimen o la iglesia, y permitía a la gente escribir con una cierta libertad en otros campos, permitiendo incluso que se

publicaran las obras de Marx. A Lenin se le permitió escribir su libro más voluminoso, *El Desarrollo del Capitalismo en Rusia*, mientras se hallaba detenido por actividades revolucionarias. Ni él ni sus sucesores dieron nunca a sus prisioneros una oportunidad similar.

«Los intelectuales españoles de principios de siglo trataron de ponerse a tono con los centros más importantes de la civilización europea; y aunque ninguno de ellos haya alcanzado el grado de originalidad de los mejores rusos, muchos fueron investigadores respetables de nivel internacional que contribuyeron a arrojar nueva luz sobre los problemas españoles, y resultaron bastante superiores (no sólo en relación a su tiempo sino también en términos absolutos) a quienes ocupan las cátedras de sociología o ciencias políticas en la España actual».

En Portugal, y también en Grecia, hace sesenta años había más libertad que hoy, y otro tanto puede decirse de la Argentina y Brasil. Los imperios de los Hohenzollern y los Habsburgos albergaron los centros de creatividad intelectual más importantes del mundo, de modo que nadie podía mantenerse al tanto del progreso del conocimiento sin conocer alemán. Fue la época en que Freud inventó el psicoanálisis, Mach echó los cimientos de la filosofía analítica moderna y Max Weber llevó la sociología al umbral de la madurez, en tanto que el marxismo (que no se había transformado todavía en instrumento de una burocracia imperialista) aun era un estímulo para la investigación, y alcanzó su apogeo con las plumas de Kautsky, Plekhanov, Hilferding y Loria.

Ni la primera guerra mundial ni la proliferación de las dictaduras de postguerra en los estados menores de Europa condujo a ninguna restricción severa de la libertad para estudiar la sociedad y la política, ya que incluso el régimen de Mussolini no se tornó muy opresivo hasta la década del treinta, de modo que sólo Rusia tuvo que ser descartada como una fuente de contribuciones a las ciencias sociales. El momento decisivo fue la ascensión de Hitler, quien infligió sobre la cultura europea estragos de los cuales ésta (en contraste con la economía) todavía no ha conseguido recuperarse. Ningún estudioso necesita hoy aprender el alemán a fin de mantenerse al día, y todo lo que encontramos en las ciencias sociales en Alemania es una pálida imitación de los Estados Unidos. Es importante tener presente, en este sentido, que, aparte de la economía, la supremacía de Alemania en las ciencias sociales no fue sólo obra de alemanes étnicos, sino de todos los europeos del este para quienes el alemán era el idioma básico de la ciencia. Este fue especialmente el caso de los judíos, cuyo idioma, el idish, surgió como un dialecto del alemán, y que fueron los difusores más eficaces de la cultura teutónica en tierras eslavas.

La Italia prefascista albergó un cierto número de pensadores pioneros, en quienes retrospectivamente podemos hallar muchas limitaciones, pero que llevaron a cabo una contribución muy significativa al desarrollo de las ciencias sociales: Mosca y Pareto en sociología, Lombroso y Ferri en criminología, Niceforo y Colajanni en sociología descriptiva, Barone, Pantaleoni y nuevamente Pareto en teoría económica,

Enriques en filosofía. A pesar del notable progreso económico de Italia, la literatura posterior a la segunda guerra mundial no contiene nada demasiado original, y consiste o en compendios de libros de texto americanos o en hagiografía marxista. Ni tampoco la admiración por las cosas americanas (motivada en gran medida por un deseo de obtener becas e invitaciones) condujo a los sociólogos italianos a imitar lo más valioso: principalmente la tradición de investigación sobre el terreno de la Escuela de Chicago —de modo que no hay estudios descriptivos recientes de la sociedad italiana que ofrezcan tanto interés como los viejos trabajos de Niceforo y Colajanni—.

Más de un cuarto de siglo después de Mussolini, no parece plausible atribuir esta esterilidad completamente a la ruptura en la continuidad de la tradición intelectual ocasionada por veinticinco años de fascismo, con todo lo importante que esto haya podido ser. Las causas principales de esta aridez del intelecto italiano parecen ser: en primer lugar, la influencia paralizadora de la burocracia sobre las universidades, junto con las maniobras políticas inescrupulosas en el interior; y segundo, la desaparición del liberalismo anticlerical. Este último fenómeno está vinculado con el dominio ejercido, tanto en el terreno cultural como en el ámbito político por dos bloques: una democracia cristiana de orientación capitalista apoyada ideológicamente en la iglesia, combatida por una oposición que se apoya en el dogma marxista y el oro soviético. Como la mayoría de las designaciones editoriales y académicas dependen de las conexiones políticas, existe una censura dual *de facto* que deja pocas oportunidades a un estudioso que no obedezca a la iglesia ni a la doctrina comunista.

Censuras duales oficiosas más o menos semejantes operan en los pocos países latinoamericanos que no se hallan bajo una dictadura, como puede verse con mayor detalle en mi *Parasitism and Subversion*, mientras en África (como puede advertirse en otro libro mío, *The African Predicament*) los nuevos dirigentes nativos impiden el pensamiento social con mucha más eficacia que los anteriores gobiernos coloniales… al menos en sus últimas décadas. Lo mismo se aplica a los estados postcoloniales en Asia. En el Japón hay por supuesto más libertad de investigación hoy que bajo la militarocracia xenófoba de la década del treinta, y posiblemente incluso más que a principios de siglo —lo cual hace del Japón uno de los pocos lugares del mundo donde no se ha producido un deterioro a largo término en este período de tiempo—. Probablemente las únicas áreas donde ha habido un mejoramiento neto en este sentido son las regiones atrasadas de los Estados Unidos y el Canadá, donde ha disminuido el poder de la intolerancia. En Europa oriental, naturalmente, ha caído el telón.

Alguien ha calculado que si el número de psicólogos y sociólogos continuara creciendo al ritmo de la última década, podría superar a la población total del globo en unos pocos siglos. Sin embargo, no es necesario sorprenderse de que el gran crecimiento de las universidades en todo el mundo, la proliferación de institutos y departamentos de sociología, psicología, economía y ciencias políticas, y la

expansión vertiginosa de las asociaciones nacionales e internacionales correspondientes, haya conducido a un aumento equivalente en la producción y a una disminución de la calidad del material impreso, conforme al aforismo de que «más significa peor». Acaso esto sea un resultado inevitable de imponer sobre demasiada gente el deber de ser «original». Quizá sería mejor si se les permitiera limitarse a transmitir a los jóvenes las ideas de unos pocos grandes pensadores del pasado, en vez de atribuirles la función de pioneros, para la cual muy pocos entre ellos tienen o la aptitud o la inclinación. Juzgado desde este punto de vista, el renacimiento reciente del marxismo entre los académicos en el mundo capitalista podría considerarse como una reacción natural frente a la pérdida de perspectivas profesionales en el campo de la teología.

Parece que (como el amor o la felicidad) la originalidad no busca a quienes la persiguen conscientemente, y sólo puede alcanzarse como un subproducto de una actividad motivada por un deseo más específico. Es improbable que ninguno de los grandes descubridores (o, bajo este aspecto, también artistas o novelistas) tratara deliberadamente de realizar una obra original. Por lo que se deduce de sus biografías, estaban simplemente interesados en hallar respuestas a interrogantes que se habían convertido en un agobio para su espíritu.

Los militares de antaño no necesitaban exhibir su virilidad por medio de un habla «enérgica» del tipo de la popularizada entre los televidentes (¿o debiéramos decir telemirones?) pasivos y de vida reposada de hoy, y, del mismo modo, la gente habla de creatividad más y más a medida que la verdadera creatividad va tornándose cada día más exótica.

CAPÍTULO 17

EL ASALTO BÁRBARO A LAS CORROMPIDAS CIUDADELAS DEL SABER

Como la mayoría de los movimientos sociales, la ola actual de malestar estudiantil es un fenómeno complejo, que se manifiesta de distintas maneras según los lugares (con las diferencias correspondientes en causas y efectos), y que puede comprenderse mejor si la consideramos en términos de olas que se superponen, cada una impelida por una serie diferente de factores. En los Estados Unidos, como todo el mundo sabe, el malestar estudiantil está conectado con la oposición a la guerra ilegal (ya que nunca fue declarada) del Vietnam y con la lucha de los afroamericanos para lograr la igualdad; en tanto que en Polonia y Checoslovaquia los estudiantes, lejos de rebelarse contra la generación anterior en cuanto tal, simplemente han tratado de continuar una resistencia bastante antigua contra la dominación extranjera y la supresión de las amadas tradiciones nativas. La pesada mano de la burocracia, que se hace sentir en las universidades de producción en serie en Francia, Italia, Japón y (cosa que muchos extranjeros no comprenden) también en los Estados Unidos, produce un vasto sentimiento de alienación entre enseñantes y estudiantes por igual, a la vez que las escasas perspectivas de empleo para estos últimos estimulan la disposición anímica hacia la rebelión.

Además de esto, la televisión, la radio y los periódicos, con su tráfico de sensaciones, conjuran olas imitativas que se propagan al margen de las circunstancias locales que podrían engendrar una conducta semejante sin ayuda. Subyace a todo esto la vacuidad de una civilización que frustra los impulsos de sociabilidad activa y de aventura individual y colectiva, y reduce a sus habitantes a la condición de teleadictos pasivos y rutinarios sin otros ideales que la conformidad embrutecedora con las normas de una mentalidad consumista; en tanto que el poder de la sociedad para contener las fuerzas del descontento va siendo socavada por la denigración incesante de todos los ideales morales y de todas las formas de la autoridad por parte de anunciadores y animadores ansiosos de hacer dinero mediante el halago del joven crédulo.

Ninguna dosis de fraternización hipócrita puede alterar el hecho de que la educación consiste en trasvasar conocimiento de aquellos que saben a quienes no saben nada, y en inculcar a los animales homínidos los hábitos y gustos que hacen a un ser humano civilizado. Hasta un cierto punto esto puede lograrse por medio de la pura coerción, pero en un plano más elevado requiere un respeto genuino del alumno hacia el maestro, respeto que, en las instituciones educacionales de hoy, ha sido socavado no sólo por los anunciadores y propagandistas, sino también por la desaparición del estudioso independiente, de idiosincrasia áspera (tal vez excéntrico,

de mal genio y vanidoso, pero no mercenario y apasionadamente entregado a las ideas), y su reemplazo por el ejecutivo académico, constructor de imperios, recaudador de fondos y manipulado por otros, que escoge sus opiniones, actitudes y moral como escoge a sus amigos: es decir, según lo útiles que puedan resultar para su propia carrera.

La simple enumeración sumaria de los factores más generales basta para desechar el pensamiento de que la proliferación de los bárbaros en las instituciones de alta enseñanza podría haber sido causada sólo por la degradación ya analizada de las ciencias sociales, pese a la preeminencia notoria de sus estudiantes entre los vándalos. Dos factores pueden explicar este último hecho: 1) que quienes están insatisfechos con el orden existente tienden hacia materias que permiten naturalmente su enjuiciamiento; 2) que el estudio de tales materias hace que la gente se sienta menos inclinada a tomar las condiciones existentes como normales o a aceptarlas como deseables. Así, incluso si sus enseñantes y los libros de texto estuvieran por encima de todo reproche, los estudiantes de ciencias sociales continuarían suministrando un contingente mayor a las filas revolucionarias que los estudiantes de física o de medicina, cuyo exigente adiestramiento y perspectivas aseguradas desvían su atención de la política.

Pese a la exoneración anterior, sin embargo, los científicos sociales deben responder a muchos cargos, y ser parcialmente responsabilizados por el nihilismo inane de sus discípulos. Los rebeldes podrían muy bien ser descritos como un producto imperfecto de una sociedad enferma, y aunque tengan razón sobre aquello a lo cual combaten, sus programas equivalen a una invitación a saltar de la sartén al fuego. Pero incluso en este sentido, más fatal que el contacto con la mala psicología o sociología es el abuso presente de contemplación pasiva, y la pérdida consiguiente de poder de voluntad y disciplina mental.

Mientras la posición del profesor garantizó la aquiescencia de sus discípulos, sin que importara su capacidad, y mientras el carácter de los jóvenes siguió la línea de la conformidad adquisitiva, cualquier clase de galimatías pedante fue rutinariamente absorbido —en particular cuando absolvía a jóvenes indolentes y de escasa inteligencia de la necesidad de pensar, y les abría posibilidades de empleo de las que en tiempos más exigentes hubieran sido excluidos—. Infortunadamente, sin embargo, este *dolce far niente* tenía algunas debilidades intrínsecas, una de las cuales fue que la abolición de niveles de saber convirtió a todos por igual en elegibles para cargos académicos a cualquier nivel, y convirtió el proceso de selección por designación y promoción en un juego de intriga y azar, dando así a los «marginados» una buena justificación para su inquina natural contra los «integrados». Más aún, la facilidad con que puede aprenderse la ciencia de traducir trivialidades a una jerigonza permite a un estudiante avispado de segundo curso alcanzar el nivel de un profesor de Harvard o Columbia, cosa que anula la desigualdad natural entre el enseñante y el alumno y elimina la justificación de la jerarquía académica, o incluso la de la

existencia de las instituciones educacionales.

Mientras duró la disposición hacia la conformidad adquisitiva, los fabricantes de ininteligibilidad no tuvieron problemas para comprar la deferencia y la docilidad. Pero el nuevo desinterés hacia el dinero y la carrera entre los estudiantes americanos, cuya riqueza familiar puede protegerlos de las peores consecuencias de jugar con la revolución, ha socavado incluso el poder de los mayores manipuladores académicos, quienes no tienen idea acerca de cómo dirigirse a gente no interesada en el dinero. Así uno puede contemplar el espectáculo patético de grandes personajes de la academia americana, que controlan el suministro de millones de dólares, y que en sus conferencias y durante sus visitas al extranjero se ven rodeados por una muchedumbre de pedigüeños aduladores, temblar ante sus estudiantes, a veces sin atreverse siquiera a salir de sus despachos a los pasillos a fin de que sus alumnos no los detengan y sometan a interrogatorios sobre sus opiniones y motivaciones.

Una vez que ciertos renombrados profesores empezaron a ser considerados como charlatanes hipócritas, la posición de sus colegas se redujo automáticamente, de modo que han perdido la seguridad de la admonición autoritaria, y ahora deben embarcarse en discusiones y prevaricaciones sobre cada punto, cosa que ha convertido en ruinas nerviosas a muchos de ellos, puesto que se necesitan nervios bien templados y un ingenio rápido para vencer en todas las disputas con una multitud de jóvenes truculentos y a veces extremadamente listos, en tanto que con una vez que se consiga ridiculizar al enseñante se puede destruir su reputación y confianza en sí mismo para siempre. Ahora bien, como los maestros que pueden satisfacer estas exigencias son pocos, y como en las ciencias sociales apenas hay algún núcleo de conocimiento indubitable en el cual apoyarse, a menudo viven temerosos de sus discípulos y en muchos casos han abdicado su autoridad para someterse dócilmente a los políticos estudiantiles —cosa que hace la enseñanza de estos sujetos todavía más grotesca de lo que había sido hasta el presente—.

Aunque algunos de los estudiantes contestatarios tienen mentes potencialmente buenas, que los capacitan para ver a través de la impostura de la jerigonza convencional, sería un milagro que pudieran mejorar el estado de sus respectivas disciplinas sin una preparación adecuada, particularmente dado que el contacto con una pseudociencia deplorable difícilmente podría dejar de embotar sus facultades para el razonamiento lógico. Más aún, una vez que uno ha olvidado los cánones de la lógica y la claridad, puede creer cualquier disparate y es perfectamente libre para escoger sus convicciones de acuerdo con su atractivo emocional. No es sorprendente, pues, que, hartos de las divagaciones de sus enseñantes intoxicados de jerigonza, los estudiantes más alertas caigan bajo el hechizo de la filosofía de Marcuse que, aunque igualmente defectuosa según pautas intelectuales razonables, al menos contiene en ocasiones una frase aguda indicativa de algunos de los males de nuestra civilización, y que se dirige tanto al idealismo como al vandalismo de la juventud. Y aquellos que no encuentran la fórmula de Marcuse suficientemente violenta, pueden adoptar los

principios románticos y belicosos del Che Guevara, o hallar una salida vicaria para sus impulsos sadomasoquistas en la feroz agresión de Franz Fanón contra el hombre blanco.

Liberados por sus enseñantes de las compulsiones de la lógica, los jóvenes rebeldes no tienen dificultad para reconciliar el colectivismo disciplinario y ascético de Mao con un erotismo compulsivo inspirado por una lectura apresurada de Freud, y un elogio verbal de la grandeza de los «trabajadores» con una obstinación byroniana desenfrenada, sin prestar ninguna atención a los sentimientos o el bienestar del rebaño común. Sin embargo, debe decirse en defensa de sus adherentes que estas mezclas no son mucho peores que los libros de texto que tienen que leer, a la vez que si comparamos las escrituras sagradas del comunismo ortodoxo con los productos de los «clásicos» contemporáneos de las ciencias sociales, o cualquiera de esos simposios en serie inspirados por la burocracia, podemos ver que no sólo Lenin y Trotsky, sino incluso Stalin fueron no sólo mejores escritores sino también mejores científicos políticos, sociólogos y psicólogos que los chamanes actuales, mientras que Marx asoma en el horizonte como verdaderamente sobrehumano.

Si no estuviéramos habituados a verlo como un espectáculo cotidiano, nos parecería absolutamente delirante que alguien pudiera buscar soluciones a los problemas de la civilización de hoy en las obras de un hombre que, aunque de genio indudable, escribió en una época en la que no existían automóviles, ni aviación, ni teléfonos, ni ordenadores, ni estadísticas, ni genética —cuando no se sabía que las bacterias provocan enfermedades o ni siquiera que el hombre desciende de antepasados simios (cosa que Marx aprendió a la mitad de su carrera como escritor) —. No obstante, los jóvenes rebeldes, que desprecian las opiniones de todos los que tengan más de treinta o cuarenta años, o incluso veinticinco, susurran ansiosamente los aforismos del jefe septuagenario del partido comunista chino y toman como un evangelio cada palabra del autor de *Das Kapital*, que tendría más de 150 años actualmente. Esta predilección parece menos sorprendente cuando recordamos que todo es un asunto de comparación con aquello a que uno está acostumbrado. Es verdad, sabemos que, como el resto de los pensadores, al margen de su grandeza, Marx inventó sólo unos pocos conceptos, y tomó la mayoría de sus ideas y materiales de sus predecesores y contemporáneos. Imaginar que en sus escritos todo es original equivaldría a considerar cada fórmula en un libro de texto de física como invención del autor. Sin embargo, las obras de Marx y Engels constituyeron una gran proeza intelectual en su época, y todavía hoy pueden suministrar perspectivas interesantes. Se equivocaron en muchos aspectos, incluso a la luz del conocimiento asequible por aquella época, no digamos a la luz del conocimiento de hoy; pero estos autores nunca llenaron sus páginas con galimatías pueriles. El mérito de una contribución debe juzgarse en relación al conocimiento existente en el momento en que fue realizada, pero incluso sin tomar en consideración las fechas, si nos concentramos sobre su utilidad como instrumento para interpretar el caos de los acontecimientos recientes, o

para interpretar la condición presente de nuestra civilización, las obras de Marx o Engels solas tienen un valor infinitamente mayor que la producción total de Parsons, Merton, Easton, Homans, Deutsch, Lazarsfeld, Skinner, Gurvitch, Lévi-Strauss y todos sus asociados, discípulos, seguidores y simpatizantes reunidos. Es cierto que este contraste se aplica en menor medida a los epígonos de hoy que a Marx y Engels en persona, dado que, mientras que un pensador realmente grande puede cometer errores fundamentales en el curso de su búsqueda de enfoques nuevos, sólo un fanático continuará tratando al maestro como infalible una vez que sus errores ya se han puesto claramente de manifiesto.

Hacia comienzos de siglo había entre los marxistas algunos pensadores genuinamente creativos, como Karl Kautsky, Eduard Bernstein, Achille Loria y Ludwik Krzywicki, pero esto ocurría cuando el marxismo era un cuerpo de ideas en evolución, nuevo y plausible, y no se había transformado todavía en la doctrina osificada de unas instituciones burocráticas. Sin embargo, aunque no descuellen tanto sobre los científicos sociales convencionales de hoy, incluso los marxistas posteriores han contribuido más a nuestro conocimiento de la realidad social que los parsonianos o los entusiastas de la cibernética mal aplicada. Si comparamos, por ejemplo, la exposición de Bukharin, *Materialismo Histórico*, escrita hace más de medio siglo, con *Introduction to Sociology*, de un profesor de Harvard, Alex Inkeles (que no es peor que la mayoría) podemos percibir inmediatamente que el primero es un libro mucho más interesante e inteligente. Quizá no sea justo comparar ejemplos de tan desigual importancia. Pero si, para igualar las posibilidades, equiparamos los productos de dos personajes ingleses contemporáneos de posición más o menos igual en términos de reputación e influencia y comparamos, digamos, *Political Systems*, de Wiseman (mencionado en un capítulo anterior), con *State in Capitalist Society*, de Ralph Milliband, el contraste en favor del marxista parece igualmente sorprendente. No debe maravillar, pues, que —hartos de la mojiganga monótona de sus libros de texto— muchos jóvenes inteligentes hayan caído bajo el hechizo de una doctrina anacrónica.

El entusiasmo por Marx entre los estudiantes halla una justificación ulterior en la estudiada omisión, por parte de los científicos sociales convencionales, no sólo de su nombre —que es apenas mencionado (cuando se lo menciona) en algunas de las voluminosas historias de la sociología, la economía o las ciencias políticas—, sino también de las principales cuestiones planteadas por él. Los primeros sociólogos americanos, como Ross y Cooley (para no hablar de Veblen, mucho más original) hablaron libremente sobre la explotación, la lucha de clases o el papel del fraude y la fuerza en la política. Pero desde que comenzó la bonanza financiada por las fundaciones, estos tópicos se han convertido en tabúes, con el resultado de que los estudiantes que leen por primera vez acerca de ellos en Marx se imaginan no sólo que nadie estaba al tanto de todo esto antes de Marx, sino que lo que él dice representa la última palabra de la ciencia en estas cuestiones. Así, al tratar de ocultar todos los

aspectos desagradables de la vida social, los gurúes oficiales han conferido al marxismo el atractivo de una novedad prohibida, en tanto que, al eliminar de la mente de sus alumnos las coerciones de la claridad y la lógica, han abonado el terreno para las mixturas vandálicas, en comparación con las cuales el marxismo ortodoxo emerge como una voz pura de la razón.

CAPÍTULO 18

CONCLUSIÓN: LA ÉTICA Y EL PROGRESO DEL CONOCIMIENTO

Incluso si el diagnóstico ofrecido en las páginas precedentes fuera sólo parcialmente correcto, no hay razones para esperar ningún gran salto hacia adelante en el estudio de la sociedad que pudiera reproducir los rápidos progresos de las ciencias naturales. Es cierto que no resultaría difícil idear remedios contra muchos de los males que surgen de dificultades puramente intelectuales, recaudos que funcionarían en un mundo más perfecto. Podríamos, por ejemplo, insistir en que los economistas debieran reconocer abiertamente las limitaciones de sus modelos, prepararse para tomar los factores culturales (o, si se prefiere, psicológicos y sociológicos) en cuenta, y desistir de ofrecer asesoramiento sobre la base de estadísticas unilaterales y de un materialismo vulgar. Podríamos exigir que los psicólogos adquiriesen un poco de cultura general, y se familiarizaran con los productos más sutiles de la mente humana, antes de postularse a sí mismos como expertos en la naturaleza humana. Podríamos compeler a los sociólogos a aprender algo sobre historia y filosofía, y a los historiadores a estudiar las ciencias sociales. Sobre todo, necesitamos un tipo de puritanismo intelectual que considere al dinero como un mal evidente (aunque sea necesario), y cualquier manipulación del dinero como esencialmente contaminante. No es que fueran a originarse grandes ventajas si los científicos sociales imitaran a los monjes e hicieran voto de pobreza, pero no obstante ningún progreso firme será posible sin un código ético que condene enérgicamente la adulteración mercenaria como una forma de prostitución intelectual y contrarreste la tendencia humana natural no sólo a halagar y obedecer, sino incluso a adorar genuinamente a quienes controlan el dinero o detentan el poder coercitivo. El obstáculo consiste en que es difícil determinar quién podría llevar a la práctica tales exigencias y de qué modo. La dificultad aquí es la misma que se presenta a la hora de buscar la mejor forma de gobierno: podemos gustosamente coincidir con Platón en que el mejor sistema sería aquel donde gobernaran los más sabios y probos, pero hasta la fecha nadie ha sido capaz de descubrir un método practicable para alcanzar un estado de cosas semejante.

Algunos años antes de la primera guerra mundial, un periódico de París interrogó a algunas de las figuras francesas más prominentes en las distintas ramas de lo que ahora llamaríamos ciencias sociales, y que eran conocidas en Francia por aquella época como *les sciences morales*, acerca de cuál consideraban como el método más esencial en su disciplina. Mientras otros interrogados enviaron disquisiciones metodológicas eruditas, George Sorel respondió con una palabra: honestidad. Esta respuesta lapidaria no ha perdido nada de su pertinencia, pero sería difícil hallar

razones para esperar que alguna vez llegara a existir una sociedad donde la franqueza absoluta sea la mejor de las políticas para el progreso personal.

A pesar de estos obstáculos inamovibles, podría describir mi propia opinión sobre las perspectivas de las ciencias sociales como un optimismo desesperado. Digo desesperado porque no veo de qué modo nuestra civilización podría sobrevivir sin progresos importantes en nuestro conocimiento del hombre y la sociedad. Al haber inventado tantos dispositivos asombrosos susceptibles de ser empleados en su beneficio sólo por medio del uso estricto de la razón, la humanidad ha sobrepasado en este sentido hace ya mucho tiempo el punto de no retorno. Al margen de la importancia que pudieran conservar muchos elementos de las viejas tradiciones morales y religiosas, el problema de cómo reconciliar las necesidades humanas físicas y espirituales con el contorno creado por la tecnología y de cómo asegurar la supervivencia misma de la humanidad, no se resolverá volviendo a los usos o dogmas antiguos positivos. Por consiguiente, no dudo que si las ciencias sociales ingresan en una etapa de decadencia total e irremediable, esto será parte de un colapso general de la civilización, a lo que probablemente seguirá una extinción de nuestra especie. Sin importarnos en consecuencia lo adverso de las circunstancias, debiéramos perseverar en tratar de hacer lo que mejor podamos, porque la alternativa es la resignación frente a una catástrofe inminente.

Si queda un resto de libertad de expresión hay razones para esperar que ninguna rama del conocimiento se sumirá en un estancamiento absoluto, aunque su tronco mayor sucumba a la decadencia; ya que, incluso durante las épocas de mayor ignorancia y superstición, ciertos espíritus indomables, con una inclinación natural hacia la investigación racional, continuaron apareciendo y agregando su contribución a la aventura del conocimiento. Lo que hizo sus elucubraciones más eficaces a largo plazo que los esfuerzos de los sacerdotes y mistagogos, mucho más numerosos, fue el hecho de que los productos del pensamiento racional son acumulativos, mientras que las fantasmagorías, acrobacias, modas y visiones místicas no sólo no sirven para nada, sino que además se anulan entre sí y meramente hacen oscilar las mentes de un lado a otro.

Si la civilización sobrevive, las ciencias sociales sin duda continuarán progresando, aunque en los centros de la pompa y la riqueza se las tergiverse y aunque sean cultivadas sinceramente sólo al margen de las distintas instituciones y contra instituciones (si no por obra de completos marginados o incluso proscriptos renegados). Pero antes que un «despegue» resplandeciente, lo máximo a que podemos legítimamente aspirar es a una acumulación lenta e intermitente de pasos inciertos y a menudo contradictorios: un proceso semejante al trabajo de Sísifo o a la limpieza de los establos de Augias, antes que a una *blitzkrieg* triunfante.

Incluso si uno está interesado primordialmente en problemas actuales y prácticos tales como la cuestión de si podría crearse en las ciudades un espíritu comunal (y en caso afirmativo, de qué modo), la cita siguiente, tomada de una obra que hacia finales

de siglo fue considerada casi unánimemente como la culminación de la teoría sociológica, dará mucho sobre qué pensar; y si el lector comienza a discurrir sobre ella inteligentemente, podría escribir un libro sumamente interesante:

> La simple reunión de individuos en un grupo no los convierte en una sociedad. Una sociedad, en sentido sociológico, se forma sólo cuando, además de una yuxtaposición, hay cooperación. Hasta tanto los miembros del grupo no combinan sus energías para lograr uno o más fines comunes, no hay gran cosa que los aglutine. La imposibilidad de separarse surge sólo cuando las necesidades de todos ellos se satisfacen mejor mediante el esfuerzo mancomunado que a través de la acción individual.
>
> (Herbert Spencer, *Principies of Sociology*, edición resumida, Macmillan, 1969, p. 181)

Ahora bien, si uno desea regocijarse con el espectáculo de la marcha general del progreso en este campo —y vacila en deleitarse con otra cita más del más famoso teórico de la sociología de hoy—, puede comparar la observación de Spencer con el siguiente pasaje de una obra colectiva de las principales luminarias americanas:

> Aunque la sociología sea ahora incapaz de especificar las condiciones requeridas para sostener leyes universales podría, por razones exploratorias, simular leyes semejantes tratándolas como generalizaciones hipotéticas. Así, en la generalización «Todos los delincuentes están aculturados» (Todos los A's son B's), el término «aculturado» puede servir como una reconstrucción teorética de elementos significativos comunes a los criminólogos. En la medida en que los delincuentes están comprometidos en un «conflicto cultural» (Sellin), o viven en medios «estructurados subculturalmente» (Cohén), o se convierten en «racionalizadores de la desviación» (Sykes y Matza), y «utilizadores de oportunidades ilegítimas» (Cloward y Ohlin), sus actos representan interpretaciones especializadas del término abstracto, «aculturado». Al asegurar que si alguien tiene la característica de ser un delincuente también tiene la característica de estar aculturado, la generalización se refiere a propiedades abstractas consideradas al margen de su ejemplificación en individuos particulares. Sus equivalentes ingleses ordinarios incluyen proposiciones tales como «Los delincuentes están aculturados» (A's son B's), «Todo delincuente está aculturado» (Cualquier A es B), «Ningún delincuente no está aculturado» (Ningún A no es B), «Delincuencia implica aculturación» (A implica B), etc.
>
> (*Sociological Theory: Inquiries and Paradigms,* Llewellyn Gross, Harper International Edition, Harper & Row and John Weatherhill, Inc., 1967)

Como estar «aculturado» simplemente significa que uno comparte con otra gente con la que vive ciertos hábitos, costumbres y creencias, toda esta verborrea se reduce a la perogrullada de que los delincuentes tienden a compartir con otros delincuentes un cierto número de ideas y hábitos (tales como violar la ley) que difieren de aquellos comunes entre los no delincuentes. En la primera frase citada, por otra parte, los autores temerariamente generalizan desde su ignorancia, ya que de hecho se han formulado cientos de proposiciones generales válidas sobre fenómenos sociales: por ejemplo, no hay ningún caso conocido que refute la Ley de Hierro de la Oligarquía de Michels o la afirmación de Engels de que en todas las sociedades registradas por la historia y mayores que una tribu de algún modo se desarrolla un conflicto entre ricos y pobres.

Incluso durante el breve lapso de dos años y medio que separa la primera redacción de este libro de las últimas correcciones, antes de que el original vaya a la imprenta, han emergido varias modas nuevas. La hegemonía aparentemente

inexpugnable de los parsonianos y los maniáticos de los números ha empezado a romperse (aunque más bien por obra de los ataques emocionales de la Nueva Izquierda que de una crítica racional), con el resultado de que en muchas cátedras de la enseñanza superior capitalista la ortodoxia de los chamanes de Harvard y Columbia ha sido reemplazada por el culto más antiguo de Marx y Lenin (ahora con Mao en vez de Stalin para completar la Trinidad), mezclado con un surtido diverso de nuevas supercherías a la moda.

Así se ha saludado recientemente al «interaccionismo» como un enfoque inédito que abre nuevas perspectivas para el estudio de la conducta humana, aunque la única novedad consista en el uso de los sufijos «ismo» e «ista», ya que, cuando se la despoja de la verborrea ampulosa, la gran idea se reduce a la reiteración de la perogrullada de que la finalidad de la sociología y la psicología consiste en estudiar la interacción entre las personas. Un refinamiento ulterior de este esquema lleva a la afirmación de haber dado con la clave de los secretos de la conducta social mediante su interpretación como una «interacción simbólica». Sin embargo, dado que todas las actividades humanas (incluida la contemplación solitaria) involucra el uso de símbolos, no hay ninguna diferencia entre interacción simbólica e interacción humana lisa y llana, y este nuevo y grandilocuente enfoque se limita a afirmar pretenciosamente lo que ninguna persona sana ha puesto jamás en duda. Si ninguno de estos enfoques satisface nuestra busca de profundidad, podemos adoptar un punto de vista «situacionalista», que nos prescribe tomar en consideración la situación del objeto de nuestro estudio.

Luego tenemos la «fenomenología». El primer punto a señalar es que, como todo aquello que podemos percibir es un fenómeno y ya que difícilmente podemos estudiar aquello de lo que no somos conscientes, esta etiqueta se aplica por igual a todas las ramas posibles de la investigación. La prescripción del fundador (Husserl) de buscar la esencia de las cosas se reduce al consejo absolutamente trivial de que debiéramos reflexionar sobre lo que vemos, junto con la noción totalmente disparatada de que podemos arribar a conclusiones útiles mediante la pura meditación sobre las esencias, sin preocuparnos acerca de lo que las ciencias empíricas tengan que decirnos. Al ofrecer un aligeramiento considerable del esfuerzo mental, esta absolución no puede dejar de conquistar numerosos conversos, particularmente cuando va acompañada de la «sociología crítica», cuya característica primordial es la repetición acrítica de doctrinas centenarias e invocaciones infatigables de los nombres de sus apóstoles, que me recuerdan a esas crónicas árabes medievales donde cada parágrafo comienza y termina con «Alá es grande y Mahoma su único profeta».

Una de las adiciones más recientes a la nómina de etiquetas sonoras es la «etnometodología», inventada, creo, por un americano de nombre Harold Garfinkel. Según la definición de dos de sus seguidores —Stanford M. Lyman y Marvin B. Scott, autores de un libro con un título muy de la época que podría haber expresado mejor su contenido mediante un ligero cambio en el orden de las palabras: *A*

Sociology of the Absurd— este término «se refiere al estudio de los procedimientos (metodología) empleados por el hombre cotidiano (étnica) en su esfuerzo para enfrentarse significativamente con el mundo. Dicho de otro modo, trata de dar una explicación organizada de las razones rutinarias para la acción cotidiana».

En lenguaje precientífico esto se llama observar cómo vive la gente, un propósito no exactamente desconocido antes de que los mencionados pioneros se lanzaran a la acción.

Como dicen los autores,

> Una nueva ola de pensamiento está empezando a recorrer la sociología. Distintos aspectos de la ola han recibido una diversidad de nombres —«teoría del etiquetamiento», «etnometodología» e «interaccionismo neosimbólico»—, pero éstos no cubren su alcance total de crítica y perspectiva. Debe hallarse un nuevo nombre para abarcar un concepto que presenta no sólo una perspectiva única sobre la sociología convencional sino que marca también una separación radical de lo convencional.
>
> Creemos que *Sociología del Absurdo* es un nombre apropiado.
>
> (Stanford M. Lyman & Marvin B. Scott, *A Sociology of the Absurd*, Appleton-Century-Crofts, 1970, p. 1)

En la página 3 se exhibe otra máscara de esta nueva ola. Para explicar su misterio nuestros autores citan a otro iniciado y escriben:

> Como ha observado Tiryakian, la fenomenología existencial «trata de elucidar la naturaleza existencial de las estructuras sociales poniendo de manifiesto los fenómenos institucionales superficiales del mundo aceptado, cotidiano; investigando las profundidades sociales no institucionales, subterráneas, ocultas al ojo público, interpretando la dialéctica entre lo institucional y lo no institucional…».

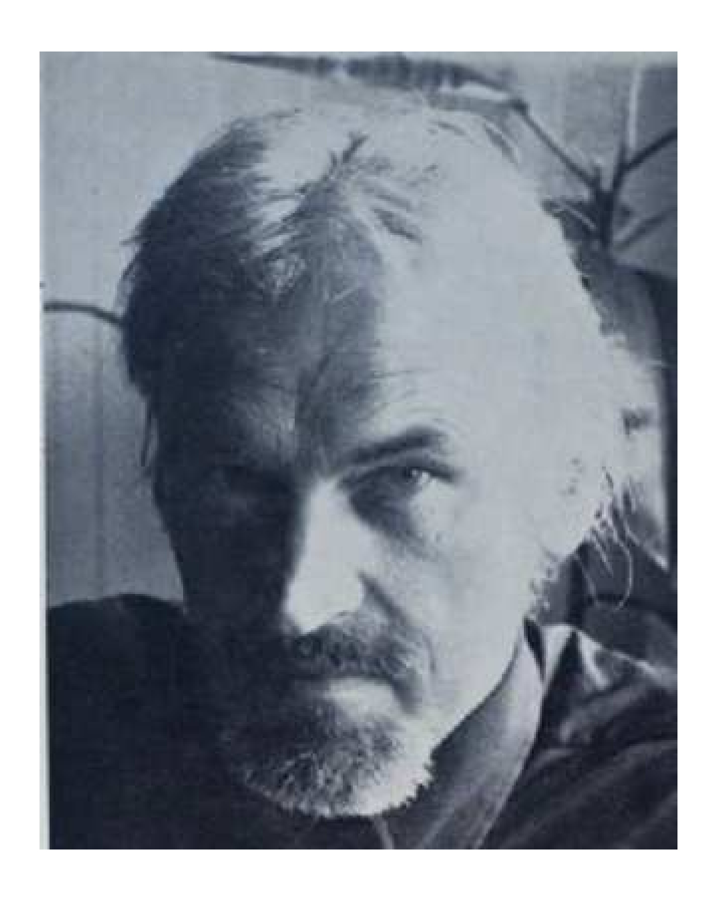
Esto es precisamente lo que hicieron los sociólogos de la vieja Escuela de Chicago como Park, Burgess y Thomas, en las primeras décadas de este siglo, cuando estudiaron lo que solía denominarse relaciones sociales informales. Podemos apreciar la magnitud del progreso realizado desde entonces cuando comprendemos que ellos ni siquiera sospecharon que lo que estaban haciendo era fenomenología existencial metodológica.

Aparte de las consecuencias de que casi todo acabe por convertirse en parte de la industria del entretenimiento y se vea afectado por los métodos de la publicidad y la comercialización altamente persuasivas, otra influencia inesperada ha comenzado a operar en el campo que estamos discutiendo. Parece que desde que se convirtió en una ocupación estable, la sociología ha comenzado a atraer al tipo de inteligencia que antaño hubiera optado por la teología dogmática o la predicación. Este ha sido un cambio desafortunado, porque la antigua teología y el misticismo (al margen de su denominación) estaban ligados a un código moral, mientras que los nuevos cultos no prescriben reglas firmes de conducta, en tanto que la adhesión a éstas fue el precio necesario de una oportunidad para satisfacer un deseo del tipo de admiración que normalmente se profesaba hacia los intérpretes autorizados de las sagradas escrituras.

En vez de alimentar visiones de una victoria final de la razón sobre la magia y la ignorancia, tenemos que reconciliarnos con el hecho de que las normas e ideales que

permiten el progreso del conocimiento deben ser defendidos por cada generación contra nuevos enemigos, que reaparecen como las cabezas de la Hidra, tan pronto como las otras son cercenadas y que emplean etiquetas y reclamos siempre nuevos para especular con las debilidades perennes de la humanidad. Pase lo que pase en las ciencias exactas instrumentales, podemos estar seguros de que en las cuestiones donde las consideraciones morales e intelectuales coexistan, la lucha entre las fuerzas de la luz y las fuerzas de las tinieblas no acabará nunca.

Los pioneros del racionalismo prorrumpieron en invectivas contra los dogmas tradicionales, ridiculizaron las supersticiones populares, libraron batallas contra sacerdotes y hechiceros y los censuraron por fomentar y aprovecharse de la ignorancia de las masas, esperando que una victoria final de la ciencia aboliría para siempre los males de la sinrazón y el engaño organizado. Apenas sospecharon que en el campo de la ilustración aparecería un nuevo caballo de Troya, lleno de hechiceros aerodinámicos ornados con la última parafernalia de la ciencia.



Stanislav Andreski (8 de mayo de 1919, Czestochowa - 26 de septiembre de 2007, Reading, Berkshire). Fue un sociólogo polaco conocido por su mordaz crítica de la «verborrea pretenciosa nebulosa» endémica en las ciencias sociales modernas en su obra clásica *Social Sciences as Sorcery* (1972).

Andreski formó parte del ejército polaco. Durante la invasión alemana-soviética de Polonia en 1939 fue hecho prisionero por los soviéticos, se escapó a Inglaterra y luchó contra los alemanes en el frente occidental en el II Cuerpo polaco Wladyslaw Anders.

En la Universidad de Reading (Reino Unido) fue profesor de la sociología, un departamento que fundó en 1965.

Notas

[1] En adición a lo que sigue, véanse los argumentos sobre el Principio de Incertidumbre, el determinismo y la teleología en *The Uses of Comparative Sociology*, capítulos 2 y 3. <<

[2] En *The Uses of Comparative Sociology* he tratado de mostrar de qué modo esto se vincula en el problema de las explicaciones teleológicas. <<

[3] Puede hallarse un sucinto análisis del desastre educacional en mi libro, a punto de aparecer, *The Prospects of a Revolution in the USA* (Harper & Row, Nueva York). <<

[4] Cavaliers y Roundheads fueron los nombres de los partidarios del rey y del Parlamento, respectivamente, durante la guerra civil inglesa del siglo XVII. La denominación de estos últimos, «cabezas redondas», se debió a su costumbre de llevar el pelo extremadamente corto. [N. del T.] <<

[5] El punto será debatido más extensamente en mi próximo libro *Antisocialization and Mental Pollution*. <<

[6] *Monsieur* Pangloss: personaje de la novela *Candide*, de Voltaire. Dr. Bowdler: famoso expurgador de Shakespeare, muerto en 1825. El sustantivo «bowdlerización» alude a la esterilización de una obra o un sistema de ideas mediante la expurgación de sus puntos esenciales. [N. del T.] <<

[7] Cf. la edición resumida de Macmillan, Londres, 1968. <<

[8] Cf. Herbert Spencer: *Structure, Function and Evolution*, Michael Joseph, 1971. <<

[9] En *The African Predicament* (Michael Joseph, Londres, 1968, y Atherton Press, Nueva York, 1969) puede hallarse un análisis franco que ha provocado una gran cantidad de indignación y actitudes desaprobatorias. <<

[10] Como es natural, este concepto de Weber ha sido tergiversado por teóricos no familiarizados con la lógica. Sobre este punto puede consultarse *The Uses of Comparative Sociology*, capítulo 5: «Ideal Types, the Postulate of Non-Valuation and *Die Verstehende Soziologie*». <<



[11] En el capítulo 1 de *The Uses of Comparative Sociology* he sugerido algunos posibles criterios. <<



[12] Puede hallarse un examen de este concepto desde el punto de vista del análisis comparativo en *The Uses of Comparative Sociology*, capítulo 10. <<

[13] Sobre este punto puede consultarse mi libro venidero sobre *Antisocialization and Mental Pollution*. <<